

BALDVINO DE FORD

SACRAMENTO
DEL
ALTAR

PADRES CISTERCIENSES

BALDUINO DE FORD

Hijo de una familia pobre de Exeter, Inglaterra, habría nacido hacia 1120. Cursó estudios en la escuela catedralicia de esta ciudad completándolos en el Continente donde alcanza una alta reputación. Vuelto a Exeter enseñó en su antigua escuela, siendo nombrado archidácono de Totnes en 1161, función que desempeña hasta 1169. En ese año decide hacerse monje cisterciense en la abadía de Ford.

En Ford sus hermanos lo eligen abad pero en 1180 la Iglesia lo consagra obispo de Worcester. Cuatro años más tarde lo eleva a la sede de Canterbury como Primado de la Iglesia de Inglaterra. El papa Lucio III le hace su legado ante los ingleses.

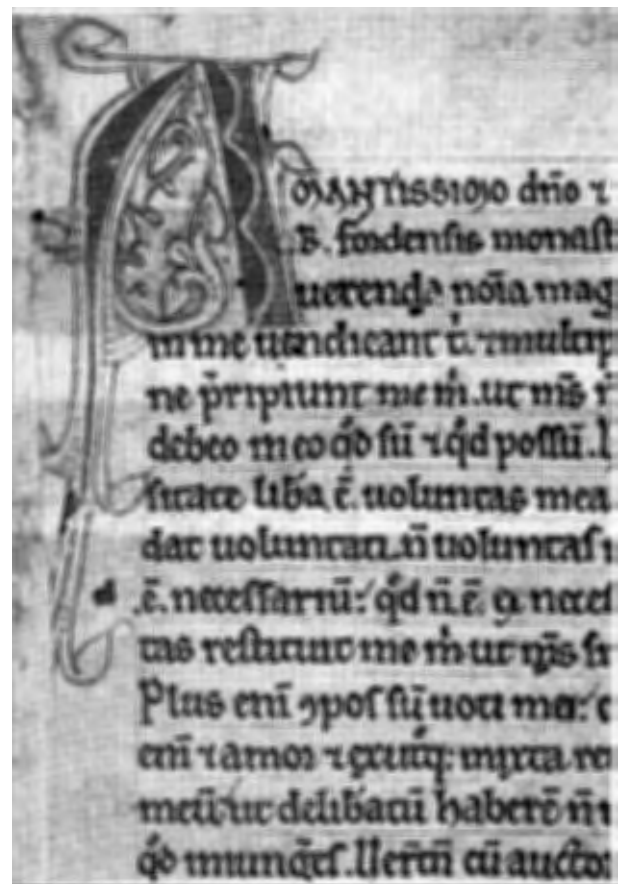
Con el rey Ricardo Corazón de León parte en 1189 en cruzada a Palestina encontrando la muerte en Tiro, Siria, en octubre de 1190.

SACRAMENTO DEL ALTAR verdadero tratado del amor de Cristo a partir de los textos eucarísticos de la Biblia. Fruto de una época, su método contemplativo conduce al lector hacia una experiencia de Cristo a través de la luz propia de las verdades reveladas que en El tienen su centro y plenitud.

Saboreado y admirado desde distintos ángulos esta obra nos habitúa a considerar fácil y gustosamente el misterio de lo divino. A su término el autor habrá inculcado una "actitud contemplativa" que el lector podrá luego ejercitar y desarrollar en su vida práctica.

SACRAMENTO DEL ALTAR puede resultar una ayuda eficaz para unificar e integrar vitalmente las dimensiones bíblicas, litúrgicas, patristicas y de espiritualidad que tal vez hoy ante la riqueza de la renovación cristiana corremos el riesgo de vivir disociadamente.

Sacramento del Altar



Initial "A"

Manuscrito Stowe 35, f. 1

The British Library de Londres

BALDVINO DE FORD

SACRAMENTO

DEL

ALTAR

3

PADRES CISTERCIENSES

*Publicación del Monasterio de Ntra. Sra. de los Angeles
Casilla 34 - 7300 Azul - Argentina
1978*

548

band

1.c.2

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PUEDE IMPRIMIRSE

† Mons. Manuel Marengo

Azul, 3 de Septiembre de 1977.

Tapa: Monjas benedictinas de Sta. Escolástica.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES
MONASTERIO CISTERCIENSE

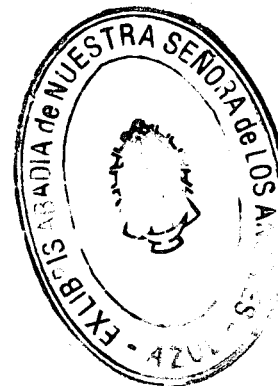
BIBLIOTECA:.....5283.....
241.71, PAD

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

© Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles

Azul - Argentina

IMPRESO EN ARGENTINA



Contenido

Contenido	7
Nota del Editor	9

BALDUINO DE FORD

por el P. Robert Thomas O.C.S.O.	11
---------------------------------------	----

SACRAMENTO DEL ALTAR

Introducción por el P. Agustín Roberts, O.C.S.O.; traduc- ción de las Monjas benedictinas de Sta. Escolástica	23
--	----

INDICE BIBLICO	295
INDICE GENERAL	303
SIGLAS y ABREVIATURAS	305
TITULOS PUBLICADOS	307

Nota del Editor

El siglo XII fue un momento importante en el pensamiento sobre la Eucaristía. En su transcurso se gestaron los elementos conceptuales que hicieron posible el esplendor y fecundidad de la teología eucarística del siglo siguiente con la escolástica. Dos grandes corrientes de reflexión caracterizaron su desarrollo: una, predominantemente "reflexiva" sale al paso de las nuevas e inquietantes preguntas que la reflexión sobre la fe le formulaba; la otra, más bien "sapiencial", heredera y continuadora de la gran corriente patristica y de la iglesia primitiva, retomó los clásicos temas y métodos reelaborándolos y expresándolos en el lenguaje propio de la época, para alimentar y sostener la fe del creyente.

Entre los autores cistercienses del siglo XII encontramos obras que responden a ambas corrientes; el "Sacramento del altar" de Guillermo de Saint-Thierry que publicamos en nuestro volumen anterior —PP.CC. 2— es ejemplo de la primera, el de Balduino de Ford que ahora presentamos lo es de la segunda.

En el SACRAMENTO DEL ALTAR de Balduino se encontrará la corriente vital de los Padres de la Iglesia, su conocimiento y manejo de la Biblia, su experiencia íntima de la realidad humana y sus necesidades, el misterio de Dios y sus caminos de salvación. Pero nos interesa destacar su utilidad para la vida de fe del lector.

Creemos que esta obra es en sí misma un método. Poco a poco y con naturalidad quien la lee es conducido a un conocimiento cada vez más profundo y personal de Cristo. Los distintos ángulos de aproximación al Misterio del Altar son distintas perspectivas desde las cuales él podrá admirar, saborear, . . . , contemplar a Cristo. A su término el autor habrá inculcado una actitud contemplativa que el lector podrá luego ejercitar y desarrollar en su vida práctica. El P. Roberts nos habla un poco de esto en su Introducción.

En momentos como los actuales de fecundo florecimiento bíblico, litúrgico, patristico y de vida espiritual, SACRAMENTO DEL ALTAR podrá ayudar eficazmente a integrar y unificar en la vida personal del lector todos estos aspectos de la realidad cristiana que tal vez viva disociadamente. Ojalá le sirva para alcanzar aquel "conocimiento pleno" que san Pablo pedía para los cristianos de Efeso, que es Cristo mismo.

La sencillez del método y lenguaje con que fue escrita hacen de esta obra un texto bello y luminoso. Es una excelente oportunidad para quienes deseen iniciarse en el conocimiento más profundo de esta literatura.

La traducción que ofrecemos la realizaron las monjas benedictinas de "Sta. Escolástica", Argentina, utilizando el texto latino presentado por el P. John Morson" O.C.S.O. en "Le Sacrament de l'autel" de Boudouin de Ford, Sources Chretiennes nº 93 y 94, Ed. du Cerf, París, 1963; a partir del manuscrito Cambridge, Corpus Christi College, ms. 200. La inicial "A" que reproducimos corresponde al manuscrito Stowe 35, f. 1 de The British Library. La subdivisión de la obra es la presentada en la edición francesa.

Al expresar nuestra reconocida gratitud a todos aquellos que han hecho posible publicar por primera vez en castellano esta obra, deseamos destacar las gestiones del P. Hilary Costello, O.C.S.O. ante la British Library de Londres y del Dr. Christopher Holdsworth, la fraterna colaboración de los PP. Thomas y Roberts en sus respectivas introducciones, y la de las monjas benedictinas de Sta. Escolástica y trapenses de Hinojo cuyo noviciado tuvo la generosidad de corregirnos las pruebas de imprenta.

Por la Comunidad de Ntra. Señora de los Angeles

EDUARDO GOWLAND, O.C.S.O.

Balduino de Ford

Balduino de Ford

Vida:

Balduino es un inglés. Desconocemos la fecha y el lugar de su nacimiento¹, tampoco nos han llegado noticias acerca de su infancia, excepto que hizo sus estudios en la escuela catedralicia de Exceter, en Devonshire, al sudoeste de Inglaterra². El testimonio de su erudición y su presencia en la corte papal en 1150, hacen del todo verosímil que haya proseguido su formación en el Continente, aunque no tengamos datos precisos acerca de qué escuelas habría frecuentado. Parece cierto que luego de algún tiempo regresó a Exceter con una alta reputación por lo que enseñó en la escuela de esta ciudad y pasó a integrar la "familia" del obispo Roberto.

1 Según Ch. HOLDSWORTH "Learning and Literature at the Abbey of Ford" en **Learning and Literature of English Cistercians, 1167-1214**, (tesis dactilografiada), Cambridge, 1959, p. 49; Balduino habría nacido en Exeter hacia 1120. De hecho, el primer testimonio que tenemos de él es una carta de Juan de Salisbury en la cual se habla de Balduino estando en la corte papal después de 1150, cuando Eugenio III lo nombra tutor de Graciano, sobrino de Inocencio II. Se estima que para esta fecha su reputación era considerable. (N del E).

2 La escuela catedralicia de Exeter tenía una larga y merecida fama que remonta al obispo Leofrico (1050) y contó con uno de los más eminentes teólogos ingleses, Roberto Pullen, quien habría enseñado allí hacia 1110 antes de hacerlo en Oxford en 1133. Por medio de Pullen, Exeter se vinculó con las escuelas de París y Laon. Cfr. HOLDSWORTH, op. c., pp. 49-50. (N del E).

Cuando Bartolomé en 1161 es consagrado obispo, Balduino fue nombrado Archidiácono de Totnes, desempeñando este cargo hasta el año 1169 en que renunció para ingresar en la abadía cisterciense de Ford, fundada en 1133. A este último período debemos su mayor y principal producción literaria.

No sabemos cuánto tiempo permaneció Balduino como simple monje en Ford. Gervacio de Cantébury dice que fue elegido abad "después de algunos años"; Geraldo de Gales, conocido también de Balduino, afirma que lo fue "dentro del año". Lo cierto es que en 1175 actuó como tal en calidad de juez delegado en el caso Malmesbury. Cinco años más tarde fue promovido al obispado de Worcester y en 1184, catorce años después de la muerte de Tomás Becket, fue elevado a la sede de Cantébury como primado de la iglesia de Inglaterra. Lucio III lo honró con el "**palium**" y le nombró su legado ante los ingleses.

Luego de predicar la cruzada, tomó él mismo la cruz en 1189 y acompañó a su rey, Ricardo Corazón de León, a Palestina donde murió en Tiro, Siria, en octubre de 1190.

Otro de sus contemporáneos, Giraud le Cambrien, quien le acompañó en sus viajes y fuera luego obispo de Saint-Davis, agrega estos detalles: "Balduino nació en una familia pobre, era enclenque y de baja estatura."

Comportamiento y carácter:

El mismo Giraud dice que su amigo era modesto, sobrio y de gran abstinencia; hablaba poco, lento a la cólera y gozaba de una naturaleza generosa.

Mucho más interesante e instructivo resulta leer a través de las obras del hombre de Dios algunos rasgos de su carácter;

aquí o allí nos los desvela, en particular en sus confidencias y oraciones.

En ellas percibimos su temperamento ardiente y apasionado. En su tratado sobre **Las Bienaventuranzas** hace su confesión mientras habla de las lágrimas: "Desde mi juventud mis sentidos se orientaban hacia el mal y, mientras me entregaba al pecado, riendo y divirtiéndome en el mundo, era sumamente infeliz". Convertido monje se rebeló contra sí mismo, lo dice en su tratado sobre **La Crucifixión del hombre viejo**. Su naturaleza aún hierve, se acusa de dejarse llevar por la cólera (Trat. sobre **La excelencia de la vida monástica**), se reprocha y confiesa humildemente por sus numerosas distracciones en la oración (Trat. sobre **El amor de Dios**). Dice que era impulsado al rencor e insiste en la dificultad que experimentaba en perdonar a sus enemigos; fácilmente recordaba sus injurias (**3er. y 4to. Trats.**).

Todo esto es humano y este rasgo lo hace más atrayente. Aquellas debilidades que descubría en la vida de los santos le dan coraje: "Puesto que Pablo exclama: "cuando soy débil entonces soy fuerte", también yo puedo decir: cuando Pablo es débil, entonces yo soy fuerte" (**9º Trat.**). La comunión de los santos es la fuerza de su confianza. Su "profesión de fe" en el tratado **De la vida común**, conmueve por su sinceridad y profundidad: "Voy a expresar con la boca lo que creo con el corazón: Creo, Señor, en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los santos; es lo que motiva mi esperanza, allí yace mi confianza, mi seguridad. Es la base, si bien pequeña, de la tranquilidad con que gozo cuando hago profesión de fe: generosidad del Espíritu Santo, unidad de la Iglesia Católica, comunión de los santos".

Esta profesión de fe es toda una oración, Balduino esmalta —como lo hará luego su discípulo Juan de Ford— sus tratados con muy hermosas oraciones que transparentan su espíritu. En un lugar pide poder entrar en el "reposo del Señor"

(5to. Trat.), en otro amar y estar en paz con sus hermanos (15to. Trat.); aquí, tener un corazón nuevo, ser poseído por Jesús, terminando con estas palabras: "Forma de belleza y sello de santidad, graba tu imagen en mi corazón, imprime en él el sello de tu misericordia, Dios de mi corazón y mi parte en la eternidad" (10 Trat.).

Una de las oraciones del **Sacramento del Altar** dice a su vez de su audacia —casi insolencia— cuando habla al Señor, su rectitud, sus deseos ardientes... y su humor inglés: "Señor Dios mío, sea dicho sin ofenderte, ¡cuántas veces en las oraciones que te dirijo por mis penas y tentaciones si no digo que eras duro, lo pienso! Cuántas veces doy vueltas en mi corazón a este pensamiento: la piedra era Cristo. Mas porque tú no te cansas de la indiscreción y de la molestia de aquél que te pide, que te busca y que golpea, no te dejaré mientras no me hayas bendecido. Trataré, con tu ayuda, de ver si puedo chupar la miel de la piedra y sacar el aceite de la roca más dura. Y si golpeas con el látigo de la prueba, me serviré de éste para golpear dos veces la roca de tu cólera con la rectitud de mis acciones y de mi corazón... y sé que brotarán torrentes de agua y que el pueblo podrá beber, los animales también, y yo entre los animales.

Obras:

Durante su vida Balduino fue reconocido como un hombre de amplia cultura³, amigo de las letras y enérgico orador. Escribió buen número de obras, algunas de las cuales han sido publicadas y otras aún no.

3 HOLDSWORTH, op. c., p. 52 cita el texto por el cual en 1178 el cardenal Pedro recomienda a Balduino al Papa Alejandro para el cardenalato: "El maestro Balduino, abad de Ford —a quien personalmente no conozco— es tenido en muy alta estima en toda la Orden Cisterciense a causa de su muy amplia cultura, valor y piedad". (N del E)

Editadas:

- Sacramento del Altar** PL. 204,641-1674 - SC 93-94
16 Tratados " " , 403-772 - P de C 35-40
Elogio de la fe " " , 571-640
2 Sermones⁴ Journal of. Theol. Stud. t. XIII, (1912), pp. 574-580.
Carta al Papa Urbano PL. 202, 1533
Cartas Chronicles and memorials, Londres 1865, t. II.

Inéditas: **De los dogmas ortodoxos - De las sectas heréticas - De la unidad de la caridad - Del amor - 33 Sermones - Elogio de la virginidad - Del anuncio del Angel - De la cruz.**

Todos estos libros indican ya los temas favoritos del autor: misterio de Cristo, Eucaristía, Palabra de Dios, fe, unidad de la Iglesia y de la comunidad monástica, la vida común, el hombre viejo, etc.

Doctrina:

Una teología ascética y mística.

Como los demás espirituales cistercienses, Balduino describe con gusto las etapas del itinerario espiritual que van desde los orígenes de la ascesis hasta las cumbres de la unión con Dios. Por ejemplo, es necesario salir de la "caldera" (con-

4 En opinión de P. Guébin en "Deux sermons inédits de Baldwin, archevêque de Canterbury, 1184-1190" en **Journal of Theological studies**, t. XIII, (1912), p. 571 ss.; estos tratados serían un extracto de otra obra de Balduino compuesta por 33 sermones. Guébin ofrece un estudio manuscrito comparativo el cual también podrá hallarse en la tesis de Holdsworth, op., pp. 55-57. (N del E)

versión), dominar a los enemigos (progresión en la virtud), alcanzar la liberación de las pasiones (cumbre); este es el tema de su tratado sobre **Las Bienaventuranzas**. Su originalidad consiste en su particular manera de insistir, en la fuerza de sus mandatos, en la precisión con que impone la mortificación de sí mismo. En esta obra de purificación quiere que cada uno se ayude mutuamente; cada uno debe excitar a su hermano para que reclame con grandes gritos la muerte del hombre viejo, el hombre terrenal, el hombre carnal. Cada uno tiene su cruz sobre la cual debe ser clavado: "Como él hace, ¡que se le haga también a él!", "él crucificó al Señor, ¡que sea crucificado!".

Una teología contemplativa.

Balduino es un teólogo, pero lo es a la manera de los Padres cuyas enseñanzas provienen fundamentalmente de la Escritura. No se preocupa de las "cuestiones" de la escolástica naciente. Su **Sacramento del Altar** no es un tratado didáctico, es una reflexión teológica "admirativa". Ve en la Misa el amor de Dios en acción; se asemeja a un tratado del amor de Dios a partir de la Eucaristía. Sin embargo, no faltan las buenas notas teológicas. Su doctrina sobre el cambio de las especies eucarísticas y del sacrificio es segura. La Misa es a la vez anuncio, proclamación, confesión y "re-presentación" de la muerte de Jesús. La comunión hace cuerpo con el sacrificio: se come a Cristo quien fue inmolado; esta manducación debe acompañarse con la fe, es fuente de caridad fraterna y de todas las demás virtudes. Comulgar es estrechar la unidad con los hermanos, es un compromiso de caridad fraterno.

Su enseñanza teológica no está fragmentada en diversos tratados cerrados, le gusta tomar en consideración la amplia curva de la historia de la salvación con sus grandes jalones: creación, caída, levantamiento gracias a la encarnación

redentora, prolongación en la acción salvífica de Cristo por medio de los sacramentos, en particular por la Eucaristía.

Este bosquejo de la historia de la salvación es siempre considerado de una manera espiritual, caliente, afectiva, trabada por temas referentes a la imagen del amor (**Trat. 4; 5; 7; 10**). En el tratado sobre la salutación angélica, Balduino menciona que "el negocio de nuestra salvación empezó con una Salutación" y el papel de María resulta muy bien desarrollado.

El doctor de la vida común.

Cister nació en un momento en que un soplo de renovación envolvía a Europa, a la Cristiandad, al monaquismo occidental. Por instinto la gente se volvía hacia las Ordenes, hacia el ideal de la iglesia primitiva donde todos eran un sólo corazón y una sola alma, donde todo era común.

Autores cistercienses como san Bernardo de Claraval, Guillermo de Saint-Thierry, Guerrico de Igny, etc. veían el origen de la vida común que vivían en Cister en la vida de los primeros cristianos. San Elredo de Rievaulx ubica este origen más arriba, para él estaba en la vida misma de los ángeles. Balduino tuvo el mérito de reconocerlo en la vida misma de Dios, en la vida común de las tres personas de la Sma. Trinidad. En esta materia es un maestro. Algo de esto nos habla en su **IV Tratado**, pudiendo encontrarse algunas ideas aquí o allí a lo largo de sus obras, pero es sobre todo en el tratado **De la vida común o cenobítica** donde desarrolló admirablemente el tema dándole toda su medida y profundidad.

Realmente Balduino concibió una teoría propia sobre la vida común; elaboró su teología principalmente a partir de tres textos de la Escritura: **Hech. 4,32**: "la multitud de los cre-

yentes..."; **Ef. 4,4:** "guardando la unidad del espíritu en el vínculo de la paz"; y **2 Cor. 13,13:** "la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios (Padre), y la comunión del Espíritu Santo".

La caridad es como un fuego, tiende a propagarse, a reunir en unidad por absorción. El amor transforma la propiedad en comunidad; el amor quiere la comunión: **amor de comunión**; es tan fuerte que desea que el amado comparta su mismo bien: **comunión de amor**.

El Espíritu Santo es la llave, la razón de ser de esta comunión, de esta unidad, de esta vida común. Lo es en la Trinidad, en los ángeles, y en la comunidad monástica.

Balduino lleva las conclusiones hasta el fin: la caridad pone en común cualquier propiedad personal, aún un bien espiritual dado por Dios. Este bien es verdaderamente poseído sólo si es compartido. Una gracia tiene siempre un carácter comunitario: aquél que la tiene y aquél que no la ha recibido la comparten en común puesto que aquél que la tiene la comunica al otro, de esta forma la tiene "para" el otro — **alteri habet**—; y aquél que no la tiene, la tiene "en" el otro — **in altero habet**—, porque lo ama.

Balduino es un gran autor cisterciense, hay que desear que se publiquen todas sus obras y los manuscritos nos entreguen sus secretos.

Sacramento del Altar

P. Robert Thomas, ocsa.

Introducción

Estamos en presencia de una de las piezas mejor logradas de la literatura espiritual del siglo XII, un tratado sobre el sacramento de la Eucaristía, escrito en un monasterio de la Inglaterra medieval en provecho de todo el Pueblo de Dios. En estas páginas introductorias veremos primero (I) la intención del autor y (II) un breve bosquejo de las tres partes de la obra. Después, y a modo más sintético, haremos (III) una importante aclaración del método teológico que utiliza y (IV) una presentación de las líneas más sobresalientes de su doctrina eucarística¹.

I. Finalidad de la obra

Por la carta dedicatoria del tratado, podemos comprender en qué circunstancias fue compuesto. Balduino se encuen-

1 Para un mayor desarrollo de los temas tratados en la presente introducción, consúltense las siguientes obras: J. LECLERQ, "Introduction" a *Le Sacrement de l'autel*, SC 93 (Paris: Ed. du Cerf, 1963), pp. 7-51, excelente estudio que recomendamos, cuyas principales ideas hemos querido poner aquí al alcance del público español, siguiendo más de cerca, sin embargo, el texto mismo de Balduino; C. HOLDSWORTH, *Learning and Literature of English Cistercians, 1167-1214*, Universidad de Cambridge, (tesis dactilografiada, 1959), pp. 47-48; J. M. POWERS, *Teología de la eucaristía* (Buenos Aires: Ed. Carlos Lohlé, 1969), esp. pp. 11-30; J. DANIELOU, *Historia de la Salvación y Liturgia* (Salamanca: Ed. Sígueme, 1967); J. DE GHELLINCK, "Eucharistie au XII siècle en Occident" en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. V (1913), col. 1233-1302.

tra en su monasterio de Ford como "servidor", es decir abad, y dedica su obra a su amigo Bartolomé, obispo de Exeter. Puesto que éste ocupó la sede de dicha ciudad de 1161 a 1184, y Balduino ingresó a la abadía de Ford en 1170 y luego fue elevado al obispado de Worcester en 1180, la obra fue escrita entre los años 1170 y 1180.

El tratado contiene "algunas instrucciones sobre el incomparable y único sacrificio verdadero, para edificación de la fe" que Bartolomé había pedido a su amigo, a quien le unía una estrecha intimidad². Después de la tradicional **trepidatio**, o expresión de indignidad, típica de tales prefacios, Balduino explica su propósito: colocar la verdad revelada del Nuevo Testamento antes que la figura del Antiguo, "para que por la luz resplandeciente de la verdad se atenúen las tinieblas de las figuras y éstas brillen más fácil y límpidamente". Esta intención del autor tendrá resonancias profundas a lo largo de su tratado; implican todo un método. Revelan la competencia de su formación teológica y su capacidad de formular la teología tradicional de los Padres de la Iglesia en una nueva manera. Optó así por escribir un tratado no tanto sobre la Eucaristía en la historia de la salvación, sino

2 HOLDSWORTH (op. cit., pp. 53-54) supone que ha existido una estrecha vinculación literaria entre ambos personajes, por cuanto el obispo Bartolomé dedicó a Balduino sus tratados **De Libero Arbitrio** y **Dialogus contra Iudaeos**. De hecho, era procedimiento común en esta época el ser invitado a exponer doctrina. No poco del pensamiento eucarístico del siglo XII se desarrolló bajo estos impulsos, causados por un creciente interés sobre el misterio eucarístico y saliendo al paso de errores y herejías. Las cartas, consultaciones, sermones, obras exegéticas, tratados y poesías litúrgicas fueron los medios expresivos del pensamiento y de la polémica. De particular importancia a este respecto son las producciones de Arnolfo de Rochester, Gilberto de la Porrée, Pedro de Celles y Ruperto de Deutz. Con provecho puede verse un ejemplo de tales intercambios en la carta de Guillermo de Saint Thierry a Ruperto de Deutz y el breve tratado de Guillermo sobre **El sacramento del altar**, publicados ya en esta misma serie: PP.CC.2 (Azul, 1977), pp. 249-315.

más bien acerca de la salvación de la historia mediante el misterio eucarístico.

II. Plan y contenido del Tratado

Rápidamente Balduino pasa a indicar el plan que ha de seguir: "Consideremos en primer lugar, cómo se ha obrado el paso de las cosas antiguas a las nuevas; después, cómo la verdad de la gracia nueva nos ha sido manifestada en el pan y en el vino; finalmente, cómo esta misma verdad fue ya prefigurada en el cordero (pascual) y en el maná".

Así, tenemos dividido el tratado en tres partes muy precisas:

1. Paso del Antiguo al Nuevo Testamento.
2. El nuevo sacrificio según el Nuevo Testamento.
3. Figuras eucarísticas en el Antiguo Testamento.

1. Paso del Antiguo al Nuevo Testamento

Esta breve primera sección nos sitúa en plena salvación de la historia. El cambio de Alianza, realizado en Cristo, modifica casi todos los elementos del antiguo Pueblo de Dios: las promesas materiales, las exigencias interiores de la justicia, los preceptos éticos exteriores y, como signo e instrumento de lo demás, la eficacia de los ritos sacramentales. Todo ha sido renovado a fin de que Cristo sea el cumplimiento de toda figura.

Balduino desarrolla de modo especial la significación de los sacrificios de la antigua Ley y los de las religiones no cristianas en general. Sus ritos sacrificiales tienen un triple sentido y, por eso, un triple simbolismo. Anuncian primero el pecado del hombre por el que se hace igual o inferior a

los animales. Luego enseñan la pena de muerte que merece por su culpa y, finalmente, la gracia de su liberación por la muerte salvífica de Cristo. Por una admirable intuición religiosa, "la opinión común de todos los hombres, que colocaban la esperanza de la salvación en el culto sacrificial, preparaba la institución futura de que todos deben ser salvados de la muerte por la muerte de una sola víctima".

2. *El nuevo sacrificio según el Nuevo Testamento*

La imperfección de los antiguos sacrificios lleva a Balduino a hablar de Cristo y la Eucaristía. La segunda parte de su tratado, la más larga y doctrinal, trata de la institución de este nuevo sacrificio según los textos del Nuevo Testamento.

Esta sección se abre con los versos de Mt. 26,26-29 en los que se nos narra la institución de la Eucaristía. Inicia el comentario una exposición acerca del fin que pone Cristo a los sacrificios mosaicos prescritos por la Ley. En este contexto trata del sacrificio "más antiguo aún" del pan y vino ofrecidos por Melquisedec (Gén. 14,18-20) pero ahora renovados por el suyo propio. Luego comenta el texto de san Mateo en cada una de sus partes recurriendo a una filología elemental y a otros pasajes de la Escritura los cuales, generalmente por contraste, echan luz sobre el misterio. Utiliza también a los Padres y al canon de la misa, todo ello con natural soltura y agradable fluidez. El comentario se amplía con la interpretación espiritual de varios temas: don y manducación de Cristo, Iglesia, historia de la salvación, Cristo la verdadera vid, etc.

La sección se completa con una exposición doctrinal sobre el cambio realizado en la consagración eucarística. Balduino emplea el término "transubstanciación", ya habitual en la segunda mitad del siglo XII, pero reconoce el límite de la ra-

zón ante este misterio. La simplicidad de la fe acata los medios de Dios con sencillez y transparencia de corazón. Son justamente estas actitudes que Balduino comunica y dan fuerza peculiar a todo el tratado.

Los textos de Marcos y Lucas apenas son comentados pues fueron analizados al comentar a san Mateo. Pero la doble mención del cáliz en la versión de san Lucas da pie para que el vino tome preponderancia en el comentario. El cáliz es la "ley perpetua", Cristo, la "bebida del amor". Así se impone la fe, se reclama la obediencia y se nos otorga la herencia.

Al llegar al evangelio de san Juan, Balduino comenta, como era de preveer, el capítulo 6 refiriéndose continuamente al discurso de la última cena. Este tercer capítulo, aunque mucho más breve que el anterior sobre san Mateo, es de una elevación espiritual muy grande. Se trata del fruto del Sacramento, la gracia sacramental y la manducación espiritual por la fe. Siguiendo explícitamente a san Agustín, en su **Comentario sobre San Juan**, desarrolla una teología mística a base de la fe y el amor, subrayando la necesidad de un paso personal más allá de la Ley que mata, hacia el Espíritu que da vida. En este proceso, Cristo es el alimento imperecedero, sellado por el Padre. Da vida al mundo, sacia toda hambre y sed, pero cuanto más lo comemos o bebemos más lo deseamos. Balduino explica aquí las dos formas mutuamente necesarias de comer a Cristo: por la fe y por la manducación sacramental.

El último capítulo de esta segunda parte versa sobre los textos de san Pablo que tratan del Sacramento del Altar. Son cinco textos de la primera Carta a los Corintios los cuales sirven de transición entre los evangelios y las figuras del Antiguo Testamento.

Por un lado estos textos describen las disposiciones interiores necesarias para la recepción del Sacramento. Así I Cor. 5,1-8 permite afirmar la necesidad de formar entre los cristianos una "nueva masa"; en 11,20-27 se responsabiliza de la muerte de Cristo a quienes le reciben indignamente; y en 11,28-32 se nos recomienda el juicio sobre nosotros mismos con el consiguiente pesar del corazón. Se trata de una actitud de contrición que acepta la "disciplina" o pruebas que Dios nos manda para fortalecernos.

Por otro lado los textos se refieren a las figuras antiguas del Exodo, al papel de la economía figurativa del Antiguo Testamento. Se trata de I Cor. 10,1-4 y 14-21, los que Balduino comenta más extensamente.

En 10,1-4 la riqueza simbólica y doctrinal del texto paulino permite un desarrollo de las figuras veterotestamentarias del maná, la nube, la roca, etc., dentro del sentido literal e histórico-salvífico. Todo se apoya y culmina en Cristo, objeto y autor de las promesas, quien ha sido el trasfondo del comentario. La reflexión se vuelve plegaria y el corazón descubre sus anhelos en una de las varias oraciones espontáneas que dan a la obra un sabor característico y personal.

En su comentario sobre I Cor. 10,14-21, Balduino nos habla de la amistad de Cristo como razón de ser de la institución del Sacramento en la última cena. Así como la comida en común es símbolo y medio de amor entre los hombres, es también vehículo expresivo de la amistad de Cristo. Comulgar en su Cuerpo y Sangre se torna así en signo de unidad al otorgarnos la gracia común a todos, pero diversa en cada uno, y al unirnos a El en un solo cuerpo. A partir de las figuras del cáliz y los ídolos, esta sección del comentario se completa con el tema del pecado, tanto personal como colectivo. Se nos habla de la "comuni6n demoníaca", un térmi-

no de la época para designar el pecado, y se termina subrayando la inevitabilidad del juicio.

3. Figuras eucarísticas en el Antiguo Testamento.

En la tercera y última parte de su obra, Balduino desea examinar de modo más particular tres figuras antiguas:

- El pan y el vino ofrecidos por Melquisedec
- El cordero pascual
- El maná

De hecho analiza las dos últimas, puesto que el pan y el vino ya fue visto al comentar los sin6pticos. Su propósito ahora no es tanto ver el paso de la primera alianza a la nueva, sino indicar cómo el nuevo sacrificio armoniza con el antiguo y cómo éste está configurado con aquél.

En el caso del cordero, dos textos de Ex. 12 y uno de Nm. 9 son la base de la figura. Cada aspecto de ella se lo confronta con algún hecho, palabra o actitud de Cristo de tal modo que todo queda explicado y referido a El. Esto permite descubrir el sentido profundo del acontecimiento antiguo, a la vez que da oportunidad a extraer enseñanzas espirituales y morales para el cristiano, las que Balduino llama "el sentido místico".

La figura del maná cautiva su atención. Siete textos dan pie a un extenso comentario en el que, siguiendo el mismo método cristocéntrico, nuestro autor nos brinda no pocas reflexiones profundas sobre el Misterio y la vida cristiana. Se percibe aquí la notoria influencia de comentarios anteriores que remonta hasta Orígenes, el gran alejandrino³.

3 Como ha demostrado J. MORSON en la introducción al texto crítico de la presente obra, SC 93, pp. 64-67.

INTRODUCCIÓN

Contrariamente a lo que podría suponerse luego de tanta tipología, Balduino no pierde el sentido de lo concreto. Lo que caracteriza su comentario sobre las figuras del Antiguo Testamento es el equilibrio entre el sentido literal y el espiritual o místico. Desarrolla el sentido cristológico, fundamentándolo primero sobre el sentido del acontecimiento histórico. De acuerdo con un procedimiento de exégesis literal común a la época, normalmente ofrece varias interpretaciones históricas posibles de un mismo texto antes de pasar a su significado más personal y salvífico. El resultado es una prolijidad interpretativa que es a la vez sobria y completa.

Siguiendo este ritmo, el tratado termina con un análisis de la dulzura del maná histórico y luego del maná espiritual que es Cristo mismo: "Cada uno encuentra en él un sabor diferente según sus elecciones y preferencias. En su bondad, Cristo se comunica a través de esta variedad. Es dulce para todos".

III. Método teológico

El lector moderno se preguntará sobre el tipo preciso de desarrollo teológico que representa la presente obra. Hemos dicho ya que la exposición de Balduino se basa totalmente en los textos bíblicos, y éstos no en su orden cronológico de redacción sino según su proximidad a la luz de Cristo que ilumina toda la historia de la salvación. No es, evidentemente, teología especulativa. Su finalidad no es penetrar, en la medida humanamente posible, en las razones del misterio del altar, analizar su contenido en términos filosóficos y sacar consecuencias por vía de razonamientos a partir de la afirmación del dogma revelado. Balduino quiere solamente afirmar y asegurar su fe: "Nuestra confesión de fe, apoyada por una parte en la doctrina del Apóstol y por otra en la del evangelio, será como un edificio bien asentado, sólido e inmovible. Ninguna tempestad, ningún asalto de preguntas curiosas podría hacerlo vacilar sobre sus cimientos".

Las cuestiones que tienden a alejar el espíritu de los datos revelados son, a los ojos del abad de Ford, un peligro para la fe entendida como inteligencia espiritual. Se complace en insistir en la solidez de la revelación, en la riqueza inagotable de las Sagradas Escrituras y en la trascendencia de la fe cuando es vivida en el amor de Cristo. La Escritura es la verdadera sabiduría y la sabiduría de los sabios es locura en comparación con ella.

No obstante, no estamos frente a un tratado de teología bíblica en el sentido moderno de la frase. Aunque Balduino utiliza la ciencia exegética de su tiempo, no depende de ella. Si, por ejemplo, la versión latina de un versículo bíblico no da un sentido satisfactorio, no se preocupa de estudiar el original griego o hebreo. Aunque el texto le fuera accesible, necesitaría mucho trabajo y tiempo para comprenderlo y sacar partido de él. Entretanto, hay que vivir la fe tanto más intensamente cuanto que se está comprometido, por profesión pública, en el camino de la perfección evangélica.

Se trata de una actitud y un método teológicos que no plantean más problemas que aquellos cuyas soluciones deben servir a la vida cristiana y contemplativa. El tratado no es más que un comentario de textos bíblicos relacionados con Cristo y en esto representa una actitud más puramente contemplativa que la más apologética mostrada por Guillermo de Saint-Thierry en su tratado del mismo nombre, escrito medio siglo antes⁴.

4 El P. Robert THOMAS, en su introducción al tratado de Guillermo, PP. CC. 2 (Azul, 1977), pp. 233-234, lo fecha entre los años 1111 y 1130. J. M. DE-CHANET, *William of Saint Thierry, The Man and His Work*, CS 10 (Spencer, 1972), p. 33, lo pone poco después del año 1128. Más recientemente, S. CEGLAR se inclina a los años 1128-1132, en su tesis: *William of Saint Thierry: The Chronology of his Life, with a Study of his Treatise On the Nature of Love*, (Universidad Católica de América; Ann Arbor: University Microfilms, 1972), pp. 377-407, citada en P. RYAN, *The experience of God in the De Contemplando Deo of William of Saint Thierry* (Universidad de Western Michigan; Ann Arbor: University Microfilms, 1977), pp. 9-15.

La verdadera unidad del comentario de Balduino reside, no en el plan del mismo ni en el método, sino en la idea central que domina todas sus partes. Su doctrina es muy simple porque no está influenciada por ninguna preocupación extraña a los textos mismos de la Sagrada Escritura. Este eje central es la concepción tradicional del misterio de la Eucaristía: tanto en la Cena como en la Misa, **el Sacramento del altar es el signo eficaz de la oblación que Cristo hace de sí mismo en el instante de morir y de resucitar**. Esta realidad unificadora es lo que resalta del sentido obvio de los textos transmitidos por la Biblia que Balduino aprendió, como la mayor parte de los cristianos de su tiempo, de la liturgia misma de la Iglesia. Por eso, no tiene más necesidad que la de recoger estos textos, reflexionar de manera directa sobre ellos y compararlos unos con otros, sin sentir la obligación de pasar mucho tiempo justificándolos exegéticamente. De este modo se vincula y continúa a la más genuina tradición interpretativa de los Padres.

¿Es suya, entonces, una teología litúrgica? La respuesta a esta pregunta dependerá del sentido amplio o restringido que demos a la liturgia. De hecho, el método de Balduino va más allá de los textos litúrgicos, porque utiliza los términos filosóficos y teológicos de su tiempo, por ejemplo la palabra "transubstanciación", como ya hemos notado. Su propósito, el factor principal que determina su método teológico, es conducir al lector a una experiencia de Cristo que sobrepasa los momentos litúrgicos, en el sentido cúltico de la palabra.

Por esta razón, la teología del abad de Ford puede llamarse "patristica" o "monástica", puesto que es típico de estos ambientes. Dom Leclercq la ha denominado "admirativa" por el uso frecuente que hace Balduino de términos como **stupor** o **admiratio**⁵. El contexto contemplativo de los mo-

nasterios la favorecían notablemente. Se trata de un modo de pensamiento religioso que caracterizaba a la Edad Media cristiana hasta el tiempo de la teología escolástica en el siglo XIII. Mientras que el escolasticismo razonaba de manera científica y dialéctica, con el uso de la filosofía humana, este otro procedimiento religioso era más bien sapiencial, reflexivo más que discursivo, y se basaba sobre la comparación de una verdad revelada con otra⁶. Gracias a este fenómeno de reflexión recíproca de las verdades reveladas entre sí, cada una proyecta sobre las otras su propia luz, como espejos concéntricos que refractan sus rayos luminosos para reflejarlos hacia el centro, que es Cristo. Este método tradicional de los primeros siglos cristianos es más sintético que analítico, brota de la experiencia personal de lo divino y se expresa con la finalidad de conducir a otros a una experiencia parecida. Es una teología contemplativa, sólo relativamente pastoral y secundariamente sistemática. En esto difiere de lo que hoy en día llamamos "teología espiritual".

Sin embargo, si es difícil definir la teología monástica que utilizaba Balduino y otros autores del siglo XII, es posible verla en acción en sus escritos, de entre los cuales este tratado sobre el Sacramento del altar es un hermosísimo ejemplo⁷. Su finalidad, más que enseñar nuevas verdades o profundizar en las reveladas mediante silogismos, es crear en el lector una actitud de profundo respeto por el texto sagrado y por el misterio que contiene. Balduino sabe que tal actitud será el suelo bien arado en el que el Espíritu mismo de Dios podrá sembrar la semilla de la contemplación que es la Palabra hecha carne. Una exégesis de esta índole no adapta la Biblia a nuestros pensamientos humanos, sino al contrario, el espíritu humano se adapta a la Biblia. El hombre procura asimilar, en lo posible, el sentido más directo e inmediato de la Escritura, su mensaje salvífico, y ser asimilado por él.

5 LECLERCQ, *op. cit.*, pp. 10 y 47.

6 Para un estudio más extenso sobre este tema, ver *idem*. "Théologie traditionnelle et théologie monastique", en *Irénikon* 37 (1964), pp. 50-74.

7 Ver LECLERCQ, SC 93, pp. 25-33.

IV. Doctrina teológica

El método teológico-literario seguido por nuestro autor influye de dos maneras importantes en las doctrinas por él enseñadas. En primer lugar, la **presentación** de su enseñanza toma la forma de lo que llamaríamos hoy una serie de **excursus** sobre los temas teológicos subyacentes a los textos bíblicos que comenta. Así por ejemplo, su largo desarrollo sobre el Reino escatológico, que en la presente edición se encuentra en las págs. 100-107, está en el contexto de su comentario sobre Mt 26,29: "No beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre". De igual forma, su doctrina sobre las relaciones entre vida activa y vida contemplativa se encuentra al final del **excursus** sobre el sentido de la doble recogida del maná, el día previo al sábado, descrita en Exodo 16,22-30, (pp. 264-270).

En segundo lugar, en cuanto al **contenido** de estos **excursus**, la finalidad espiritual de Balduino hace que generalmente reproduzcan y sintetizen la doctrina de los Padres de la Iglesia, especialmente san Agustín. Balduino nombra explícitamente también a san Hilario, san Ambrosio, san Jerónimo y Dionisio el Areopagita, utilizando los comentarios de Orígenes, como ya hemos indicado, y los de su propio siglo, como los de san Bernardo y san Elredo de Rieval⁸. La gran

8 Según HOLDSWORTH (*op. cit.*, pp. 70-78), la biblioteca de Ford era considerable para su época, superando la de Rieval con sus 212 volúmenes. De acuerdo con los datos de una investigación hecha a mediados del siglo XIII por un grupo de franciscanos y de otras investigaciones posteriores, la biblioteca de Ford contaría con más de 273 obras. Era un conjunto integrado por copias de la Biblia, textos básicos de liturgia, la Regla de san Benito, Casiano, legislación cisterciense y decretos eclesiásticos generales, Padres de la Iglesia, especialmente los latinos: Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio Magno. Había obras de los Padres orientales: Orígenes, Juan Crisóstomo, Atanasio y el Pseudo-Dionisio. No faltaron Boecio, Casiodoro, Isidoro, Hilario de Poitiers, Alcuino, Anselmo, Hugo

mayoría de sus imágenes y enseñanzas son de ellos. Sin embargo, se muestra libre para diferir de la opinión de un Padre si le parece haya razón suficiente y, sobre todo, la síntesis de sus **excursus** son casi siempre nuevas.

Este don de resumir en breves palabras la doctrina tradicional de la Iglesia y de los Padres constituye un rasgo sobresaliente de la presente obra. Con profundo sentido de fe y un tacto espiritual que parece brotar de la propia experiencia contemplativa, Balduino sabe guardar la justa medida entre los distintos elementos en juego: el sentido literal del texto que comenta, el uso de la filosofía, el sentido espiritual, la variedad de interpretaciones ya hechas o posibles dentro de la ortodoxia teológica y el principio fundamental de la autoridad de la Iglesia en la interpretación de la doctrina bíblica. La nitidez, claridad y variedad de estas exposiciones sintéticas, que siguen una tras otra a lo largo del comentario, dan al tratado su valor principal para los lectores de todos los tiempos.

Reducir a una síntesis general toda la enseñanza eucarística del abad de Ford violentaría el espíritu y el estilo de su obra. Sería mejor considerar su doctrina como un eje central con rayos que salen de él y por él son iluminados. Este eje central es el hecho de que el misterio de la Eucaristía es Cristo mismo en su acto de morir y resucitar, que se ofrece bajo los signos sensibles de pan y vino, para redención y transformación de todos los hombres. Esta enseñanza, que subyace en toda la obra, se desarrolla especialmente en el comentario sobre las palabras de institución (pp. 70-98) y en la sección que habla del "Sentido místico del cambio del pan" (pp. 119-121).

de san Víctor y los autores cistercienses. Las clásicas gramáticas, historias, vidas de santos, obras homiléticas, colecciones de milagros, historias sobre la Virgen y relatos de visiones completaban este rico tesoro de la abadía. Hay razones fundamentadas para pensar que muchas de estas obras pertenecían a la biblioteca de Ford ya en tiempos de Balduino.

Como aspectos de este tema fundamental, Balduino elabora una multitud de temas secundarios, como son la unidad de la Iglesia (pp. 190-193), el sentido salvífico de la resurrección (pp. 103-106), la obediencia cristiana (pp. 110-114), la acción interior del Espíritu Santo (pp. 179-180), las formas de la Palabra de Dios (pp. 288) y la recepción de esta Palabra por los fieles (pp. 272-273 y 279-284).

Estos temas secundarios parecen agruparse en torno a cinco centros de interés doctrinal, que son elaborados más extensamente. Los mencionaremos aquí, junto con los lugares donde nuestro autor los desarrolla, para luego indicar un tema general que puede ser considerado el alma del tratado.

1. La **historia sagrada** tiene una unidad intrínseca que se realizó en la Nueva Alianza pactada en la Sangre de Cristo durante la última cena y sobre la Cruz. Dentro de esta unidad, los elementos del Antiguo Testamento son signos preparatorios y mutuamente necesarios de las realidades verdaderamente salvíficas del Nuevo (pp. 49-59, 93-94, 245-247). El crecimiento en la fe consiste en descubrir personalmente este "significado místico", que dará una sensibilidad nueva y madura, una "conciencia de la fe" (pp. 47-48 y 182-183). La palabra "místico", aquí y a lo largo de la presente obra, debe entenderse en su sentido patrístico y objetivo de "referente al misterio de Cristo", y no sólo según su sentido moderno, más estrecho y subjetivo, de "relativo a la unión extática del alma con Dios"⁹.
2. Del mismo modo, sólo el único y verdadero **sacrificio de Cristo** explica los múltiples sacrificios de la ley mosaica

⁹ Para mayores explicaciones, ver H. DE LUBAC, *Exégèse Médiévale I* (Paris: Aubier, 1959), pp. 374-423, y L. BOUYER, *Introducción a la vida espiritual* (Barcelona: Herder, 1964), pp. 344-352.

y de las religiones no-cristianas. El sentido de éstos últimos era de expresar la esperanza universal de salvación a realizarse por medio de un futuro sacrificio (pp. 54-59 y 61-64). Balduino evita así un error metodológico muy difundido entre teólogos posteriores, el de formular una teoría de sacrificio en general y luego aplicarla a la Eucaristía. Si hubiera que definir lo que es para Balduino la esencia de tal sacrificio, habría que servirse de la palabra latina que tanto usa el abad de Ford: **offerre**, ofrecer, y su sustantivo, **oblato**, oblación u ofrenda. La consiguiente destrucción de la ofrenda, que la convierte en víctima sacrificial, significa el paso del hombre de una condición "carnal" a una adhesión a Dios en "un solo espíritu" (p. 56). Es una primera aplicación al Sacramento del altar de la doctrina mística de san Bernardo y la escuela cisterciense ¹⁰.

3. El cambio del pan al Cuerpo de Cristo y del vino a su Sangre no es un mero cambio de significación o de forma, una "transfiguración", sino una verdadera **"transustanciación"** (pp. 85-86 y 115-120). Este último término ya se había introducido en el vocabulario teológico de occidente a comienzos del siglo XII — medio siglo antes de la redacción del tratado de Balduino — e iba a ser canonizado poco después, en el año 1215, por el Concilio Lateranense IV ¹¹. Es aquí donde el abad de Ford se muestra heredero del desarrollo teológico de los siglos IX al XI, fruto, a su vez, de las controversias acerca de la presencia eucarística de Cristo ocasionadas por Beren-

¹⁰ Ver SAN BERNARDO, *Sermones super Cantica* 83,6, en *Sancti Bernardi Opera*, ed. Leclercq, Talbot et Rochais (Roma: Ed. Cistercienses, 1958), p. 302; GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta de Oro*, nn. 185-187, (Madrid: Studium, 1967), pp. 152-153; E. GILSON, *La Théologie Mystique de Saint Bernard* (Paris: J. Vrin, 1969), pp. 142-177 y 230-232.

¹¹ Denz. 802. Para una excelente aclaración ver J. A. SAYES, *La presencia real de Cristo en la Eucaristía*. (Madrid: BAC. 386, 1976), pp. 233-274.

INTRODUCCIÓN

gario de Tours y otros¹². Balduino, cuya finalidad no es apologética, evita referirse directamente a estos autores, ni se detiene en consideraciones filosóficas, pero su fuerte y repetida insistencia en el verdadero cambio de las substancias eucarísticas, sólo accesible a la fe, revela el clima doctrinal en el que escribe (pp. 47, 82-85, 90 y 94-95). Ignoramos el **cómo** de esta conversión (pp. 118-119), pero la tarea del creyente no es escudriñar tales secretos, que Dios revela a los sencillos, sino "humillarse ante Dios" y asimilar toda la gracia eucarística de conversión espiritual significada "místicamente" en el cambio del pan y vino. Esta transformación espiritual del hom-

12 La Edad Media heredó de la patrística el problema de la naturaleza de la presencia de Cristo en los dones consagrados. Dos grandes líneas de pensamiento elaboraron el tema: la piedad litúrgica, que seguía a san Ambrosio y afirmaba el **realismo** del cambio de las especies, desembocando en la adoración de Cristo totalmente presente; y la corriente teológica que seguía el pensamiento de san Agustín, afirmando el **simbolismo** del cambio. La tensión entre **realismo** y **simbolismo** dió origen a dos importantes controversias. En el siglo IX, Amalario, Pascasio Radberto, Ratramno y Rabano Mauro discutían la identidad del cuerpo eucarístico con el cuerpo histórico y glorificado de Cristo, mientras que Berengario de Tours, en el siglo XI, redujo el Sacramento a mero signo de unión con el cuerpo glorificado de Jesús, persistiendo el pan y el vino.

El error de Berengario fue de no distinguir suficientemente entre realidad y apariencia. Según él, el hombre ve las cosas en su esencia, por lo tanto lo que se ve es la verdadera esencia de las cosas. Así, el pan de la Eucaristía es y sigue siendo pan luego de la consagración. Para fundamentar esto, tomó la definición de sacramento de san Agustín: signo de una cosa sagrada. Mientras para Agustín esto significaba que Dios viene a los hombres asumiendo y utilizando realmente lo terreno, para Berengario los elementos materiales serían sólo y substancialmente signos de la acción divina en el creyente. Anticipó así el nominalismo que iba a florecer cuatro siglos más tarde y preparar el terreno para la reforma protestante. Según este enfoque, **signo** y **realidad** resultarían contrapuestos en lugar de corresponderse íntimamente en el orden sacramental. El error de Berengario fue condenado en varios Sínodos entre los años 1050 y 1079 (**Denz.** 690). Berengario murió en 1088, e.d., 90 años antes de la redacción del tratado de Balduino, lo que permitió que nuestro autor adoptara un enfoque menos polémico.

bre anticipa la resurrección escatológica final ¹³, puede exigirnos hasta el martirio y es la realidad definitiva deseada por Cristo al instituir el Sacramento (pp. 110-113 y 119-124).

4. Hay **dos maneras de comer a Cristo**: saborearlo por la fe y recibirlo en el Sacramento (pp. 147-151 y 177-179). Balduino no vacila en juntarse a la tradición patrística, representada sobre todo por san Agustín, que da la primacía a la manducación espiritual por la fe. Solamente así se respeta la finalidad del Sacramento. De este modo los justos del Antiguo Testamento podían comer anticipadamente al Mesías (p. 178). Incluso para nosotros, sin la fe, la comunión sacramental de nada serviría y la carne, aun la de Cristo, nos sería inútil (pp. 159-161). Sin embargo, utilizar esta realidad espiritual para negar el valor del Sacramento sería la prueba de no vivir espiritualmente y de no haber escuchado al Padre (pp. 162-164). El enfoque correcto del misterio eucarístico es la unión de los dos elementos. Así, "al comer el cristiano a Cristo, comparte su vida y, al compartirla, se lo come" (**Hic Christum manducando participat et participando manducat**, p. 149). Se trata aquí del tema siempre actual de las relaciones entre evangelización y liturgia.

5. La comunión eucarística implica un **compromiso de seguir a Cristo** hasta la muerte (pp. 122-124 y 129-131). De acuerdo con su método y propósito, Balduino hace espe-

13 Para una expresión moderna de esta transformación universal que brota de la Eucaristía, ver P. TEILHARD DE CHARDIN, "La misa sobre el mundo", en **Himno del universo** (Madrid: Taurus, 1967), esp. pp. 32-33: "En el centro de tu pecho no descubro más que un horno, y cuanto más contemplo este foco ardiente más me parece que los contornos de tu Corazón se funden en su totalidad, que se van agrandando, más allá de toda medida, hasta el extremo de que ya no distingo en Ti otros rasgos más que la figura de un Mundo inflamado".

cial hincapié en las consecuencias prácticas del Sacramento en la vida cristiana. Insiste en las actitudes interiores y exteriores que fluyen de la Eucaristía: configuración con Cristo en la mortificación y los dolores de su pasión y en las alegrías de su resurrección (pp. 101-109), obediencia a la voluntad del Padre hasta la muerte (pp. 110-113, 122-124 y 129-131), fe confesada con palabras y obras (pp. 222-224), vigilancia y discernimiento de los espíritus (pp. 198-201), entrega total a la unidad del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (pp. 120-121, 151-153, 188-193). La parte final del tratado, sobre las figuras de la Eucaristía en el Antiguo Testamento (pp. 216-293), subrayará de distintas maneras la importancia de estas consecuencias prácticas del Sacramento, resumidas en el ejemplo y el mandato del amor de Cristo.

Tratado del amor de Cristo

Lo que unifica toda la presente obra, a nivel de contenido doctrinal, no es solamente lo que hemos llamado el eje central: Cristo en su acto eucarístico, sino la gran realidad espiritual que empujaba al Salvador a realizar tal acto: **Christi caritas**, el amor de Cristo. Las mejores líneas de Balduino son dedicadas a cantar este amor, especialmente en su comentario sobre las palabras consagradorias de la Sangre: "Que será derramada para el perdón de los pecados", en el que juega con las palabras **caritas** e **iniquitas**, para aclarar las causas de la redención (pp. 97-98).

Esta insistencia en el amor de Cristo como factor primordial del único sacrificio de la Cena y de la Cruz es la contribución personal más grande del abad de Ford al desarrollo de la teología eucarística. Como aplicación a dicha teología del espíritu agustiniano, se introdujo muy pronto en la teo-

logía de las escuelas¹⁴. Esta misma insistencia hace que, entre los autores monásticos del siglo XII, Balduino es el que mejor ha logrado una síntesis entre la mística del amor, tan típica de la espiritualidad cisterciense, y el misterio eucarístico, tan arraigado en la piedad popular de aquel y siguientes siglos.

Según Balduino, la Eucaristía obra en nosotros efectos semejantes a lo que ella significa¹⁵. Ahora bien, representa, es decir, hace presente y operante (p. 212), el amor de Cristo por nosotros. La ofrenda es así un ejemplo eficaz: "Toda nuestra acción de gracias por la salvación del mundo es debida al amor. El nos urge, por una lógica apremiante, a amar a Cristo tanto como han podido odiarlo sus enemigos,... pues es indigno de ser llamado amigo... el que no devuelve con amor el don de amor a quien nos amó tanto. Que al menos devuelva lo que puede. No digo que devuelva igual amor, porque ¿quién podría devolver igual amor?, sino que nuestra propia sangre no nos sea más preciosa que el amor de Cristo" (p. 98). Así el efecto propio de la comunión es la gracia del don de nosotros mismos (p. 127). Este amor activo, ligado al acto de caridad del Señor, se hace exigencia de la realidad que obra en nosotros la presencia real.

Por el amor de Cristo que la vivifica, la Eucaristía se revela como verdadero **sacramentum**, e.d., como manifestación privilegiada de Dios que salva la historia de los hom-

14 Por ejemplo, en STO. TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologiae* 3,46,3; 3,47,2 ad 1; 3,48,3 y 3,79,4. En general, la importancia del amor de Cristo ha sido reconocido y desarrollado en la espiritualidad eucarística de los últimos siglos, pero no suficientemente en la **teología**, como p.e., en J. M. POWERS, *op. cit.* Se necesita un nuevo acento o un nuevo equilibrio, que incorpore algunos de los elementos espirituales subrayados con razón por Balduino. Un paso en esta dirección es J. A. SAYES, *op. cit.*

15 Este principio de teología de la gracia sacramental, implícito en toda la obra, se encuentra expresado más claramente en las pp. 119, 121, 188-193 y 212.

INTRODUCCIÓN

bres. Es el eslabón de oro entre la Biblia y la vida cotidiana de Cristo en los cristianos. Esto es importante, porque **Sacramento del altar** es una obra tanto sobre la Biblia como sobre la vida de Cristo en la Eucaristía y en sus fieles. Además, refleja en su misma redacción la verdad salvífica que trata de comunicarnos. Se podría comparar a un collar de perlas finas. Los distintos **excursus** doctrinales están ligados entre sí por este hilo de oro que es la constante referencia a la autodonación del Hijo de Dios al mundo, para llevar a los hombres consigo al Padre. La inteligencia espiritual consiste en creer esta verdad. La sabiduría espiritual es vivirla en amor (p. 160).

Más concretamente, la comunión eucarística consume la comunión de amistad de los hermanos entre sí (pp. 185-186), que ya es una participación en la amistad de las Personas divinas. Así se cumple la palabra de Cristo en la última cena: "Que sean uno como tú, Padre, y yo somos uno" (pp. 190-193). De esta manera, Balduino integra en su obra el aspecto comunitario de la Eucaristía, tan típico de la vivencia cristiana de los primeros siglos, pero desplazado durante el período que va del siglo VIII a la primera mitad del XX. De forma parecida, la importancia dada al amor de Cristo compensa la relativamente poca referencia a la acción del Espíritu Santo. Aquí también, Balduino refleja el ambiente teológico en que escribe.

Las exigencias prácticas de la Eucaristía, que ya hemos notado como centro de interés particular de nuestro autor, fluyen del amor unitivo, que tiene su origen entre las Personas divinas. Sea en la caridad para con los hermanos, sea en la misma caridad para con Dios, se trata siempre de estar en consonancia con lo que Cristo hace en nosotros. Unirse a Cristo no es solamente ofrecer su sacrificio o comulgar en su cuerpo y sangre, sino comprometerse a imitarlo y comenzar ya a realizar esta imitación desde el corazón. Es obedecer al Padre hasta la muerte si es preciso, beber con Jesús el cáliz del renunciamiento a la voluntad propia. El amor no es, entonces, un camino de fa-

cilidad sino de ascesis que debe llegar hasta el martirio, cruento o no (pp. 108-110, 119-124 y 129-132).

Tampoco es un camino de sentimentalismo triste. Balduino pone siempre el acento sobre la alegría y revela, a la vez, un rasgo capital de la espiritualidad monástica y uno de los frutos del Sacramento del altar. Cuando el cristiano imita la pasión de Cristo, queda dominado por el pensamiento de su resurrección y es siempre el amor redentor del Salvador el que unifica estos distintos misterios, tanto en su Sacramento del amor como en el que comulga con él (pp. 101-106 y 293).

Conviene leer todo este hermoso tratado a la luz de este amor vencedor de todo egoísmo. Si los detalles tocados por Balduino son a veces excesivos para el lector moderno, acostumbrado a una mentalidad y un estilo más científico, tal vez se deba a que nuestro amor necesita crecer en la dimensión contemplativa en la que se mueve el abad de Ford. Para el verdadero amor, todo lo que ha hecho el Amado es precioso. El deseo de saborearlo es incontenible y éste puede ser uno de los frutos más importantes de la lectura de obras como éstas. Aquí se resuelve la tensión entre espiritualidad y teología, entre experiencia y doctrina, gracias al amor eterno que se ha ofrecido en Cuerpo y Sangre, en cruz y resurrección, para dar a los hombres su propia vida.

P. Agustín Roberts, o. c. s. o.

Carta de Balduino, Abad de Ford y Arzobispo de Cantorbery

Al muy querido Señor y Padre Bartolomé¹⁾, Obispo de Exeter por la gracia de Dios, el Hermano Balduino, servidor del monasterio de Ford, salud eterna en el Señor.

Los títulos venerables de Maestro, de Señor y de Padre reclaman, cada uno, los derechos que te conceden sobre mí; y por la múltiple obligación de obedecer que ellos implican, me arrancan, por decirlo así, de mí mismo, de tal modo que no me pertenezco más a mí sino a tí, a quien después de Dios debo lo que soy y lo que puedo. Pero en esa misma necesidad de obedecer, mi voluntad escapa a toda necesidad, ya que la necesidad cede ante la voluntad, no la voluntad ante la necesidad; pues por la voluntad es necesario lo que no es voluntario por la necesidad. Esta libertad me restituye a mí mismo, de modo que soy mío aunque tuyo, y diría que más mío porque tuyo, pues realizo mejor mi deseo cuando obedezco a tu voluntad.

El temor y el amor, y un sentimiento de reverencia hecho del uno y del otro te han entregado mi corazón desde hace mucho tiempo, a tal punto que estoy decidido a no negarte lo que quieras, a no rechazar lo que ordenes. Sin embargo, aunque tu autoridad me apremiaba, y aunque la caridad me urgía² a componer y a escribir algunas instrucciones sobre el incomparable y único sacrificio verdadero "para edificación de la fe"³, de tal modo me hallaba dividido por la agitación de mis pensamientos, que temía desobedecer, pero mucho

¹ Sobre Bartolomé, obispo de Exeter, y su relación con Balduino, ver Introducción, p. 24.

² Cf. II Cor 5,14.

³ Ef 4,29

más aún, temía obedecer. Por ambos lados me atormentaba el temor de un peligro cierto; pero temía más el partido que me presentaba mayores riesgos. Porque se trata de algo sublime, muy por encima de mí, y ¿cómo lo alcanzaré?⁴. ¡Oh sacramento profundo, cubierto por un velo sagrado, inefable, inconcebible, incomprensible! ¿Quién soy yo, para hablar en términos exactos y reverentes como sería conveniente, oportuno, necesario? Los sentidos no tienen acceso a las tinieblas de este abismo, la razón queda entorpecida, atónita la inteligencia, el espíritu se esfuerza en vano, faltan las palabras. Este insondable misterio está por encima de todo sentido, razón o inteligencia, más allá de las lenguas de los hombres y de los ángeles⁵. La lengua fácilmente tropieza y una palabra imprudente se desliza con rapidéz. Ahora bien, resulta casi imposible medir las propias palabras, pesarlas todas en justa balanza, no dejar que se escape ninguna temeraria o sospechosa. Pero una sola palabra pronunciada incautamente o mal comprendida en materia tan santa, puede, aún sin error propiamente dicho, dar lugar a sospecha de error. Para evitar este peligro es que he usado contigo de buenas excusas y frecuentes dilaciones, en la esperanza de hacerte cambiar de parecer. Pero te mantuviste inflexible. Vencido por tu tenacidad, no quise faltar a la obediencia ni herir la caridad. Finalmente, peligro por peligro, triunfé de un temor cediendo al otro: no me es lícito rehusar obstinadamente lo que tú tanto querías. Confiado pues en la ayuda de Dios⁶, esta tarea que asumo a pesar mío me preparo a emprenderla no sin celo; y lo que la necesidad impone, la devoción, sea como fuere, lo ha de llevar a término. Suele acontecer que lo que por fuerza se comienza se lo continúe de buen grado: los caballos, fustigados a menudo con el látigo, cuando empiezan a correr se excitan en el ardor de la carrera, y los niños, obligados al es-

tudio a pesar suyo, lo aman con fervor cuando progresan. ¡Y ciertamente, a mí no es el fervor lo que me falta! Pero no basta. "Querer está a mi alcance pero realizarlo, no"⁷. Que mi insuficiencia, te lo ruego, sea ayudada por tu oración, anticipada por tu bendición; y que tu benevolencia —como espero— se contente con mi mediocridad. Si no logro alcanzar lo que esperas, ni colmar lo que deseas perdóname, pensando que respeté tus órdenes. Adiós.

Plan de la obra

El grande y profundo misterio del nuevo y verdadero sacrificio no cae bajo el razonamiento humano, ni puede ser explicado dignamente "con argumentos de humana sabiduría"⁸. Pero la institución de este sacramento, su causa, su verdad, su eficacia, su dignidad, y también la explicación de sus figuras hay que buscarlas por una piadosa investigación en las palabras del mismo Dios y en la de aquellos por los cuales Dios ha hablado. Ambos Testamentos nos presentan estas palabras con una autoridad sagrada; siguiéndolas, la ciencia de nuestra fe no se apartará de la línea de la verdad, y la confesión de nuestros labios no caerá bajo sospecha de error.

El mejor orden para esta investigación que debe poner de relieve la verdad, es, a mi entender, el siguiente: colocar la verdad —el Nuevo Testamento, primero en dignidad— antes que la figura —la ley—; a fin de que el "testamento" de la gracia nueva "pase por encima de los sacrificios"⁹ y, por la luz resplandeciente de la verdad se atenúen las tinieblas de las figuras y brillen más fácil y límpidamente, según está escrito: "Tú haces lucir mi lámpara, Señor: Dios mío, ilumina mis tinieblas"¹⁰. Sugiere colocar a veces el Nuevo antes que

4 Cf. Sal 138, 6.

5 Cf. I Cor 13,1.

6 Cf. Regla de san Benito, c 68.

7 Rom 7,18.

8 I Cor. 2,4.

9 Sal 49,5.

10 Sal 17,29.

el Antiguo el que dice: "Todo doctor instruido en la doctrina del Reino de Dios es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo"¹¹; y la voz de la Esposa concuerda diciendo: "Guardé para ti todos los frutos, los nuevos y los antiguos"¹².

Por eso consideraremos en primer lugar, en cuanto nos lo permita aquel que inspira toda verdad, cómo se ha obrado el paso de las cosas antiguas a las nuevas; después, cómo la verdad de la gracia nueva nos ha sido manifestada en el pan y en el vino; finalmente, cómo esta misma verdad fue ya prefigurada en el cordero y en el maná. Siguiendo este orden, se verá más claramente la imagen en la verdad, de lo que en otro tiempo se vio la verdad en la imagen. Y "el que dijo: brille la luz del seno de las tinieblas"¹³, hará resplandecer estas mismas tinieblas por la luz, como está escrito: "La noche iluminará como el día"¹⁴.

Sé, ciertamente, que para esto "no hay palabra en mi lengua"¹⁵. Pero, como dice el Apóstol: "Esta es la confianza que por Cristo tenemos en Dios. No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios"¹⁶.

11 Mt 13,52.

12 Cant 7,13.

13 II Cor 4,6.

14 Sal 138, 12.

15 Ibid. 4.

16 II Cor 3,4-5.

PRIMERA PARTE

EL PASO DEL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO

1. El cumplimiento del Antiguo Testamento.

Lo que el Antiguo Testamento contiene

Según testimonio del Apóstol, los que hacen las ofrendas prescritas por la Ley "sirven la sombra y la figura de las realidades celestiales"¹⁷. Pero Cristo "es mediador de una más excelente alianza, concertada sobre mejores promesas"¹⁸. Por lo que se refiere al cumplimiento de esta alianza, el mismo Apóstol nos lo muestra, citando el testimonio del profeta Jeremías: "Vienen días, palabra de Yavé, en que yo haré una alianza nueva con la casa de Israel y la casa de Judá; no como la alianza que hice con sus padres, cuando tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto"¹⁹.

En el Antiguo Testamento, hay que considerar principalmente cuatro cosas: las promesas, los juicios, los preceptos, los sacramentos. El Nuevo Testamento debía cambiar o perfeccionar estas cosas, porque eran imperfectas y deficientes. Hablemos en primer lugar del cambio de las promesas.

El cambio de las promesas.

En el Nuevo Testamento está escrito: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque suyo es el reino de los cielos"²⁰. Y en el Antiguo se dice: "Les asignó las tierras de las gentes y se posesionaron de las haciendas de los pueblos. Para que cumpliesen sus preceptos y guardasen sus leyes"²¹.

17 Heb 8,5.

18 Ibid. 6.

19 Jer 31, 31-32.

20 Mt 5,3.

21 Sal 104, 44-45.

En el Antiguo Testamento, la recompensa por el servicio de Dios parece consistir en la distribución de las tierras, en la abundancia del trigo, del vino y del aceite, en la abundancia y la gloria de los bienes temporales, "en el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra"²². Pero aquí, es decir, en el Nuevo Testamento, no es ya la riqueza o la gloria terrenal lo que se promete, sino la herencia eterna, y no ciertamente a los ricos, sino a los pobres. Cristo pobre "anuncia el Evangelio a los pobres"²³; Él que acerca de los ricos pronuncia esta sentencia: "Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que entre un rico en el reino de los cielos"²⁴. Lo que entonces se prometía, es juzgado ahora como despreciable, porque el Nuevo Testamento "ha sido concertado sobre mejores promesas"²⁵. Sin embargo, en aquellas promesas hechas a los antiguos se prefiguraban los bienes eternos que ahora se prometen. Porque "todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura"²⁶; y todo lo que se les dio o prometió era el signo de esas promesas mejores que han consagrado el Nuevo Testamento. Así, cuando un niño pequeño, hijo de un hombre rico y poderoso, es llevado a la heredad de su difunto padre, se le puede dar como signo de posesión e investidura un ramo gracioso cargado de frutos; y si se le da, ese niño, que todavía ve las cosas como niño y piensa como niño²⁷, saltando de gozo se congratula y ríe por los hermosos frutos que le prometen un placer; mas en lo que atañe a la extensión de las posesiones y a la categoría de los honores recibidos, esta edad carente de discernimiento no tiene la menor idea. Así también al pueblo israelita, todavía rudo e incapaz de comprender las promesas celestiales se les prometieron y otorgaron los bienes temporales para apartarlos poco a poco del culto de los ídolos, a fin de que estas cosas que ellos conocían por experiencia, les procuraran alguna consolación; y de este modo a

²² Gén 27,39.

²³ Mt 11,5.

²⁴ Mt 19,24.

²⁵ Heb 8,6.

²⁶ I Cor 10,11.

²⁷ Cf. I Cor 13,11.

quienes no podían comprender los bienes celestiales, se les prometieron y otorgaron los bienes temporales, para apartarlos poco a poco del culto de los ídolos; estas cosas que ellos conocían por experiencia les procuraban alguna consolación; e insensibles a los bienes celestiales se dirigían por lo menos más a Dios que a los ídolos, para pedir riquezas terrenales, objeto de sus deseos. Dios quiso así tener consideración de los débiles de su pueblo.

En cuanto a los perfectos que había en aquel tiempo, el deseo de las cosas celestiales les hacía considerar como despreciables los bienes temporales; y en las promesas de Dios intuían algo inestimable, "que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre"²⁸. Uno de los cuales, como extrayendo desde el fondo de su corazón los anhelos de todos los justos dice: "¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti ¿qué deseo sobre la tierra?"²⁹. Pero todos los que habían recibido las promesas murieron "sin haber visto su cumplimiento; sólo las vieron y saludaron de lejos y confesaron que eran peregrinos y huéspedes sobre la tierra, pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria. Que si se acordaran de aquella de donde habían salido, les hubiera sido fácil volver a ella. Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial"³⁰. Por lo tanto, la recompensa por el servicio de Dios, es decir, el salario de la fe y de la obediencia, no es para este tiempo mas, "cuando el Señor haya dado el sueño a sus elegidos, les tocará en suerte la herencia de su Señor"³¹. Pero el fin de las promesas es Cristo, en quien todas las promesas de Dios serán cumplidas, y en quien toda la esperanza, la expectación y los deseos de los justos serán consumados.

El cambio de los juicios.

Lo que es verdadero respecto de las promesas, lo es también respecto de los juicios. En el Nuevo Testamento está

²⁸ I Cor 2,9.

²⁹ Sal 72,25.

³⁰ Heb 11,13-16.

³¹ Sal 126, 2-3.

escrito: "Los que obraron el mal irán al fuego eterno"³². En el Antiguo Testamento se establecieron penas temporales —prefiguración de las eternas— para los transgresores de la ley. Y así como las nuevas promesas son incomparablemente mejores que las antiguas, así también debemos creer que las terribles amenazas del Nuevo Testamento son infinitamente más pesadas que todo el código penal de la primera alianza.

El cambio de los preceptos y lo que se les ha añadido.

Puesto que las promesas del Antiguo Testamento fueron cambiadas por otras mejores, era justo que se exigiera una obediencia mayor, y que en el servicio de Dios correspondiera, al aumento de salario, un aumento de trabajo. La obediencia mira a los preceptos; y el honor del culto divino consiste en la observancia de los mandamientos de Dios. Ahora bien, en la ley de Moisés había algunas prescripciones morales, como por ejemplo: "Honra a tu padre y a tu madre; no matarás; no robarás; no levantarás falso testimonio"³³, y otras por el estilo, que prescribían la integridad de las costumbres y los principios de la honestidad. En el Nuevo Testamento estas reglas no fueron cambiadas, pero recibieron adiciones. Se les añadió lo que les faltaba para ser perfectas. Porque la ley no condujo a nadie a la perfección³⁴.

Otras prescripciones eran figurativas: aquellas que se referían a los ritos de los sacrificios y al código ceremonial. Ellas esbozaban en figuras los misterios de los sacramentos celestiales que debían manifestarse a su tiempo; y por su significación mística contenían, escondida y encerrada, la gracia de la inteligencia espiritual. Este ceremonial, que era como la sombra de lo por venir³⁵, fue suplantado; a fin de que en adelante no conociéramos la letra si no entramos en la potencia

³² Cf. Mt 25,41 y Jn 5,29.

³³ Ex 20,12-16.

³⁴ Cf. Heb 7,19.

³⁵ Cf. Heb 10,1.

del Señor³⁶, y, al morir la letra para que no nos mate, viviendo en el espíritu "andemos también según el espíritu"³⁷. No es ya con observancias carnales y figurativas como debemos honrar a Dios, sino que debemos adorarle "en espíritu y en verdad". Porque "Él busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad"³⁸.

El cambio de los sacramentos.

Los sacramentos del Antiguo Testamento contenían en sí una cierta santificación y el signo de una santificación más grande; por ellos "el Espíritu Santo significaba que el camino del santuario no estaba abierto todavía". Estos ritos no podían "hacer perfecto en la conciencia al que ministraba". "Sólo concernían al beber y al comer, a diversas abluciones y a observancias carnales impuestas hasta el tiempo en que todo esto sería reformado"³⁹, implicaban una cierta santificación, pero imperfecta. Tenían una significación mística, pero la verdad plena aún no se hallaba presente. Por eso era necesario instituir sacramentos capaces de santificar plena y perfectamente, y que contuvieran en sí la verdad en otro tiempo significada, hoy presente; así, la santificación podría consumarse en plenitud de gracia, el signo autenticarse con la aparición de la verdad.

Una vez cambiadas las promesas y los juicios, los preceptos y los sacramentos, era preciso también cambiar la ley y consumir el Nuevo Testamento en la plenitud de la gracia y en la manifestación de la verdad, con nuevas promesas y nuevos juicios, con nuevos preceptos y nuevos sacramentos.

Cristo, fin de las promesas.

Las promesas de la ley provocan el amor, sus juicios despiertan el temor, sus preceptos solicitan la obediencia, sus

³⁶ Cf. Sal 70,15-16.

³⁷ Gal 5,25.

³⁸ Jn 4,23.

³⁹ Heb. 9,8-10.

sacramentos ocultan la gracia; y todas estas cosas prefiguran a Cristo. Porque nuestro amor es Cristo, Él, que es al mismo tiempo autor y objeto de nuestra promesa. Nuestro temor es Cristo, "nuestro legislador" y "nuestro juez"⁴⁰. El modelo de nuestra obediencia es Cristo, quien es también el mandamiento del Padre que nos lo ha dado para que lo escuchemos, lo recibamos, lo amemos. Porque en Él "ha dado la bendición y la vida"⁴¹. También el mismo Jesús dice: "El Padre que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar, y yo sé que su precepto es la vida eterna"⁴². Cristo es nuestra misericordia, en quien "tenemos toda gracia de vida y de verdad, toda esperanza de vida y de fuerza"⁴³. Porque Dios "nos hizo gratos en su Hijo amado"⁴⁴; y toda gracia escondida en los sacramentos es revelada y concedida por él mismo, porque él es la eficacia de los sacramentos y su virtud santificadora. En efecto "la 'Ley' fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad por Jesucristo"⁴⁵. Pero la gracia recibe el testimonio de la ley, que fue transformada por la gracia según el nuevo estado del hombre, transformado, también él, por la gracia.

2. El cumplimiento de las leyes sacrificiales.

El cambio de la ley.

Así como el hombre está compuesto de cuerpo y alma, así también la ley está compuesta de letra y espíritu. Ahora bien, el hombre, sin la ley, era "carnal, vendido al pecado"⁴⁶, entregado a la superstición, ignorante de la religión verdadera. Al recibir la ley, comenzó a instruirse en la verdadera religión y, tal como lo exigía el orden de su reeducación, recibió el mandamiento de ofrecer a Dios lo que acostumbraba

ofrecer a los ídolos. En lo sucesivo, ofrecería en honor de Dios esos sacrificios por los cuales lo había ofendido, y se condenaría muy justamente a sus propios ojos, al reprobar lo que primeramente había practicado, y al confesar, por este mismo cambio, su error.

Pero hubo quienes, antes de recibir la ley, tenían fe en un solo Dios y no inmolaban a los ídolos. Si quedaba de estos hombres después que fue promulgada la ley, pudieron ser alentados, por la autoridad de la ley, a perseverar en sus disposiciones. La ley tendía, precisamente, a que las víctimas carnales no fuesen ofrecidas a los ídolos sino al Dios verdadero, hasta que el único y verdadero sacrificio pusiera fin a todos los sacrificios, no sólo los de los Judíos sino también los de los paganos. Porque todas las naciones tenían la costumbre de ofrecer víctimas a sus dioses. Ahora bien, esta práctica, cuyo origen, muy anterior a la ley, puede explicarse sea por un instinto natural, sea por una inspiración divina, sea por la tradición de los antepasados, sea por el ejemplo y la imitación de otros, se impuso hasta tal punto que toda religión y toda superstición estaban persuadidas de que Dios podía ser aplacado por medio de sacrificios, y tenían por cierto que la muerte de las víctimas y la efusión de la sangre lograban que las oraciones fueran escuchadas y que se facilitara el perdón de los crímenes. Los mismos paganos nos han dejado innumerables libros que muestran claramente que para obtener su salvación y el cumplimiento de sus deseos, ponían su esperanza principalmente en los sacrificios. ¿Cómo se abrió paso esta opinión? ¿De dónde viene y cómo se extendió a todas las religiones, tanto de los Gentiles como de los Judíos? No es fácil decirlo. Pero, si reflexionamos en ello con atención, ¡qué motivo de admiración vehemente y de estupor! Por esta admirable disposición del plan divino, la opinión común de todos los hombres que colocaba la esperanza de la salvación, en el culto sacrificial, preparaba la institución futura. Más tarde confirmaría la creencia de que todos deben ser salvados de la muerte por la muerte de una sola víctima.

40 Is 33,22.

41 Sal 132, 3.

42 Jn 12, 49-50.

43 Eclo 24,25.

44 Ef 1,6.

45 Jn 1,17.

46 Rom 7,14.

Al hombre, que debía cambiar y mejorar, se le dio una ley, que debía a su vez ser cambiada y mejorada. Era adaptada al hombre carnal, condescendía con su debilidad, y se hacía como débil con él⁴⁷. Porque el hombre que vivía y andaba según la carne⁴⁸ no era, por decirlo así, más que carne. Gustaba de las cosas carnales e ignoraba las del espíritu. La ley debía conducirlo del sentido carnal, del amor carnal, a la inteligencia espiritual y al amor espiritual. Siendo carne, dejaría de ser carne, y, adhiriéndose espiritualmente a Dios sería un solo espíritu con Él. Esta transformación del hombre, que pasa de la carne al espíritu, está figurada por el cambio de la ley que pasa de la letra al espíritu. En la letra, es decir, en las observancias carnales concernientes a la letra, la ley se hizo débil para adaptarse al hombre débil. Pero, al restablecerse el hombre de su debilidad, fue cambiada y mejorada la ley, progresando ella misma con el que progresaba, subiendo desde el grado inferior a los más elevados, como está escrito: "al levantarse los vivientes sobre la tierra, las ruedas se levantaban también"⁴⁹.

La significación mística de las víctimas legales.

Los sacrificios carnales de la ley prefiguraban principalmente tres cosas: la culpa del hombre, la pena por su culpa, la gracia de su liberación. En los sacrificios carnales, en efecto, el hombre se demostraba a sí mismo lo que había llegado a ser por el pecado, y de qué castigo le había hecho merecedor el pecado. Pues por culpa de su desobediencia se hizo reo de muerte y la sentencia divina lo había condenado a muerte. Por eso debía morir. La ley, sin embargo, no le ordenó que se matara a sí mismo para saldar así su propia muerte —aunque estrictamente debida—, sino que ofreciera un

animal como precio de su rescate. Con toda razón fue considerado "como oveja de matadero"⁵⁰. Por su locura se había hecho semejante a un animal y más digno de muerte que el animal que se mataba en su lugar.

Hombre, creado "a imagen y semejanza de Dios"⁵¹, ¿comprendes cuánto se te ha subestimado, cuánto se te ha envileciado? Mira a qué degradación has sido arrojado, lejos de las miradas de Dios⁵²: el justo precio en el que se te evaluó es el de un macho cabrío o el de un carnero, o el de algún otro animal con tal de que sea puro. ¡A no dudar que se te ha querido hacer algún honor al ordenarte que ofrezcas un animal puro! O ¿no será mayor vergüenza para ti, la de llamar puro al animal ofrecido por ti, mientras que tú mismo eres impuro? Porque si tienes necesidad de ser purificado por un sacrificio ¡es que eres impuro! Pero si consideras la dignidad original de tu condición primera, tu precio ya no será un macho cabrío o un carnero, a los cuales fuiste asimilado por tu insensatez desde el día en que perdiste tu "forma", sino que la será el Hijo único de Dios por quien la imagen de Dios ha sido "formada" en ti. El mismo, y no otro será tu precio; con su sangre debes ser redimido para que la imagen de Dios sea "reformada" en ti, por el mismo Hijo que es la imagen del Dios invisible⁵³.

En estos animales irracionales ofrecidos en lugar del hombre y sacrificados en sustitución suya tenía el hombre la demostración de lo que había llegado a ser por su falta y de la muerte que merecía por su falta. Entonces podía el hombre —si todavía era al menos hombre y no del todo animal— darse cuenta de su caída y de su estado de muerte; podía volver a Dios, contrito y arrepentido, con el corazón inflamado y los riñones quebrantados; no alejarse más de Él

47 Cf I Cor 9,22.

48 Cf Rom 8,4.

49 Ez 1,19.

50 Sal 43,22.

51 Gén 1,26.

52 Cf. Sal 30,23.

53 Cf. Col 1,15.

sino permanecer siempre con Él diciendo: "Inflamado está mi corazón y quebrantados mis riñones; se me ha reducido a la nada y no comprendí. Yo era un animal ante ti, y estoy siempre contigo"⁵⁴. Otra versión dice: "Estoy ante ti como un bruto animal", lo que concuerda con este otro pasaje del salmo: "El hombre, mientras estaba en el honor no comprendió; equiparado a los animales irracionales se hizo semejante a ellos"⁵⁵

Las víctimas inmoladas por el hombre no sólo podían instruirle acerca de su propio estado, sino también sugerirle la manera de hacer penitencia y de enmendar su vida. La muerte de los animales y también su naturaleza le ofrecían como una imagen de vida espiritual y de muerte espiritual. De muerte: debía matar en sí la vida de otrora; no ser, en adelante, lascivo y petulante como un macho cabrío ni rechazar el yugo de la obediencia como un toro rebelde, ni armarse de orgullo como un carnero con los cuernos en alto, porque Dios quebrará los cuernos de los pecadores⁵⁶. Por último, no debía ser ya carnal ni animal, sino espiritual y juzgarlo todo como espiritual⁵⁷; no tener nada animal, sino matar y mortificar en sí todo juicio y todo amor más animal que racional. La naturaleza de los animales proponía también al hombre un ejemplo de vida espiritual, y le invitaba a tener "la pezuña hendida"⁵⁸ de la prudecia, sabiendo distinguir la derecha de la izquierda⁵⁹, lo que está permitido, lo conveniente, lo útil; y por el don de sí a Dios y la observancia de sus mandamientos, debía rumiar⁶⁰ siempre la ley de Dios como su propio alimento; la simplicidad y la dulzura, la paciencia y el carácter laborioso de estos animales le ayudarían a reformar su vida, animándole a reproducir en sí mismo análogas virtudes.

54 Sal 72, 21-23.

55 Sal 48,21.

56 Cf. Sal 74,11.

57 Cf. I Cor 2,14-15.

58 Cf. Dt 14,6.

59 Cf. Jonás 4,11.

60 Cf. Dt. 14,6.

Es así como, después del pecado, Dios sometió al hombre, para vergüenza de éste, al magisterio de animales irracionales. Es en la escuela de estos seres ignorantes de toda vida ordenada donde el hombre aprendería a ordenar su vida y a regular su conducta. Así, Salomón envía al hombre a la escuela de la hormiga para que aprenda la sabiduría diciendo: "¡Vete a ver a la hormiga, perezoso! ¡Mira sus caminos, y hazte sabio!"⁶¹. He aquí cómo Dios que existe antes de los siglos, ha humillado al hombre. Al principio, ciertamente, lo coronó de gloria y de honor, y lo colocó sobre las obras de sus manos. Todo lo sometió "bajo sus pies, ovejas, bueyes. y todas las bestia del campo"⁶². Mas después lo cubrió de confusión, y el que era poco inferior a los ángeles⁶³ se encuentra ahora más bajo que los animales del campo.

El hombre recibe la orden de inmolarse en lugar suyo un cordero, para figurar la gracia de su liberación y la misericordia del liberador que debía, mediante su muerte, liberar al hombre del pecado y de la muerte. Porque la causa de la muerte es la insensatez del hombre, es decir, su pecado; pero el castigo del pecado es la muerte del hombre; mas, la muerte de Cristo es la muerte de la muerte y del pecado. La orden de no sólo matar el cordero sino de comerlo, preanunciaba que Cristo se daría por nosotros como rescate y como alimento.

61 Prov. 6,6 etc.

62 Sal 8, 6-8.

63 Cf. Sal 8,6.

SEGUNDA PARTE

LA INSTITUCION DEL NUEVO SACRIFICIO
SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO

Capítulo Primero

S A N M A T E O

De qué manera Cristo se dio como alimento, lo estudiaremos en el texto de los cuatro evangelistas y también en el del Apóstol. Comenzaremos, según lo exige el orden, por las palabras del evangelista Mateo, quien sobre la institución del sacrificio nuevo escribió lo que sigue:

Del Evangelio de Mateo:

*"Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió, y se lo dio a los discípulos, diciendo: Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, dio gracias, y se lo dio, diciendo: Bebed todos de él; ésta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos en remisión de los pecados. Pero os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el reino de mi Padre"*⁶⁴.

1. El fin de la pascua mosaica y el retorno a las formas más antiguas del sacrificio.*La última pascua de Cristo.*

El abandono de los frutos antiguos. Nuestro Señor Jesucristo, "la víspera de su muerte"⁶⁵, consumió con sus discípulos, según los ritos, la antigua pascua figurativa, dando fin de este modo a las ceremonias de la ley, y llevando a término con honor estas instituciones a las cuales les había llegado la hora de desaparecer y, por lo tanto, de ser abandonadas. No pudiendo bastar ellas en sí mismas para una plena purificación, era

⁶⁴ Mt 26, 26-29.

⁶⁵ Cf. Canon de la Misa.

preciso que cedieran el lugar, a fin de que resplandeciendo la gracia, adquirida "la eterna redención"⁶⁶, e introducido el único y verdadero sacrificio que reemplazaría la multiplicidad de los sacrificios figurativos, la multiplicidad diera lugar a la unidad, la figura a la verdad, la sombra a la luz, lo antiguo a lo nuevo. "A la llegada de los frutos nuevos", había que abandonar los "antiguos", y comer los "más antiguos". El hombre comería así el "pan de los ángeles", tal como en los "días antiguos" Dios, en su bondad, lo preparó para el pobre⁶⁷.

El sacrificio de Melquisedec, tipo de la Eucaristía.

¿Cuáles son los frutos más antiguos? "Los frutos antiguos" son los sacrificios del Antiguo Testamento que la ley de Moisés ordena ofrecer; aquellos que ofrecieron Aarón y sus hijos, quienes, por los pecados de los hombres, acostumbraban degollar crías de búfalo, y derramar la sangre de los machos cabríos y de los toros. "Los frutos más antiguos" son los que ofreció Melquisedec, figurando el sacerdocio de Cristo de quien el Padre juró diciendo: "Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec"⁶⁸.

Ahora bien, Melquisedec era sacerdote del Dios Altísimo y rey de Salem. Él fue al encuentro de Abram después que éste volvió de derrotar a los reyes y "presentándole pan y vino, lo bendijo diciendo: Bendito sea Abram ante el Dios Altísimo, que creó el cielo y la tierra, y Abram le dio el diezmo de todo"⁶⁹. Ahora bien, en el texto del Génesis, Melquisedec aparece súbitamente cual "sin padre y sin madre, sin comienzo de días ni término de vida". Su nombre "significa Rey de justicia", y se le llama "Rey de Salem, esto es, Rey de paz"⁷⁰. La Carta a los Hebreos, en la cual el Apóstol comenta este texto, muestra a las claras que todas estas características con-

⁶⁶ Heb 9,12.

⁶⁷ Lev 26,10. Sal 77,25.

Lam 1,7 y passim. Sal 67,11.

⁶⁸ Sal 109,4.

⁶⁹ Gén 14, 18-20.

⁷⁰ Heb 7, 2-3.

vienen a Cristo: él es "Rey de justicia" y "Rey de paz", según lo que está escrito de él: "En sus días se levantará la justicia y una gran paz"⁷¹. Él nació de su Padre sin madre, y nació de su madre sin padre; él es "el principio y el fin"⁷², sin comienzo de días ni fin.

El rito del sacrificio. Las ofrendas de Melquisedec, es decir, el pan y el vino, fueron como los sacramentos de los sacramentos de Cristo; y el rito de su sacrificio es lo que repite la Iglesia al ofrecer el pan y el vino, así como lo estableció Cristo, que es "sacerdote eterno según el orden de Melquisedec"⁷³. Sin duda, la hostia de salvación estaba prefigurada en el sacrificio de Abram, y en el de todos los demás justos; pero la forma del verdadero sacrificio, que según la voluntad de Cristo se observa en la Iglesia, está expresada más claramente en el sacrificio de Melquisedec ofreciendo pan y vino. Si se objeta que Melquisedec ofreció el pan y el vino para restaurar las fuerzas de Abram y los suyos, pero que no los ofreció como sacrificio a Dios, haré notar que el Canon, después de haber recordado los dones del joven Abel y el sacrificio del patriarca Abram, recuerda también el que ofreció Melquisedec: "Sacrificio santo, víctima inmaculada". También el texto del Génesis, después de haber dicho que Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino, añade enseguida: "Porque era sacerdote del Dios Altísimo"⁷⁴. Aún no siendo sacerdote hubiera podido ofrecer a Abram estas cosas como refección, pero al decir que era sacerdote, se explica su sacrificio y su bendición: es el sacerdote a quien le compete ofrecer un sacrificio, bendecir, recibir los diezmos.

Prueba tomada de San Ambrosio: Lo que dijimos más arriba acerca de que por los frutos "más antiguos" debe entender-

se los que ofreció Melquisedec, puede fundamentarse en las palabras de San Ambrosio, quien en el tratado "*De mysteriis*" dice: "Los sacramentos de la Iglesia son más antiguos que los de la Sinagoga. Porque la Sinagoga comenzó con la ley de Moisés, pero Abraham es mucho más antiguo, el cual, después de haber vencido a sus enemigos y de haber recobrado a su sobrino, volvía vencedor; y es entonces que Melquisedec se presentó a él y le ofreció dones que Abraham recibió con veneración"⁷⁵. Tres cosas debemos observar cuidadosamente en estas palabras de San Ambrosio: Abraham veneró como ofrenda santa la de Melquisedec; la Sinagoga comenzó con la ley de Moisés; los sacramentos de la Iglesia son más antiguos que los de la Sinagoga, puesto que Abraham, que recibió los dones de Melquisedec, es más antiguo. Por otra parte, es cierto que la Iglesia es anterior a la Sinagoga, puesto que ha comenzado con el primer justo.

Bien pueda decirse que la ofrenda de Melquisedec es "la más antigua", comparada con los sacrificios de la Sinagoga que comenzó con la ley de Moisés. Sin embargo, no se la puede llamar "la más antigua" de una manera absoluta, como si no la hubiera precedido ningún don ni sacrificio más antiguo, ya que la Escritura dice de Abel: "Abel ofreció de las primicias de su rebaño y de la grasa de sus animales"⁷⁶. Y está escrito de Noé: "Alzó Noé un altar al Señor, y tomando de todos los animales puros, ofreció sobre este altar un holocausto al Señor; aspiró el Señor el suave olor"⁷⁷.

Según todo lo que acabamos de decir, se ve cómo "al llegar los frutos nuevos" hay que comer "los más antiguos", para que en la ofrenda del nuevo sacrificio, en la comunión de la mesa celestial y en la participación del alimento espiritual, se renueve esta forma de sacrificio que comenzó con el

71 Sal 71,7.

72 Ap 1,8; 22,13.

73 Sal 109,4.

74 Gén 14, 18.

75 S. AMBROSIO, *De mysteriis*, VIII, 44-45; PL 16, 404 A; SC 25 bis, p. 180.

76 Gén 4,4.

77 Gén 8,20-21.

sacrificio de Melquisedec, sacrificio más antiguo que la ley, y que prevalece en dignidad sobre el rito del sacrificio mosaico. Reprobados así los sacrificios carnales y rechazados como antiguos, ofrezcamos pues el pan y el vino como "los frutos más antiguos" y comámoslos espiritualmente.

2. El relato de la institución de la Eucaristía.

Estando a la mesa, Jesús tomó pan...

El uso del pan ácimo.

Los Apóstoles, después de haber preguntado al Señor: "¿Dónde quieres que te preparemos la pascua?"⁷⁸, la prepararon y se sentaron a la mesa; pero, como si este alimento no fuera suficiente, el Señor les preparó su alimento, "porque así es su preparación"⁷⁹. Y he aquí cómo lo preparó: "Tomó pan, lo bendijo, etc.". Lo tomó —como está escrito en el Canon, aunque no se lee esto en ningún evangelio— "en sus santas y venerables manos". La palabra "tomó" indica por sí sola que lo tomó en sus manos, porque cuando tomamos algo, es con nuestras manos que lo tomamos.

Qué es lo que tomó, se lo puede ver por lo que sigue: tomó pan, que, antes de que él lo tomara, tenía la apariencia y la sustancia de pan, pero que debía, por su poder, ser transformado maravillosamente en la verdadera carne de Cristo. Tomó, según creemos, pan ácimo; porque el catorce día del primer mes, después de haber suprimido todo fermento, se inmolaba el cordero hacia la tarde⁸⁰. De ahí la costumbre de la Iglesia de ofrecer pan ácimo sin fermento. Sin embargo, se dice que los Griegos ofrecen pan con levadura, y no ácimo, por temor a judaizar. Pero el pan ácimo era figura de la verdad, según estas palabras del Apóstol: "Tomemos, pues,

⁷⁸ Mt 26,17.

⁷⁹ Sal 64,10.

⁸⁰ Cf. Ex 12, 6.15.

esta comida, no con la vieja levadura, ni con la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ácidos de pureza y de la verdad"⁸¹. Los Griegos juzgan sin duda que la figura debe desaparecer cuando se muestre la verdad, y que nosotros no debemos ofrecer ácimo, para que no parezca que celebramos la pascua a la manera de los Judíos.

Contra el argumento de los Griegos. La Iglesia romana ha preferido ofrecer pan ácimo, siguiendo el ejemplo de Cristo, el cual se cree que usó pan ácimo el primer día de la nueva pascua, para inaugurar el misterio del sacramento nuevo. El argumento de los Griegos no tiene tanta fuerza como para obligarnos a ofrecer pan fermentado a fin de no parecer que cultivamos, al igual que los Judíos, las figuras y las sombras, después de haber recibido la gracia de la verdad. En efecto, aunque la verdad ya haya venido, no ha cesado sin embargo de modo absoluto bajo la nueva alianza, todo uso religioso de los signos y de las figuras. El fuego y el agua, el incienso, el vino y el aceite, las unciones de los reyes y de los sacerdotes, y muchas otras cosas que estaban en uso en la antigua alianza y que prefiguraban una realidad mística se conservan todavía hoy en los sacramentos y en los sacramentales, para realzar el culto divino y significar el efecto de las realidades espirituales. Y mientras los sacramentos nos sean necesarios, no podrán ser totalmente suprimidos las figuras y los signos, porque los sacramentos mismos son signos. Ungimos a los reyes y a los sacerdotes, quemamos incienso, somos lavados y santificados por el agua, ofrecemos vino y lo consagramos; y sin embargo, no judaizamos ni tenemos ninguna intención de hacerlo. No hay que rechazar estos signos con el pretexto de no favorecer ni imitar a los Judíos.

Acerca de estas palabras del profeta Amós: "Ofreced un sacrificio de alabanza con levadura"⁸². Lo que está escrito en

⁸¹ I Cor 5,8.

⁸² Amós 4,5.

el profeta Amós: "Ofreced un sacrificio de alabanza con levadura", no favorece a la opinión de los Griegos, ni se opone a nuestras costumbres. Aquila, al decir de San Jerónimo, traduce "alabanza" por "eucaristía", es decir "acción de gracias", como si dijera: "Inmolad la eucaristía con levadura"⁸³. Pero es evidente que el Señor dice esto por boca del Profeta no como una orden, sino como una reprobación. En la conclusión que se deduce, ya del contexto, ya de la ley de Moisés. Porque el fermento, según la ley de Moisés, no se ofrece nunca a Dios. Pero está escrito en Amós: "Venid a Betel, comed vuestras impiedades en Gálgala, multiplicad vuestras desobediencias"⁸⁴. Obrar impiamente y multiplicar las desobediencias, venir a Betel y a Gálgala, todo esto está mal y es más digno de ser abolido que prescripto. Porque Betel y Gálgala eran lugares de idolatría. El Señor, en efecto, dice por boca de Oseas: "Todas sus perversidades se hacen en Gálgala"⁸⁵, y también: "En vano estaban en Gálgala inmolar bueyes"⁸⁶. Mas en Betel Jeroboán puso un becerro de oro para que el pueblo lo adorase⁸⁷. Venir a Betel y a Gálgala para adorar, era pues una mala acción; y cuando Dios dice "Venid a Betel" es con la irritación de alguien que deja hacer y que no quiere prohibir. Y después de otros pecados enumerados en el profeta Amós en el mismo tono de mandato, se encuentra: "Ofreced un sacrificio de alabanza con levadura; anunciad ofrendas voluntarias y publicadlas. Porque es eso lo que quisisteis, hijos de Israel, dice el Señor Dios. Pero yo, hice que en todas vuestras ciudades vuestros dientes se os enmohecieran, y que en todas vuestras ciudades os haya faltado el pan"⁸⁸. Más de una vez se encuentra en los profetas imperativos que parecen ordenar y que sin embargo no

83 Cf. S. JERONIMO, *In Amos*, 11,4; PL 25, 1027 A.

84 Amós 4,1.

85 Os 9,15.

86 Os 12,11.

87 Cf. 1 Re 12, 28-29.

88 Amós 4,4-6.

ordenan, pero el contexto, y también la manera de decirlo muestran que se trata más bien de cosas que no hay que hacer. Así este texto de Isaías: ¡"Haced un plan, y yo lo disiparé! ¡Decid algo y no sucederá!"⁸⁹. Así estas palabras dirigidas a Judas: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto"⁹⁰. Así también el pasaje en cuestión: "Ofreced un sacrificio de alabanza con levadura".

Por eso, la santa Iglesia romana no ha permitido que se cambie esta forma de celebrar la eucaristía con pan ácimo, que, según creemos, fue instituida por Cristo; sino que ha querido conservar inmutable un uso fundado en una tal autenticidad.

Algunas divergencias de texto. En Mateo leemos: "Tomó pan y lo bendijo"⁹¹. En Lucas: "Habiendo tomado el pan, dio gracias y lo partió"⁹². En la Carta a los Corintios: "Tomó pan, y dando gracias, lo partió"⁹³. En el canon de la Misa: "Levantó los ojos al cielo, dando gracias lo bendijo y lo partió"; por el texto de Mateo consta que Jesús bendijo; por el de Lucas — con el cual concuerda Pablo — que dio gracias. Es pues legítimo reunir ambas menciones en el Canon, y decir: "Dando gracias lo bendijo". Pero el Canon añade: "Levantando los ojos al cielo". Ningún Evangelista dice esto en este lugar, al menos en la versión que utilizamos. En otras circunstancias se lee que levantó los ojos al cielo para orar, o dar gracias. Así en Juan, en el momento en que Jesús va a resucitar a Lázaro: "Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: Padre, te doy gracias porque me escuchaste"⁹⁴. En otra parte también: "Levantó los ojos al cielo y dijo: Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique"⁹⁵. Y en el momento en que va a alimentar a unos 5.000 hombres con cinco panes y

89 Is 8,10.

90 Jn 13,27.

91 Mt 26,26.

92 Lc 22,19.

93 1 Cor 11, 23-24.

94 Jn 11,41.

95 Jn 17,1.

SACRAMENTO

dos peces, Lucas dice que miró hacia el cielo y bendijo⁹⁶. Lo cual está inserto en el Canon: "Levantó los ojos al cielo", y es recibido legítimamente en la fe y la costumbre de la Iglesia, como tradición de los antiguos, los cuales, de un modo u otro, lo han sabido con certeza, aunque no nos resulte fácil conocer la fuente.

No podemos, en efecto, dar razón de todo lo que nos transmitieron los antiguos, pero en todo lo que no contradice a la razón, su misma autoridad es para nosotros razón suficiente. Y nuestra fe —sin la cual "es imposible agradar a Dios"⁹⁷— se apoya en la autoridad, más que en la razón humana. Cuando Pedro nos dice que hay que dar razón de la fe y de la esperanza que están en nosotros, a todos aquellos que nos lo demanden⁹⁸, no veo qué mejor razón dar de la fe que la autoridad de las Escrituras o la tradición de los antiguos pero de aquellos de los que se está seguro que no han errado en ningún punto de fe, y de los que se sabe, por el contrario, que han agradado a Dios por la fe.

Sobre el mismo tema. Mateo escribe que, tomando el cáliz, el Señor dio gracias, y no dice que lo bendijo. De igual modo escribe que tomando el pan, lo bendijo, y no añade que haya dado gracias. Pero, por el hecho de que en el momento en que el Señor tomó pan, Mateo escribe: "lo bendijo", Marcos: "bendiciendo, lo partió"; Lucas: "dio gracias", sin hablar de bendición, y Pablo: "dando gracias lo partió", puede colegirse que en este pasaje "dar gracias" y "bendecir" tienen el mismo sentido. Entonces, "Jesús tomó el pan y lo bendijo" significaría que bendijo a Dios, es decir, que dio gracias a Dios. Esta interpretación no sería dudosa si se dijera: "bendijo a Dios", o "al Señor" o algún término análogo. Pero porque es inmediatamente después del "tomó pan" que se lee "y bendijo, y partió", es pues verosímil que es el pan lo que

tomó, bendijo y partió mientras lo bendecía o después de haberlo bendecido. Lucas y Pablo dan testimonio de algo que no dicen ni Mateo ni Marcos, a saber: que Jesús, después de haber tomado pan, dio gracias. Por eso es que en el rito de la Misa, cuando el sacerdote ha tomado el pan, lo ha colocado sobre el altar e igualmente ha hecho con el cáliz, y ha dicho la secreta, la parte de la celebración en que se produce el sacramento⁹⁹, empieza por la acción de gracias. El sacerdote comienza: "Demos gracias al Señor nuestro Dios". Y el coro responde: "Digno y justo es"; después el sacerdote prosigue: "Verdaderamente digno y justo es, etc.", hasta el cántico, que con los ángeles cantaremos a Dios por toda la eternidad.

Bendijo...

¿Cómo realizó Cristo la conversión del pan y del vino?

Hoy los sacerdotes dan la bendición, santifican y bendicen lo que deben consagrar por las palabras y el signo de la cruz. Porque, "la criatura de Dios, como dice el Apóstol, es santificada por la palabra de Dios y la oración"¹⁰⁰. Cristo, al dar la bendición, ¿ha hecho el signo de la cruz? La Escritura no lo dice. Pero, con frecuencia se lee que bendijo, y que para bendecir, pronunció algunas palabras. En efecto, después de haber creado a "todos los animales vivientes y dotados de movimiento que habían producido las aguas según su especie, y todos los pájaros según su especie", los bendijo diciendo: "Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra"¹⁰¹. Y cuando hubo creado al varón y a la mujer, los bendijo diciendo: "Creced y

99 Sobre esta expresión, ver B. BOTTE, "Conficere corpus Christi", en *Année théologique*, 8 (1947), p. 309-315.

100 I Tim 4, 4-5.
101 Gén 1,21-22.

96 Cf. Lc 9,16.
97 Heb 11,6.

98 Cf. I Pe 3,15.

multiplicaos, y llenad la tierra"¹⁰². Después del diluvio, bendijo también a Noé y a sus hijos diciendo: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra"¹⁰³. En otra parte se lee que Dios bendijo sin decir nada, como por ejemplo: "Dios bendijo el séptimo día y lo santificó"¹⁰⁴. Y cuando Jacob habla a Labán le dice entre otras cosas: "Dios te ha bendecido a causa de mí"¹⁰⁵. Y cuando Jesús multiplicó los cinco panes en el desierto se lee: "Miró al cielo y bendijo"¹⁰⁶. Y en el relato de otro milagro, el de los siete panes y de los pececillos, se dice: "Los bendijo y los hizo distribuir"¹⁰⁷. Y cuando sube al cielo a la vista de sus discípulos: "Levantó las manos y los bendijo; y mientras los bendecía, desapareció de su vista"¹⁰⁸.

Pero en la cena, sabemos que pronunció estas palabras: "Esto es mi cuerpo". Por estas palabras, o bien cambió sustancialmente el pan y mostró que estaba cambiado; o bien simplemente mostró que estaba cambiado.

En efecto, si Cristo cambió sustancialmente el pan antes de pronunciar estas palabras —pudo hacerlo de haberlo querido— sea antes de partirlo, sea al partirlo, en el momento en que el Evangelista dice que "bendijo" —lo que puede interpretarse: "cambió" entonces, las palabras "esto es mi cuerpo" no han obrado el cambio, sino simplemente han mostrado el cambio que había sido realizado.

Pero, si el orden de los hechos fue el mismo que el del relato evangélico, hay que tomar por orden y separadamente cada acto, uno tras otro: entonces el tomar el pan precedió a la bendición, y la bendición a la fracción, y la fracción al gesto de darlo y a la expresión de las palabras.

¹⁰² Gén 1,28.

¹⁰³ Gén 9,1.

¹⁰⁴ Gén 2,3.

¹⁰⁵ Gén 30,30.

¹⁰⁶ Lc 9,16.

¹⁰⁷ Mc 8,7.

¹⁰⁸ Lc 24, 50-51.

Concedido esto, si las palabras: "Esto es mi cuerpo", son las que han realizado el cambio, entonces la fracción ha precedido a la conversión; mientras que en nuestros altares, la consagración precede a la fracción, no la fracción a la consagración.

Pero puede decirse que todo, o casi todo, ha podido hacerse al mismo tiempo, aunque para decir todo sea necesario distinguir.

Sin embargo, el orden de las palabras que usan Mateo, Marcos y el Apóstol, parece insinuar que el cambio se había realizado antes de que Jesús pronunciara las palabras: "Esto es mi cuerpo", "Esta es mi sangre". Mateo dice previamente: "Tomad y comed", lo que debe entenderse, con toda evidencia, de aquello que el Señor quiso hacerles tomar y comer. También Mateo dice: "Bebed todos de él", antes de "Ésta es mi sangre". Ahora bien, el solo hecho de que Jesús diga "bebed todos de él", parece demostrar que el cambio se había realizado, y que el Señor designaba con estas palabras su sangre, que él quería dar de beber a sus discípulos. Marcos dice: "Tomad" antes de "esto es mi cuerpo". En el mismo Marcos, el orden de las palabras para el cáliz es el siguiente: "Tomó el cáliz, dio gracias, y se lo dio: y bebieron todos de él. Y les dijo: Ésta es mi sangre"¹⁰⁹. Según este orden, parece que los discípulos bebieron primeramente del cáliz y que después el Señor les dijo: "Ésta es mi sangre". En el Apóstol leemos: "Tomad y comed" antes de "Esto es mi cuerpo"¹¹⁰.

Pero los Evangelistas y el Apóstol pudieron cambiar el orden de los gestos y de las palabras de Cristo: tal vez quisieron hacer conocer solamente los gestos y las palabras, no el orden en el cual Cristo los había hecho o las había pronunciado. Por eso es difícil probar que Cristo haya realizado la

¹⁰⁹ Mc 14,22-24.

¹¹⁰ I Cor 11,24.

conversión con estas palabras. Pero hay que creer sin la menor duda que Cristo las pronunció, y que cambió sustancialmente el pan y el vino, ya sea al pronunciarlas, ya sea con anterioridad, cuando lo quiso y como lo quiso.

Por lo que se refiere al sacerdote, él es el ministro, no el autor de este cambio admirable: sin las palabras de Cristo, no puede realizar en absoluto el misterio de la consagración. Igualmente, de ningún modo puede ser administrado el sacramento del bautismo sin la forma y las palabras rituales.

¡Ve cuán grande es la fuerza de la bendición divina, y cuán maravillosamente eficaz es su poder! La bendición de Dios a nuestros primeros padres fue poderosa para multiplicar el género humano por la fecundidad dada a los sexos. Poderosa la bendición de Dios sobre Labán para multiplicar sus bienes. Por la bendición de Dios cinco panes fueron multiplicados maravillosamente. En cuanto a esta bendición de la que ahora hablamos, ella no multiplicó el pan en sí mismo, no aumentó la cantidad ni el número; sino que, cosa más asombrosa aún, sin ciliar su forma cambió su sustancia en otra sustancia: una sustancia que no ha comenzado a existir entonces sino que existía anteriormente: "¡Es el Señor quien ha hecho esta maravilla a nuestros ojos!"¹¹¹, a los ojos del corazón, no a los de la carne. Porque estas cosas están ocultas a los ojos de la carne, encubiertas a los ojos de la razón humana, maravillosamente visibles sólo a los ojos de la fe. El estupor y la admiración que no pueden darse sino por la fe son tan grandes y tan vehementes que estimulan a su vez a la fe: tan admirable es el que esto sea realizado por Dios, como el que sea creído por el hombre. Tan asombroso es lo uno como lo otro; es maravilloso que Dios lo haga, y maravilloso que el hombre lo crea. Además, los que no creen, se asombran más aún de nuestra fe. Pero el autor del uno y de la otra, del hecho que se cree y de la fe que cree es Dios so-

¹¹¹ Sal 117, 23.

lo, admirable en ambos casos: en el milagro del hecho, en la gracia de la fe. Una novedad tan extraordinaria, tan asombrosa, sobrepasa la razón humana; y ningún motivo habría para creerla si su autor no fuera reconocido como "el que, solo, obra grandes maravillas"¹¹². Mas ¿qué es lo que no puede hacer aquél que todo lo puede? ¿Qué es lo que no puede hacer, aquél que tiene en sí el poder hacer lo que quiere? Aquél que "llama a lo que es lo mismo que a lo que no es"¹¹³, y convierte a las cosas que ya existen en lo que él quiere, como él quiere, según innumerables modos de conversión que están sometidos a su voluntad; aquél "que cambió el mar en tierra firme"¹¹⁴; que, hiriendo a los Egipcios, "trocó sus ríos en sangre"¹¹⁵, "cambió su corazón para que odiaran a su pueblo"¹¹⁶, que convirtió el cayado de Moisés en serpiente, y luego, a la serpiente, nuevamente en cayado¹¹⁷; que "cambió la piedra en lago, las rocas en fuentes de agua"¹¹⁸: Él es también el que bendijo el pan diciendo: "Esto es mi cuerpo". Ya no tenemos derecho a dudar, ni de su poder, ni de su obrar, ni de su palabra. Porque "es poderoso en obras y en palabras"¹¹⁹, el que hizo y dijo esto.

y lo partió...

El cuerpo de Cristo permanece entero en cada partícula

Si la conversión del pan en el cuerpo de Cristo fue realizada por la bendición, antes de la fracción, la costumbre de la Iglesia de bendecir el pan en el altar antes de partirlo, es conforme al orden de los hechos. Por otra parte, la fracción no divide al cuerpo sino que lo conserva en su integridad. Está verdaderamente dividido, pero en el sacramento; en sí mismo

¹¹² Sal 135,4.

¹¹³ Rom 4,17.

¹¹⁴ Sal 65,6.

¹¹⁵ Sal 77,44.

¹¹⁶ Sal 104, 25.

¹¹⁷ Cf. Ex 4,2-4.

¹¹⁸ Sal 113,8.

¹¹⁹ Lc 24,19.

SACRAMENTO

permanece entero. Cuando se lo distribuye a muchos en fracciones, cada uno lo encuentra entero, lo recibe entero.

No es más grande en una partícula más grande, ni más pequeño en una partícula más pequeña. En una como en otra está igualmente contenido todo entero, ni más ni menos. Dios, desde antaño anticipó un signo de esta maravilla, cuando hizo llover "el maná como alimento"¹²⁰ de los hijos de Israel. Los que habían recogido más de un gomor o habían preparado menos de un gomor no tuvieron ni más ni menos que un gomor. Está escrito: "El que había recogido de más no tenía nada de más, y el que había recogido de menos no tenía nada de menos"¹²¹. Y el Apóstol dice a los Corintios: "Ni el que recogió mucho abundaba, ni el que recogió poco estaba escaso"¹²².

Nueva interpretación de estas tres palabras:

"Tomó, bendijo, partió".

Significación mística de los gestos de Cristo

Si queremos extraer una significación mística o de edificación para la fe y las costumbres de estas tres acciones: tomar el pan, bendecirlo y partirlo, es necesario repetirlas en orden, una tras otra, a fin de que cada detalle de lo que se ha cumplido nos aproveche para nuestra inteligencia espiritual y nuestra instrucción.

Tomó pan. Al asumir nuestra naturaleza, Cristo tomó, por decirlo así, pan. Cristo tomó con qué alimentarnos cuando se unió al hombre por el misterio de la encarnación. Cambió en trigo el heno de nuestra carne para alimentarnos "con harina de trigo", para saciarnos con "la flor del trigo"¹²³. Por noso-

tros se hizo grano de trigo que debe ser sembrado en un corazón bueno y multiplicarse allí abundantemente. Se hizo también para nosotros pan que fortifica el corazón del hombre¹²⁴. Pan en las palabras de su doctrina, pan en los ejemplos de su vida, pan en todo don de la gracia espiritual, pan en todo lo que viene a consolar nuestra miseria; pan que sostiene nuestra vida y que nos reconforta en las penas de nuestra peregrinación, a fin de que, fortalecidos por él, lleguemos a la montaña de Dios, el Horeb¹²⁵.

Bendijo. Recibió la bendición del Señor¹²⁶. Y, en tanto que Dios, él mismo le dio su bendición al hombre que él era. Se ha dado a sí mismo no sólo el ser bendecido, sino el poder bendecir a todos los que le bendijeran, porque "los que le bendicen heredarán la tierra"¹²⁷. Dios, en efecto, le dio la bendición de todos los pueblos; y el testamento de su promesa lo confirmó sobre su cabeza¹²⁸, esa cabeza que llevó la corona de espinas¹²⁹, el testamento de su promesa, de suerte que por nosotros se hizo maldito, como lo dice la Escritura: "Maldito todo el que es colgado del madero"¹³⁰. Ha sido pues maldecido por los hombres y en favor de los hombres, pero bendecido por Dios. Porque está escrito: "Ellos maldecirán y tú bendecirás"¹³¹. La alianza que Dios hizo con Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones"¹³², ha sido confirmada en él. Para que en él pudieran ser bendecidas todas las naciones, él mismo ha sido bendecido antes que todos, en toda plenitud de gracia: "Y de su plenitud todos hemos recibido"¹³³. Tal es esta unción, que, hecha "sobre la cabeza de Aarón, desciende por su bar-

¹²⁰ Sal 77,24.

¹²¹ Ex 16,18.

¹²² II Cor 8,15.

¹²³ Sal 80 17. Dt 32,14.

¹²⁴ Cf. Sal 103,15.

¹²⁵ Cf. I Re 19,8.

¹²⁶ Cf. Sal 23,5.

¹²⁷ . . . Sal 36,22.

¹²⁸ Eclo 44,25.

¹²⁹ Cf. Jn 19,5.

¹³⁰ Gál 3,13.

¹³¹ Sal 108,28.

¹³² Gén 22,18.

¹³³ Jn 1, 16.

ba" y que bajó también "hasta la orla de su vestido, porque Dios envió allí su bendición"¹³⁴.

Partió. Dios quiere conocernos "en sus bendiciones"¹³⁵, para que nosotros le reconozcamos "en la fracción del pan"¹³⁶. A la fracción corresponde la distribución: partió el pan para dar a muchos, para comunicar a muchos su gracia. Porque "las gracias son distribuidas"¹³⁷ y "cada uno recibe su propio don: uno éste, otro aquél"¹³⁸, uno más, el otro menos. Uno se sienta a una mesa suntuosa; otros, como "los perritos, comen las migas que caen de la mesa del Señor"¹³⁹. Si Jesús no hubiera partido el pan, ¿cómo las migas habrían llegado hasta nosotros? Lo partió y la distribuyó; "distribuye, da a los pobres"¹⁴⁰.

Lo ha partido por la gracia, para quebrantar su propia cólera y la del Padre. Porque Dios dijo que nos hubiera destruido si su Unico, "su elegido, no se hubiera puesto en pie ante él, en la brecha, para apartar su indignación"¹⁴¹. "El se mantuvo en pie ante Dios y lo apaciguó"¹⁴². Por su indefectible fuerza de alma, se mantuvo en pie sobre la brecha, no quebrantado. Pero él mismo se "quebrantó", cuando ofreció voluntariamente su carne para que fuera como quebrantada y destrozada por el sufrimiento. Es ahí cuando "quebró la fuerza del arco"¹⁴³, quebró "la cabeza del dragón"¹⁴⁴, quebrantó a nuestros enemigos, en su cólera. Allí, de alguna manera, quebró las tablas de la primera Alianza¹⁴⁵ para que no estemos bajo la ley. Allí quebró el yugo de nuestra esclavitud. Por fin, quebró todo lo que nos quebrantaba, a fin de reparar todo lo que había sido quebrantado en nosotros y

de dejar ir "en libertad a los que habían sido quebrantados"¹⁴⁶. Pues estábamos cautivos "en hierros y miserias"¹⁴⁷.

Y todavía hoy, buen Jesús, aunque hayas depuesto tu ira, aunque hayas partido el pan por nosotros, pobres mendigos, padecemos aún indigencia, tenemos hambre aún. Ciertamente, tú dijiste: "Los que me coman quedarán con hambre"¹⁴⁸. Sí, todavía, "hasta que pase la iniquidad"¹⁴⁹. ¡Todavía no dejan de tener hambre! Vendrán tiempos en que "no tendrán ya más hambre ni sed"¹⁵⁰. Entretanto, cada día parte este pan con los hambrientos¹⁵¹. Porque hoy y todos los días recogemos algunas migajas, y cada día tenemos nuevamente necesidad del pan cotidiano. "El pan nuestro de cada día dánoslo hoy"¹⁵². Si tú no lo das, ¿quién nos lo dará? En toda nuestra mendicidad, pobreza, indigencia, necesidad y tribulación, no hay quien nos parta el pan¹⁵³, nadie que nos alimente, nadie que nos dé fuerza, nadie más que tú, Dios nuestro. En toda consolación que nos envías, recogemos las migajas de este pan que tú partes, y gustamos, por experiencia, cuán "dulce es tu misericordia"¹⁵⁴. Pero necesitamos aún más, y, como exacerbado el apetito por el saqueo de esta dulzura, experimentamos más y más hambre.

Resumen. Si los gestos y las palabras del Señor en la cena —tomar el pan, bendecirlo, partirlo— se interpretan en sentido místico, según este sentido Cristo tomó el pan cuando se unió al hombre; lo bendijo cuando se santificó por el hombre; lo partió cuando comunicó a los hombres esta gracia de santificación según sus propias palabras: "Yo me santifico por ellos, para que ellos también sean santificados en la verdad"¹⁵⁵.

134 Sal 132, 2-3.

135 Eclo. 44,26.

136 Lc 24,35.

137 I Cor 12,4.

138 I Cor 7,7.

139 Mt 15,27.

140 Sal 111, 9.

141 Sal 105,23.

142 Ibid. 30.

143 Sal 75,4.

144 Sal 73,14.

145 Ex 32,19.

146 Is 58,6.

147 Sal 106,10.

148 Eclo 24,29.

149 Sal 56,1.

150 Ap 7,16.

151 Cf. Is 58,7.

152 Lc 11,3.

153 Cf. Lam 4,4.

154 Sal 108,21.

155 Jn 17,19.

Continuando, pasemos a las palabras siguientes:

Dio...

Jesús lo "partió" y lo "dio" a sus discípulos. Inútil preguntar lo que les dio; él mismo lo declara diciendo: "Esto es mi cuerpo". Les dio pues su cuerpo y no sin darse a sí mismo. Porque por esto tomó un cuerpo: para darse a nosotros. Nació, en efecto, para dar testimonio de la verdad¹⁵⁶, para escuchar las súplicas que los profetas antiguos¹⁵⁷ hicieron en su nombre, y cumplir las promesas al manifestar la verdad, según "el juramento que juró a Abraham, nuestro padre, de darse a nosotros"¹⁵⁸. ¡Oh don excelente, don perfecto que baja de lo alto, del Padre de las luces!¹⁵⁹. Recibimos a Cristo como vestido, como alimento, como rescate, para revestirnos de él, comerle, ofrecerle. Para revestirnos de él, como está escrito: "Cuanto en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo"¹⁶⁰; para comerlo, como él lo dice en este pasaje: "Tomad y comed"; para ofrecerlo, en favor de nosotros y por nosotros. Se ha ofrecido en favor nuestro, en el sufrimiento de su pasión y de su muerte; es ofrecido por nosotros, cuando conmemoramos esta misma pasión y muerte, según él mismo lo instituyó diciendo: "Haced esto en memoria mía"¹⁶¹. Pero el don evocado en este pasaje, es aquél por el cual se entregó como alimento.

Examinemos ahora a quién se entregó de este modo.

A sus discípulos.

Entregándose a sus discípulos entonces presentes, significó que la gracia de este sacramento es para aquellos que sean contados en el número de sus discípulos. Los que están fuera de su enseñanza y no tienen a Cristo por maestro, que

establecen la regla de su vida no según Cristo sino según su propio pensamiento, éstos, son tan extraños a la gracia de este sacramento como indignos del nombre de discípulos.

Y dice: Tomad.

El texto precedente: "Jesús tomó pan", etc. hasta las palabras: "Tomad" es del evangelista, y relata lo que ha hecho Jesús. Y ahora se añade lo que éste ha dicho: "Tomad". Se puede decir con propiedad que lo reciben, aquellos a quienes Jesús dice: "Tomad", a quienes él mismo lo da, a quienes su autoridad de benefactor —no la audacia de la propia voluntad— da licencia para recibir. Pero, los que por sí mismos se arrogan el derecho, sin pudor ni respeto, más que recibir, arrebatan y roban. Pareciera que estas palabras: "Tomad", hubieran sido dichas para condenar su audacia, ya que Jesús, cuando las pronunció, había dado ya el pan. Por lo cual, cuando este sacramento es distribuido a los indignos, más bien es robado que entregado, porque no tienen permiso para tomarlo los que no tienen derecho de recibirlo. En efecto, no tienen la facultad de recibir, como está escrito: "Nosotros tenemos un altar, del que no tienen facultad de comer los que sirven en el tabernáculo"¹⁶². Sin embargo, en cierta manera puede decirse que es dado a los indignos y recibido por ellos. Pero "recibir" (accipi), tiene aquí el sentido de "tomar", y ellos lo toman como toman (accipiunt) la espada aquellos de los que está escrito: "Los que toman la espada, a espada morirán"¹⁶³. Quienquiera pues que se arrogue, sin que un poder superior se lo haya confiado, el poder de castigar —que puede ser simbolizado por la espada— pecará por esta espada. La audacia que le ha hecho tomarla, se convierte en su propio peligro y en su propio juicio.

¹⁵⁶ Cf. Jn 18,37.

¹⁵⁷ Cf. Eclo. 36,17.

¹⁵⁸ Lc 1,73.

¹⁵⁹ Cf. Sant 1,17.

¹⁶⁰ Gál 3,27.

¹⁶¹ Lc 22,18.

¹⁶² Heb 13,10.

¹⁶³ Mat 26,52.

Y comed.

El verdadero Cordero pascual

Este sacrificio ha sido instituido por el Señor no sólo para ser ofrecido sino también para ser comido. Por lo cual se dice ahora: "Comed". Que debe ser ofrecido, lo indican Lucas y el Apóstol cuando refieren que el Señor ha dicho: "Haced esto en memoria mía"¹⁶⁴.

El cordero figurativo fue matado antes de ser comido¹⁶⁵, significando, con su muerte y su manducación, la muerte y la manducación del verdadero Cordero. Pero el verdadero Cordero fue comido antes de ser matado. En efecto, el nuevo sacrificio debía ser instituido antes de la pasión de Cristo, porque antes era necesario poner fin al antiguo sacrificio. Había que terminar, antes de la pasión, lo que no debía renovarse después de la pasión. Pero allí donde el antiguo sacrificio se había de terminar, debía, sin demora, comenzar el nuevo.

Antes de la pasión era necesario que por este sacramento fueran fortalecidos los discípulos que serían escandalizados por la muerte de Cristo¹⁶⁶; así su fe no desfallecería por entero, y el tentador que los había reclamado¹⁶⁷ no triunfaría como un vencedor sobre sus vencidos.

Por último, era oportuno, mientras Judas se encontraba aún entre los discípulos, dar ejemplo a las generaciones futuras de que se debe tolerar a los malos en la Iglesia mientras están ocultos. El Señor, en efecto, toleró a Judas, porque no fue acusado. Que Judas recibiera el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, se deduce de las palabras del evangelista Lucas¹⁶⁸, lo mismo que de las de San Agustín, que

en el sermón 62 sobre San Juan comienza con estas palabras: "Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás¹⁶⁹. Había entrado con anterioridad¹⁷⁰, poniendo en su corazón el pensamiento de traicionar a Cristo". Y más abajo: "Pero esta vez, entró en él después del bocado de pan, no para tentar a un extraño, sino para adueñarse de aquél que ya le pertenecía. No hay que pensar, como lo hacen algunos lectores superficiales, que Judas recibió entonces el cuerpo de Cristo. El Señor ya había distribuido a todos el sacramento de su cuerpo y de su sangre, y Judas estaba entre ellos, así como San Lucas claramente lo relata. Fue más tarde cuando, según el relato de Juan, el Señor designó abiertamente a aquél que debía traicionarlo, tendiéndole un bocado mojado. Tal vez por este pan que cambiaba de color, quería significar la simulación del discípulo¹⁷¹.

Por estas tres razones, o por otras más, la manducación del verdadero Cordero, que debía repetirse en la Iglesia después de la muerte de Cristo, fue instituida antes de su muerte, y realizada según el modo en que debía serlo más tarde. Por lo que se refiere a la manducación del cordero figurativo, ella se conformaba al orden natural, y por decirlo así, a las leyes usuales de los alimentos: seguía a la muerte de la víctima, y no debía precederla, porque no era posible que lo hiciera. Comer la víctima ya muerta era normal, no sólo según la naturaleza, sino también según la ley. La muerte del cordero figurativo podía significar la muerte del Salvador; pero su muerte y su manducación, que le hacían desaparecer totalmente, no podían dar la vida ni salvar de la muerte. La manducación del verdadero Cordero, al contrario, precedió a su muerte, no según el orden de la ley o de la naturaleza sino según cierto orden de la gracia: esta víctima aún viva, pero que debía morir pronto y después vivir de nuevo, indicaba

¹⁶⁴ Lc 22,19. I Cor 11,24.

¹⁶⁵ Cf. Ex 12, 6-8.

¹⁶⁶ Cf. Mt 26,31.

¹⁶⁷ Cf. Lc 22, 31-32.

¹⁶⁸ Cf. Lc 22,21.

¹⁶⁹ Jn 13,27.

¹⁷⁰ Lc 22,3.

¹⁷¹ S. AGUSTIN, In Johannis evang., 62, 2-3; PL 35, 1802; CCL 36, p. 484.

el orden de la gracia que obra en nosotros, con cuyo poder somos vivificados de tal manera que "vivamos en sobriedad, justicia y piedad"¹⁷² hasta la muerte; ella hace que no nos durmamos piadosamente¹⁷³ en la muerte; hace que seamos liberados de la muerte y resucitados para vivir de nuevo, luego de haber saldado la deuda que debemos a la muerte. Tal es, en efecto, el orden de la gracia: una vida buena, una muerte preciosa, la vida bienaventurada.

Esto es mi cuerpo.

La palabra de Cristo y la fe de la Iglesia

Lo que acaba de hacer, lo dice Jesús; él anuncia por la palabra, el resultado de su acción. Hace y después dice: "Esto es mi cuerpo". En la creación del mundo, por el contrario, primero dice, y luego hace. En el instante de crear la luz "dijo Dios: Hágase la luz, y la luz se hizo"¹⁷⁴. Y una vez creada la luz no se lee que haya dicho: Ésta es la luz. No había necesidad, por otra parte, de que lo dijera, dado que el poder de su palabra era manifiesto: el resultado subsiguiente y el ser nuevo que obedecía eran evidentes; y es la palabra la que resultaba misteriosa, hasta que la obra nueva levantaba el velo. A medida que él decía: ¡Hágase! las criaturas, de inmediato, existían, y entonces se revelaba lo que él había querido decir, él, que era poderoso para crear por su sola palabra. De este modo, "las perfecciones invisibles de Dios y su eterno poder se revelan por la creación"¹⁷⁵. El poder de Dios, por el cual ha ordenado que la criatura exista, se comprende y se ve de algún modo en las cosas creadas. Pero en esta conversión admirable de la eucaristía, sucede de otra manera. Un hecho tan misterioso, tan alejado del conocimiento humano, no podía ser manifestado más que por la palabra. Por

¹⁷² Tito 2,12.
¹⁷³ Cf. II Mac 12,45.

¹⁷⁴ Gén 1,3.
¹⁷⁵ Rom 1,20.

esta razón bendijo y dijo: "Esto es mi cuerpo". Por esta palabra, el Verbo de Dios omnipotente, manifestó una única obra de su poder que todos nosotros admiramos¹⁷⁶. Hizo y después dijo, a fin de que una vez dicho, se lo crea.

Puede designarse a Cristo, por analogía, como "vid", "cordero"¹⁷⁷, piedra¹⁷⁸ y otros nombres que metafóricamente puedan convenirle; pero a nadie se le ocurrirá pensar que se trata de una figura cuando él dice: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo". A lo que él ordena que se reciba y que se coma, no se le llama "cuerpo de Cristo" por metáfora y en figura, sino que verdaderamente y en sentido propio es el cuerpo de Cristo que se entregó por nosotros como el mismo Cristo lo dice en san Lucas: "Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros"¹⁷⁹. Las palabras de Cristo: "Esto es mi cuerpo" son la verdad exacta, no una figura. Esta palabra de verdad, que nadie quitará jamás de mi boca¹⁸⁰, no debía ser oscurecida por una figura: debía, más bien, poner fin a la figura, que es la Ley. En la verdad no buscamos una figura de lenguaje: en adelante, la palabra, por sí sola, debe poner de manifiesto lo que hasta aquí se ocultaba bajo la figura de las cosas.

Para que nadie sospeche que se trata de una figura o de una metáfora, y no se pierda en las tinieblas de su pensamiento como quien tropieza en pleno día¹⁸¹ y busca la sombra en la luz, es necesario, en lo concerniente a estas palabras de Cristo, como en todas las demás cosas, es necesario, digo, atenerse a la interpretación que uno sabe que es la de la Iglesia, la que confirma la autoridad de los Padres ortodoxos, y la que recomienda la fe de la Iglesia católica y apostólica. Cristo, en efecto, edificó su Iglesia sobre la piedra de

¹⁷⁶ Cf. Jn 7,21.
¹⁷⁷ Cf. Jn 15,1; 1,29.
¹⁷⁸ Cf. I Cor 10,4.

¹⁷⁹ Lc 22,19.
¹⁸⁰ Cf. Sal 118,43.
¹⁸¹ Cf. Job 5,14.

la fe¹⁸². Cristo reveló a la Iglesia los misterios de los sacramentos celestiales; él instituyó este sacramento para unirse más estrechamente a la Iglesia. El inspiró a la Iglesia la fe en este sacramento; por sus palabras enseñó esta fe y dio a la Iglesia la inteligencia de sus palabras. De este modo la alimentó "con el pan de la vida y de la inteligencia"¹⁸³, dándole a comprender, según su palabra¹⁸⁴. Así pues, tal como la Iglesia cree y comprende, quiere Cristo que se comprenda. Eso es lo que el Espíritu de verdad, que sugiere toda verdad¹⁸⁵, le ha inculcado; eso es lo que ha recibido y como lo ha recibido nos lo entrega. En la persona de los Apóstoles recibió la palabra de la fe, que es la palabra de Dios, cuando oyó de Cristo: "Esto es mi cuerpo". Al escuchar la palabra de la fe, concibió la fe en esta palabra; porque "la fe viene de lo escuchado, y lo que se ha escuchado es la palabra de Cristo"¹⁸⁶.

Pero la fe en esta palabra, o bien es la misma fe al hecho invisible, o bien lo implica. Porque desde que se cree a la palabra, en esta palabra se cree el hecho mismo. Ahora bien, el hecho es invisible. Porque la conversión del pan en el cuerpo de Cristo se opera invisiblemente. Pero cuanto más oscuro era el hecho, tanto más claras eran las palabras: "Esto es mi cuerpo". La palabra de Cristo ha revelado lo que estaba oculto; porque su palabra "revela e ilumina, y da inteligencia a los pequeños"¹⁸⁷, es decir, a los humildes que no se hinchan por su sabiduría sino que se inclinan con piedad ante las cosas de la fe. Si la conversión hubiera sido visible, o si, obrada invisiblemente, no hubiera sido claramente manifestada por la palabra, no hubiera habido lugar para la fe; pero al ser las cosas lo que son, la fe encuentra lugar entre el misterio del hecho y la declaración de la palabra de Cristo.

182 Cf. Mt 16,18.

183 Eclo 15,3.

184 Cf. Sal 118,169.

185 Cf. Jn 14, 17,26; 16,13.

186 Rom 10,17.

187 Sal 118,130.

En esta palabra de Cristo, que creemos que es la de Dios, la fe ve el hecho invisible que, en sí mismo, no puede verse. En tanto se lo ve, en cuanto se lo cree. Porque el poder de Dios "se revela de la fe a la fe"¹⁸⁸; de la fe en el Hombre-Dios procede la fe en este sacramento, puesto que se cree que lo que ha dicho es verdad, porque se cree que quien lo ha dicho es Dios. La fe ilumina a la fe, y la fe procede de la fe, como el resplandor de la luz¹⁸⁹ brota de la luz.

El término "transustanciación"

Cómo expresar el cambio. Para quien examina lo que Jesús ha tomado y dado, el cambio del pan resulta evidente. Porque tomó pan, pan en cuanto a su nombre y a su sustancia; lo bendijo, lo partió, y dio su cuerpo. Es necesario pues creer, según la piedad de la fe, que el pan fue cambiado, incluso si el evangelista no ha usado el término "cambio". "Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se confiesa para la salud"¹⁹⁰; por eso, hay que proclamar con la boca este cambio, con toda la firmeza con que se lo cree con la fe del corazón. Por esta razón la Iglesia proclama, como consta indudablemente por la tradición de los Padres ortodoxos, que el pan, por el poder de la bendición divina, se transforma en el cuerpo de Cristo, se hace cuerpo de Cristo; que es transustanciado, cambiado, convertido en el cuerpo de Cristo. El misterio de la fe se enuncia también de otras muchas maneras. Y aunque en esta proclamación de la fe haya una gran diversidad de palabras, la piedad de la fe es, no obstante, una, la unidad de la confesión es indivisible.

Estas palabras "cambio", "conversión" y otras semejantes que evocan un cambio o conversión, y sirven para confesar esta fe, pueden parecer de invención reciente más que de

188 Rom 1,17.

189 Cf. Sab 7,26.

190 Rom 10,10.

tradición evangélica o apostólica. Pero, a santos doctores que Dios puso al servicio de la fe "para el perfeccionamiento de los santos"¹⁹¹ les gustó usar estos términos. No consideremos como profana novedad de lenguaje¹⁹² las palabras que han introducido la autoridad de los santos Padres, la piedad de la fe, la necesidad misma de confesarla. En efecto, convenía que de algún modo se dijese todo lo que había que creer. Este procedimiento no es nuevo. El término "homousion", y el término "persona" han sido tomados por los santos Padres, el uno para expresar la fe en la consustancialidad del Padre y del Hijo, el otro, la fe en la Trinidad; ambos, para afirmar la verdad y proclamar la fe, aunque no proveyeran ni del Antiguo ni del Nuevo Testamento. Sin embargo, se encuentra este término de "persona" en Isaías, que habla de Cristo al decir: "Proclamará el derecho a las naciones: no gritará ni mirará a la persona"¹⁹³. Pero esto hay que entenderlo de la acepción de personas en el juicio; a menos que se pretenda dar un segundo sentido a las palabras del profeta, y se pretenda hacerle decir que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, asumió la naturaleza humana, no una persona humana

Y tomando el cáliz.

El cáliz, símbolo de la pasión

Tomó el cáliz, no sin el vino, aunque el evangelista no habla expresamente del vino, a no ser que se entienda que habló de él cuando afirma que el Señor dijo: "No beberé más de este fruto de la vid"¹⁹⁴, etc. Tomar el cáliz era un signo místico de lo que iba a suceder: era entregarse a sí mismo a la muerte, asumirla voluntariamente. Sobre este mismo cáliz interroga el Señor a los hijos de Zebedeo cuando les dice:

¹⁹¹ Ef 4,12.

¹⁹² Cf. I Tim 6,20.

¹⁹³ Is 42,2.

¹⁹⁴ Mt 26,29.

"¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?"¹⁹⁵. Tomó entonces el cáliz, porque espontáneamente tomó sobre sí la muerte. "Se ofreció", en efecto, "porque él mismo lo quiso"¹⁹⁶.

La palabra cáliz puede significar no sólo el vaso, el continente, sino también su contenido; del mismo modo que al decir "la copa", se designa el contenido tanto como el continente.

Dio gracias.

La acción de gracias de Cristo

Como ya lo señalamos, Mateo escribe que el Señor, al tomar el cáliz dio gracias, y no dice expresamente que lo bendijo; al contrario, escribe que al tomar el pan el Señor lo bendijo, pero no añade que haya dado gracias. Entonces se podría pensar que ambas expresiones son equivalentes; toda vez que en el momento en que el Señor toma el pan, uno de los evangelistas pone "bendijo", y el otro "dio gracias". Puede decirse que la acción de gracias es una bendición; porque bendicimos a Dios cuando le damos gracias por sus beneficios.

Toda acción de gracias tiene por causa un beneficio. Pero aunque el don de la gracia sea cronológicamente anterior a la acción de gracias, sucede sin embargo que, seguros del acontecimiento, damos gracias antes del beneficio. Cristo, sabiendo cuál es la gracia de este inefable sacramento y cuántos bienes nos serán concedidos por él, sabiendo también cuántos males sufrirá él mismo por nosotros, da gracias a su Padre por ambos motivos, es decir, por los bienes que serán concedidos y por los males que serán padecidos. Unos y otros, en efecto, nos son de provecho. Jesús nos ama tanto que no sólo da gracias por nuestros bienes sino también por los su-

¹⁹⁵ Mt 20,22.

¹⁹⁶ Is 53,7.

yos; y ciertamente, nuestros bienes no son otra cosa que dones suyos. Él, sin embargo, que distribuye los dones, da gracias, como suele hacerlo el que los recibe. Porque, cuando los recibimos, considera que es él quien los recibe, y él quien debe agradecer. Cuando ha dado un presente, es como si lo hubiera recibido. El amor profundo por el cual nos une a sí como a miembros suyos, hace que él mismo reciba en nosotros todo lo que nos da. Por eso, dirigiéndose a aquél que ha dado los dones a los hombres, el Profeta exclama: "Recibiste dones en los hombres"¹⁹⁷. Da gracias, pues, por nuestros bienes que son dones suyos, enseñándonos a dar gracias por sus dones, que son bienes nuestros. Da gracias por los sufrimientos que le acarrearán los pecados ajenos, enseñándonos así a no murmurar en medio de los sufrimientos ocasionados por nuestros propios pecados. Da gracias por la salvación del mundo que ha decidido conceder al género humano, dando su carne como alimento y su sangre como bebida para colmar de bienes nuestros deseos, entregándose a sí mismo como precio para rescatar nuestra vida de la muerte¹⁹⁸.

Da gracias por nosotros, como lo hemos dicho. ¿Cómo? ¿No da gracias también por él, a quien le ha sido dado rescatar el mundo, de manera que a su nombre "toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en los abismos?"¹⁹⁹. ¿Qué posee, en efecto, el Hijo de la Virgen, que no haya recibido? Porque si el Hijo de Dios es por condescendencia Hijo del hombre, el Hijo del hombre es por gracia Hijo de Dios; y no a la manera de un hijo adoptivo, de uno que, no siendo hijo, es adoptado por hijo; sino como lo dice el Apóstol "predestinado Hijo de Dios en poder"²⁰⁰.

No se sabe en qué términos dio gracias, ya sea por nosotros, ya por él, porque el evangelista no lo expresa. Si creemos que ha usado de la palabra, tal vez ha empleado éstas:

"Te doy gracias" u otras de igual sentido, como en este pasaje en el que, exultando en el Espíritu Santo dice: ¡"Te alabo, Señor, Padre del cielo y de la tierra!"²⁰¹.

Y se lo dio diciendo: Bebed todos "ex hoc".

El evangelista indica, en primer lugar, para qué da, luego, lo que da. Lo da para que se lo beba y dice: "Bebed todos "ex hoc"". Las palabras "ex hoc" pueden significar "a partir de ahora, en adelante", para poner de relieve el comienzo de una tan grande gracia y de un tan grande beneficio; pero es preferible traducir: "Bebed de este cáliz, bebed de lo que os doy". Que no haya dicho "bebedlo", ni "bebed esto", sino "bebed de esto" —lo que pareciera ser un partitivo—, puede aludir a la repartición de las gracias, que también expresa la fracción del pan. El cáliz, en efecto, bebido dignamente, no da a todos todas las gracias sino a cada uno la suya. A unos les alivia la tentación, a otros les aumenta la virtud, y en todas formas da a cada uno lo que es necesario²⁰². Para que nadie se vea excluido de la distribución, Jesús añade: "todos". A este cáliz son llamados a una todos los fieles: porque es la comunión de los fieles. La muerte es para quien no bebe de él. Y, como lo dice el Apóstol, para quien lo bebe indignamente, es la condenación²⁰³. ¿Qué hará entonces el fornicador o el adúltero, o quienquiera que esté sumergido en el pecado mortal? Que se beba indignamente o que no se beba de ningún modo, en ambos casos se está en peligro de muerte, porque ya se está en la muerte. ¿Qué hacer? Quienes se encuentran en esta situación vacilan; ahora bien, el consejo liberador está al alcance de los que quieran seguirlo: ¡"Que se convierta y viva!"²⁰⁴. Que entre ambos peligros de muerte escoja lo que está en el medio: la vida; que

¹⁹⁷ Sal 67,19.

¹⁹⁸ Cf. Sal 102, 5.4.

¹⁹⁹ Flp 2,10.

²⁰⁰ Rom 1,4.

²⁰¹ Mt 11,25.

²⁰² Cf. Act 2,45.

²⁰³ Cf. I Cor 11,29.

²⁰⁴ Ez 33,11.

él mismo se examine y discierna y entonces beba de este cáliz²⁰⁵.

Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento.

Estas palabras indican lo que ha dado el Señor. Juntamente con lo que cree la Iglesia católica, hay que entender que ha sido cambiado el vino, y que se ha convertido en la sangre de Cristo, "la sangre purísima de la uva"²⁰⁶. De esta sangre o de este vino —porque el vino puede ser llamado metafóricamente, sangre— está escrito: "Lavaré en vino sus vestidos, y en la sangre de las uvas su ropa"²⁰⁷. "Esta, dice, es mi sangre". "Sangre", según su verdadera sustancia y no en sentido figurado; "mi", porque es la suya: no es ya la sangre de los machos cabríos ni de los toros, que, por otra parte, más bien se derramaba que se bebía, en el Antiguo Testamento; sino "esta, dice, es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento". Marcos dice lo mismo²⁰⁸. Lucas, por el contrario: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre"²⁰⁹. Igualmente Pablo: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre"²¹⁰. Entonces, según Mateo y Marcos: "Esta es la sangre del Nuevo Testamento"; según Lucas y Pablo: "Este cáliz es el Nuevo Testamento".

Los diversos sentidos de la palabra "Testamento"

Examinemos los diversos sentidos de la palabra Testamento en la Sagrada Escritura. Dice el Apóstol: "Nadie anula el testamento de un hombre ni le añade nada"²¹¹. Y en otro lugar: "El testamento es valedero por la muerte"²¹². En estos ejemplos, "testamento" significa una disposición jurídica por la

cual generalmente el testador instituye un heredero. También se llama testamento al pacto que hicieron entre sí Jacob y Labán para sellar una alianza de paz²¹³. Se encuentra también bajo el nombre de testamento las confabulaciones de los malvados contra Dios, en el pasaje: "Nómadas de Edon e Ismaelitas han hecho un testamento contra ti"²¹⁴. Testamento tiene también el sentido de "pacto con la muerte"²¹⁵ o con el infierno, o aún con el mundo; se trata entonces de pecadores, de los que aman el mundo, de los que, ligados por sus malas acciones, se hacen deudores de la muerte y del infierno. Así está escrito en el Eclesiástico: "Recuerda que la muerte no tardará: recuerda el testamento del infierno que te ha sido mostrado"²¹⁶. Porque la alianza con este mundo tiene por resultado la muerte. Por fin, está el testamento que Dios estableció para sus elegidos, su pacto con David del que él mismo dice: "Hice un testamento para mis elegidos, juré a David mi siervo: afirmaré tu descendencia para siempre"²¹⁷. Y también su pacto con Abraham: "Fielmente guardó siempre su alianza y la promesa hecha por miles de generaciones. El pacto hecho con Abraham, y su juramento a Isaac"²¹⁸. De todo ello puede concluirse que a la ley de Dios se la llama con razón Testamento, porque nos promete una herencia, en muchos lugares muestra quiénes son los herederos, contiene las promesas de Dios y sus voluntades, como un pacto de alianza que garantiza la amistad entre Dios y los hombres. Allí Dios se obliga, de buen grado y bajo juramento, a cumplir las promesas; el hombre queda obligado en conciencia a cumplir los mandamientos.

205 Cf. I Cor 11,28.

206 Dt 32,14.

207 Gén 49,11.

208 Mc 14,29.

209 Lc 22,20.

210 I Cor 11,25.

211 Gál 3,15.

212 Heb 9,17.

213 Cf. Gén 31, 44-55.

214 Sal 82, 6-7.

215 Is 28,18.

216 Eclo 14,12.

217 Sal 88, 4-5.

218 Sal 104, 8 9.

Cristo rompió nuestro pacto con el infierno

El testamento entre el diablo y el hombre fue confirmado como con sangre por el pecado del hombre y por su muerte. Refiriéndose a este testamento Isaías hace decir a algunos: "Hemos hecho pacto con la muerte, nos hemos concertado con el infierno"²¹⁹. Al diablo se le llama muerte e infierno, y a la alianza sellada con él "testamento del infierno"²²⁰ que ha sido mostrado al hombre. Este testamento, acabamos de decirlo, ha sido confirmado por la muerte del hombre, pero en lo que respecta al hombre mismo: ninguna fuerza, ninguna humana sabiduría, puede liberar al hombre de la muerte, "mientras no venga aquél que le rescate y le salve"²²¹. Por eso a Abel no le bastaba su inocencia, ni a Noé su justicia, ni a Abraham su fe, ni a Moisés su mansedumbre, ni a Job su paciencia, ni, por último, a ningún santo su santidad, para ser liberado de la muerte. El testamento del infierno no podía ser anulado antes de la muerte o sin la muerte del Mediador. Por lo cual uno dice: "Voy a bajar a las puertas del infierno"²²², y otro: "Mi casa es el infierno; mi lecho está dispuesto en las tinieblas"²²³; otro exclama: "Bajaré llorando a reunirme con mi hijo en los infiernos"²²⁴, y también: "Haréis descender en dolor mis canas al infierno"²²⁵.

Por lo que se refiere al que dice: "Me alegré de lo que se me decía: Vamos a la casa del Señor"²²⁶, luego nos muestra a qué fuerza se confía: dirigiéndose al autor de la salvación, que "estableció el testamento de la paz"²²⁷ le dice: "Venga la paz, gracias a tu fuerza"²²⁸. "Nuestra paz, en efecto, es él"²²⁹, que nos ha abierto el cielo y cerrado el infierno,

219 Is 28,15.
220 Eclo 14,12.
221 Sal 7,3.
222 Is 38,10.
223 Job 17,13.
224 Gén 37,35.

225 Gén 42,38.
226 Sal 121,1.
227 Eclo 45,30.
228 Sal 121,7.
229 Ef 2,14.

que, en la sangre del Nuevo Testamento ha destruido el "testamento del infierno". Por eso dice en Isaías: "Vuestra alianza con la muerte será destruida, vuestro pacto con el infierno no subsistirá"²³⁰.

La nueva Alianza sellada en la sangre de Cristo

El Nuevo Testamento está pues como en las antípodas del testamento del infierno. Este último fue confirmado de algún modo por sangre, es decir, por el pecado del hombre y su muerte, porque por el pecado el hombre hace alianza con el diablo, y ni por la muerte ni después de la muerte podía liberarse de la obligación así contraída. Pero el Nuevo Testamento ha sido confirmado por la sangre de Cristo; él libera al hombre del pecado, le prescribe una nueva forma de vida, le constituye heredero de la vida eterna²³¹. Por eso se llama a esta sangre "la sangre del Nuevo Testamento" porque es él quien ha consagrado el Nuevo Testamento y ha confirmado la promesa de la herencia eterna²³².

El primer Testamento, que había precedido como una figura, por ser el signo místico de este sacramento, no fue confirmado sin efusión de sangre. Porque, como lo dice el Apóstol, "habiendo sido leídos al pueblo todos los preceptos de la Ley de Moisés, tomando éste la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua y lana teñida de grana e hisopo, aspergió el libro y a todo el pueblo diciendo: 'Ésta es la sangre de la alianza que Dios ha contraído con vosotros'"²³³. ¡Ved cómo Moisés usa las mismas palabras que usará el Señor en la cena! Ved cómo el Antiguo Testamento corresponde en todo al Nuevo Testamento y al testamento del infierno: al uno porque figura la muerte del Hombre-Dios, al otro porque representa la muerte del hombre culpable. Por-

230 Is 28,18.
231 Cf Tito, 3, 7. I Pe 3,22.

232 Cf Heb 9,15.
233 Heb 9, 18,20.

que la muerte de la víctima legal, al manifestar que el hombre era digno de muerte, representaba la muerte del hombre, que es digno de muerte por el pecado pero que debe ser salvado de la muerte por la gracia. La muerte de la víctima figuraba también la muerte de Cristo, que debía salvar al hombre de la muerte.

Ambos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, tienen poder entonces para destruir el testamento del infierno; el uno por su significación, el otro por la manifestación de la verdad. Esta sangre de Cristo consagra el Nuevo Testamento, ya por lo que se refiere a los nuevos mandamientos de este Testamento, ya por lo que se refiere a sus nuevas promesas. Porque Dios "por el gran amor con que nos amó"²³⁴, y que nos testimonió al derramar su sangre por nosotros, se introduce en nuestro espíritu mediante los movimientos misteriosos de la gracia, y su misma sangre, diría yo, nos sugiere de viva voz amar sus preceptos desde el fondo del corazón y esperar confiadamente en sus promesas.

Que será derramada por muchos en remisión de los pecados.

Toda ocasión de duda impía desaparece cuando nos es revelada claramente, por boca de la verdad misma, la verdad de la fe. Para que nadie llegue a pensar que Cristo ha dicho metafóricamente: "Esto es mi sangre", él mismo explica con claridad lo que ha dicho, lo que entendía decir, lo que quiere que creamos. Y no nos está permitido ignorar, so pretexto de simplicidad, lo que entendía decir, porque nos es necesario, al contrario, no sólo creer exactamente lo que entendía él por estas palabras, sino también confesar precisamente lo que ha dicho. Cuando se trata, como aquí, de un artículo de fe común, que todos deben confesar públicamente, no basta creer con simplicidad que lo que Cristo ha dicho con estas palabras es verdadero, cualquiera sea el sentido que esté im-

plícito en ellas, es decir, sin comprender lo que ha dicho. Sus palabras requieren de nosotros una inteligencia y una fe tanto más exactas cuanto que nos ha enseñado con más claridad y precisión lo que debemos creer. Aunque la cosa sea misteriosa —lo es en efecto—, nos es revelada e inculcada de tal manera, que la ignorancia es inexcusable y la impiedad no encuentra allí ningún motivo de error. Cristo ha dicho: "Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento". Ha insistido: "Que será derramada por muchos en remisión de los pecados". Como si dijera: Lo que os doy a beber bajo la apariencia de vino, no es vino en cuanto a su sustancia, sino que es, en verdad, mi sangre; esa misma "sangre que será derramada por muchos". Que sea ésta nuestra fe; ésta nuestra confesión: la sangre que se nos ha dado a beber es, lo creemos sin la menor duda, la misma que ha sido derramada por nosotros.

Universalidad de la Redención

Lucas dice: "Que será derramada por vosotros", como si no se tratara más que de los discípulos; Mateo: "Que será derramada por muchos"; las expresiones difieren, pero no se contradicen. Piadosamente puede creerse que Cristo ha dicho lo uno y lo otro, sea sucesivamente, sea implícitamente. Porque en cierto modo se dice lo que se deja entender.

Podríamos turbarnos por lo que afirma el Apóstol: "Cristo ha muerto por todos"²³⁵, puesto que Cristo dice que su sangre será derramada no "por todos", sino "por muchos". Pero el uno alude a la eficacia, en realidad limitada, el otro a la infinita suficiencia de la virtud del sacrificio. Porque, en lo que respecta a la misma sangre, es tan poderosa para la redención, que podría bastar para la salvación de todos; tan alto es el precio, que podría comprarse con él todo el género

²³⁴ Ef 2,4.

²³⁵ Cf. Rom 5,9 y II Cor 5, 14-15.

humano. Cualquiera sea el precio en que se evalúe a los cautivos, y cualquiera sea su número, esta sangre vale todavía más: Pero los que viviendo mal "profanan la sangre del testamento"²³⁶ despreciando el sacramento de la redención, no participan del beneficio de la gracia común. No es rescatado por Cristo el que, voluntariamente, se excluye de la comunión en la gracia general, como está escrito: "A los que se confían en sus fuerzas y se glorían de sus inmensas riquezas, su Hermano no los rescatará"²³⁷. ¿Qué utilidad tiene entonces la sangre de Cristo para los que bajan a la corrupción?²³⁸. Más les hubiera valido no nacer²³⁹; más les hubiera valido que la sangre de Cristo no hubiese sido derramada; porque esta sangre dará testimonio contra ellos. "Os aproximasteis —dice el Apóstol— a la aspersión de una sangre, que es más elocuente que la de Abel"²⁴⁰. Para los que verdaderamente se acercan a ella, esta sangre clama misericordia. Pero contra los melvados clama²⁴¹ venganza. La sangre derramada en remisión de los pecados no aprovecha pues a todos, sino a muchos. Por eso se dice: "Será derramada por muchos, en remisión de los pecados".

No te impresiones por lo que está escrito: "Pocos son elegidos"²⁴², como si la sangre que aprovecha sólo a los elegidos no hubiera sido derramada por muchos. Puede decirse que los elegidos son poco numerosos en comparación con la multitud de los llamados; pero son muchos y llegarán a ser más numerosos que las arenas del mar. Como está escrito: "Muchos vendrán de Oriente y Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos"²⁴³.

236 Heb 10,29.
237 Sal 48, 7-8.
238 Cf. Sal 29,10.
239 Cf. Mt 26,24.

240 Heb 12, 22,24.
241 Cf. Gén 4,10.
242 Mt 20,16.
243 Mt 8,11.

Igualmente: "Será derramada, dice, en remisión de los pecados".

La Redención, obra de amor

Los que derramaron la sangre de Cristo no lo hicieron para borrar los pecados del mundo. Por lo que a ellos respecta, más bien obraron su ruina que nuestra salvación, su condenación más que nuestra redención. Pero inconscientemente sirvieron a la economía de la salvación. La salvación del mundo, que se derivó de ello, no fue obra ni de su poder, ni de su voluntad, ni de su intención, ni de su actuar, sino del poder, de la voluntad, de la intención, del actuar de Dios. En esta efusión de sangre, en efecto, no sólo obraba el odio de los perseguidores sino también el amor del Salvador. El odio hizo su obra de odio, el amor, su obra de amor. No es el odio, sino el amor el que obra la salvación. El odio, sin embargo, derramó la sangre de Cristo, y se derramó a sí mismo, para que fuesen revelados los "pensamientos de muchos corazones"²⁴⁴; también el amor derramó la sangre de Cristo, y se derramó a sí mismo para que el hombre supiese cuánto lo amaba Dios quien "no perdonó a su propio Hijo"²⁴⁵. "Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Unigénito"²⁴⁶. Este Hijo Unico "se ofreció", no porque el Judío prevaleció, sino "porque él mismo lo quiso"²⁴⁷. Él, que "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin"²⁴⁸. El fin, es la muerte aceptada en favor de sus amigos: éste es el fin de toda perfección, el fin del amor perfecto. "Porque no hay mayor amor que éste de dar la vida por sus amigos"²⁴⁹. Este amor de Cristo fue más poderoso, en la muerte de Cristo, que el odio de los Judíos; el odio pudo hacer solamente lo que le permitió el amor. Judas, o los Judíos, entregaron a Cristo a la muerte, y esto por odio melvado; el Padre entregó a su Hijo, el Hijo.

244 Lc 2,35.
245 Rom 8,32.
246 Jn 3,16.
247 Is 53,7.

248 Jn 13,1.
249 *Breviarium cisterciense*, Commune Apostolorum, Ant. II ad Vesperas; cf. Jn 15,13.

se entregó a sí mismo, y esto por amor. Sin embargo, el amor no se hace culpable de traición; es inocente, aún en la muerte de Cristo. Porque sólo el amor puede hacer impunemente lo que le agrada. Sólo el amor puede forzar a Dios y como a dominarlo. Él lo hizo bajar del cielo y lo puso en cruz; él derramó la sangre de Cristo en remisión de los pecados, en un acto tan inocente como saludable.

Toda nuestra acción de gracias por la salvación del mundo es debida, pues, al amor. Él nos urge, por una lógica apremiante, a amar a Cristo tanto como han podido odiarlo los Judíos. Hablo humanamente a causa de la debilidad de nuestro corazón²⁵⁰; sí, es indigno del nombre de amigo, quien ama menos de lo que odia un enemigo. Es indigno del perdón de los pecados, el que no devuelve amor por amor a quien nos amó tanto. Que al menos devuelva lo que puede; no digo que devuelva igual amor, porque ¿quién podría devolver igual amor? Nuestra propia sangre no debe sernos más preciosa que el amor de Cristo; porque para liberarnos de la sangre, Dios, Dios nuestra salvación²⁵¹, "nos amó primero, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre"²⁵².

"Yo os digo: No beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre"²⁵³.

Un problema cronológico

Consideremos aquí atentamente cómo el evangelista Lucas parece apartarse de los otros dos, es decir, de Mateo y de Marcos. Para mayor claridad, citemos las palabras de Cristo, en su orden, según el Evangelio de Lucas: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida

en el reino de Dios. Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: "Tomad y distribuidlo entre vosotros; porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios"²⁵⁴.

Este es el texto de Lucas. Observemos que el Señor, después de la comida pascual figurativa, o hacia su fin y antes de la verdadera pascua, parece haber dicho estas dos cosas: que "no la comería en adelante" y que no bebería más el vino, cuando dijo: "No beberé más del fruto de la vid". Lucas es el único en mencionar que el Señor ha dicho estas dos cosas antes de la celebración de la verdadera pascua. Respecto de lo cual añade: "Tomó el pan, dio gracias, lo partió, y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía. Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que es derramada por vosotros"²⁵⁵.

Todo esto es de Lucas, que sólo relata las palabras de Cristo: "No comeré más...", y las coloca, como ya dijimos, antes de la verdadera pascua. En cuanto a estas palabras: "No beberé más"..., no es el único en transcribirlas, pero difiere de los otros en que las coloca antes de la verdadera pascua, sugiriendo así que se refieren a la pascua figurativa. Mateo y Marcos, al contrario, colocan en otra parte, después de la verdadera pascua, estas palabras de Cristo: "No beberé más...".

En resumen, Mateo y Marcos han omitido totalmente estas palabras: "No comeré más...". Ellos citan otras: "No beberé más..." y porque las colocan en otro lugar que Lucas, puede uno preguntarse si el Señor las ha dicho dos veces —allá donde Lucas las coloca, antes de la celebración de la verdadera pascua, y allá donde las colocan Mateo y Mar-

²⁵⁰ Cf. Rom 6,19.

²⁵¹ Cf. Sal 50,16.

²⁵² 1 Jn 4,10.

²⁵³ Mt 26,29.

²⁵⁴ Lc 22,15-18.

²⁵⁵ Lc 22,19-20.

cos, después de la verdadera pascua—, o si las ha pronunciado solamente una vez; uno de los evangelistas, o los otros dos, habrían cambiado entonces el orden de los hechos.

Un orden inverso en el relato no atenta contra la verdad de los hechos; no es contrario a la piedad el preguntarse quién ha cambiado el orden, suponiendo que haya sido cambiado, ni si Cristo ha dicho dos veces estas palabras: "No beberé más'...". Tales cuestiones no hacen peligrar la piedad de la fe, no socavan la fe en el Evangelio, con tal de que creamos sin vacilar en los hechos y dichos relatados. Se debe una fe absoluta al relato del Evangelio, no a su orden o a su cronología, a no ser que ésta esté íntimamente ligada al relato mismo.

Os digo.

No hay que entender ni considerar con descuido ni a la ligera las palabras de Cristo en este pasaje; principalmente porque comienza por: "Os digo". Evidentemente, comienza así para atraer nuestra atención y para que nosotros nos apliquemos a escuchar y a comprender lo que él dice y declara que dice. Midamos pues estas palabras: "Os digo"; midamos el peso de las palabras y la autoridad de quien habla.

No beberé ya más, dice, de este fruto, etc.

El vino de aquí abajo, y el vino del Reino

Tres cosas resaltan en seguida en estas palabras: que no beberá más de este fruto hasta cierto tiempo; que entonces lo beberá en el Reino de su Padre; y ante todo que ha bebido de este fruto, ya en esta hora, ya con anterioridad. "En adelante" indica, en efecto, un cambio, una diferencia: se entiende que lo que no ha de suceder más en el futuro, ha sucedido antes; o que hubo un tiempo en el que las cosas no eran lo que serán en el futuro. Porque ¿quién podría decir: "En

adelante no haré más esto", sino aquél que lo ha hecho, o lo hace actualmente, y no quiere hacerlo más? Y ¿quién podría decir: "Lo haré en adelante", sino aquél que durante un tiempo no lo hizo? Esta observación no sólo reposa sobre la experiencia cotidiana, sino que también parece confirmada por el testimonio de la sagrada Escritura. Por ejemplo, cuando el Señor dice: "No me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor"²⁵⁶, significa que estos hombres lo ven, o lo han visto, ya sea sólo con los ojos de la carne, cuando se trata de los impíos, ya sea con los ojos de la fe cuando se trata de los fieles que entonces vivían y que habían vivido ya en aquel pueblo; pero que no lo verán más cuando los haya privado de su presencia, hasta que el velo sea quitado de su corazón²⁵⁷, que reconozcan que ha venido, y bendigan "a aquel que viene en el nombre del Señor".

Resultaría fácil pero fastidioso multiplicar los ejemplos: y esto es demasiado evidente para tener necesidad de muchos ejemplos. Busquemos más bien de qué "fruto de la vida" habla Cristo: del cáliz del Antiguo Testamento, del que ha dicho en Lucas: "Tomad y distribuidlo entre vosotros"²⁵⁸, o del cáliz del Nuevo Testamento, del que ha dicho, siempre Lucas: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre"²⁵⁹, es decir: ¿se trata del vino, que sin duda se encontraba en la copa del sacrificio legal, o de la sangre misma de Cristo, que después de la cena él les tendió bajo la apariencia de vino y como viniendo del fruto de la vida, en la copa del Nuevo Sacrificio?

Alegría de la Redención y alegría de la Glorificación

Creo que en este problema sería útil buscar primeramente cuáles son el alimento y la bebida que usa Cristo y

²⁵⁶ Mt 23,39.

²⁵⁷ Cf. II Cor 3,15-16.

²⁵⁸ Lc 22,17.

²⁵⁹ Ibid. 20.

que él se complace en usar. Cuál es su alimento él mismo lo declara: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre"²⁶⁰. Pero ¿cuál es la voluntad de su Padre? lo dice en otra parte: "La voluntad de mi Padre que me ha enviado es: que todo el que ve al Hijo y cree en El tenga la vida eterna"²⁶¹. Entonces, el alimento de Cristo es la salvación del mundo. De esto tiene hambre, de esto también tiene sed, porque es su bebida. Sentado al borde del pozo, dice a la Samaritana: "Dame de beber"²⁶². Y para mostrarle que eso de lo cual tiene sed sobre todo, es de que se le pida el agua viva, para que pueda darla a quien la pide, añade: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a él y él te daría a ti agua viva"²⁶³.

He aquí de qué tenía sed: de que se le pidiera, y de dar el agua viva, a fin de que ella se convirtiese en el que la recibe "en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna"²⁶⁴. ¿Quién puede tener agua, si él mismo no la da? ¿Quién puede ser salvado, si él mismo no lo salva?

Ahora bien, la salvación del mundo, de la cual tiene sed, también él la realiza, y esto por obras sucesivas que pertenecen, unas, a la preparación (de la salvación); otras, a la reparación; otras a la consumación suprema. A la preparación conciernen todas las obras que ha hecho en sus elegidos desde el comienzo del mundo hasta el tiempo de su venida, para prefigurar la reparación que iba a venir. A la reparación concierne todo el bien que ha hecho Cristo encarnado, todo el mal que ha sufrido, hasta la hora de su pasión y de su resurrección. A la consumación concierne toda la gloria de su resurrección. Él mismo dice: "Hago curaciones hoy y las haré mañana, y al tercer día consumaré mi obra"²⁶⁵.

La salvación del mundo ha sido ordenada y dividida en tres tiempos: los preparativos, el acto, y el resultado; dicho de otro modo: la figura, la gracia, la gloria. Dios Padre envió primeramente la salvación a Jacob²⁶⁶ en la promesa de un Salvador. Después, ha dado la salvación a los reyes²⁶⁷, es decir, todos los justos, en la venida del Salvador. Por último, ha consumado la obra de la salvación en la resurrección del Salvador, "engrandeciendo la salvación de su rey, y haciendo misericordia a David, su ungido, y a su descendencia por la eternidad"²⁶⁸.

"Esta obra de nuestra salvación", Cristo la ha realizado comenzándola desde los días antiguos. Toda la economía de las cosas y de los tiempos estaba dirigida por él hacia este fin; y en cada detalle que servía a esta causa se ha complacido, él, el Creador de todas las cosas, y esto para gloria suya, como está escrito: "Tú renovarás la faz de la tierra. Gloria al Señor por los siglos. El Señor se regocijará en sus obras"²⁶⁹. No sólo se ha complacido en lo que ha hecho antes de su venida o en el momento de su venida, sino que, al venir a este mundo, ha acogido con alegría los males que le acarreaaba nuestro pecado. Diré ¿con alegría o con tristeza? Sería más justo decir con ambas cosas. Porque está escrito de él: "Se lanza alegre a recorrer cual gigante su camino"²⁷⁰. Pero él mismo ha dicho: "Mi alma está triste hasta la muerte"²⁷¹. No sólo experimentó el dolor de la carne en los sufrimientos de su pasión, en el rigor de las penas y fatigas que asumió por nosotros; sino que también en su misma alma experimentó una verdadera tristeza, —pero era feliz de llevarla. Con alegría eligió sufrir, y este sufrimiento no carecía de alegría, ya que era feliz con el sufrimiento mismo. Por eso dice: "He deseado con gran deseo comer esta pascua"²⁷².

²⁶⁰ Cf. Jn 4,34 y Mt 7,21.

²⁶¹ Jn 6,40

²⁶² Jn 4,7.

²⁶³ Ibid. 10.

²⁶⁴ Ibid. 14.

²⁶⁵ Lc 13,32.

²⁶⁶ Sal 43,5

²⁶⁷ Cf. Sal 143,10,

²⁶⁸ Sal 17,51.

²⁶⁹ Sal 103, 30-31.

²⁷⁰ Sal 18,6.

²⁷¹ Mt 26,38.

²⁷² Lc 22,15.

La obra de nuestra salvación que se desarrolla según su orden, es la voluntad del Padre, el alimento de Cristo, aquello de lo que tiene hambre, aquello de lo que dice en la cruz: "Tengo sed"²⁷³. Esta es la bebida que cura, el vino de la alegría, el fruto de la verdadera vid, es decir, del mismo Cristo que dice: "Yo soy la vid verdadera"²⁷⁴. Dirigiendo pues su mirada sobre este fruto y este fin de su obra, de su economía inaugurada desde el comienzo del mundo, dice: "No beberé ya más de este fruto de la vid", etc. Como si dijera: Hasta el presente ponía mi alegría en obrar la salvación del mundo, como hasta al presente lo hacía. En todo esto he puesto mi alegría y he bebido el vino de la alegría, porque "mis delicias son estar con los hijos de los hombres"²⁷⁵. Pero éste no era aún el vino nuevo, el vino dulce. La dulzura se mezclaba allí con la aspereza de la pena que experimento todavía. En adelante, es decir, después de mi pasión inminente, no beberé más de este fruto de la vid, hasta ese día, —el de mi glorificación; entonces lo beberé con vosotros, nuevo, liberado de su aspereza, lleno de dulzura. Esto sucederá en el reino de mi Padre, es decir, en mi cuerpo glorificado, o en el reino de los cielos, y con vosotros. Porque también vosotros beberéis conmigo, cuando yo os abreve en el torrente de mis delicias²⁷⁶.

Por "este día", podemos entender el esplendor de la resurrección y de la glorificación, día sin fin y del cual se ha dicho: "Éste es el día que hizo el Señor, exultemos y regocijémonos en él"²⁷⁷. En la gloria de Cristo, en efecto, exultaremos y nos regocijaremos, cuando "el cuerpo de nuestra humilde condición sea configurado a su cuerpo glorioso"²⁷⁸. Aunque Cristo sea "las primicias de los que duermen"²⁷⁹, y el que, resucitando de entre los muertos, ha bebido primero

de este vino nuevo cuando los discípulos todavía no podían beberlo, es verdad, sin embargo, que Cristo no ha bebido de este fruto hasta ese día sin fin de su gloria, en el que sus elegidos deben verlo para "exultar y regocijarse en su presencia"²⁸⁰. Estas palabras: "No beberé de él ya más hasta ese día en que lo beba con vosotros", se refieren pues a un cierto espacio de tiempo, no al comienzo de un día determinado; y es necesario entender el "cuando yo lo beba con vosotros" en el sentido de "en el día en que lo beba con vosotros".

Si, al contrario, relacionamos "en ese día" con el día histórico de la resurrección, que tuvo una mañana y una tarde, será difícil comprender estas palabras: "No beberé de él más hasta ese día en que lo beba con vosotros", puesto que en aquel día los discípulos no habían de beber de este vino nuevo. Pero puede pensarse simplemente que "no beberé de él hasta ese día en que lo beba con vosotros" significa: Cuando haya consumado la obra que debe permitirnos beberlo juntos. Porque la resurrección, una vez cumplida, es causa de que se pueda beber con él el vino de la alegría. En cierto modo puede decirse que, cosas que todavía no existen, existen una vez dada su causa. Puede interpretarse así: "El que cree en mí tiene la vida eterna"²⁸¹, y "Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"²⁸². Así también, de otras cosas futuras, se anticipa y se dice que existen, porque una vez dada su causa sólo resta que existan.

Lo que Cristo dice acerca de que en el pasado ha bebido no "este" fruto sino "de este" fruto, que en el futuro no beberá "de él" sino que "lo" beberá, puede significar la plenitud futura de la alegría de la cual ha gustado las primicias.

273 Jn 19,28.

274 Jn 15,1.

275 Prov 8,31.

276 Cf. Sal 35,9.

277 Cf. Sal 117,24.

278 Flp 3,21.

279 I Cor 15,20.

280 Sal 67,4.

281 Jn 6,47.

282 Mt 5,3.

Volviendo a la cuestión planteada: ¿de qué "fruto de la vid" habla Cristo, del vino del primer cáliz o del segundo? puede responderse que esta expresión "el fruto" es una figura que se aplica a lo que significa el primer cáliz, a lo que realiza el segundo, a lo que es el fin del uno y del otro. La sangre de Cristo, en efecto, nos obtiene la alegría de la salvación eterna que es el vino de la alegría. Y el primer cáliz figura este vino de la alegría por cierta analogía, porque el vino regocija el corazón del hombre²⁸³. Lo que significa pues el primer cáliz es la alegría de la salvación eterna, que el segundo realiza; es el fin y el fruto de ambos. Por eso el Señor, en el momento en que da fin al uno e instituye el otro, habla en figura y alude a la función de figura que cumple la ley: no da como único fin del antiguo sacrificio su reemplazo por el nuevo sacrificio, sino que dirige a ambos hacia un único fin, más allá del cual no hay otro. Cuando dice, pues, "de este fruto", aunque muestre con el dedo o con la mirada el objeto presente, y que a primera vista no se pueda entender ninguna otra cosa, sin embargo, la evidencia misma y la piedad de la fe comprometen a entender otra cosa; porque no es creíble que Cristo y sus discípulos beban en el reino de los cielos el fruto de la vid, sino bajo la forma de la realidad significada y producida por él. No está pues fuera de lugar el ver en "este fruto de la vid", aún si Cristo lo muestra con el dedo o con la mirada, otro vino. De igual modo, al mostrar el agua hace alusión a otra agua cuando dice: "El que beba de esta agua aún tendrá sed"²⁸⁴. Por esta agua que muestra a la Samaritana, entendemos el agua de los deseos y de los placeres mundanos, que no aplaca la sed, a la cual se le contrapone el agua de la sabiduría salvadora²⁸⁵ de la que dice el Señor: "El que beba del agua que yo le diere, no tendrá jamás sed"²⁸⁶.

Especialmente, tengamos cuidado en este lugar, a fin de que nuestra fe no tropiece con las diferentes maneras de expresarse de Cristo. Más arriba decía: "Esto es mi cuerpo", "ésta es mi sangre", expresando pura y simplemente lo que quería hacer entender, y con razón: era necesario fijar la fe del sacramento y dictarnos con términos propios la forma de nuestra fe y de nuestra confesión, sin usar el velo de las figuras. Pero cuando Cristo dice: "No beberé más del fruto de la vid", en este fruto que él muestra, sugiere que comprendamos otra cosa figurada por este fruto. Y está bien que así fuera: para expresar lo que es la plena consumación de ambos Testamentos, "lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre"²⁸⁷, ha querido emplear términos conocidos que, sin embargo, no pueden ser los términos propios, y de cosas igualmente conocidas, que tienen relación con la bienaventuranza. No es de asombrar que emplee un lenguaje figurado para hacer comprender, en cierta medida, algo que ningún término propio puede designar, y que, sin embargo, es preciso hacer entrever.

Sufrimientos redentores y alegría de la resurrección

Otra interpretación del mismo texto. Las palabras de Cristo son como pechos rebosantes de leche; cuanto más se los aprieta más dan con abundancia. El racimo, pisado más y más, hace fluir más y más vino. Las palabras divinas tienen sus "bodegas", y "están llenas, desbordan por todas partes"²⁸⁸. Allí se encuentra el vino de la alegría del cual dice David "El vino alegra el corazón del hombre"²⁸⁹. De este vino bebió Cristo, y todos los que son de Cristo beberán de él. Allí se encuentra también el "vino de la compunción"; y el mismo David dice: "Hiciste ver a tu pueblo

283 Cf. Sal 103,15.

284 Jn 4,13.

285 Eclo. 15,3.

286 Jn 4,13.

287 I Cor 2,9.

288 Sal 143,13.

289 Sal 103,15.

cosas duras, nos diste a beber el vino de la compunción"²⁹⁰.

Veamos si Cristo ha bebido de este vino, porque está escrito de él, contra su perseguidor Judas o el Judío: "Has perseguido al pobre y al desvalido; y al que tenía el corazón traspasado para llevarle a la muerte"²⁹¹. Fue traspasado, ciertamente, en su cuerpo, como está escrito: "Mirarán al que traspasaron"²⁹². Pero ¿cómo fue traspasado su corazón? A propósito de los Judíos arrepentidos se dice en los Hechos de los Apóstoles: "Tienen el corazón traspasado"²⁹³. Este tipo de compunción no conviene a Cristo.

Pero ¿no hay más compunción que la de los penitentes? ¡Sí! El Apóstol dice, al hablar del Israel impenitente y duro de corazón: "Díoles Dios un espíritu de compunción, ojos para no ver y oídos para no oír"²⁹⁴. Porque a menudo el bien resulta molesto a los malos: ellos están traspasados por la cólera y el odio que experimentan frente a la justicia y a la verdad. El odio injusto tiene sus incentivos; así como hay una buena compunción del corazón, que viene del amor y de la devoción, así también hay una mala, que viene del odio y del pecado.

Existe, como acabamos de decirlo, cierta compunción que proviene del dolor del arrepentimiento, que conviene a los pecadores que se convierten a Dios. Existe también la compunción que proviene del rigor de la prueba que Dios impone a todos los justos por medio de mil tribulaciones. "Muchas son las tribulaciones de los justos"²⁹⁵, y no es justo el que no sufre. Por esta compunción Dios, como si derramara vino, cuida las llagas que pueden tener los justos, cura su debilidad, conserva su humildad o ejercita su paciencia. Éste es el "vino de compunción", o, según otra versión, el "vino que

aguijonea". Los justos, en efecto, aunque sirven a Dios "en el gozo y la alegría"²⁹⁶ porque "el espíritu está pronto", sin embargo, porque "la carne es flaca"²⁹⁷ hasta el presente gimen y dan a luz²⁹⁸ en la tribulación y en el dolor²⁹⁹. Comen su pan con el sudor de su frente³⁰⁰, son alimentados con el "pan de las lágrimas"³⁰¹, y son abrevados con el "vino de la compunción"³⁰². Porque "nuestros padres comieron los agraces, y los dientes de sus hijos sufren la dentera"³⁰³. De estos agraces, es decir, de la hinchazón de la voluntad propia, ha sido exprimido el vino de la compunción: éste es el fruto de la vid de donde vienen todas las penas de nuestra condición mortal.

Cristo, que ha compartido, también él, nuestra condición mortal, ha "bebido en el camino, del torrente"³⁰⁴; ha "soportado la prueba que nos trajo la paz"³⁰⁵, hasta que hubo bebido el cáliz de su pasión dando fin a la prueba que soportó y a nuestra miseria que curó. Con el cáliz de su pasión bebió el vino de la compunción, porque no sólo fue traspasado en su cuerpo, sino también traspasado "interiormente con dolor del corazón"; porque se arrepintió de haber hecho al hombre³⁰⁶. El Padre, pues, le presentó cosas duras³⁰⁷; y no se las ahorró hasta que una vez resucitado de entre los muertos, una vez desgarrado el cilicio de la condición mortal y revestido con el manto de la inmortalidad dijo a su Padre: "Desataste mi cilicio, y me ceñiste de alegría. Mi alma te alabaré y no seré ya traspasado"³⁰⁸. Pero, era preciso que antes Cristo padeciese³⁰⁹ y así resucitase de entre los muertos. También, cuando se acerca la hora de su pasión y va a beber el

²⁹⁰ Sal 59,5.

²⁹¹ Sal 108,17.

²⁹² Cf. Zac. 12,10 y Jn 19,37.

²⁹³ Act 2,37.

²⁹⁴ Rom 11,8.

²⁹⁵ Sal 33,20.

²⁹⁶ Sal 44,16.

²⁹⁷ Mc 14,38.

²⁹⁸ Sal 106,39.

²⁹⁹ Cf. Rom 8,22.

³⁰⁰ Gén. 3,19.

³⁰¹ Sal 79,6.

³⁰² Sal 59,5.

³⁰³ Ez 18,2. Cf. Jer 31,29.

³⁰⁴ Sal 109,7.

³⁰⁵ Is 53,5.

³⁰⁶ Cf. Gén 6,6.

³⁰⁷ Cf. Sal 59,5.

³⁰⁸ Sal 29,18.

³⁰⁹ Cf. Lc 24,26.

cáliz para pasar de este mundo al Padre³¹⁰, dice: "No beberé ya más de este fruto de la vid" etc., como si dijera: Hasta ahora he bebido de este fruto de la vid, es decir, he cargado con las tristes consecuencias de la debilidad de la condición humana que he asumido. Pero ahora llega el fin de la tristeza. En adelante no beberé más esta copa amarga, sino el vino de la alegría en el reino de mi Padre, cuando éste convierta mi duelo en alegría³¹¹. Y vosotros, que beberéis mi cáliz, os entristeceréis, pero vuestra tristeza se trocará en gozo³¹², y beberé con vosotros el vino nuevo. Él usa, al parecer, un lenguaje figurado al casi identificar este vino nuevo con aquél que había bebido anteriormente; pero es una manera de hablar que nos es familiar, como por ejemplo cuando decimos: "Lo que el hombre siembre, eso recogerá"³¹³.

La obediencia de la Ley y la del Evangelio

Otra interpretación. "¿Quién planta una viña y no come de su fruto?"³¹⁴ El Señor plantó una viña. ¿Cuál? "La viña de Yavé Sebaot —dice Isaías— es la casa de Israel"³¹⁵. Así como difiere una viña de otra, así también difiere un vino de otro. La viña del Señor se distingue de la viña extraña. Ésta es la multitud de los paganos, extraños al culto de Dios, entregados a la idolatría. La Sinagoga, que debía formar parte de la viña del Señor, en tanto que plantada y cultivada por él, es —en cuanto a los justos que ella incluye— viña del Señor y viña de Sorec³¹⁶, es decir, viña escogida; pero en cuanto a los malvados y a los infieles que forman parte de ella, se ha vuelto amarga como la viña extraña³¹⁷. "Es una generación perversa; hijos infieles" que se han vuelto "como los paganos que no conocen a Dios"³¹⁸. Esta viña dio como fruto

la impiedad en lugar de la fe, la desesperanza en lugar de la esperanza, la envidia y "el odio en lugar del amor"³¹⁹. Moisés lo había dicho: "Su vid es la de la vid de Sodoma, de los campos de Gomora sus sarmientos. Sus uvas son uvas ponzoñosas, sus racimos son racimos amarguísimos; veneno de dragones es su vino, veneno mortal de áspides"³²⁰. "Uvas ponzoñosas", "veneno de dragones", "veneno mortal de áspides", ¿qué otra cosa son sino la impiedad, la desesperación, el odio implacable, y otros vicios semejantes? De tal viña, tal vino. Es el vinagre del que está escrito: "En mi sed me dieron vinagre"³²¹; es el "vino mezclado con mirra"³²², que el Señor "probó pero no quiso beberlo"³²³. Lo probó para saber por experiencia cuánta era la malicia de ellos; pero no lo quiso beber porque no lo aprobó; él rechazó lo que le disgustó. En lo que se refiere a la Sinagoga fiel que agradó a Dios por su obediencia, fue como planta deliciosa³²⁴ y como viña escogida de la cual dice Isaías: "La viña del vino puro le cantará"³²⁵. Porque Dios se ha complacido en la obediencia de los antiguos justos en tiempos de las promesas, de los juicios, de los preceptos y de los sacramentos de la ley.

Esta obediencia tuvo su tiempo hasta la pasión de Cristo. Una nueva obediencia le sucedió, y una nueva justicia que debía agradar más a Dios con una mayor perfección. Por eso dice ahora el Señor: "No beberé ya más de este fruto de la vid", etc. Como si dijera: En lo sucesivo no me contentaré ya con una obediencia semejante a la que hasta ahora existió bajo la Ley. Llega el día —es decir, el tiempo de la gracia— en el que se disipará la sombra a causa de las nuevas promesas, de los nuevos preceptos y de los nuevos sacramentos, el culto debido a Dios se acrecerá a ejemplo de mi humildad, per-

310 Cf. Jn 13,1.

311 Cf. Sal 29,12.

312 Jn 16,20.

313 Gál 6,9.

314 I Cor 9,7.

315 Is 5,7.

316 Cf. Is 5,2.

317 Jer 2,21.

318 Dt 32,20; I Tes 4,5.

319 Sal 108,5.

320 Dt 32,32-33.

321 Sal 68,22.

322 Mc 15,23.

323 Mt 27,34.

324 Cf. Is 5,7.

325 Is 27,2.

feccionaréis vuestra obediencia, y me complaceré en ella con vosotros en el reino de mi Padre, es decir, en la Iglesia.

Al decir: "Hasta que lo beba nuevo", por "lo nuevo" hay que entender que la obediencia del evangelio es, por una parte, la misma que la de la Ley, y por otra, es nueva, es decir, ha sido cambiada y aumentada. En el mismo sentido él ha dicho en otra parte: "No vine a abolir la Ley sino a cumplirla"³²⁶. Ahora bien, el perfecto cumplimiento de la Ley es la obediencia hasta la muerte: ésta es la caridad perfecta, ésta el fin de la justicia y de toda perfección. Esta obediencia estaba contenida en la Ley, en el primero y el más grande mandamiento³²⁷: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu"³²⁸. Estaba contenida también en los sacrificios e implícitamente sugerida en la muerte de las víctimas. Pero ahora, el ejemplo de la muerte de Cristo la publica, la impone a todos los que quieren amar e imitar a Cristo. Esta obediencia es el cáliz de la salvación³²⁹, el cáliz de la pasión de Cristo. Éste es el vino nuevo del que dice: "Hasta que lo beba, nuevo, en el reino de mi Padre". ¿Qué es entonces, beber este vino nuevo, sino sufrir por amor de la obediencia? ¿Qué quiere decir: "Lo beberé con vosotros" sino: También vosotros sufriréis, como yo, por amor de la obediencia? ¿Qué significa decir "lo beberé", pero "nuevo", sino que era nuevo beber como fruto de la vid el cáliz de la pasión? Era nuevo que el hombre fuese inmolado a guisa de cordero. "Lo beberé con vosotros, nuevo", porque en este nuevo cáliz pondré mi alegría y os regocijaréis conmigo, porque vuestra alma estará en la alegría. "Porque Dios ama al que da con alegría"³³⁰.

326 Mt 5,17.

327 Cf. Mt 22,38.

328 Dt 6,5.

329 Cf. Sal 115,13.

330 II Cor 9,7.

La obediencia hasta la muerte debe entenderse no sólo de la muerte de la carne, sino de toda perfecta mortificación y penitencia corporal, y especialmente de toda perfecta renuncia a la voluntad propia. Porque se da muerte a sí mismo el que inmola su propia voluntad. El que por Dios se aparta de todo placer prohibido, odia su alma por Dios, la pierde en este mundo, y, odiándola y perdiéndola, la gana para la vida eterna³³¹. El que en la alegría de su alma y la dulzura del amor deja de lado su propia voluntad, y por una prudente opción prefiere la de su hermano, éste da su alma por su hermano³³². La obediencia hasta la muerte se encuentra en todo género de martirio, ya sea que nos mate la espada del perseguidor, ya sea que lo haga la espada del espíritu que es la palabra de Dios³³³. Esta es la obediencia perfecta que no se daba en la ley, porque la ley no condujo a nadie a la perfección³³⁴. Éste es el vino nuevo que Cristo Jesús bebió con sus discípulos. Quienquiera que se goce en esta obediencia bebe con Jesús, bebe el vino aromático de su cáliz, el vino dulce de sus granadas³³⁵.

Resumen.

Resumamos en pocas palabras lo que hemos dicho más extensamente. Cristo es la verdadera vid³³⁶, desde el punto de vista de la plenitud de la gracia. El vino de esta vid es la salvación del mundo y la alegría común de todos los justos. Cristo bebe este vino: en un principio no lo bebe nuevo, al final, nuevo, es decir, desembarazado de toda aspereza, lleno de toda dulzura.

Cristo es, asimismo, la vid desde el punto de vista de la condición de debilidad que asumió. El vino de esta vid,

331 Cf. Jn 12,25.

332 Cf. I Jn 3,16.

333 Cf. Ef 6,17.

334 Cf. Heb 7,19.

335 Cf. Cant 8,2.

336 Cf. Jn 15,1.

es decir, la debilidad que asumió, es la amargura de los sufrimientos y de las tribulaciones, vino no nuevo, porque viene de la uva verde y del vástago del hombre viejo, es decir, de Adán, no según la culpa sino según la pena. Es amargo porque es viejo, y envejecido en su amargura, pero pronto ha de ser cambiado en vino nuevo.

La viña, es también la Iglesia de los justos, desde el punto de vista de la gracia de la fe y de la caridad. El vino de esta viña, es la obediencia a la Ley y al Evangelio. Pero la obediencia a la Ley era figura de la obediencia de la perfección evangélica. La obediencia a la Ley exigía inmolar un cordero, la obediencia nueva exige inmolarse a sí mismo. Aquella era vino, pero no nuevo; ésta es el vino nuevo del cual dice el Señor: "No se echa el vino nuevo en odres viejos; de otro modo se romperían los odres, el vino se derramaría y los odres se perderían"³³⁷.

Sentido literal

Otra interpretación del mismo pasaje. Si algunos reclaman una explicación más sencilla, podemos interpretar, en parte, estas palabras a la letra. Cristo celebró esta última pascua con sus discípulos y no habría de celebrar otra. Dice pues: "No beberé ya más...", etc.. Equivale a decir: No beberé ya más de este fruto de la vid, según el rito pascual; pero os invito a otra comida, os convido "a comer y a beber a mi mesa, en mi reino"³³⁸.

No se opone a esta interpretación el hecho de que después de la resurrección él haya comido y bebido con sus discípulos, como se lo ve en los Hechos de los apóstoles cuando dice Pedro: "Comimos y bebimos con él, después de su resurrección de entre los muertos"³³⁹. Cristo no afirma, en

efecto, que no beberá más de todo, sino que dice: "No beberé más de este fruto", es decir: No celebraré más, al beber este cáliz, las fiestas de la observancia pascual, sino que cumpliré en el reino de mi Padre, es decir, en el reino de los cielos o en la Iglesia, los misterios que figuran estas fiestas. Por eso dice en san Lucas: "Os digo, no comeré más la pascua, hasta que se cumpla en el reino de Dios"³⁴⁰. Comió, sí, con sus discípulos, después de la resurrección, pero no comió la pascua; no bebió el vino como se acostumbraba a hacerlo en el sacrificio. Comió para afirmar la fe en la resurrección; sus discípulos creyeron y fueron colmados de la alegría nueva de la resurrección, de manera que, en cierto modo, desde entonces ha bebido con ellos el vino nuevo, en el sentido de que ha gustado con ellos la alegría nueva en la gloria de la resurrección, y la ha gustado en sí mismo, como en el reino de su Padre. Porque los discípulos, tristes por su muerte, se alegraron al ver al Señor³⁴¹, con una alegría mayor de la que se puede expresar. Como está escrito: "Al atardecer nos visita el llanto, por la mañana la alegría"³⁴².

3. Exposición doctrinal

La verdad del cambio

La conversión del pan en el cuerpo de Cristo es verdadera, y es mística. Para edificación de la fe y de la caridad resulta útil considerar, por una parte, en qué sentido es verdadera, y por otra, en qué sentido es mística. Veamos en primer lugar en qué forma es verdadera.

Transustanciación y transfiguración

Esta conversión —digo— es verdadera, no según la figura sino según la sustancia. Porque el pan no es transfigurado, sino

³³⁷ Mt 9,17.
³³⁸ Lc 22,30.

³³⁹ Act 10,41.

³⁴⁰ Lc 22,16.
³⁴¹ Cf. Jn 20,20.

³⁴² Sal 29,6.

transustanciado. Según un modo nuevo e inusitado, permanece la apariencia pero es cambiada la sustancia. En una transfiguración no sucede así: cuando "Satanás se transfigura en ángel de luz"³⁴³, su naturaleza no se cambia, no es una naturaleza que se transforma en otra. Cuando el Señor se transfiguró en la montaña³⁴⁴, su cuerpo glorificado no cambió tampoco de sustancia, sino que "se revistió de belleza"³⁴⁵; no tuvo otra naturaleza, sino otra gloria. No está en nuestro poder decir ni concebir cómo Cristo, al aparecer, ya sea bajo una forma glorificada antes de su resurrección, ya sea bajo un aspecto no glorioso después de su resurrección, tomó tal o cual apariencia como para no ser reconocido —pero en realidad él siempre lo hacía para ser reconocido. ¿Quién podría decirlo? ¿Quién podría explicar si, en la transfiguración, se despojó de su primera forma o si la conservó ocultándola a los ojos de los discípulos, y que se revistió de esta forma gloriosa? ¿Quién podría explicar cómo, glorificado en la resurrección, no apareció bajo la forma admirable de su gloria, sino bajo su forma bien conocida, o bajo otra, desconocida, según que quisiera ser reconocido o no, por un tiempo? Y en el caso en que hubiera querido por un tiempo no ser reconocido, lo que impedía reconocerlo ¿estaba en él mismo, porque, como está escrito: "Se mostró bajo otra apariencia"³⁴⁶, o en aquellos que no le reconocían, "porque sus ojos estaban ciegos?"³⁴⁷. Ya se le tomaba por un fantasma o un espíritu³⁴⁸, ya por el jardinero³⁴⁹, ya por un peregrino³⁵⁰; a veces se manifestaba o se ocultaba a quien quería y cómo quería. ¿Qué podemos decir de él, sino que Jesús es Dios y que en todas las cosas obra como Dios "como quien tiene poder?"³⁵¹. Toda forma y materia, toda apariencia y sustancia obedecen a la menor señal suya.

343 II Cor 11,14.

344 Cf. Mt 17,1.

345 Sal 92,1.

346 Mc 16,12.

347 Lc 24,16.

348 Cf. Lc 24,37.

349 Cf. Jn 20,15.

350 Cf. Lc 24,18.

351 Mt 7,29.

Superioridad de la fe sobre la filosofía.

Mucho se afanaron los filósofos más destacados en torno a estas nociones de forma y materia, de apariencia y sustancia. En búsquedas sutiles se esforzaron por descubrir la naturaleza de cada ser: su origen, lo que es o lo que no es, dónde se encuentra y, en fin, cuál es su poder. Lo que a ellos mismos les parecía según las elucubraciones de la humana razón, lo consideraron definido y cierto. Pensaron —según la agudeza de su ingenio— encerrar las leyes de la naturaleza en límites determinados, darle por límites sus definiciones indiscutibles: todo lo que se oponía a sus definiciones era contrario a la verdad. Han dicho, por otra parte, acerca del orden y el curso ordinario de la naturaleza, muchas cosas tan admirables como conformes a la fe; pero también otras, probablemente muy elaboradas, pero tan extrañas a la verdad como ajenas a la piedad de la fe. Todo lo que han encontrado y definido como verdadero, conforme a la fe, no es de ellos sino de aquél que es la verdad³⁵² y que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo"³⁵³. Por él la luz de la verdad ha brillado para ellos aquí y allá. Porque la verdad, dondequiera se la encuentre, es de Dios y no del hombre: "Todo hombre es mentiroso, pero Dios es veraz"³⁵⁴. Todo lo que ellos afirmaban y tenían por definido, en contradicción con la verdad de la fe y la regla de la piedad, era de ellos; lo decían por sí mismos, lo extraían de sí mismos. Desconocedores de los misterios celestiales, ignorantes de la sabiduría de Dios escondida en el misterio, "se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios"³⁵⁵. Por un admirable juicio de Dios, aquellos hombres que parecían estar por encima de los hombres, los únicos sabios, o más sabios que los demás, aparecen ahora como más necios que los demás, por la gracia de Dios "que

352 Cf. Jn 14,6.

353 Jn 1,9.

354 Rom 3,4.

355 Rom 1,21.

nos llamó de las tinieblas a su admirable luz"³⁵⁶. Verdaderas son estas palabras: "Todo hombre se ha apartado de la sabiduría y se ha hecho insensato"³⁵⁷. Por eso nuestra fe, fundada inmutablemente sobre las palabras del mismo Dios, no fluctúa sobre las olas de la incertidumbre humana; sino que, apoyada sobre la Verdad, consolidada sobre la piedra inquebrantable de la autoridad divina, permanece firme y constante. Si contiene algo contrario a las definiciones de los filósofos, la opinión debe ceder ante la verdad, y la verdad de la fe debe triunfar siempre, destruyendo "toda altura que se levante contra la ciencia de Dios, y reduciendo todo pensamiento a la obediencia a Cristo"³⁵⁸. Todo lo que en los misterios de la fe sobrepase por su profundidad la medida de la inteligencia humana y trascienda los límites de la razón humana, debemos abandonarlo a Dios y reservárselo a él. Estos misterios ahora escondidos, él los revelará en tiempo oportuno a aquellos que tienen el debido respeto por sus palabras y creen, firme y fielmente, sin dudar en su fe a las palabras de Dios, aún si el "cómo" no les resulta todavía claro. Dios quiere confiarnos sus misterios y quiere que le creamos, pero quiere dejarnos ignorar por un tiempo el "cómo", a fin de que la fe tenga su mérito y la revelación del misterio sea reservada para la recompensa. La simplicidad de la fe implica pues un piadoso conocimiento y una piadosa ignorancia; conoce piadosamente las cosas que Dios nos ha dado para que las creamos, ignora piadosamente las que él ha ocultado a nuestra curiosidad. Piadoso conocimiento y piadosa ignorancia, ambas cosas tienen su gloria y su alabanza junto a Dios: el espíritu humano se humilla ante Dios para creer lo que él ha dicho, y reprime las cuestiones de una curiosidad orgullosa para no buscar lo que no ha dicho. En uno y otro caso, la fe crece en mérito y en una y otra simplicidad aspira confiadamente a la recompensa: "Quien anda en simplicidad, anda confiadamente"³⁵⁹.

356 1 Pe 2,9.

357 Cita no escriturística; por el sentido, cf. Eclo 19,20; 37,24.

358 II Cor 10,5

359 Prov 10,9.

Así, con simplicidad y confianza, con firmeza y constancia, sostengamos, creamos y confesemos que la sustancia de pan es convertida en la sustancia de la carne de Cristo, que la apariencia de pan, sin embargo, permanece, según un modo admirable, inefable, incomprensible. Creamos sin la menor duda que esto es así; en lo que respecta al "cómo", lo ignoramos con simplicidad. Todavía no sabemos el "cómo", pero lo sabremos más adelante³⁶⁰, cuando el efecto de este misterio se haya consumado en nosotros. Esta consumación, el cambio mismo del pan en el cuerpo de Cristo, lo indica; porque es místico, y significa la gracia misma que obra en nosotros.

El sentido místico del cambio del pan.

La transustanciación, signo escatológico.

Examinemos, por consiguiente, qué es el pan antes de la conversión. La experiencia cotidiana nos lo enseña: es el sustento de la vida, pero de la vida transitoria. No permanece, como tampoco permanece la vida a la que sustenta. El pan se acaba a medida que se lo come, la vida se acaba también. Este pan no puede dar la vida eterna, apenas si puede sustentar por un momento la vida temporal. Por eso hay que alimentarse todos los días: la vida requiere cada día su alimento. Cada día nos es preciso comer, difícilmente esperamos dos días. Nuestro cuerpo débil y frágil, sujeto a muchas corrupciones y debilidades, se rehace, se desgasta, se restaura y se agota. La vida mortal aunque se la mantenga pasa, aunque se la alimente disminuye. Corre sin cesar hacia la muerte, aunque tome su refección cotidiana para diferir la muerte. Sucede que el alimento que se toma para mantener la salud contiene gérmenes de enfermedad, y que se encuentra la muerte allí donde se buscaba la vida. Es el pan, pues, se destruye y pasa, no permanece para la vida

360 Cf. Jn 13,7.

eterna. También el cuerpo se destruye y muere. "Los manjares para el vientre y el vientre para los manjares, pero Dios destruirá el uno y los otros"³⁶¹. Cuando "la muerte haya sido absorbida por la victoria, cuando este cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad"³⁶², entonces lo que dará la vida eterna al cuerpo no será el alimento "que perece", sino un alimento "que permanece para la vida eterna"³⁶³.

Considera el poder de este sacramento. Dios decidió revestir de inmortalidad este cuerpo mortal, cambiar la vida mortal en vida eterna. Cambia pues nuestro alimento en otro alimento, nuestro pan de vida en otro pan de vida, el pan de la vida transitoria en pan de la vida eterna. Este cambio de un alimento en otro debe hacernos creer, comprender, esperar y alcanzar el cambio de nuestra vida mortal en vida inmortal. En tanto que el curso del tiempo nos arrastra a la muerte, sabemos que esta misma muerte nos trocará en algo mejor y no la tememos; porque nuestra "esperanza está llena de inmortalidad"³⁶⁴. Al hombre enfermo y que Dios quería curar perfectamente de su enfermedad hubo que hacerle un cambio de alimento: un alimento de vida combatiría el mal causado por el alimento prohibido y mortal, compensaría la imperfección del alimento permitido. El alimento prohibido no pudo hacer otra cosa que introducir la muerte, el alimento permitido no puede hacer otra cosa que diferir la muerte, pero por la bendición celestial es trocado en un alimento capaz de aniquilar la muerte.

El cambio sustancial del verdadero pan en el verdadero cuerpo de Cristo obra el cambio de la vida mortal en vida eterna, y la significa de tal modo, no obstante, que, al par que se le parece, difiere de ella. Porque, dice el Apóstol, "somos un único pan y un único cuerpo, todos los que participamos del único pan y del único cáliz"³⁶⁵. La Iglesia entera,

en efecto, en toda la multitud de los elegidos es un único pan, y es el cuerpo de Cristo; todos nosotros que estamos en el cuerpo y somos del cuerpo de la Iglesia somos un único pan y somos miembros de Cristo; y por cierta mutación, seremos diferentes de lo que ahora somos. Porque "lo que seremos, todavía no ha aparecido"³⁶⁶. Sin embargo, este cambio que se operará en nosotros hará nuestra naturaleza más gloriosa, pero no la trocará en otra. No obstante, este cambio será tan grande y tan maravilloso que puede asimilarsele, en parte, al cambio sustancial del pan. Si, en efecto, nuestra conversión del mal al bien, en la tierra, hace que seamos como "las primicias de las creaturas"³⁶⁷ de Dios y como "una nueva creación en Cristo"³⁶⁸ —por lo cual dice el Profeta: "Y me digo: Ahora comienzo; este cambio viene de la diestra del Altísimo"³⁶⁹, ¿qué seremos entonces, qué seremos, digo, cuando el ser mortal sea absorbido por la vida, cuando "todos nosotros, a cara descubierta contemplemos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformemos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor?"³⁷⁰. Cuando seamos hechos "hijos de la resurrección" e iguales a los ángeles de Dios³⁷¹ ¿seremos tan diferentes a nosotros mismos que en nada seremos comparables a lo que somos ahora? El efecto de este cambio místico es pues la perfección de la vida bienaventurada, pero el camino recto hacia la perfección de la vida bienaventura es la perfección de la justicia, es decir, de una vida buena; también la perfección de una vida buena nos es sugerida, y, si se pone cuidado en advertirlo, saludablemente notificada por el cambio del vino en la sangre.

A fin de que brille con mayor claridad y prepare los caminos de la inteligencia, examinemos otros cambios.

361 I Cor 6,13.
362 I Cor 15,54.
363 Jn 6,27.

364 Sab 3,4.
365 I Cor 10,17.

366 I Jn 3,2.
367 Sant 1,18.
368 II Cor 5,17.

369 Sal 76,11.
370 II Cor 3,18.
371 Lc 20,36.

SACRAMENTO

El sentido místico del cambio del vino.

La eucaristía y el martirio.

En los Libros sagrados se habla de un cierto cambio del agua en sangre, pero entre los egipcios, según está escrito: "Convirtió sus ríos en sangre"³⁷². Otro cambio, el del agua en vino, se realizó en las bodas de Caná de Galilea³⁷³. Por último, este tercer cambio que estudiamos, el del vino en sangre, se realizó en la Cena del Señor y se repite cada día en la Iglesia.

El primer cambio puede significar que el agua de la sabiduría de muerte que es "la sabiduría de este mundo"³⁷⁴ o "la prudencia de la carne", se cambia en sangre, es decir, en muerte, para los que andan según la carne³⁷⁵ y no gustan las cosas de arriba sino las de la tierra³⁷⁶. Está escrito, en efecto: "La prudencia de la carne es muerte y la sabiduría de la carne es enemiga de Dios"³⁷⁷. A modo de increpación dice el Profeta: "Ahora ¿qué es lo que buscas camino de Egipto? ¿Beber el agua turbia? ¿Qué es lo que buscas camino de Asiria? ¿Beber el agua del río?"³⁷⁸. Toda sabiduría terrena, aborrecida por Dios, y de la que beben los Egipcios, es decir, los amigos de este mundo, enemigos de Dios, es agua de Egipto y se convierte en sangre. Y esta sangre recae sobre cualquiera que la bebe.

El segundo cambio, el del agua en vino³⁷⁹, puede significar el paso del temor al amor de la justicia. Existe, en efec-

to, "el agua de la sabiduría saludable"³⁸⁰ y "el principio de la sabiduría es el temor del Señor"³⁸¹. Temer a Dios es ser sabio, pero el temor sin el amor no tiene todavía el sabor del vino, es como agua insípida. Porque "el temor supone un castigo"³⁸², y el que teme, en cierto modo siente o presiente ese castigo que él teme. En cambio el amor de la justicia es el vino de la alegría que alegra el corazón del hombre³⁸³. "La justicia del Señor", en efecto, "es recta y alegra el corazón"³⁸⁴. Este cambio se realiza en las bodas porque la Iglesia está desposada con Dios en la fe y en la justicia³⁸⁵, en esa justicia que procede "de la fe en Jesucristo"³⁸⁶, justicia de amor y no sólo de temor como la justicia de la ley. Por eso dice el Apóstol: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino más bien habéis recibido el espíritu de adopción de hijos por el que clamamos: ¡Abba, Padre!"³⁸⁷.

Ahora bien, el amor de la justicia anima a una vida buena y hace que sea buena; pero no la consuma, a no ser que él mismo sea perfecto. ¿De qué consumación o perfección se trata allí, sino de aquella de la que Jesús dice: "Nadie tiene mayor amor que éste de dar la vida por sus amigos?"³⁸⁸. El vino se transforma en sangre cuando amamos la justicia, y a tal punto la amamos, que estamos decididos a resistir hasta la sangre contra la injusticia. Ésta es la perfección de la justicia. En efecto, el Apóstol, hablando a los Hebreos de la imperfección contraria escribe: "En vuestra lucha contra el pecado no habéis todavía resistido hasta la sangre"³⁸⁹. Si "la justicia se cambia en juicio"³⁹⁰, si el justo ciñe su espada sobre su muslo para combatir la tentación o la persecu-

372 Sal 77,44.

373 Cf. Jn 2,1 s.

374 I Cor 3,19.

375 Cf. Rom 8,1.

376 Cf. Col 3,2.

377 Rom 8,6.

378 Jer 2,18.

379 Esta exégesis del milagro de Caná se encuentra en S. BERNARDO, *Post Oct. Epiph.* 1,4; PL 183, 157 A: "Por el poder divino, el agua es cambiada en vino cuando la caridad perfecta arroja fuera el temor." Cf. *Id.*, *Ibid.* 2,9; 162 D; *De div.* 56,2; 680 B-D; *Ibid.* 121; 743 B-C; *Super Cant.* 54, 11-12; 1043 D- 1044 B.

380 Eclo 15,3.

381 Sal 110,10.

382 I Jn 4,18.

383 Cf. Sal 103, 15.

384 Sal 18,9.

385 Cf. Os 2,19-20.

386 Rom 3,26.

387 Rom 8,15.

388 Jn 15,13.

389 Heb 12,4.

390 Sal 93,15.

ción, si juzga útil morir antes que apartarse de la justicia, si dice: "Más me vale caer en manos de los hombres que abandonar la ley de mi Dios"³⁹¹, si declara con el Apóstol: "Prefiero morir antes que privarme de ésta mi gloria"³⁹², si, ante el juicio de los hombres es hallado fiel³⁹³, y digno de juzgar un día con Cristo por haber confesado la verdad y haber defendido la justicia; si, deseoso de imitar la pasión de Cristo tiene sed del cáliz de Cristo y dice: "Tomaré el cáliz de salvación"³⁹⁴, entonces la obra de este sacramento está ya consumada en él, el vino se convierte en sangre y este hombre es digno del nombre de mártir y es "testigo fiel"³⁹⁵, pues ha dado testimonio en la tierra: porque tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre³⁹⁶. El espíritu de los justos, el agua de los penitentes, la sangre de los mártires.

Hasta aquí hemos comentado según el Evangelio de Mateo la institución del verdadero sacrificio hecha por el Señor. Debemos ahora examinar el modo y el orden de esta institución según los Evangelios de Marcos y de Lucas.

Capítulo Segundo

SAN MARCOS Y SAN LUCAS

1. Marcos, 14, 22-25

"Mientras comían, Jesús tomó pan y, bendiciéndolo, lo partió, y se lo dio diciendo: Tomad, esto es mi Cuerpo. Y tomando el cáliz, después de dar gracias, se lo entregó, y bebieron de él todos. Y les dijo: Ésta es mi sangre del nuevo testamento que será derramada por muchos. En verdad os digo, que ya no beberé de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba, nuevo, en el reino de Dios"³⁹⁷.

Donde Mateo emplea dos palabras: "Tomad y comed"³⁹⁸, Marcos no emplea más que una: "Tomad", que encierra en sí sola el sentido de las otras dos. Todo lo demás es semejante en Mateo y Marcos y está expresado en los mismos términos, excepto el hecho de que sólo Marcos escribe: "Y bebieron todos de él".

2. Lucas, 22, 15-20

"Y les dijo: ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer. Porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros. Os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. Y tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que es derramada por vosotros"³⁹⁹.

El fin de la Pascua legal y el memorial del sacrificio nuevo.

Por el deseo de comenzar el nuevo sacrificio, el Señor desea dar término a la pascua antigua. Por lo cual, insistiendo en la vehemencia de su deseo dice: "He deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros antes de padecer". Él quiere

391 *Breviarium cisterciense*, Domini-
cis Novembris, ad Vigil. Resp.
VIII; cf. Dan 13,23.

392 I Cor 9,15.

393 Cf. I Cor 4,2.

394 Sal 115,13.

395 Ap 3,14.

396 I Jn 5,8.

397 Mc 14,22-25.

398 Mt 26,26.

399 Lc 22, 15-20.

consumar lo que debía ser consumado antes de la pasión y se apresura, se diría, hacia esta pasión para apresurar nuestra salvación. Por consiguiente, es del sacrificio antiguo que se dice: "Ardientemente he deseado..." etc.. Y para mostrar que este sacrificio llega a su fin y será cambiado, añade: "Os digo, que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios". Lo que equivale a decir: "En adelante no comeré este sacrificio antiguo, no repetiré los ritos de la observancia pascual, pero cumpliré en el reino de Dios, por el sacramento de la verdad, lo que falta a la figura. Luego añadió refiriéndose al cáliz: "Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros". Este evangelista es el único en mencionar dos cálices, uno perteneciente al sacrificio antiguo, el otro, al nuevo. Después de haber mencionado el perteneciente a la antigua pascua sugiere que va a pasar: "Os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que llegue el reino de Dios". Como si dijera: Ahora pongo fin a este cáliz; no repetiré más el rito de la observancia pascual al beber este cáliz.

Luego, refiriéndose al nuevo sacrificio: "Y tomando el pan, dio gracias y lo partió". Como lo hemos dicho más arriba, donde Mateo pone: "Lo bendijo y lo partió"⁴⁰⁰, Marcos escribe: "Bendiciéndolo, lo partió"⁴⁰¹, y Lucas: "Dio gracias y lo partió"; Pablo concuerda con Lucas: "Y dando gracias, lo partió"⁴⁰². Estas palabras de Lucas: "Que es entregado por vosotros", no tienen ninguna correspondencia ni en Mateo, ni en Marcos; pero Pablo dice: "Que será entregado por vosotros". Del mismo modo, ni Mateo ni Marcos dicen lo que Lucas: "Haced esto en memoria mía", a no ser que se asimile el "Haced esto en memoria mía" de Lucas, al "Tomad" de Marcos, al "Tomad y comed" de Mateo. Pero puesto que Pablo las pone a ambas: "Tomad y comed" como Mateo, y "Haced esto en memoria mía" como Lucas, parece que no deben

confundirse estas dos frases de Mateo y de Lucas. Estas palabras: "Haced esto en memoria mía" se refieren ciertamente a la memoria de la muerte del Señor, que debe hacerse y repetirse en la Iglesia. El Apóstol lo dice claramente cuando relata las palabras de Cristo respecto del cáliz: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía". Añade enseguida: "Cada vez, en efecto, que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga"⁴⁰³.

"Haced esto en memoria mía". Por estas palabras, Cristo nos encarga ofrecerlo, comerlo, imitarlo. Como si dijera: Ofreced vosotros mismos lo que yo ofrezco, comed lo que yo os doy, finalmente, haced lo que yo hago. Sufrid por mí como yo sufro por vosotros. Dad vuestro cuerpo y vuestra sangre unos por otros, dad vuestras vidas unos por otros, como yo os doy mi cuerpo y mi sangre y doy mi vida por vosotros⁴⁰⁴. Refirámonos a este texto de Salomón: "Cuando te sientes a la mesa de un rico, mira bien lo que se te pone delante. Antes de poner allí la mano, sabe que se te hará devolver otro tanto"⁴⁰⁵.

El cáliz del Nuevo Testamento.

Lucas prosigue: "Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz", etc. Él había dicho más arriba a propósito del pan: "Lo partió y se lo dio". A este último gesto hace referencia lo que dice ahora: "Asimismo el cáliz". Lo cual equivale a decir: Les dio el pan, les dio asimismo el cáliz. En cuanto a lo que sigue, "Después de haber cenado", parece indicar el momento en que les dio tanto el pan como el cáliz, si no fuera que Mateo dijo a propósito del pan: "Cuando estaban a la mesa", y Marcos: "Cuando comían". Los tex-

403 I Cor 11,25-26.

404 Cf. I Jn 3,16.

405 Prov 23,1-2, según los LXX; cf. S. BERNARDO, *In festo S. Martini*, n. 12; PL 183,495.

400 Mt 26,26.

401 Mc 14,22.

402 I Cor 11,24.

tos de Mateo y de Marcos muestran, pues, que ha dado el pan durante la cena, el de Lucas que ha dado el cáliz después de la cena. Mateo y Marcos parecen decir entonces que el Señor dio a sus discípulos el pan y el cáliz mientras estaban todavía a la mesa, no habiendo terminado la cena. Y ciertamente que es esto lo que se debe decir y entender si se aúne y mira como una sola cena la del cordero figurativo y la del sacramento que la sustituyó. Pero Lucas, que es el único en mencionar dos cálices, diríamos que hace terminar la antigua cena con su cáliz, cuando el Señor da comienzo a la nueva cena con el nuevo cáliz. Estas palabras "después de la cena" pueden entonces interpretarse así: después que hubo cumplido los ritos del sacrificio antiguo. Parece que dice esto para distinguir la cena del Señor de la primera cena, del mismo modo que sugiere distinguir un cáliz del otro.

Lucas prosigue: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre". Como arriba dijimos, en Mateo y Marcos se dice: "Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento". Las palabras del Señor relatadas por San Lucas parecen querer distinguir el nuevo cáliz del antiguo. Porque la primera vez el Señor había ofrecido a sus discípulos otra bebida —ya sea en la misma copa, ya sea en otra—, de la cual también dice: "Tomad y distribuidlo entre vosotros". Y no aquel cáliz sino "éste es", dice, "el cáliz", o sea, la bebida que ahora está en este cáliz "es el Nuevo Testamento". Puede interpretarse en el mismo sentido el texto de Lucas: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre", y el de Mateo: "Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento". Si se piensa, por el contrario, que los modos diversos de expresión indican alguna diferencia de sentido, busquemos en casos similares la clave de este modo de expresarse.

El Apóstol, dirigiéndose a los Hebreos de quienes alaba la paciencia, dice entre otras cosas: "Pues habéis soportado con alegría el despojo de vuestros bienes, sabiendo que te-

néis posesiones mejores y perdurables"⁴⁰⁶. Y un poco más adelante, muestra lo que significa esta posesión: "La fe es la posesión de las cosas que esperamos"⁴⁰⁷, con lo cual quiere decir que la fe es la causa por cuya eficacia y mérito se nos otorga la posesión, la propiedad y la abundancia de todos los bienes, temporales y espirituales, presentes y venideros, que nosotros necesitamos y que debemos pedir a Dios y esperar de él. Otro ejemplo: "'El amor' es, dice el Apóstol, la 'plenitud de la ley'"⁴⁰⁸, porque encierra el motivo de cumplir la ley y la fuerza para cumplirla, y sin él ninguna obediencia a la ley vale para la salvación.

Estos ejemplos nos dan la clave de estas palabras del Señor: "Este cáliz es el Nuevo Testamento". El Nuevo Testamento es una nueva ley que contiene un nuevo pacto y una nueva promesa. Impone una nueva obediencia, promete una nueva herencia. La nueva obediencia es la que va hasta la muerte⁴⁰⁹; la nueva herencia es la vida eterna después de la muerte. Por la fe en este cáliz y por su recepción digna somos ayudados y fortalecidos para cumplir esta obediencia y para obtener la herencia prometida. La causa y el principio eficaz de ambas se encuentra en este cáliz. Por eso con toda verdad se dice: "Este cáliz es el Nuevo Testamento".

La sangre de Cristo requiere de nosotros la obediencia hasta la muerte, porque Cristo ha sufrido para darnos ejemplo, a fin de que sigamos sus huellas⁴¹⁰, es decir, a fin de que muramos y muramos con él. Cambio por cambio y muerte por muerte es lo que exige de nosotros el que de nosotros apartó la muerte. ¡Oh maravilla admirable! La muerte nos libera de la muerte y nos obliga a la muerte. Contraemos una deuda de muerte porque nuestra deuda de muerte ha sido saldada. Por un nuevo motivo debemos la muerte —a con-

406 Heb 10,34.

407 Heb 11,1.

408 Rom 13,10.

409 Cf. Flp 2,8.

410 Cf. 1 Pe 2,21.

secuencia de la vieja culpa, si se quiere, pero también de una nueva gracia. Pero, si "la funesta muerte de los pecadores"⁴¹¹ es una manera de saldar el castigo debido, ella no absuelve en modo alguno de su ingratitud; mientras que "la muerte preciosa de los santos"⁴¹² es como una acción de gracias por la muerte de Cristo y algo que se asemeja a un cambio. Porque nadie puede corresponder a la humildad de Cristo con una humildad igual; mas porque él es bueno, se contenta, como acción de gracias, con alguna semejanza con su muerte. "Porque, si hemos sido injertados en él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección"⁴¹³. Ahora bien, esta semejanza con la muerte de Cristo es la obediencia hasta la muerte. Ella está ligada a este cáliz llamado aquí "Nuevo Testamento". Por eso dice el Profeta: ¿"Qué retribuiré al Señor por todo lo que me ha dado? Tomaré el cáliz de la salvación"⁴¹⁴. A este mismo cáliz está ligado el cumplimiento de la nueva promesa, que es retribución de la nueva obediencia. También el mismo Profeta dice: "¡Cuán bueno es mi cáliz embriagante! Y tu misericordia me seguirá". ¿Cuán-do? "Todos los días de mi vida". ¿Con qué fin?, ¿con qué resultado? "Para que habite en la casa del Señor a lo largo de mis días"⁴¹⁵.

"Este cáliz es el Nuevo Testamento". Como si dijera: En él se encuentra la causa, el motivo, la energía para cumplir lo que manda el Nuevo Testamento y obtener lo que promete. En él están el fin y la consumación de la Ley, en él la plenitud de la gracia y de la verdad, en él está "el misterio de la fe"⁴¹⁶, el fundamento de la esperanza, el testimonio de mi amor, el ejemplo de vuestra obediencia, "la prenda de vuestra herencia"⁴¹⁷, el sacramento de vuestra renovación, la confirmación de vuestra religión. El Nuevo Testamento, en

efecto, ha sido confirmado en mi sangre para no ser cambiado jamás, de modo que siga siendo "la ley perpetua"⁴¹⁸.

Este cáliz es una bebida de amor que Cristo nos ha preparado según un arte sólo por él conocido. Con su sangre derramada en la cruz ha derramado su amor; con su sangre que él nos hace beber nos hace beber también su amor lavándonos "de nuestros pecados en su sangre"⁴¹⁹. El es lo que necesitábamos: manchados de sangre, debíamos ser purificados por la sangre.

Cualquiera pues que ha nacido "de la sangre y de la voluntad de la carne, y de la voluntad del hombre", pero no ha nacido todavía "de Dios"⁴²⁰ tiene necesidad de decir: "Líbrame de la sangre, Dios, Dios Salvador mío"⁴²¹. En Ezequiel el Señor ha dicho a Jerusalén bajo la figura de una mujer: "Al pasar junto a ti te vi envuelta en tu sangre. Y te dije mientras estabas en tu sangre: ¡Vive! Sí, te dije, en tu sangre, ¡vive!"⁴²². Y más abajo: "Y tú hiciste alianza conmigo y yo te lavé con agua y te quité la sangre"⁴²³. Y en Isaías: "Cuando lave el Señor la inmundicia de las hijas de Sión, limpie en Jerusalén las manchas de sangre, por un espíritu de justicia, por un espíritu de ardor"⁴²⁴. Por lo que se refiere a la sangre de los pecadores en la cual el justo se lava las manos⁴²⁵, no hay un sacramento de purificación sino un ejemplo de juicio y de temor.

La sangre de Cristo, santa y santificante, justa y justificante, torna puros⁴²⁶ e inmaculados a los hombres manchados de sangre y concebidos de una simiente impura; pero especialmente y por excelencia a aquellos que beben el cáliz de la pasión y derraman su sangre para corresponder a la san-

411 Sal 33,22.

412 Sal 115,15.

413 Rom 6,5.

414 Sal 115,12.

415 Sal 22,5-6.

416 I Tim 3,9 y Canon de la Misa.

417 Ef 1,14.

418 Ex 28,43 y passim.

419 Ap 1,5.

420 Jn 1,13.

421 Sal 50,16.

422 Ez 16,6.

423 Ibid. 8-9.

424 Is 4,4.

425 Sal 57,11.

426 Cr. Job 14,4.

gre de Cristo. Resplandecen entonces entre todos los demás con una gloria admirable, y puede decirse de ellos: "Estos, vestidos de túnicas blancas ¿quiénes son y de dónde vinieron? Estos son los que vinieron de la gran tribulación y lavaron tus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero"⁴²⁷. No en su propia sangre, por pura y justa que sea, sino "en la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo"⁴²⁸. En efecto, ningún santo cree que su justicia o su sustrimiento basten para purificarlo; pero todos los santos, en tanto que lo son, han sido santificados por la sangre de Cristo y "ponen su Testamento por encima de sus sacrificios"⁴²⁹. Es decir, este testamento debe ser preferido a todos los sacrificios carnales del Antiguo Testamento, a todos los sacrificios espirituales del Nuevo. De él procede toda su gloria; de él procede todo su poder; a él se le debe la justicia que ahora se nos da; de él esperamos la gloria "que se manifestará en nosotros". Aún cuando se trate de obtener el efecto de la promesa debemos poner este Testamento por encima de nuestros sacrificios. "Porque los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que ha de manifestarse en nosotros"⁴³⁰. Si tenemos alguna fe, alguna esperanza y alguna caridad, un poco de paciencia y de humildad; si hay en nosotros gracia, virtud, alabanza⁴³¹ ante Dios, todo viene de este cáliz. Porque de él fluye toda distribución de gracias. A él corresponde toda acción de gracias.

427 Ap 7, 13-14.

428 Cf. Jn 1,29 y Ordinario de la Misa.

429 Sal 49,5.

430 Rom 8,18.

431 Cf. Flp 4,8.

Capítulo Tercero

SAN JUAN

1. Juan 6, 27-35:

*"Trabajad por procuraros no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os dará. Porque a éste Dios Padre lo ha sellado. Le dijeron pues: ¿Qué haremos para hacer las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: La obra de Dios es que creáis en aquél que él ha enviado. Ellos le dijeron: Pues Tú, ¿qué señales haces para que veamos y creamos? ¿Qué haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: les dio a comer pan del cielo. Díjoles, pues, Jesús: en verdad, en verdad, os digo: Moisés no os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el pan del cielo. Porque es el verdadero pan que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. Mi Padre os da el verdadero pan. El pan de Dios que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. Dijéronle, pues, ellos: Señor, danos siempre de este pan. Jesús les contestó: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí no tendrá jamás sed"*⁴³².

El alimento que perece y el que no perece.

Toda criatura viviente tiene un alimento en relación con su vida. Ved cómo todos los animales, todas las plantas de la tierra viven y se alimentan. Cada ser se alimenta con un alimento apropiado. También el fuego, aunque no tenga vida, tiene su alimento: lo que consume y devora es su comida, como dice el Profeta: "El vestido manchado de sangre será quemado, se convertirá en alimento del fuego"⁴³³. Los sentidos corporales se alimentan de sus goces: los ojos desean la forma y la belleza que excitan el deseo; el ojo no se sacia de ver, ni el oído de oír⁴³⁴. Los sentidos internos tienen sus placeres y sus delicias, además de los goces que les procuran los sentidos corporales. Memoria, inteligencia y voluntad se alimentan y se apacientan de lo que les deleita y reconforta.

432 Jn 6,27-35.

433 Is 9,4.

434 Cf. Ecl 1,8.

Ahora bien, toda criatura racional —ángel bueno o malo, hombre bueno o malo— tiene su alimento apropiado a la cualidad de su vida —vida feliz o desgraciada, buena o mala.

Los ángeles buenos se alimentan de la alabanza, del amor, de la visión de Dios. Ésta es la refección vivificante que conserva su vida por la eternidad, que los recrea sin nunca agotarse y que les da a ellos mismos una duración que nunca se agota.

En lo que concierne al alimento del ángel apóstata, es su pecado que lo levanta siempre contra Dios, y es la malicia por la cual siempre quiere el mal para nosotros. He aquí lo que le agrada, mientras que al contrario la humildad y la caridad siempre le desagradan; de los cuales está tan ayuno como vacío. Lo que nosotros llamamos su alimento es en realidad una especie de hambre: está siempre hambriento de hacer caer a los hombres para devorarlos una vez apresados e introducirlos en su cuerpo, me atrevería a decir, para que ellos hagan causa común con él. Se apacienta, pues de los pecados de los hombres, o de los pecadores mismos, y su avidez se hace más grande si puede encontrar justos y triunfar de ellos. Está escrito a este respecto: "Su alimento es escogido"⁴³⁵.

Él mismo es engullido por los malos cuando los consejos que sugiere son recibidos en el vientre del sentimiento interior, como está escrito: "Tú lo has dado como alimento a los pueblos de Etiopía"⁴³⁶. Y todos los que arrastrados por la fuerza o seducidos se unen a los malos, son engullidos, ya sea por el diablo, ya sea por esos mismos malos. Al respecto dice el Salmista: "Si el Señor no hubiera estado con nosotros, que lo diga Israel, si el Señor no hubiera estado con nosotros; cuando estos hombres se levantaron contra nosotros,

⁴³⁵ Hab 1,16.

⁴³⁶ Sal 73,14.

nos habrían tragado vivos"⁴³⁷. Y también: "Que no digan en su corazón: bien, bien alma nuestra; que no digan: lo devoraremos"⁴³⁸. También ellos, que por la envidia y la rivalidad se despedazan y se hostigan, se comen entre sí. Por lo cual dice el Apóstol a los Gálatas: "Si mutuamente os mordéis y os devoráis, mirad que acabaréis por consumiros unos a otros"⁴³⁹. Con tales alimentos, es decir, el pecado y la malicia, se alimenta y fortalece la vida de los malos, la vida mala.

Pero la vida de los buenos, la vida buena, en la misma medida en que se aleja del pecado y de la malicia se sostiene y se afirma con otros alimentos. El alimento de los justos es la justicia, como está escrito: "Felices los que tienen hambre y sed de justicia"⁴⁴⁰, y es Cristo, el autor de la justicia, el que dice: "Yo soy el pan vivo"⁴⁴¹. Este es el pan que comen todos los justos, para ser justos y vivir en la justicia. Sin él no hay vida buena, no hay vida feliz. Y los que son ganados⁴⁴² para Cristo por la palabra y el ejemplo de los justos y se alistan entre estos, a su vez son el alimento de aquellos que por su intermedio llegan a Cristo. En este sentido se le dijo a Pedro: "Mata y come"⁴⁴³.

Mientras el alimento temporal que sostiene la vida corporal y mantiene sus fuerzas y reanima sus sentidos se agota por el uso que de él se hace, el alimento espiritual, por el contrario, mantiene y fortalece los sentidos y las energías del alma sin agotarse por el uso. Pero al nutrir y acrecentar lo que es bueno consume lo que es perjudicial, es decir, los vicios y pecados. Por eso se dice que los justos, puesto que en ellos y por ellos son consumidos los pecados, en cierta manera comen los pecados, según lo que está escrito y que puede ser interpretado en buen sentido: "Comerán los pecados de

⁴³⁷ Sal 123, 1-3.

⁴³⁸ Sal 34,25.

⁴³⁹ Gál 5,15.

⁴⁴⁰ Mt 5,6.

⁴⁴¹ Jn 6,51.

⁴⁴² Cf. Flp 3,8.

⁴⁴³ Act 10,13.

mi pueblo"⁴⁴⁴. Del mismo modo se puede interpretar en buen sentido estas palabras: "Tú lo has dado como alimento a los pueblos de Etiopía"⁴⁴⁵.

Las palabras del Señor se refieren a ese alimento que sostiene y fortalece la vida buena, a fin de que ésta obtenga la vida eterna. Veamos ahora cómo hay que interpretarlas.

*"Trabajad por procuraros no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del Hombre os dará. Porque a éste, Dios Padre lo ha sellado"*⁴⁴⁶.

Trabajo del hombre y gracia de Dios.

Después del milagro de los cinco panes y de los dos peces, las muchedumbres vinieron a Cafarnaúm en busca del Señor. Estos hombres, sorprendidos al encontrarlo del otro lado del mar, le dijeron: "Maestro, ¿cuándo has venido aquí? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo, vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado"⁴⁴⁷. Ciertamente, ellos habían visto milagros que podían hacerles reconocer su divinidad; pero le seguían por la comida material que les había dado y no por un movimiento de fe. Él les descubrió su intención para que al menos así reconocieran a Dios y les mostró al punto cuál es el alimento por el cual se debe más bien trabajar: "Trabajad por procuraros no el alimento que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna".

Esto puede entenderse de la justicia, por amor de la cual se alimentan los justos y que el Hijo del hombre da gratuitamente justificando gratuitamente al impío. La justicia permanece para la vida eterna, como dice la Escritura: "Su justicia permanece por todos los siglos", y también: "Los justos vivirán

eternamente"⁴⁴⁸. Los que trabajan por el alimento perecedero son los que cometen el pecado, o lo que fuera de la fe de Cristo hacen lo que consideran bueno, o los que siguen a Cristo "con hipocresía" y no "con sinceridad"⁴⁴⁹. El alimento imperecedero es la justicia, aquella "que viene de la fe en Jesucristo"⁴⁵⁰, y es el mismo Jesucristo el que da esta justicia. Cuando Jesucristo era pan de los ángeles junto al Padre, quiso hacerse hombre entre los hombres para que el hombre comiera el pan de los ángeles⁴⁵¹. Al darnos la fe que obra por la caridad⁴⁵² nos concede que creamos en él, que le amemos, que le sirvamos como a verdadero Dios. Se da pues a sí mismo como alimento, pero con tal de que trabajemos. Por eso dice: "Trabajad". Pero sin embargo, anticipándose a todo mérito de nuestra parte, nos da gratuitamente. Dice el Apóstol: "Gratuitamente habéis sido salvados por la fe; esto no viene de vosotros. Es un don de Dios que no depende de las obras, a fin de que nadie se glorie"⁴⁵³.

El sello del Padre.

El Hijo del hombre da este alimento que permanece para la vida eterna, por esa misteriosa economía según la cual ha querido ser Hijo del hombre. Y por ser Hijo del hombre no puede no darla: "Porque Dios Padre lo ha sellado". Para que nos dé este alimento, el Padre lo ha separado de los demás sellándolo con el sello propio de una santidad única, lo ha ungido con el óleo de la alegría más que a todos sus compañeros⁴⁵⁴. Ésta es al menos la interpretación de san Agustín⁴⁵⁵ acerca de estas palabras: "El Padre lo ha sellado".

Pero si se desea la interpretación de san Hilario, he aquí textualmente lo que él dice en el libro octavo de la Trinidad:

⁴⁴⁸ Sal 111,3. Sab 5,16.

⁴⁴⁹ Flp 1,18.

⁴⁵⁰ Rom 3,26.

⁴⁵¹ Cf. Sal 77,25.

⁴⁵² Cf. Gál 5,6.

⁴⁵³ Ef 2,8.

⁴⁵⁴ Cf. Sal 44,8; Heb 1,9.

⁴⁵⁵ Cf. S. AGUSTIN, In *Johannis evang.* 25,11; PL 35, 1601; CCL 36, p. 253.

⁴⁴⁴ Os 4,8.
⁴⁴⁵ Sal 73,14.

⁴⁴⁶ Jn 6,27.

⁴⁴⁷ Ibid. 25-26.

"El Hijo Unico de Dios, Hijo del hombre por la economía misteriosa de nuestra salvación, queriendo significar que es la propia imagen del Padre dice que Dios Padre lo selló con su sello; y esto precisamente porque el Hijo del hombre debía dar el alimento de la vida eterna. Este sello del Padre podía hacer comprender el poder que obraba en él de dar un alimento para la eternidad, porque tenía en sí en toda su plenitud la forma paterna, la forma de Dios que lo ha sellado con su sello. Sellado con el sello de Dios, no podía tener otra forma que la de Dios que lo había sellado"⁴⁵⁶.

Después:

"Dijéronle, pues: ¿qué haremos para obrar...?" hasta "El que creo en mí no tendrá jamás sed"⁴⁵⁷.

Las obras proceden de la fe.

Los judíos comprendieron que el Señor al decirles: "Trabajad por procuraros el alimento que permanece para la vida eterna", los invitaba a hacer las obras de Dios. Entonces preguntaron cómo trabajar en las obras de Dios. Jesús les respondió: "La obra de Dios es que creáis en el que él envió". Ellos preguntaban por las obras, en plural; él les respondió "la obra de Dios", en singular, para mostrarles que todas las obras buenas proceden de una sola. El salmista se expresa del mismo modo: "Dirige por encima de nosotros las obras de nuestras manos; sí, dirige la obra de nuestras manos"⁴⁵⁸. La fe que obra por la caridad, ésa es la obra de Dios y el principio de las obras buenas en nosotros. "Porque sin la fe es imposible agradar a Dios"⁴⁵⁹. Ellos preguntaban pues por las obras de Dios porque no tenían aún fe, sin la cual no se puede trabajar en las obras de Dios. Se les invita a la fe que es la obra de Dios: que crean en el que Dios ha enviado.

456 S. HILARIO, *De Trinitate* 8,44; PL 10,269.
457 Jn 6,28-35.

458 Sal 89,17.
459 Heb 11,6.

Comprendieron que hablaba de él y dijeron: "¿Qué signo haces para que veamos y creamos en ti? Muéstranos tus obras". He aquí que "los Judíos piden un signo"⁴⁶⁰. No les basta el signo de los cinco panes que Cristo multiplicó, para creer en el poder que tiene Cristo de dar un alimento que permanece para la vida eterna. Es poco haber dado panes decebada. Moisés no prometió tanto, él que les había hecho dar el maná del cielo. Comparan este milagro de Moisés con el milagro de los cinco panes y dan la primacía a Moisés, como si la promesa de Jesús no fuera digna de fe. Dijeron entonces: "Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo".

A esta alusión, al pan del cielo dado a sus padres, es a la que responde Cristo. Él muestra que el verdadero pan del cielo no ha sido dado por Moisés sino que ahora es dado por el Padre. Les dice pues: "En verdad, en verdad os digo, Moisés no os dio el pan venido del cielo, sino que es mi Padre el que os da el pan venido del Cielo. Es el verdadero pan que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. Mi Padre os da el verdadero pan, el pan de Dios que ha bajado del cielo y da la vida al mundo"⁴⁶¹.

Pero ellos comprendieron carnalmente y replicaron: "Señor, danos siempre de este pan". La Samaritana, al oír que se le decía: "El que beba del agua que yo le daré no tendrá jamás sed", había entendido enseguida —También ella— en sentido material; y para ser liberada de una necesidad del cuerpo había dicho igualmente: "Señor, dame esta agua, a fin de que no tenga más sed y no tenga que venir a sacarla"⁴⁶². Y los Judíos: "Señor, danos este pan" que reanimará nuestras fuerzas sin acabarse jamás. Por eso, después del milagro de los cinco panes quisieron hacerle rey⁴⁶³.

460 I Cor 1,22.

461 Cf. S. AGUSTIN, *In Johannis evang.* 25,12-13; PL 35, 1602-1603; CCL 36, p. 255.

462 Jn 4,14-15. Cf. S. AGUSTIN, *Ibid.* 10; PL 35,1601; CCL 36, p. 253.

463 Cf. Jn 6,15.

Saciedad y deseo infinito.

Pero Jesús vuelve a interpelarlos y les revela más claramente de qué pan ha hablado: "Yo soy el pan de vida. El que viene a mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí no tendrá jamás sed". "El que viene a mí" tiene el mismo sentido que "el que cree en mí". "No tendrá ya más hambre" tiene el mismo sentido que "no tendrá jamás sed". Por ambas partes está significada la eterna saciedad en la que nada falta⁴⁶⁴.

La Sabiduría dice sin embargo: "Los que me comen tendrán todavía hambre, los que me beben tendrán todavía sed"⁴⁶⁵. En el presente Cristo, Sabiduría de Dios⁴⁶⁶ no es comido en la saciedad del deseo sino en el deseo de la saciedad; y cuanto más gustamos su dulzura, tanto más se reaviva nuestro deseo. Por eso los que le comen tendrán todavía hambre hasta que llegue la saciedad. Pero cuando su deseo haya sido colmado por los bienes celestiales, no tendrán ya ni hambre ni sed"⁴⁶⁷.

Las palabras: "Los que me comen tendrán todavía hambre", pueden también entenderse del mundo futuro: porque en esta saciedad eterna se da una especie de hambre que no proviene de una carencia sino de la felicidad. Allí los comensales siempre desean comer: nunca padecen hambre, y sin embargo nunca se cansan de ser saciados. Saciedad sin hastío, deseo sin gemido. Cristo, siempre admirable en su belleza, es también siempre deseable, "a quien los ángeles desean mirar"⁴⁶⁸. Así, aún cuando se lo posea se lo desea, aún cuando se lo tenga se lo busca, como está escrito: "Buscad siempre su rostro"⁴⁶⁹. Sí, siempre se busca a quien se ama para poseerlo siempre. También los que le encuentran aún le bus-

can, los que le comen aún tienen hambre, los que le beben aún tienen sed. Pero esta búsqueda aleja toda preocupación, esta hambre disipa toda hambre, esta sed extingue toda sed. Es el hambre no de la indigencia sino de la felicidad consumada. Del hambre indigente se dice: "Quien viene a mí ya no tendrá hambre, quien cree en mí no tendrá jamás sed". Y del hambre de la felicidad: "Los que me comen tendrán todavía hambre, los que me beben tendrán todavía sed".

"Hambre" puede ser considerada como un equivalente de "sed", ya sea en la indigencia, ya sea en la felicidad; pero si queremos buscar una distinción, el Salmista da la ocasión a los que la buscan, cuando dice: "El pan confirma el corazón del hombre", y "el vino regocija el corazón del hombre"⁴⁷⁰. Para los que creen en él Cristo es alimento y bebida, pan y vino. Pan que robustece y fortifica y del cual dice Pedro: "El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Cristo Jesús, él mismo nos consumará cuando hayamos sufrido un poco, nos fortalecerá y nos consolidará"⁴⁷¹. Bebida o vino que regocija; es a Cristo a quien se dirige el Profeta en estos términos: "Alegra el alma de tu servidor; porque hacia ti, Señor, he levantado mi alma"⁴⁷². Todo lo que en nosotros es fuerte, robusto y sólido, gozoso y alegre para cumplir los mandatos de Dios, soportar el sufrimiento, practicar la obediencia, defender la justicia, todo esto es fruto de la fuerza de este pan y de la alegría de este vino. Felices los que obran fuerte y gozosamente. Y como nadie lo puede conseguir por sí mismo, felices los que desean ávidamente practicar lo justo y lo honesto y ser fortalecidos y alegrados en todas las cosas por aquél que dijo: "Felices los que tienen hambre y sed de justicia"⁴⁷³. Si Cristo es el pan y la bebida que aseguran desde ya la fuerza y la alegría de los justos, ¿cuánto más lo será en el cielo, cuando se dé sin medida a los justos?

464 Cf. S. AGUSTIN, *Ibid.* 14; PL 35, 1603; CCL 36, p. 255.

465 Eclo 24,29.

466 Cf. I Cor 1,24.

467 Cf. Ap 7,16.

468 I Pe 1,12.

469 Sal 104,4.

470 Sal 103,15.

471 I Pe 5,10.

472 Sal 85,4.

473 Mt 5,6.

En las palabras de Cristo citadas más arriba, este alimento que permanece para la vida eterna es llamado pan del cielo, verdadero pan, pan de Dios, pan de vida; y su utilidad se muestra en que da la vida al mundo y en que excluye para siempre el hambre y la sed. Cristo lo llama pan del cielo, para mostrar de dónde viene y distinguir este pan del pan terreno que perece; verdadero pan, para distinguirlo del maná que lo precedió como figura de esta verdad; pan de Dios, para distinguirlo del pan hecho y preparado por el panadero: aquél ha sido, por el contrario, preparado por Dios, como está escrito: "Tú preparaste su alimento; porque así es su preparación"⁴⁷⁴; pan de vida, para distinguirlo de este pan corruptible que no es la vida ni da la vida, sino que apenas la conserva, difícilmente y por un tiempo; aquél, al contrario, es la vida, da la vida, conserva una vida que no debe nada a la muerte ni a las causas de la muerte.

2. Juan 6,47-69:

Un poco más abajo leemos:

"En verdad, en verdad, os digo: el que cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, para que el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo le daré es mi carne para la vida del mundo. Discutían entre sí los judíos, diciendo: ¿cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como me envió mi padre que vive, y vivo yo por mi padre, así también el que me come vivirá por mí. Éste es el pan bajado del cielo: no como vuestros padres que comieron el maná y murieron. El que come este pan vivirá eternamente. Esto lo dijo enseñando en

la Sinagoga de Cafarnaún. Luego de haberlo oído muchos de sus discípulos dijeron: ¡duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que sus discípulos murmuraban de esto les dijo: ¿esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si vierais al hijo del hombre subir allí adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo he hablado son espíritu y son vida; pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que creían y quién era el que había de entregarlo. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado por mi padre. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron, y ya no les seguían. Y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis ir los vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor ¿A quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Cristo el Hijo de Dios"⁴⁷⁵.

La eucaristía, prenda de vida eterna.

Cristo es pan de vida para los que creen en él. Creer en Cristo es comer el pan de vida, poseer en sí a Cristo, poseer la vida eterna. Para mostrar esto Cristo dice: "Quien cree en mí tiene la vida eterna". Y queriendo aclarar sus palabras añade: "Yo soy el pan vivo". Hubiera podido decir en síntesis: Quien cree en mí me posee, y por eso tiene la vida eterna. La tiene ciertamente en su causa, la tiene en mérito, la tiene en esperanza, la tiene en prenda, la tiene porque la procura. Por fin, el que posee en sí a Cristo posee la vida eterna, aún no revelada en su persona, pero sí escondida en Cristo a quien posee en sí. Porque "nuestra vida está escondida con Cristo en Dios"⁴⁷⁶. Esta gracia excelente que está en nosotros por Cristo ya la poseemos en Cristo, por el hecho de que poseemos a Cristo que nos ha prometido esta gracia, que nos la da, que fielmente nos la conserva: ella está como en depósito junto a él y él la restituirá el día en que se vea revelada la gloria de los hijos de Dios⁴⁷⁷.

⁴⁷⁴ Sal 64,10.

⁴⁷⁵ Jn 6,47-70.

⁴⁷⁶ Col 3,3.

⁴⁷⁷ Cf. Rom 8,19.

"Yo soy, dice, el pan de vida". Ya lo había dicho antes, y esta repetición es una confirmación. O tal vez, introduce una distinción en los dones, y deja entender que un solo y mismo Creador da una vida y la otra, la vida presente que es buena, y la vida futura que es feliz. "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron". Esto debemos entenderlo de la muerte espiritual. ¿Por qué murieron?⁴⁷⁸. Porque creían lo que veían, y no comprendían lo que no veían. Son vuestros padres porque os asemejáis a ellos, padres infieles de hijos infieles. En lo que respecta a la muerte corporal, también nosotros moriremos, nosotros, que comemos el pan bajado del cielo. En lo que se refiere a la muerte espiritual. Moisés comió el maná, Aarón lo comió, y muchos otros que agradaron a Dios lo comieron y no han muerto. ¿Por qué no han muerto? Porque comprendieron espiritualmente, tuvieron hambre y gustaron espiritualmente para ser saciados espiritualmente⁴⁷⁹. "Este es el pan vivo bajado del cielo. Quien come de él no morirá". Este pan, es decir, Cristo que hablaba a los incrédulos, fue figurado por el maná; pero puede más que el maná. Porque ni a los creyentes ni a los incrédulos pudo el maná por sí mismo concederles el no morir espiritualmente. Pero Cristo, figurado por el maná —y es a él a quien vieron en el maná los antiguos justos y en cuya venida creyeron—, concede a todos los que creen en él no morir espiritualmente. Por eso dice: "Este es el pan bajado del cielo, para que el que lo coma no muera". "Este" ahora en la tierra; "éste" ahora, ante vuestros ojos —no los ojos del corazón sino los de la carne— "es el pan bajado del cielo". Y al punto revela que él mismo es este pan al decir: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo". Se llama ahora "pan vivo" al que hace un momento era llamado "pan de vida". Pan vivo porque en sí la vida permanece y porque puede liberar de la muerte espiritual y dar la vida. Pues de la liberación de la

muerte había dicho antes: "Para que el que coma de él no muera". Hablando ahora de la vida que procura añade: "Si alguno come de este pan, vivirá eternamente".

"Y el pan que yo le daré es mi carne para la vida del mundo. Discutían entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Jesús les dijo: en verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros"⁴⁸⁰.

El Verbo de Dios da a unos la comida; para otros él mismo es comida. Da la comida, como está escrito: "Todos los seres esperan de ti que les des la comida a su tiempo"⁴⁸¹; y también: "Los ojos de todos están vueltos hacia ti, Señor, y tú les das la comida a su tiempo: tú abres tu mano, y llenas de bendición todo lo que vive"⁴⁸². Pero a la criatura racional, la única capaz de justicia y de felicidad, —si no se aparta de él por propia voluntad, sino que se vuelve a él por amor de la obediencia a fin de vivir no para sí misma sino para él, —a esta criatura, digo, le da la comida de la cual debe vivir, de tal modo que él mismo es esa comida que le procura una vida buena y feliz.

Después de haber dicho que es el pan vivo bajado del cielo, y que puede dar la vida eterna, lo que equivale a afirmar que es Dios y que es la vida de los ángeles y de los hombres, muestra, para causarles mayor asombro aún, que la carne que ha tomado es una comida vivificante, y que él la da por la vida del mundo: "El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo". El cuerpo de Cristo es carne según su propia naturaleza; es llamado pan, porque es ofrecido bajo la apariencia de pan y porque hay analogía entre su función y la del pan.

"Los Judíos discutían". ¿Cómo había de comprender la carne que él llame "pan" a la carne? La carne recibe un nom-

⁴⁷⁸ Cita casi textual de S. AGUSTIN, In *Johannis* evang. 26,11; PL

35, 1611; CCL 36, p. 264-265.
⁴⁷⁹ Id.

⁴⁸⁰ Jn 6,51-53.
⁴⁸¹ Sal 103,27.

⁴⁸² Sal 144, 15-16.

bre que no comprende la carne; y por eso, menos comprenden de la carne el que a eso se le llame carne. Ellos se horrorizaron, dijeron que era demasiado, juzgaron que era imposible. También discutían entre sí diciendo: "¿Cómo este hombre puede darnos a comer carne?". "Cómo" significa, ya la pregunta piadosa del alma creyente, por ejemplo: ¿"Cómo será esto si yo no conozco a ningún hombre"?⁴⁸³ ya el rechazo impío del incrédulo, como aquí.

Jesús les dijo entonces: "En verdad, en verdad os digo", lo que significa: Aún si no queréis saberlo, aún si rehusáis creerlo, sin embargo es verdadero. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros". Esto se entiende de la vida espiritual que hace vivir en la justicia, y de la eterna que hace vivir en la felicidad. Quien no come la carne de Cristo no tendrá ni la una ni la otra.

*"El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida"*⁴⁸⁴.

Lo que pierde el que no come, dice Cristo, lo gana el que come: "Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". La tiene desde ahora, lo hemos dicho, si no según la carne, al menos según el espíritu. Porque el espíritu de los justos que adhiere a Dios⁴⁸⁵, nunca se separará de su amor, y por eso vivirá siempre. Por lo cual está escrito: "Dios no es Dios de muertos sino Dios de vivos"⁴⁸⁶. Y también: "A los ojos de los necios pareció que morían, pero están en la paz"⁴⁸⁷.

Las palabras del Señor podían hacer pensar que cualquiera que comiera de esta carne no moriría de muerte corpo-

ral. Él previene este error diciendo: "Y yo lo resucitaré". Lo que equivale a decir: El que come mi carne morirá de muerte corporai, no lo niego. Sí, morirá según la carne; pero yo lo resucitaré, y su misma carne no quedará privada de la vida eterna. Pero será el último día⁴⁸⁸.

Luego, para mostrar que esta comida basta para hacer desaparecer toda indigencia, para dar la vida y todo lo necesario añade: "Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida". Con la comida y la bebida, los hombres buscan vivir y no tener más hambre ni sed: resultado que sólo pueden procurar verdaderamente esta comida y esta bebida capaces de hacer inmortales e incorruptibles a los que las toman⁴⁸⁹. Es una verdadera comida la que verdaderamente da lo que se busca en la comida, la que puede dar al cuerpo y al alma la vida y todo lo que es menester para que no tengan necesidad de nada. Es para apaciguar las exigencias de ambas por lo que el Profeta exclama: "Mi alma tiene sed de ti, ardientemente mi carne suspira cerca de ti"⁴⁹⁰.

*El que come mi carne*⁴⁹¹.

Se come a Cristo de dos maneras, porque hay dos maneras de unirse a él.

Manducación espiritual por la fe.

En primer lugar por la fe; —no quiero hablar de aquélla que en los muertos, es decir, en los pecadores, está muerta, sino de aquélla de la que vive el justo y de la que se ha dicho más arriba: "El que cree en mí tiene la vida eterna"⁴⁹². Esta fe no existe sin caridad. Ahora bien, por la fe somos justificados y llegamos a ser amigos de Dios⁴⁹³; por la fe Cristo habita en nuestros corazones⁴⁹⁴, se da a nosotros para que le conozca-

483 Lc 1,34.

484 Jn 6,53-55.

485 Cf. I Cor 6,17.

486 Mt 22,32.

487 Sab 3,2.

488 Cf. S. AGUSTIN, In *Johannis evang.* 26,16; PL 35, 1614; CCL 36, p.268.

489 S. AGUSTIN, *Ibid.* 17; PL 35, 1614; CCL 36, p.268.

490 Sal 62,2.

491 Jn 6,56.

492 Hab 2,4. Rom 1,17. Jn 6,47.

493 Cf. Rom 3,28. Sab 7,14.

494 Cf. Ef 3,17.

mos y nos unamos a él. Los ángeles conocen por la visión al Verbo de Dios coeterno con el Padre, un solo verdadero Dios con el Padre. Nosotros, al conocerle por la fe, comemos según nuestra medida el pan de los ángeles que está en el cielo⁴⁹⁵. Al conocer por la fe al Hijo Único "que está en el seno del Padre"⁴⁹⁶, que nos ha sido enviado desde el cielo y se ha encarnado por nosotros, comemos el pan vivo bajado del cielo. Al conocer por la fe la carne que ha asumido por nosotros, comemos esta carne de Cristo que nos ha sido dada en alimento. Es pues la fe en la unidad, la fe en la unión, la fe en la comunión.

Por la fe en la unidad creemos que el Hijo es uno con el Padre, como él mismo lo dijo: "El padre y yo somos uno"⁴⁹⁷. A esta fe se añade la fe en la Trinidad. Porque para tener plenamente fe en la unidad de Dios, es decir, en una sola divinidad, es necesario creer que cada una de las tres personas es un solo Dios, que las tres, en conjunto, no son más que un solo Dios. El misterio de la unidad en la Trinidad contiene el misterio de la Trinidad en la unidad, y sin la fe en la Trinidad, la fe en un solo Dios no es perfecta. Porque la Trinidad es un solo Dios.

Por la fe en la unión, creemos que el Hijo Único de Dios se ha unido a la naturaleza humana en la unidad de Persona por el misterio de la encarnación. A la fe en la unión está ligada esta fe en la unidad por la cual creemos que es una sola Persona en dos naturalezas. No tenemos plenamente fe en la unión si pensamos que ambas naturalezas no están unidas en una sola Persona, o que hay tantas personas como naturalezas.

Por la fe en la comunión creemos que se nos da la carne sacratísima de Cristo, carne vivificante y santificadora que nos es comunicada, dispensada, para la remisión de los pe-

cados, por una admirable disposición de Dios, a quien le plugo tomar de nosotros, por nosotros, lo que quiere que nosotros tomemos ahora como alimento. A esta fe está ligada la fe en la pasión, representada en la ofrenda de la santa comunión que anuncia también la muerte del Señor.

Éste es el compendio de nuestra fe: conocer a Cristo en el Padre, a Cristo en la carne, a Cristo en la comunión del altar. Todos los misterios de la fe confluyen en esto; todo lo que está escrito en la Ley, los salmos y los profetas no tienen más que un fin: hacer conocer y amar a Cristo. El que, justificado por la fe⁴⁹⁸, tiene pensamientos dignos, piadosos y fieles sobre el misterio de la unidad, el misterio de la unión y el misterio de la comunión, éste come el pan de los ángeles que está en el cielo, el pan vivo bajado del cielo, la carne de Cristo; éste, comiendo a Cristo se une a él, y al unirse a él lo come.

Esto ha sido dicho acerca de la primera manera de comer, según la cual Cristo es comido por los justos sólo en la fe. Se la puede dividir en tres modos: según la fe en la unidad, en la unión o en la comunión. Porque una cosa es creer lo que es necesario sobre la divinidad de Cristo, otra creer lo que es verdadero de su humanidad, ya sea según la gracia de la economía que le ha hecho revestirse de nuestra carne, ya sea según la gracia de la economía por la cual nos ha dado su carne como alimento. No obstante, todos estos modos se reducen a uno solo; porque la fe católica es una y contiene los misterios de la divinidad de Cristo, de su encarnación, de la santa comunión. De esta manera de comer a Cristo dice san Agustín: "Cree, y has comido"⁴⁹⁹.

⁴⁹⁵ Cf. Sal 77,25.

⁴⁹⁶ Jn 1,18.

⁴⁹⁷ Jn 10,30.

⁴⁹⁸ Cf. Rom 5,1.

⁴⁹⁹ S. AGUSTIN, In *Johannis evang.* 25,12; PL 35,1602; CCL 36, p.254.

Manducación sacramental.

Hay otra manera: cuando Cristo no sólo es recibido o poseído en nuestro corazón por la fe y la virtud de la santa comunión, sino que entra en nosotros por la manducación, el uso, la recepción de su cuerpo y de su sangre; cuando está en nosotros no sólo por la presencia de su divinidad que nos ha creado, sino también por la presencia de su cuerpo que nos ha rescatado según su promesa y su palabra: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos"⁵⁰⁰. Dice pues: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él".

Y bebe mi sangre⁵⁰¹.

Separación sacramental y concomitancia.

Así como hay dos maneras de comer la carne de Cristo, así también hay dos maneras de beber su sangre: al recibir esta sangre en el sacramento, o por la virtud de la fe de la cual vive el justo⁵⁰², y que es también la virtud del sacramento.

En cuanto a la sustancia, una es la carne, otra la sangre. En cuanto al sacramento, una es la apariencia visible que significa la carne de Cristo pero no contiene la carne sin la sangre, otra la apariencia visible que significa la sangre pero no la contiene sin la carne. Desde el punto de vista de la representación del acontecimiento, la carne de Cristo ofrecida bajo la apariencia de pan representa esa misma carne de Cristo ofrecida en la cruz según un modo distinto; la sangre ofrecida bajo la apariencia de vino representa esa misma sangre que, en la cruz, fluyó del cuerpo de Cristo. Tiene el mismo sentido, a saber, que Cristo, que derramó su sangre por nosotros, "dio su vida por nosotros". Porque está escrito en el Levítico: "La vida de toda carne está en su sangre"⁵⁰³. Aunque la carne y

la sangre de Cristo sean cosas diversas, significadas por diversas apariencias, representadas bajo modos diversos, Cristo muestra que tienen la misma virtud cuando dice: "Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". Y más adelante: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él".

Pero el que es vivificado por la fe en la encarnación y en la pasión de Cristo para vivir en la justicia, es decir, no para sí mismo sino para Cristo⁵⁰⁴ y en Cristo, éste come la carne de Cristo y bebe su sangre con la boca de la fe. En virtud de la fe no se come la carne sin que también se beba la sangre; ni se bebe la sangre sin que también se coma la carne. Porque ambas tienen la misma virtud, de la que ambas participan, y procuran el mismo beneficio que se obtiene en una y otra por la fe. Se da la vida eterna al que cree, como dice Cristo: "El que cree en mí tiene la vida eterna". Se la da al que come y bebe, como lo dice otra vez: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna". Que la fe se refiere también a la bebida lo demuestra al decir: "El que cree en mí no tendrá jamás sed". Por la fe se come, pues, la carne de Cristo; por la fe se bebe la sangre de Cristo. En la fe adoramos el remedio de nuestra salvación, la carne y la sangre de Cristo. No dividamos en la fe lo que no se puede separar en el efecto. Ésta es la fe que justifica y vivifica, de la cual dice el Apóstol: "La justicia de Dios, por la fe en Jesucristo, para todos los que creen"⁵⁰⁵.

Permanece en mí, y yo en él⁵⁰⁶.

La eucaristía, sacramento de unidad.

Más arriba ha mostrado el beneficio que aporta la carne de Cristo si se la come, su sangre si se la bebe. Ahora muestra qué gracia de familiaridad dan y qué honor. Ellas hacen que

⁵⁰⁰ Mt 28,20.

⁵⁰¹ Jn 6,56.

⁵⁰² Cf. Hab 2,4 y Rom 1,17.

⁵⁰³ I Jn 3,16. Lev 17,14.

⁵⁰⁴ Cf. II Cor 5,15.

⁵⁰⁵ Rom 3,22.

⁵⁰⁶ Jn 6,56.

el que come esté en Cristo y Cristo en él⁵⁰⁷. ¡Gran honor, e inestimable, el de tener su morada en Cristo y ofrecer a Cristo una morada⁵⁰⁸! Del mismo modo que comemos al creer, así también permanecemos en Cristo al amarlo con perseverancia. Porque "Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios"⁵⁰⁹. Cristo dijo a este respecto: "Permaneced en mi amor"⁵¹⁰. Permanece pues en Cristo, el que en la tentación no se vuelve atrás, sino que obra enérgicamente en todas las cosas, con la confianza de vencer y el coraje de perseverar. De ahí viene el fruto de la justicia⁵¹¹ que permanece, el fruto que llevan los justos porque permanecen en Cristo, como los sarmientos en la vid que no pueden producir fruto si no permanecen en la vid.⁵¹²

Pero está el amor con el cual Dios nos ama, y el amor con el cual nosotros amamos a Dios. Permaneceremos en él uno y en el otro si perseveramos en amar a Cristo. Porque "el Señor conserva a todos los que le aman"⁵¹³. Hay un amor con el cual nosotros amamos a nuestro hermano y a nuestro prójimo en Cristo, como miembro de Cristo y de su cuerpo que es la Iglesia⁵¹⁴. Todos los miembros de este cuerpo son vivificados por un solo espíritu, el Espíritu Santo, de igual modo que todos los miembros del hombre viven del único espíritu del hombre. Los que no viven del Espíritu de Cristo no son de su cuerpo, no son sus miembros, no permanecen en Cristo. Pero los que conservan "la unidad del espíritu en el vínculo de la paz"⁵¹⁵, que observan inviolablemente el derecho de la sociedad espiritual de los hermanos, que no se separan de la unidad de la Iglesia ni por la herejía, ni por el cisma, ni por los vicios de la vida o de las costumbres, éstos permanecen en el cuerpo de Cristo y en Cristo, porque están

verdaderamente unidos a Cristo, y unidos a él lo comen. Por lo cual dice: "El que come mi carne... permanece en mí". Y añade: "y yo en él". De un modo permanece él en nosotros, y de otro permanecemos nosotros en él. Nosotros recibimos, él nos concede que vivamos y perseveremos en él. Somos consolidados: él obra siempre en nosotros y hace que nosotros permanezcamos y seamos afirmados en él. "Porque firme es su misericordia con nosotros, y la verdad del Señor permanece para siempre"⁵¹⁶.

Dice también: "El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada"⁵¹⁷. El que dice: "Amo a los que me aman"⁵¹⁸, hace su morada en los que perseveran en amarlo, dándoles el que permanezcan y permaneciendo él mismo en los que permanecen en él. Pero ¿qué significan estas palabras: "El que me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará"? Cristo es amado por nosotros antes de que nosotros seamos amados por el Padre, antes de que el Padre y el Hijo vengán juntos a nosotros y hagan en nosotros su morada. Juan dice sin embargo: "En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que él nos amó primero"⁵¹⁹. La respuesta es fácil cuando se considera que Dios nos amó y nos eligió en su Hijo, según el decreto de su gracia, antes de la creación del mundo⁵²⁰; que nos ama al llamarnos y al justificarnos, al aumentar su gracia, al conducirnos a la perfección por el progreso de la justicia, al confirmarnos en su amor. Del mismo modo que con el progreso en el mal los malos se endurecen y se hacen obstinados por el hábito de pecar, así también los buenos, según el orden providencial de la gracia que tiene un comienzo y un progreso, son confirmados para perseverar; confirmados por Dios que se les adelanta, viene a ellos, permanece en ellos. Es según este orden como se llega

507 Cf. *Ibid.* y 15,4.

508 Cf. Jn 14,23.

509 1 Jn 4,16.

510 Jn 15,9.

511 Cf. *Flp* 1,11.

512 Cf. Jn 15,4.

513 *Sal* 144, 20.

514 Cf. 1 *Cor* 12,27 y *Col* 1,24.

515 *Ef* 4,3.

516 *Sal* 116,2.

517 Jn 14,23.

518 *Prov* 8,17.

519 1 Jn 4,10.

520 Cf. *Ef* 1,4 y *Rom* 4,5.

a la vida eterna. Está escrito, en efecto: "El que perseverare hasta el fin se salvará"⁵²¹. Cristo se anticipa a nosotros amándonos, y nos ama anticipándose. El que lo ama es amado del Padre, es decir, que el Padre le muestra su amor y le da una gracia más abundante.

Pero se pueden entender de otro modo estas palabras: "Mi Padre lo amará". "Si alguien me ama, dice, guardará mi palabra"; es decir, perseverará en guardarla. Porque sería poco guardarla sin perseverar: se alaba, no al que finge, no al que se engaña a sí mismo, no al que ama blanda o superficialmente, sino sólo a aquél que persevera. Por lo cual dice el Profeta: "Te amaré, Señor", lo que significa: Perseveraré amándote; porque no me basto a mí mismo sin ti sino que "tú eres mi fuerza"⁵²². "Mi Padre, dice, lo amará", es decir: perseverará en amar al que persevera en obedecerte. No que el amor de Dios sea ligero y voluble: Dios ha amado a sus elegidos antes de la creación del mundo, y Cristo "habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin"⁵²³; pero se puede decir que ama con perseverancia a los que conserva y hace permanecer en su amor, y que refira su gracia al que se hace indigno de esta gracia.

Al decir: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él", Cristo declara abiertamente que el que cree en él y le come, no recibe al comerle más que la fuerza de permanecer en él hasta que él venga en la vida eterna. De ahí que el justo ore: "Confirma, oh Dios, lo que has hecho en nosotros"⁵²⁴. Cuando se come este alimento con una fe perfecta y con la debida veneración, da la justicia, la perseverancia y la vida eterna; justificados por la fe⁵²⁵, "arraigados en el amor"⁵²⁶, permaneceremos con seguridad en aquél que se ha hecho por nosotros "refugio"⁵²⁷ y "fortaleza"⁵²⁸, y que, también: él, permanece en nosotros para siempre, como está

521 Mt 10,22.

522 Sal 17,2.

523 Jn 13,1.

524 Sal 67,29.

525 Cf. Rom 5,1.

526 Ef 3,17.

527 Sal 30,3.

528 Sal 70,3.

escrito: "Que se alegren todos los que esperan en ti. Estarán en la alegría para siempre y tu habitarás en ellos"⁵²⁹.

*Así como el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por mi Padre, el que me come vivirá, también él, por mí*⁵³⁰.

Según San Agustín en su Tratado 26 sobre San Juan, la interpretación de estas palabras es la siguiente:

"Sumisión fue vaciarse de sí mismo para recibir la forma de siervo; lo cual rectamente puede entenderse así, aún conservando la identidad absoluta de naturaleza del Hijo con el Padre. El Padre es mayor que el Hijo-hombre; pero el Padre tiene un Hijo-Dios que es igual a El, ya que uno y el mismo es Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Cristo Jesús. En este sentido dijo —si comprendemos bien estas palabras: 'Como mi Padre que vive, me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá, por mí', como si dijera: La razón de que yo viva por el Padre, es decir, de que yo refiera mi vida a El como a mayor que yo, es mi anonadamiento en el que me envió; más la razón de que alguien viva por mí, es que participará de mí cuando me coma: Así, yo, humillado, vivo por el Padre, y aquél, ensalzado, vive por mí. Si se dijo: "Vivo por el Padre" en el sentido de que El viene del Padre y no el Padre, de El, esto se dijo sin detrimento alguno de la identidad entre ambos. Pero al decir: "El que me come vivirá, también él, por mí", Cristo no pretende establecer una igualdad entre El y nosotros; sino que muestra sencillamente su gracia de mediador"⁵³¹.

Esta es la interpretación de Agustín. ¿Qué significan pues para nosotros estas palabras de Cristo, sino que ha sido enviado por el Padre y ha venido al mundo precisamente para que los que le comen, es decir, los que creen en él, vivan por él, como él mismo vive "por el Padre"? En un sentido, Cristo vive

529 Sal 5,12.

530 Jn 6,57.

531 S. AGUSTIN, *In Johannis evang.* 26,19; PL 35, 1615; CCL 36, p.269.

"por el Padre" (propter Patrem) o, siguiendo la expresión de San Hilario vive "por el Padre" (per Patrem)⁵³² porque viene del Padre, Dios de Dios⁵³³, Vida de Vida. "Como el Padre, en efecto, tiene la vida en sí mismo, ha dado al Hijo tener la vida en sí mismo"⁵³⁴. Esto según la vida por la que vive junto al Padre. Pero según la vida por la que vivió como hombre entre los hombres, vivió por el Padre, porque glorificó al Padre en su vida⁵³⁵, cumpliendo la voluntad del Padre y rindiéndole honor en todo.

En lo que respecta a nosotros, vivimos por él si referimos a él todo lo que vivimos; porque "a su munificencia se debe"⁵³⁶ el que vivamos en la justicia, y por sus méritos esperamos vivir en la felicidad. El Salmista dice a este respecto: "Alabaré al Señor en mi vida"⁵³⁷. Y también: "¡Oh Dios, yo te he anunciado mi vida!"⁵³⁸.

En esta comparación que usa Cristo aquí, se hace un paralelo entre los dos términos. Misión y manducación pueden, en efecto, compararse por sus resultados análogos. La misión hace que Cristo viva por el Padre en cuanto que es inferior al Padre; la manducación hace que vivamos por Cristo que "Mediador entre Dios y los hombres"⁵³⁹, reconcilia con el Padre a los que viven por él, así como él mismo vive por el Padre. Entre la vida de Cristo que es "por el Padre", y la nuestra que es "por Cristo", hay analogía en cuanto al origen, a la orientación y al fin: proceden de su fuente, tienden allí, y allí llegan paralelamente. Nuestra vida, como la de Cristo, vuelve a su fuente, es entregada a quien la ha dado, es devuelta a su autor.

Estas palabras de Cristo: "El que me come vivirá por mí", lógicamente pueden entenderse de dos maneras, como indican-

do un efecto o un signo: la manducación hace que vivamos por Cristo, es decir, por su gracia, por su gloria, y al mismo tiempo, vivir por Cristo es el signo de que lo comemos. Igualmente, de dos maneras pueden entenderse la frase precedente: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él". Permanecer en Cristo es a la vez el efecto y el signo de la manducación. Como si se dijera: El signo de que come mi carne y bebe mi sangre es que permanece en mí y vive por mí.

Éste es el pan bajado del cielo. No como el de vuestros padres, que comieron el maná y murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente⁵⁴⁰.

Considerad cuántas veces repite Cristo las mismas cosas, cuántas veces nos inculca que es el Padre el que ha dado este pan, que este pan ha bajado del cielo, que este pan da la vida eterna. ¿Por qué? Evidentemente para dar a la fe en su divinidad un fundamento incontestable; para que creamos sin vacilar que el es Dios, el que tiene a Dios por Padre, ha estado en el cielo y ha bajado del cielo; el que quiere ser comido sin ser disminuido por ello; el que puede dar la vida eterna y resucitar a los muertos en el último día. Por esta razón, casi repitiendo, dice: "Este es el pan bajado del cielo". Y para mostrar que este pan es más y puede más que el maná, añade: "No es como vuestros padres, que comieron el maná y murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente".

"Esto lo dijo enseñando en la Sinagoga de Cafarnaúm. Luego de haberlo oído muchos de sus discípulos dijeron: ¡Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? Conociendo Jesús que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues que sería si viérais al Hijo del Hombre subir allí adonde estaba antes? El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida"⁵⁴¹.

Muchos de los que estaban presentes no comprendieron y se escandalizaron; y muchos oyentes —no entre sus enemigos

⁵⁴⁰ Jn 6,58.

⁵⁴¹ Ibid. 59-63.

⁵³² S. HILARIO, *De Trinitate* 7,27; 8,16; PL 10, 223 B, 248 B.

N. del T.: El latín da un matiz difícil de traducir en español.

⁵³³ Cf. Símbolo de Nicea.

⁵³⁴ Jn 5,26

⁵³⁵ Cf. Jn 17,4.

⁵³⁶ *Missale cisterciense*, Dominica XII post Pentecosten, Oratio.

⁵³⁷ Sal 145,2.

⁵³⁸ Sal 55,9.

⁵³⁹ I Tim 2,5.

sino entre sus discípulos— dijeron: “Dura es esta palabra. ¿Quién puede escucharla?”. Si sus discípulos encontraron esto demasiado duro, ¿qué debió parecerles a sus enemigos? Entendieron que Jesús se disponía a cortar su carne en pedazos, y a darla a los que creyeran en él⁵⁴².

Pero Jesús, conociendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban a este respecto —“porque ellos hablaban entre sí de modo que él no los oyese; pero él conocía el fondo de su alma y entendía en sí mismo lo que decían— Jesús, digo, les respondió: ‘¿Vosotros os escandalizáis’ porque prometí dar mi carne como comida y mi sangre como bebida? ¡Esto os escandaliza! ‘¿Y si viérais al Hijo del hombre subir adonde estaba anteriormente?’ ¿Qué es esto? Resuelve lo que les turbaba, explica lo que les escandalizaba —sí, ciertamente con tal de que quisiera entender. Ellos, en efecto, pensaban que distribuiría su cuerpo cortado en pedazos; él, dijo que subirá al cielo, evidentemente intacto. ‘¿Cuando viéreis al Hijo del hombre subir a donde estaba primero!’, entonces es cuando veréis que no distribuye su cuerpo del modo que vosotros creéis. Entonces comprenderéis que la gracia no se come a pedazos”⁵⁴³.

En otra parte dice Cristo: “Nadie sube al cielo sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo”⁵⁴⁴.

Este texto muestra que en virtud de la unidad de persona, el Hijo está en el cielo en el momento en que habla, y allí estaba antes, él del cual se dice que va a subir al cielo por la glorificación de su humanidad⁵⁴⁵.

La carne y el espíritu.

Jesús añade: “El espíritu vivifica, la carne no sirve para nada”. “¡Oh Señor, buen Maestro! ¿Cómo es que la carne no sirve pa-

ra nada, cuando acabas de decir: ‘Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros?’⁵⁴⁶. La vida ¿no sirve para nada? ¿Y por qué somos lo que somos, sino por tener la vida eterna que tú prometes con tu carne? ¿Por qué entonces la carne no sirve para nada?”⁵⁴⁷.

¿No son contradictorias estas dos afirmaciones: “Mi carne es verdadera comida” y: “La carne no sirve para nada?” ¿No se esperaría de la indulgencia y de la bondad de Cristo que él hiciera volver de su error y de su incredulidad a los incrédulos escandalizados de sus palabras, por la aclaración de sus palabras que “ilumina y da inteligencia a los ignorantes”; que los conduzca al “conocimiento de la verdad” y a la piedad de la fe?⁵⁴⁸. Entonces, ellos pensarían lo que hay que pensar de la carne de Cristo, lo que él mismo quiere que se crea, lo que nos es útil creer. Pero diríase que él quiere dejar en el error a estas gentes escandalizadas: “La carne no sirve para nada”. ¿Qué detractor del sacramento no se sentiría feliz al oír: “la carne no sirve para nada?” El incrédulo tomará ciertamente estas palabras como un argumento a su favor, y creará que ellas niegan la utilidad de tan grande sacramento.

Son verdaderas estas palabras que se han dicho de Cristo: “He aquí que es colocado para caída y levantamiento de muchos”⁵⁴⁹. Para unos, su doctrina es “olor de vida para vida”, para otros, “olor de muerte para muerte”⁵⁵⁰. Cristo, sabiendo a quiénes hablaba, dijo lo que convenía. Era preciso hablar así a gente que, después de los milagros y de las pruebas manifestadas de su divinidad, rehusaban creer en sus palabras. Ellos veían la carne de una manera carnal, no espiritualmente; seguían el sentido de la carne y la sabiduría de la carne. Ahora bien, el sentido carnal no sirve para nada. La carne misma, considerada sin respeto y carnalmente, como la que es cortada de un cadá-

542 Cita casi textual de S. Agustín, *In Johannis evang.* 27,1-2; PL 35, 1616; CCL 36, p.270.

543 S. AGUSTIN, *Ibid.* 3; PL 35,

1616; CCL 36, p.270-271.

544 Jn 3,13.

545 Cf. S. AGUSTIN, *Ibid.* 4; PL 35, 1617; CCL 36, p.271.

546 Jn 6,54.

547 S. AGUSTIN, *Ibid.* 27,5; PL 35, 1617; CCL 36, p.271-272.

548 Cf. Sal 118, 130 y Tito 1,1.

549 Lc 2,34.

550 II Cor 2,16.

ver o vendida en la carnicería, no sirve de nada a los que piensan así, es decir, a los incrédulos⁵⁵¹.

Pero antes de declarar: "La carne no sirve para nada", Jesús había comenzado por afirmar: "Es el espíritu el que vivifica". Una palabra para los buenos, otra para los malos. Porque el Espíritu de Dios, por la inteligencia espiritual, es decir, por la verdadera fe en Cristo y por la sabiduría espiritual, o sea, por el verdadero amor de Cristo, vivifica a los justos, les da el comprender espiritualmente, el vivir espiritualmente. A ellos van dirigidas estas palabras: "Es el espíritu el que vivifica", y las precedentes: "Mi carne es verdadera comida". Pero los que permanecen ajenos a la inteligencia espiritual, es decir, a la fe en Cristo, o los que, teniendo fe, están vacíos de sabiduría espiritual, esto es, de amor a Cristo, estos no son vivificados por el Espíritu de Dios y no comen espiritualmente la carne de Cristo que les haría vivir y permanecer en él y él en ellos⁵⁵². A ellos, pues, a quienes la carne no les sirve para nada, Cristo les dice: "La carne no sirve para nada". Estas sentencias al parecer contradictorias, afirman que la carne es útil e inútil, dicen que es útil a los espirituales, vivificados por el Espíritu de Cristo, pero que no sirve absolutamente de nada a los carnales que no son conducidos por el Espíritu de Dios⁵⁵³.

El Apóstol habla de la ley de la misma manera. En algunos pasajes, queriendo mostrar que la ley es, en un sentido, inútil o mala, dice: "La letra mata"⁵⁵⁴. Y también: "La ley origina la ira"⁵⁵⁵. Y: "La fuerza del pecado es la ley"⁵⁵⁶. Pero todo esto se dice a propósito de los malos, y contra los malos. En ellos, la concupiscencia se aprovecha de los mandamientos para crecer, y la transgresión de la ley entraña el desprecio de la ley. En efecto, la ley muestra al enemigo y lo excita, pero no

551 Cf. S. AGUSTIN, Ibid. 27,5; PL 35,1617; CCL 36, 272.

552 Cf. In 6,56; 15,4.

553 Cf. Rom 8,14.

554 II Cor 3,6.

555 Rom 4,15.

556 I Cor 15,56.

ayuda contra él; prohíbe la concupiscencia pero la atiza, agrava la transgresión y la castiga. En otra parte dice el mismo Apóstol: "La ley es santa y buena"⁵⁵⁷ y también: "La ley es espiritual"⁵⁵⁸. Esto para los buenos. Igualmente se habla de la fe o de la ciencia en buen o mal sentido, según que puedan ser útiles a unos y no a otros. Cristo afirma: "Quien cree en mí tiene la vida eterna"⁵⁵⁹. El Apóstol: "Aunque tuviera toda la fe de modo de transportar montañas, si no tengo caridad no soy nada"⁵⁶⁰. El profeta dice: "Enséñame la bondad, la disciplina y la ciencia"⁵⁶¹. Y el Apóstol: "La ciencia hincha pero la caridad edifica"⁵⁶².

Así como la fe o la ciencia sin la caridad, o la letra de la ley sin el espíritu, no sirven de nada, así también la carne sin el espíritu, es decir, sin la gracia de la fe y de la caridad no sirve de nada. Y así como el Apóstol dice: "La letra mata, pero el espíritu vivifica"⁵⁶³, así también Cristo dice: "Es el espíritu el que vivifica, la carne no sirve para nada". Y para mostrar cómo vivifica el espíritu añade: "Las palabras que os he dicho son espíritu y vida". "¿Qué significa: 'Son espíritu y vida'? Significa que hay que entenderlas espiritualmente. Si tú las entiendes espiritualmente, ellas son espíritu y vida; si tú las entiendes carnalmente, son también espíritu y vida, pero no para ti"⁵⁶⁴.

Ellas son "espíritu y vida", porque al dar la gracia espiritual, dan y conservan la vida por la cual se vive bien.

"Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que creían y quién era el que había de entregarle. Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí si no le es dado por mi Padre. Desde entonces muchos de

557 Cf. Rom 7,12.

558 Ibid. 14.

559 Jn 6,47.

560 I Cor 13,2.

561 Sal 118,66.

562 I Cor 8,1; citado en un contexto análogo por S. AGUSTIN, In

Johannis evang. 27,5; PL 35, 1617; CCL 36, p. 272.

563 II Cor 3,6.

564 S. AGUSTIN, Ibid. 6; PL 35, 1618; CCL 36, p. 273.

sus discípulos se retiraron, y ya no le seguían. Y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis irs vosotros también? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿A quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios"⁵⁶⁵.

La fe es un don del Padre.

Entre los discípulos de Cristo había algunos que creían, otros que no creían. Y entre los que no creían estaba Judas que habría de entregarlo. Cristo los conocía a todos, sabía quién creía, quién no creía, quién lo traicionaría, quién se apartaría de él. Antes de dejar ir a los que parten, muestra que la fe no es de todos; sólo la poseen aquellos a los que el Padre ha dado el venir a Cristo⁵⁶⁶. Ni la carne, ni la sangre, en efecto, pueden revelar el "misterio de la fe"⁵⁶⁷, sino el Padre que está en los cielos⁵⁶⁸. A unos les concede creer, a otros, no. ¿Por qué no a todos? Sólo él lo sabe. No nos da el saberlo; y en materia tan incomprensible, tan oculta a nuestros ojos, no podemos hacer otra cosa que admirar y exclamar: "¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e impenetrables sus caminos!"⁵⁶⁹.

Muchos de los discípulos no creyeron y se volvieron atrás, pero para ir tras Satanás, no tras Cristo. A Pedro, por haber aconsejado al Señor que no muriera le dijo el Señor: "¡Apártate de mí, Satanás! ¡Tú no tienes gusto por las cosas de Dios!"⁵⁷⁰. El Señor no lo rechazó para hacerle ir en pos de Satanás. Le llamó Satanás porque quería preceder al Señor, pero le hizo pasar detrás de él para evitarle ser Satanás. Pedro oyó que le decían: "¡Apártate de mí!" Pero de los Judíos está escrito: "Ellos volvieron atrás", aparentemente en pos de Satanás, como esas mujeres de las que dice el Apóstol: "Algunas

se han extraviado en pos de Satanás"⁵⁷¹. Muchos se fueron en pos de Satanás y no fueron con Cristo. Pero Judas permaneció para traicionar⁵⁷².

La fe de los Apóstoles.

Dijo Jesús a los Doce que quedaban: "Vosotros ¿también queréis irs?" Simón Pedro respondió: "Señor, ¿a quién iremos?". Si nos alejamos de ti, ¿dónde encontraremos la verdad y la vida? ¿Dónde encontraremos al autor de la vida, y semejante doctor de verdad? "Tú tienes palabras de vida eterna". Tus palabras, escuchadas con respeto y guardadas en el seno de la fe, dan la vida eterna. Tus palabras prometen la vida eterna por medio de tu cuerpo y de tu sangre; y nosotros, dando crédito a tus palabras "creemos y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios", es decir, que tú mismo eres la vida eterna, y que tú, en tu carne y en tu sangre, no das otra cosa que lo que tú eres. "Creemos, dice, y sabemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Lo que creemos y sabemos es que tú eres el Hijo de Dios; por consiguiente, tú posees palabras de vida eterna y todo lo que has dicho es verdadero. O bien: Todo lo que has dicho de tu carne que hay que comer y de tu sangre que hay que beber, creemos y sabemos que es verdadero, porque tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. No dijo: "Sabemos y creemos", sino "creemos y sabemos", lo que tal vez alude a ese conocimiento que consiste en la inteligencia que nace del progreso de la fe y del que está escrito: "Si no creyereis, no comprenderéis"⁵⁷³. La fe misma es un conocimiento, aún en aquellos que creen simplemente y no comprenden las razones de la fe. Pero el conocimiento que va hasta la inteligencia pertenece a los que "han ejercitado sus facultades"⁵⁷⁴ para

565 Jn 6,64-69.

566 Mt 19,11. Jn 6,44.

567 1 Tim 3,9.

568 Cf. Mt 16,17.

569 Rom 11,33.

570 Mt 16,23.

571 1 Tim 5,15.

572 Cf. S. AGUSTIN, Ibid. 7; PL 35,1618; CCL 36, p. 273.

573 Cf. Is. 7,9.

574 Heb 5,14.

conocer más plenamente las razones de la fe, y "están siempre prontos a responder a quien quiera que nos pida razón"⁵⁷⁵ de la fe y de la esperanza que están en nosotros.

El que estas palabras de Cristo hayan escandalizado a muchos de sus discípulos en su fe, habiendo edificado, por el contrario, a otros en el sentido de la fe, es, gracias a Dios, gran consolación para los que predicán la palabra de Dios, si sucede que los oyentes incrédulos se escandalizan de sus palabras y se van en pos de Satanás. Es necesario, no obstante, prestar gran atención y sembrar siempre con temor la palabra de Dios.

Aquí, fin del comentario de los textos del Evangelio.

Para comentar estas palabras de Cristo tomadas del Evangelio de San Juan, hemos seguido a nuestro Padre Agustín, citando a veces su texto literalmente cuando nos pareció conveniente no dejar de lado frases explicadas por él, o cuando nos pareció que no debían ser explicadas más extensa o más brevemente.

Capítulo Cuarto

LA EUCARISTIA EN SAN PABLO

Después de haber estudiado lo mejor posible los testimonios de los cuatro Evangelios, para fortalecer la fe en este inefable sacramento, examinemos ahora las referencias que de él se dan en el Apóstol Pablo. De este modo nuestra confesión de fe, apoyada por una parte en la doctrina del Apóstol y por otra en la del Evangelio, será como un edificio bien asentado, sólido e inmovible. Y ninguna tempestad, ningún asalto de preguntas curiosas podrá hacerlo vacilar sobre sus cimientos.

⁵⁷⁵ I Pe 3,15.

1. I Corintios 5, 1-8.

Pureza exigida para acercarse al sacramento del altar.

"Comer sin lavarse las manos, no mancha al hombre"⁵⁷⁶. Esto es verdadero cuando se trata del alimento que no puede purificar al hombre, y de esas manos que, sin falta moral, deben ser nuevamente lavadas cada día, incluso si se las lava todos los días. Pero acercarse a la mesa del Señor y la carne del Cordero inmaculado sin haberse lavado las manos no es conveniente ni está permitido, y extremadamente peligroso: "Lavaré mis manos entre los inocentes, dice el justo, y me acercaré a tu altar, Señor"⁵⁷⁷. Aborrecer las propias faltas, realizar buenas obras, he aquí la verdadera pureza de las manos.

Pero aquél que tiene las manos limpias debe cuidar no tocar nada impuro porque "aquél que tocara un objeto impuro, quedará impuro"⁵⁷⁸ y "quien toca la pez, se mancha"⁵⁷⁹. Aquél que no sienta sobre sí el peso de la culpabilidad propia, considere si no se ha manchado consintiendo en el pecado de otro. Así, el Apóstol, intruyendo a Timoteo le dice: "No te hagas partícipe de los pecados ajenos; consérvate puro"⁵⁸⁰. Y cuando escribe a los Corintios les reprocha no arrojar de en medio de ellos al fornicador público, como si tolerándolo, se hiciesen cómplices del delito: "Se oye hablar de que hay inmoralidad entre vosotros, y una inmoralidad tal que no se da ni entre los gentiles, hasta el punto de que uno de vosotros vive con la mujer de su padre; y vosotros andáis tan hinchados y no habéis hecho más bien duelo para que fuera echado de entre vosotros el autor de semejante acción"⁵⁸¹, y un poco más adelante: ¡"No es como para gloriarnos! ¿No sabéis que un poco de levadura fer-

⁵⁷⁶ Mt 15,20.

⁵⁷⁷ Sal 25,6.

⁵⁷⁸ Lev 22, 4-5.

⁵⁷⁹ Eclo 13,1.

⁵⁸⁰ I Tim 5,22.

⁵⁸¹ I Cor 5,1-2.

menta toda la masa? Purificaos de la vieja levadura"⁵⁸². Aun cuando, por otra parte, esos hombres parezcan buenos, San Pablo dice que no tiene motivo para gloriarse —de su vida, de su reputación o de su conciencia— porque esa falsa paciencia que consiente en el crimen de otro corrompe todo lo demás y el ejemplo de uno solo puede ser una ruina para muchos.

Queriendo pues apartarlos de esa falta, entre varias maneras de inspirarles temor, elige un ejemplo extraído de la ley de Moisés, para excitarlos a la reverencia que conviene hacia la víctima pascual. De tal manera, si consideran la dignidad de un sacramento tan grande, se estremecerán con la idea de acercarse a él indignamente, y de soportar entre ellos a un indigno. En efecto, ¿qué hay de más terrible para un pecador que se acerca a la mesa del Señor, y que tiene verdadera fe en este sacramento, que el tener conciencia de cuán impuro, cuán digno de cólera es aquél que se acerca y cuán santo, inmaculado⁵⁸³ y justo aquél a quien se acerca? Por eso, presentándoles la muerte de Cristo y la inmolación del Cordero, los exhorta a expurgar la vieja levadura y a celebrar la fiesta "con ácidos de pureza y de verdad"; descubre así lo que estaba oculto en la ley e ilumina lo que en ella estaba esbozado en figuras.

"Purificaos de la vieja levadura para ser masa nueva, pues sois ácidos. Porque nuestra pascua, Cristo, ha sido inmolado. Así que celebremos la fiesta, no con vieja levadura, ni con levadura de malicia y perversidad, sino con ácidos de pureza y verdad"⁵⁸⁴.

En el Exodo se prescribe a los hijos de Israel inmolarse un cordero y comer su carne asada al fuego "con panes ácidos y lechuga silvestres"⁵⁸⁵. Y he aquí lo que está escrito respecto a los ácidos: "Comeréis panes ácidos en el mes primero desde la tarde del día catorce del mes hasta la tar-

de del día veintiuno de ese mismo mes. No habrá levadura en vuestras casas por espacio de siete días; todo aquél que coma algo fermentado, será exterminado de la comunidad de Israel"⁵⁸⁶. Y más adelante: "Tomó, pues, el pueblo la masa antes de que fermentara y, envolviéndola en los mantos, la cargó a hombros"⁵⁸⁷. Y más adelante: "Hicieron panes ácidos cocinados al rescoldo. Ellos no podían hacerlos levantar porque los Egipcios los forzaban a partir y no les daban tregua alguna"⁵⁸⁸.

Los hijos de Israel no pudieron hacer fermentar su pan, tanto por la autoridad del mandato divino como por la premura del tiempo. Pero las circunstancias de tiempo estaban al servicio de las decisiones divinas: lo que Dios no quería que se hiciese, no permitía que se hiciera. Cuando se preparaban a salir de Egipto, recibieron orden de abstenerse de fermento: el Señor lo ordena y el egipcio los apremia, a tal punto que no pudieron desobedecer, aunque lo hubiesen querido. Pero una vez salidos de Egipto, se les prescribe la misma abstinencia para la comida del cordero: entonces ya no obedecen bajo la presión de las circunstancias, sino por libre voluntad.

Así ocurre a menudo que, cuando se abandona el reino del pecado y de la vida frívola del mundo, la abstinencia del pecado impuesta por Dios, ya no se observa por la presión de las circunstancias; sino que a la larga se hace completamente voluntario lo que al comienzo pudo ser impuesto. El pecado es "la vieja levadura" de la que hay que abstenerse a lo largo de los siete días. Por esa levadura toda la masa ha sido corrompida, en Adán y sus descendientes. De ahí el epíteto de "vieja"; procede del hombre viejo. Muy diferente es la levadura de justicia de la que está escrito: "El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mu-

582 Ibid. 6-7.
583 Cf. Heb 7,26.

584 I Cor 5,7-8.
585 Ex 12,8.

586 Ibid. 18-19.
587 Ibid. 34.

588 Ibid. 39.

jer toma y esconde en tres medidas de harina"⁵⁸⁹. La vieja levadura corrompe e hincha, se opone a la masa nueva.

Esta masa nueva se compone de harina aglutinada por el agua, sin fermento. Lo mismo que el ácimo. La "masa nueva" o el pan ácimo es Cristo, inmune de toda corrupción de pecado. En cuanto a nosotros, si somos quebrantados por el temor y la humildad, mojados por las aguas del bautismo o de la penitencia, impregnados por la gracia celestial, aglutinados por la caridad, a fin de que la multitud inestable de las concupiscencias vanas no nos divida, somos entonces "masa nueva" y ácidos. Purificados de la vieja levadura, habiendo abandonado la vida corrompida, recibimos con los Corintios la advertencia de ser una "masa nueva", es decir, de permanecer sin levadura, puesto que la gracia ha hecho de nosotros ácidos, es decir, nos ha liberado del pecado; o bien de ser una "masa nueva" practicando la justicia, caminando en una "vida nueva"⁵⁹⁰ ya que hemos sido liberados de la vieja vida corrompida. Si, en efecto, la ley ordenaba abstenerse de levadura para comer el cordero pascual que era sólo una figura, cuánto más es necesario abstenerse espiritualmente de levadura.

"Pues Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado". La palabra "pascua" designa a la vez la fiesta y la víctima inmolada para la fiesta: una y otra significaban a Cristo. Porque Él es a la vez nuestra fiesta, nuestro gozo, nuestro día de alegría y de exultación⁵⁹¹ y nuestra víctima ofrecida por nosotros, preparada por Dios para que la comamos.

"Comamos pues esta comida". Si somos masa nueva y panes ácidos, ¿cómo pueden decirnos o cómo podemos decir nosotros: "Comamos esta comida", sino porque somos a la vez festín y convidados? Debemos alimentarnos de Cristo, que es para nosotros el pan, y Él también se alimenta de

nosotros: está escrito de Él "que se apacienta entre los lirios"⁵⁹². Y él mismo dice en el Apocalipsis: "Estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo"⁵⁹³. ¡Hagamos fiesta en presencia de Dios, disfrutemos de nuestro gozo!⁵⁹⁴.

"No con el viejo fermento, ni con fermento de malicia y perversidad", porque es inocente el Cordero que borra los pecados del mundo⁵⁹⁵. La malicia y la perversidad pueden distinguirse una de otra, si, por ejemplo, se entiende la primera como el pecado contra Dios y la segunda como el pecado contra el prójimo. Pero de cualquier manera que se las distinga, debemos huir de todo pecado que es malicia o perversidad y abrazar una vida pura, a fin de poder festejar con "ácidos de pureza" —guárdándonos puros de todo pecado— y de "verdad" —haciendo el bien sin engaño ni fingimiento.

2. I Corintios, 10, 1-4.

"Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo".⁵⁹⁶

Las figuras y su realización en Cristo.

"Las promesas fueron dichas a Abraham"⁵⁹⁷, dichas y no inmediatamente mostradas, porque la realización fue diferida largo tiempo. Pero la fe en esas promesas se fortaleció durante la espera por numerosos signos y prodigios que Dios hizo para mostrar su poder⁵⁹⁸ y para que se lo creyese capaz de hacer lo que había prometido. Ahora bien, en los signos manifestados a los antiguos Padres, Dios anunció el efecto de

⁵⁹² Cant 2,16.

⁵⁹³ Ap 3,20.

⁵⁹⁴ Cf. Sal 67,4.

⁵⁹⁵ Cf. Jn 1,29.

⁵⁹⁶ I Cor 10, 1-4.

⁵⁹⁷ Gal 3,16.

⁵⁹⁸ Cf. Sal 105,8.

⁵⁸⁹ Mt. 13,33.

⁵⁹⁰ Rom 6,4.

⁵⁹¹ Sal 44,16; 117,24.

sus obras⁵⁹⁹, de aquellas que Él había de hacer "en otra generación"⁶⁰⁰. Antes del cumplimiento de las promesas, hizo cosas semejantes a aquellas que haría cuando se cumplirían; semejantes, digo, no idénticas, sino análogas: aptas para significar y mostrar por adelantado, por una semejanza figurativa, el fruto y el fin de las promesas.

Había muchas promesas y sólo había una: muchas en una sola y una sola en muchas. Porque Cristo es por sí solo el fin de las promesas, el deseo y la esperanza de todos los justos, él, de quien se esperaba que libraría a su pueblo de todo mal, como de la mano del enemigo y le daría la bendición y la salvación. Es lo que expresa Zacarías: "Dijo por boca de los santos profetas de antaño que nos libraría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian. El hará misericordia a nuestros padres. Se acordará de su santa alianza, del juramento que juró a nuestro padre Abraham a fin de que libres del temor de nuestros enemigos le sirvamos en santidad y justicia todos nuestros días"⁶⁰¹. El fruto de las promesas es la gracia dada en el bautismo, es también la gracia dada en el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. En el bautismo se encuentra la remisión de los pecados, en el sacramento del altar una preparación salutífera para llegar a la vida eterna. Allá revestimos a Cristo, aquí lo comemos. Son éstos los primeros frutos que debemos recoger por un tiempo, hasta que "lo que es imperfecto" se torne inútil y llegue lo que "es perfecto"⁶⁰², el día en que veremos al Dios de los dioses en Sión⁶⁰³.

Pero Cristo es a la vez el objeto y el autor de la promesa. Cuando por fin vino, como otrora lo había prometido con el Padre, instituyó dos sacramentos: el agua del bautismo y el sacramento de su cuerpo, para santificarnos por ellos y, una vez santificados, hacernos bienaventurados.

599 Cf. Sal 110,6

600 Sal 77,4.

601 Lc 1,70-75.

602 1 Cor 13,10.

603 Cf. Sal 83,8.

Signos de esos sacramentos fueron dados antaño en el mar y el maná. Antaño la figura, hoy la verdad. Tal es lo que considera el Apóstol cuando dice: "Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube".

"Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube".

La nube representa la economía figurativa del Antiguo Testamento.

Se lee en el Éxodo: "Habiendo partido de Sucot, los hijos de Israel acamparon en Etam, en la extremidad del desierto. Y el Señor marchaba delante de ellos para mostrarles el camino, de día en forma de una columna de nube, de noche en forma de columna de fuego, para ser su guía en todo tiempo. Jamás faltó la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego durante la noche, delante del pueblo"⁶⁰⁴. Y más adelante: "Entonces el Ángel de Dios que precedía a los israelitas, se colocó detrás de ellos; y al mismo tiempo la columna de nube, dejando la vanguardia del pueblo, se puso también detrás; se mantenía entre los Egipcios y los Israelitas. Y la nube era por una parte tenebrosa y por otra iluminaba la noche, de manera que los dos ejércitos no podían acercarse"⁶⁰⁵.

Históricamente, por cierto, todos los que salieron de Egipto estuvieron bajo la nube, porque jamás faltó durante el día la columna de nube. Pero, en sentido espiritual, todos los justos de antaño estuvieron bajo la nube. La nube es la oscuridad de las figuras, la nube es Cristo o el Espíritu Santo que protegen y cubren con su sombra. La nube es también Cristo como aún oculto y no revelado aún abiertamente. Es también la fe, envuelta en los misterios figurativos, suspendida en la espera del porvenir.

Pero si estuvieron bajo la nube todos aquellos que comprendieron espiritualmente y con fe las maravillas prometidas

604 Ex. 13,20-22.

605 Ex 14, 19-20.

y las maravillas dadas como signo —aquellos de los que dice la Escritura: “Los alimentó en la inocencia de su corazón; les concedió comprender las obras de sus manos”⁶⁰⁶— cuánto más aún estuvieron bajo la nube —esta vez la nube de la ceguera y de la ignorancia— aquellos de los que está escrito: “nuestros padres en Egipto no comprendieron tus maravillas”⁶⁰⁷, y: “Olvidaron a Dios su Salvador, que hizo prodigios en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, obras terribles en el mar Rojo”. Y también: “No creyeron en sus palabras”⁶⁰⁸.

Por lo tanto, algunos comprendieron y otros no comprendieron las obras y las palabras de Dios, unos creyeron en ellas y otros no las creyeron. Pero los signos realizados por Dios eran como palabras, según está escrito: “Envío en medio de ellos las palabras de sus signos”⁶⁰⁹. Los que comprendieron espiritualmente y los que no comprendieron espiritualmente el significado de las palabras y de los signos, estuvieron, unos y otros, bajo la nube. Porque la única nube que “se mantenía entre le ejército de los Egipcios y el ejército de Israel” era “por una parte tenebrosa y por otra iluminaba la noche”⁶¹⁰. Cristo, en efecto, ciega a unos por un justo juicio e ilumina a otros por misericordia. Para unos es “piedra de tropiezo y piedra de escándalo” para otros es “piedra angular”. Para unos es Dios e Hijo de Dios, para otros es “un hombre pecador”⁶¹¹ “incluido entre los que bajan al sepulcro”⁶¹².

“Todos pasaron el mar”.

El paso del mar figura el bautismo y la vida de los justos.

Históricamente, “los hijos de Israel marcharon a pie enjuto en medio del mar”⁶¹³ y “el agua cubrió a sus adversarios; nin-

guno de ellos escapó”⁶¹⁴. Es una figura del bautismo, en el que el Faraón espiritual es sumergido con toda su caballería⁶¹⁵. Numerosos pasajes de la Escritura muestran que ese sentido espiritual fue conocido por los antiguos padres. Porque en el Cantar de los Cantares, el esposo, hablando a la esposa le dice: “Te comparo, amiga mía, al tiro del carro del Faraón”⁶¹⁶. Y el Señor dice en Ezequiel: “Derramaré sobre vosotros agua pura y seréis purificados de todas vuestras manchas”⁶¹⁷. Está escrito en el mismo profeta: “Las aguas bajaban del costado derecho del templo, en medio del altar”⁶¹⁸. Y más adelante “Todo ser viviente que se mueva, doquiera que entre el torrente, vivirá”⁶¹⁹. Y en Miqueas: “El borraré nuestras injusticias y arrojará todos nuestros pecados al fondo del mar”⁶²⁰. En Zacarías: “Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, a fin de purificar al pecador y a la mujer manchada”⁶²¹. Y más adelante: “En aquel día, brotarán aguas vivas de Jerusalén, la mitad hacia el mar de Oriente y la mitad hacia el mar de Occidente”⁶²².

Si se busca un sentido moral en las palabras del Apóstol citadas más arriba, mira y considera cómo todos los justos, desde los días antiguos, estuvieron protegidos bajo la nube de la divina misericordia, y cómo pasaron el mar, es decir este mundo tan turbulento, tan fluctuante, donde todos aquellos que viven a la manera de los egipcios, en el abismo de los vicios y entre las concupiscencias falaces, son envueltos en las olas de una vida licenciosa. Los justos, por el contrario, pasan a pie enjuto por un camino sin mancha, entre las diversas tentaciones que están a su derecha y a su izquierda.

614 Sal 105,11.

615 Cf. S. BERNARDO, *Super Cantica*, 39, 1-2; PL 183, 977-978; SBO (= S. Bernardi opera, ed. J. Leclercq, H.M. Rochais, C.H. Talbot, Rome, 1957 s.), I, p. 18-19.

616 Cant 1,8.

617 Ez 36,25.

618 Ez 47,1.

619 Ibid. 9.

620 Miq 7,19.

621 Zac 13,1.

622 Zac 14,8.

606 Sal 77,72.

607 Sal 105,7.

608 Ibid. 21,24.

609 Sal 104,27.

610 Ex 14,20.

611 Jn 9,24.

612 Sal 87,5.

613 Ex 15,19.

"Todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar".

Los justos del A. T. fueron purificados por la fe en el Dios único y en el Salvador que habría de venir.

Fueron bautizados porque fueron purificados. Dios "purificó sus corazones por la fe"⁶²³. En las maravillas que hizo por Moisés y en derredor suyo, en los prodigios de la nube y del mar, lo que quería era purificarlos de los errores y supersticiones egipcias y hacerlos creer en el verdadero Dios que había enviado a Moisés y que es el "Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"⁶²⁴. Lo que quería por medio de todas esas maravillas es que ellos se fortalecieran en la fe en un solo verdadero Dios, para creer y esperar sin la menor duda a aquél que vendría un día y daría bendición y salvación según la fe a las promesas hechas a Abraham y a su descendencia⁶²⁵.

En todos esos beneficios concedidos a los antiguos padres, Dios "se acordó de la alianza que había hecho con Abraham su servidor"⁶²⁶, de modo que ellos mismos debían, acordándose de esa misma alianza, proclamar el "recuerdo de su santidad"⁶²⁷, recibiendo de los beneficios concedidos un consuelo inmediato, debían también ver en ellos el signo de la bendición prometida. Un largo intervalo, sin tener entre tanto ninguna consolación, hubiese hecho desesperar de la promesa; mientras que mostrar frecuentemente prodigios, consolar mediante numerosos beneficios, era recordar la promesa, mostrar por adelantado el porvenir.

Así Moisés, salvador, guía y legislador de su pueblo, mostraba por adelantado lo que sería Cristo — "nuestro juez, nuestro legislador, nuestro rey"⁶²⁸. La nube misma figuraba a Cristo, velado en la fe, oculto en la ley, los profetas y los

salmos y que tomaría el velo de la carne. Por último, está escrito: "Invocaban al Señor y Él los escuchaba. En la columna de nube les hablaba"⁶²⁹. Ahora bien, esto sucedía en figura⁶³⁰. El Apóstol arroja luz sobre esas realidades cuando dice: "Muchas veces y de muchas maneras habló antaño Dios a nuestros padres por medio de los profetas. Pero en estos últimos tiempos nos habló por su Hijo"⁶³¹.

El mar, como hemos dicho, figuraba el bautismo: ese bautismo al cual pertenece de una manera única y a título principal el nombre de bautismo, y del cual dice el Apóstol: "Un solo bautismo"⁶³². Porque entre los judíos había diversos bautismos, según los diversos géneros de purificaciones, conforme lo sugiere el Apóstol cuando dice: "...en la comida y la bebida y los diversos bautismos"⁶³³.

Los Israelitas fueron pues "bautizados en Moisés" y nosotros, "en Cristo"⁶³⁴. Pero ellos no fueron bautizados en Moisés de la misma manera que nosotros lo somos en Cristo. "Moisés, servidor de Dios"⁶³⁵, enviado por Dios, según lo decía él mismo, anunció al pueblo las palabras de Dios. De sus palabras, que eran también las de Dios, dieron fe "los prodigios que lo acompañaban"⁶³⁶. Pero esos signos, manifestados por "la mano de Moisés"⁶³⁷ fueron producidos por el poder de Dios, no por el de Moisés. Por medio de ellos, la fe nació o creció en aquellos que creyeron y que, purificados por la fe, agradaron a Dios. Por lo tanto, esos hombres fueron ayudados a creer por el misterio y el ejemplo de Moisés, pero el autor de esa fe que concibieron bajo el impacto y la emoción de los prodigios, no fue Moisés sino Dios; Dios, en quien creyeron y a quien agradaron creyendo. Teniendo fe en un solo verdadero Dios, que se llamaba "el Dios de Abraham, el Dios

⁶²³ Act 15,9.
⁶²⁴ Ex 3,6.
⁶²⁵ Cf. Lc 1,55.

⁶²⁶ Sal 104, 8.42.
⁶²⁷ Sal 29,5.
⁶²⁸ Is 33,22.

⁶²⁹ Sal 98, 6-7.
⁶³⁰ Cf. I Cor 10,11.
⁶³¹ Heb 1,1.
⁶³² Ef 4,5.
⁶³³ Heb 9,10.

⁶³⁴ Rom 6,3.
⁶³⁵ II Par 1,3.
⁶³⁶ Mc 16,20.
⁶³⁷ Sal 76,21.

de Isaac y el Dios de Jacob⁶³⁸ y que les había enviado a Moisés; teniendo fe en el Salvador que debía venir según la promesa hecha a Abraham, a Isaac y a Jacob y siguiendo el ejemplo de la fe de esos Padres, fueron bautizados no por Moisés, sino en Moisés. Fueron bautizados por aquél que los purificó y purificados por aquel que les inspiró de un modo divino el creer; bautizados pues espiritualmente, no lavados en lo exterior, sino santificados en lo interior. Tuvieron así el bautismo espiritual, tal como nosotros tenemos la circuncisión espiritual. Fué pues por la virtud y la gracia de Cristo por lo que fueron bautizados, igual que nosotros, puesto que es por la fe en Cristo, fe de la cual El mismo es el autor y consumidor⁶³⁹, por lo que ellos fueron santificados de la misma manera que nosotros. Cristo los justificaba entonces por la fe, así como lo hace hoy con nosotros. No vayáis a creer que entonces no existía aquél que ha dicho: "Antes que Abraham existiese, yo soy"⁶⁴⁰. Y el Apóstol, hablando de Moisés: dice: "Él estimó que la humillación de Cristo era un tesoro más grande que las riquezas de Egipto"⁶⁴¹.

Mientras que por mano de Moisés se obraron "prodigios, maravillas y obras temibles"⁶⁴² capaces de hacer nacer la fe o de fortalecerla para la santificación de los fieles, ¿cómo es que el Apóstol sólo habla de los milagros que se hicieron en la nube y en el mar, y calla los de las diez plagas enviadas a Faraón y a Egipto? Quizá en las palabras: "en Moisés", haya querido significar todas las otras cosas que no ha dicho. Pero ha debido tener por cierto alguna razón para nombrar la nube y el mar. Tal vez mencionó la nube porque es un signo de benevolencia. Porque el agua trocada en sangre, las ranas, los mosquitos y todas las demás plagas, indican más bien la cólera. Mientras que la nube, que protege y disimula, ya sea precediendo, ya sea siguiendo a los hijos de Israel,

638 Ex 3,6.

639 Cf. Heb 12,2.

640 Jn 8,58.

641 Heb 11,26.

642 Sal 105,22.

mostraba que ellos estaban protegidos y rodeados por la benevolencia divina y figuraba a Cristo, nuestro protector. En cuanto al mar, el Apóstol lo menciona porque es, como lo hemos dicho, la figura del bautismo.

"Todos comieron el mismo alimento espiritual".

Los justos del A. T. comieron espiritualmente a Cristo por la fe.

El maná visible puede, hasta cierto punto, ser llamado alimento espiritual, porque ha sido preparado no por industria y trabajo de los hombres sino por Dios, sirviéndose quizá de los ángeles. Por eso se lo llama también pan de los ángeles y pan del cielo, como está escrito: "El hombre comió pan de ángeles" y también: "Les dió pan del cielo"⁶⁴³. Sin embargo, este alimento procedente del cielo, que nutría y fortalecía los cuerpos, es en realidad un alimento corporal. Se lo puede llamar espiritual por la razón que acabamos de mencionar, o también porque significa el alimento espiritual, es decir, Cristo, que es, en verdad, el alimento de los espíritus y la resurrección de los cuerpos.

Es el alimento de los espíritus porque es su vida. Los justos que viven espiritualmente, son alimentados y sostenidos espiritualmente por lo que les da el vivir espiritualmente. Ahora bien, "el justo vive de la fe"⁶⁴⁴ en cuanto que vive en la justicia. Por lo tanto, le fe comunica aquello por lo cual los justos viven espiritualmente y según la justicia. Comer a Cristo es recibir de él el sostén de la vida espiritual, es creer en él, es vivir de él del mismo modo que se vive por él y en él.

Pero este alimento espiritual se come de dos maneras: gustándolo por la fe o recibiendo el sacramento. Uno de estos dos modos comienza con la institución del nuevo sacrificio, el otro desde el comienzo de nuestra fe. Todos los justos han comido este alimento espiritual, porque han creído en Cristo,

643 Sal 77, 25.24.

644 Rom 1,17.

han vivido espiritualmente y han recibido de él el vivir espiritualmente. Muchos comieron el maná visible "y murieron"⁶⁴⁵ de muerte espiritual, porque no vivieron espiritualmente; y muchos no comieron el maná visible y sin embargo vivieron espiritualmente; de donde se puede concluir que ellos comieron el alimento espiritual.

Ahora bien, el maná sólo era el signo visible del sacramento del altar, del alimento espiritual que se contiene en él. Nuestro sacramento contiene bajo una apariencia visible el alimento espiritual que es Cristo; y tiene el poder de dar a los que lo reciben la gracia espiritual que hace vivir espiritualmente. El maná visible no contenía plenamente en sí la gracia espiritual, y no podía dar la gracia de la vida espiritual; sino que sólo significaba el alimento espiritual que podía dar la vida espiritual.

Los que recibieron el maná visible y no creyeron, no comprendieron espiritualmente y en consecuencia, tampoco vivieron espiritualmente; comieron un alimento corporal y encontraron en él la vida corporal, no la espiritual. Pero los que tuvieron la misma fe que nosotros y creyeron en el maná espiritual, es decir, en el pan del cielo y el pan de los ángeles, o sea Cristo que debía venir, fueron justificados por esa fe y vivieron espiritualmente. Comieron el mismo alimento espiritual que nosotros. Sin embargo nosotros recibimos juntamente con el corazón y con la boca el maná visible y creyeron de corazón en el maná invisible y espiritual que es Cristo. Con la boca nosotros hemos recibido una cosa y ellos otra, pero con el corazón recibimos lo mismo unos y otros. Este alimento espiritual, Cristo, es el pan del cielo y el pan de los ángeles. El ángel come este pan en el cielo, según una manera aún desconocida por nosotros, y que aún no hemos experimentado⁶⁴⁶; el hombre, peregrino en la tierra, come el mismo pan

645 Jn 6,49.

646 Cf. S. BERNARDO, *Super Cantica* 53,5-6; PL 183, 1035-1036; SBDO 2, p.98-99; ID., In Adv.

1,11; PL 183,40 C; S. AGUSTIN, *Enarr. in Ps.* 134,5; PL 37,1742; CCL 40, p.1941.

según su pequeña medida, según está escrito: "El hombre comió pan de ángeles"⁶⁴⁷.

"Y todos bebieron la misma bebida espiritual"

El Espíritu Santo, bebida espiritual.

Así como el maná enviado del cielo significa el alimento espiritual del que se alimentan todos los santos para vivir espiritualmente, "como conviene a los santos"⁶⁴⁸, así el agua que brotó de la roca significa la bebida espiritual de la que beben todos aquellos que participan de la gracia espiritual. "Y la roca era Cristo". Sabemos pues por la interpretación del Apóstol lo que significa esa piedra de la que brotó agua. Busquemos, de acuerdo a las palabras del mismo Señor y también de las del Apóstol, cuál es esa agua espiritual que brotó de Cristo como de una fuente de vida, y cuál es esa bebida espiritual de la que aún bebemos todos los que creemos en Cristo.

Cristo dijo: "El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva brotarán de su seno. Dijo esto del Espíritu que debían recibir los que creyeran en él"⁶⁴⁹. Y el Apóstol: "Todos nosotros hemos bebido de un mismo Espíritu"⁶⁵⁰. He aquí el agua que brotó de la piedra, he aquí la bebida espiritual que bebieron todos los justos. Ella sacia la sed ardiente, es el don de ese Espíritu que colma con gozo el deseo de los santos. Porque el Espíritu es consolador y devuelve la alegría a los corazones afligidos. Todos los santos se han regocijado en este espíritu, todos han recibido este Espíritu. Así pues "todos bebieron la misma bebida espiritual".

"Bebían, en efecto, de spiritali".

El Apóstol comenzó por hablar de la "bebida espiritual". Más abajo hablará "de la roca que los seguía", y entremedio coloca: "Ellos debían **de spiritali**". Por tanto uno puede pre-

647 Sal 77,25.

648 Ef 5,3.

649 Jn 7,38.

650 I Cor 12,13.

guntarse si **de espiritual** se aplica a la bebida espiritual o a la roca espiritual.

Pero si uno quiere referirlo a la bebida, no se ve bien la diferencia entre "ellos bebían de la bebida espiritual" y "ellos bebieron la bebida espiritual". Si beber la bebida espiritual dice más que beber de la bebida espiritual, ¿qué necesidad hay de añadir lo menos después de lo más? Y si es lo mismo, ¿para qué repetirlo?

La repetición tiene a veces por finalidad añadir algo. Si la repetición se hizo aquí por esta causa, el ligero cambio en las palabras no tiene mayor alcance; es posible no tener en cuenta el cambio de palabras como si dijera: "Ellos bebieron la bebida espiritual; ellos, en efecto, bebían de la bebida espiritual porque la roca los seguía". La adición tendría por finalidad señalar de dónde manaba la bebida espiritual que ellos bebían.

Pero si se prefiere referir esas palabras a la roca, la frase significa que ellos bebían de la roca espiritual que los seguía —como se dice que alguien bebe de una cisterna o de una viña cuando bebe el agua de esa cisterna o el vino de esa viña. La roca espiritual es Cristo. La bebida espiritual es el Espíritu Santo que procede de Cristo y es dado por Cristo a los que creen en él, según la distribución de las diversas gracias⁶⁵¹.

El "cáliz" de Cristo.

Se puede también ver en la bebida espiritual el cáliz de Cristo. El cáliz de Cristo puede entenderse de tres maneras: la sangre misma de Cristo derramada por nosotros y que bebemos en el altar; la pasión de Cristo que nos obliga a sufrir con él; y la imitación de esa pasión por la cual devolvemos a aquél que ha sufrido por nosotros una retribución a nuestra medida

y una acción de gracias, sufriendo con él. Bebieron pues la bebida espiritual no sólo los que, al recibir el sacramento bebieron la sangre de Cristo, sino todos los justos que desde los días antiguos tuvieron fe en la pasión de Cristo, vivieron espiritualmente en esa fe "mortificando su carne con sus vicios y sus concupiscencias"⁶⁵² y llevando la semejanza de la pasión de Cristo en la paciencia con la cual sufrían sus tribulaciones. Porque no es justo aquél que no sufre.

"La roca los seguía".

En sentido histórico la roca los seguía, es decir, satisfacía y obedecía a la voluntad de ellos. Algunos piensan, en efecto, que dondequiera que iban los seguían aguas abundantes según está escrito: "Sacó agua de la roca y condujo las aguas como ríos"⁶⁵³. Y también: "Hendió la roca y brotaron las aguas, y los ríos tomaron el camino del desierto"⁶⁵⁴.

Se puede entender aún de otra manera: después de la muerte de María, cuando el agua faltó en el desierto de Sin, en el lugar llamado Cades "el pueblo murmuró contra Moisés"⁶⁵⁵. Esa murmuración fue tan grande que el mismo Moisés parece haber vacilado un poco. De ahí que, cuando hubo golpeado dos veces la roca y brotó un torrente de agua, oyó estas palabras del Señor: "Puesto que no habéis creído en mí, para manifestar mi santidad ante los hijos de Israel, no introduciréis este pueblo en la tierra que le daré"⁶⁵⁶. El pueblo, en su rebelión, se había separado así del culto del Señor y poco faltaba para que huyese lejos del Señor su Dios. El prodigio estaba destinado a retener a esos hombres, a retenerlos como se retiene a fugitivos. "La roca los seguía" para impedirles que se fueran; en cierto modo ella los llamaba para que volviesen.

⁶⁵¹ Cf. I Cor 12,4.

⁶⁵² Gál 5,24.

⁶⁵³ Sal 77,16.

⁶⁵⁴ Sal 104,41.

⁶⁵⁵ Ex 15,24.

⁶⁵⁶ Núm 20,11-12.

En sentido místico, Cristo nos acompaña en el desierto de este mundo, y no abandona a los que esperan en él⁶⁵⁷.

"Y la roca era Cristo".

Dos grados en el conocimiento de los misterios.

A menudo el signo es llamado con el nombre de la cosa significada. La roca era Cristo; no lo era en sustancia, pero significaba a Cristo.

En las maravillas realizadas por Dios ante los justos de antaño, había un signo de la verdad que habría de venir. Ese signo era revelado a los grandes y a los perfectos y sin duda oculto a los simples. Pero todos los que tenían la piedad de la fe veneraron los signos divinos como algo santo; emocionados y estupefactos por la novedad de esas maravillas, fueron afianzados en el temor y el amor de Dios y en el fervor de su fe. Muchos podían ignorar con simplicidad lo que significaba el maná, la nube, el mar, la roca, y eso no perjudicaba la piedad de la fe, desde el momento que creían piadosamente, según lo exigía la medida de la gracia de ese tiempo, lo que se relacionaba con la fe en un solo Dios y en un Salvador que habría de venir. No se exigía a todos la inteligencia del símbolo místico, pero la piedad de la fe les era tenida en cuenta como justicia⁶⁵⁸ y la ignorancia de un Dios único y del Salvador del mundo era tenida en cuenta a los que no creían. A este respecto está escrito de algunos incrédulos: "El fuego se encendió contra Jacob, la cólera subió contra Israel porque no creían en Dios y no esperaban su salvación"⁶⁵⁹. Ahora bien, creer en Dios y esperar ser salvados por Cristo, su salvación, era necesario para la salvación de los hombres de ese tiempo, como lo es hoy para nosotros. Pero los perfectos recibían el conocimiento del significado de los prodigios por una inspiración interior; los simples tenían que

venerar esos prodigios reconociendo en ellos el poder de Dios que realiza lo que quiere y como lo quiere.

Aún ahora ¿cuántos son los que en la Iglesia de Dios no conocen el significado de los prodigios de entonces ni de los sacramentos de hoy? Adhieren con simplicidad a la fe de la Iglesia, no tienen ningún pensamiento impío respecto a Dios, pero lo reverencian en los sacramentos instituidos por él, sabiendo simplemente que éstos contienen una fuerza divina y una gracia de santificación para servir a la salvación de los que creen en Dios.

No es pues necesario que todos los fieles tengan la ciencia del lenguaje místico, ni penetren los misterios de los signos y de los sacramentos. Pero la inteligencia de los misterios es más necesaria a aquéllos que han recibido cargo de enseñar y gobernar. Por eso el Señor hablando a sus discípulos les dice: "A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios; a los demás sólo en parábolas"⁶⁶⁰.

"La Roca", título de Cristo.

"Y la roca era Cristo". Esta roca es aquélla de la que el propio Cristo dice: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella"⁶⁶¹. De esta piedra está escrito: "Afianzó mis pies sobre la roca"⁶⁶². Y también: "La piedra es el refugio de los erizos"⁶⁶³. Cristo es pues la roca, porque es la fuerza de los santos. Él los afianza en su propia fuerza⁶⁶⁴ por el valor invencible de la fe, por una confianza tranquila e inquebrantable, por la perseverancia incansable del amor. Cristo es la piedra porque es firme en sus promesas, firme en su amor, a veces inexorable en su cólera, a menudo inmutable en sus decretos, a menudo casi duro en nuestras tribulaciones.

657 Cf. Jdt 13,17.

659 Sal 77,21.

658 Cf. Rom 4,5.

660 Lc 8,10.

661 Mt 16,18.

662 Sal 39,3.

663 Sal 103,18.

664 Cf. Sal 73,13.

Señor Dios mío, dicho sea sin ofenderte, ¡cuántas veces, en las oraciones que te dirijo por mis penas y mis tentaciones, si bien no digo que eres duro, lo pienso! ¡Cuántas veces revuelvo en mi corazón este pensamiento: "La piedra era Cristo!" Cuántas veces exclamo: "¿Por qué Señor rechazas mi oración, apartas de mí tu rostro?"⁶⁶⁵ ¿Hasta cuándo permanecerás enojado ante la oración de tu siervo?"⁶⁶⁶. Pero porque tú has dicho: "Hay que orar siempre sin desfallecer jamás"⁶⁶⁷; porque tú no te cansas de la indiscreción y de la importunidad de quien busca, pide y llama⁶⁶⁸, "no te dejaré hasta que me bendigas"⁶⁶⁹. Trataré, con tu ayuda, de ver si puedo "chupar la miel de la piedra y el aceite de la roca más dura"⁶⁷⁰. Y si me golpeas con el "bastón de la prueba" me serviré de él para golpear dos veces la roca de tu cólera, por la rectitud de mis acciones y la rectitud de mi corazón; y sé que brotarán torrentes de agua y que el pueblo podrá beber, y también las bestias⁶⁷¹, y yo entre las bestias. Pero el ejemplo de Moisés me hace temer la vacilación del corazón; tú la detestas. En verdad, debo pedir con fe y no vacilar⁶⁷²: Tú, Señor que pruebas la fe "ayuda a mi incredulidad"⁶⁷³. Conserva lo que te agrada, arranca lo que te desagrad.

3. I Corintios, 10, 14-21.

"Amados míos, huid el culto de los ídolos. Os hablo como a sensatos. Juzgad vosotros mismos lo que os digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es la participación del cuerpo de Cristo? Porque somos un solo pan y un solo cuerpo todos los que participamos del único pan y del único cáliz. Mirad al Israel carnal. ¿No participan del altar los que comen de las víctimas? ¿Qué digo, pues? ¿Qué lo inmolado a los ídolos es algo o que el ídolo es algo? No, sino que lo que inmolan los gentiles, lo inmolan a los demonios y no a Dios. Ahora bien, yo no quiero que vosotros ten-

665 Sal 87,15.

666 Sal 79,5.

667 Lc 18,1.

668 Cf. Mt 7,7-8.

669 Gen 32,26.

670 Dt. 32,13.

671 Cf. Núm 20,11.

672 Cf. Sant 1,6.

673 Mc 9,23.

gáis parte con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios⁶⁷⁴

La comida, símbolo de amistad.

El lazo social de la vida humana y el gozo del amor mutuo pueden expresarse y hacerse comprender por muchos testimonios recíprocos. Pero en la costumbre de comer juntos, en la participación de la misma mesa, es donde encuentran su manifestación más familiar y expresiva. Puesto que el alimento es como la vida de la vida, los que toman juntos un mismo alimento, muestran que ponen en común su vida misma, por una mutua benevolencia: porque el uso de la vida les es común, toman en común, para el uso de la vida, el sostén de la vida. La intimidad entre los hombres suele nutrirse de un alimento común, en una comida. Quien come contigo es tu amigo o simula serlo para que lo tengas por tal. Esta hipocresía aumentó el pecado de Judas. Para entregar a su Maestro cenó con Él sin entregarse. A él se le dirigen estas palabras: "Pero tú, mi amigo y confidente. Nos complacíamos en comer juntos, caminábamos de perfecto acuerdo en la casa de Dios"⁶⁷⁵. Después de la vida puesta en común, y después del amor por el cual se ama esa vida socialmente, tanto para sí como para el otro, nada hay de mejor para ser compartido que el alimento de la vida. Compartiéndolo se significa la comunión de la amistad. No está permitido sentarse a una mesa común cuando uno se siente vacío de todo amor respecto al huésped.

Pero la comunión de la mesa del Señor tiene algo más que la de una comida material que debe ser común a todos los que la necesitan: ella indica no sólo la puesta en común de una verdadera amistad, sino que la perfecciona y la consume. Queriendo alejarnos de la mesa, de la sociedad y de la amistad de los demonios, e invitarnos a la mesa de Cristo,

674 I Cor 10,14-21.

675 Sal 54,14-15.

a su sociedad y a su amistad, el Apóstol muestra cuán grandes son la eficacia y la gracia de esta comunión.

Toda amistad, sea la de los hombres entre sí, sea la de Dios y los hombres, sea la de los hombres y los demonios, se cultiva a su manera, bien por la ofrenda verdadera de un don o de un homenaje legítimo, bien por la atribución abusiva de un don o de un homenaje ambicionado. El ángel soberbio y apóstata, habiendo ambicionado ser semejante al Altísimo⁶⁷⁶ y no habiendo podido alcanzar en verdad esa igualdad con Dios, quiso adquirirla por lo menos en la necia opinión de los hombres: que por lo menos se lo considerase Dios, que se lo adorase como Dios. Así pues, a aquellos a quienes pudo seducir los indujo a adorarlo en los ídolos hechos por mano de hombres, a implorar de él la salvación, a hacerle ofrendas votivas, a inmolarse víctimas, en fin, a comer en su honor las carnes inmoladas y a tomar parte en su mesa; todo eso para aplacarlo, para lograr su amistad. Por eso, él es tipo del orgullo, ya que, queriendo parecer lo que no pudo ser, inventó la idolatría. La verdadera religión de Cristo la destruyó más tarde, en los verdaderos adoradores de Cristo, llamados a la sociedad, invitados a su mesa, cuya comunión "los hace partícipes de la amistad de Dios"⁶⁷⁷.

Antes de exaltar esa mesa, el Apóstol exhorta a huir del culto de los ídolos. "¿Qué acuerdo puede haber entre Cristo y Belial?"⁶⁷⁸. Es preciso huir de la idolatría para poder acercarse a la mesa de Cristo. Incluso es preciso huir de toda semejanza de idolatría, que es una fornicación espiritual, es decir, de toda complacencia hacia el pecado que separa de Dios. Porque todo lo que se prefiere al verdadero Dios, todo lo que es primero y principal en el amor y en el espíritu del hombre, es adorado en cierto modo en lugar de Dios y juega el papel de ídolo.

⁶⁷⁶ Cf. Is 14,14.

⁶⁷⁷ Sab 7,14.

⁶⁷⁸ II Cor 6,15.

"Os hablo como a sensatos: sed vosotros jueces de lo que os digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?".

La bendición del cáliz.

Como un hombre que va a decir algo profundo, el Apóstol apela al juicio y a la inteligencia de sus interlocutores que son, dice, gente sensata. Que ellos se tomen el trabajo de juzgar lo que va a decirles, que consideren qué es y para qué sirve el cáliz del Señor y la participación del cuerpo de Cristo. Para comenzar muestra qué es el cáliz; luego se refiere al pan.

Puede asombrar. ¿Por qué cambia el orden de los evangelistas, cuando él mismo, en otro pasaje, habla primeramente del pan y luego del cáliz? La razón de este cambio es quizá ésta: poco antes había hablado del alimento espiritual y de la bebida espiritual, quedando en último lugar la bebida. Poco después vuelve al cáliz y dice: "El cáliz de bendición que bendecimos" etc. El cáliz responde a la bebida.

Este cáliz es bendecido por Dios: por eso se lo llama cáliz de bendición; y los que comulgamos con él, somos bendecidos por su causa, es decir, somos colmados de dones espirituales; también por eso se lo llama cáliz de bendición. Todos nosotros, fieles, lo bendecimos, dando gracias, alabando y exaltando ese cáliz por encima de todos los cálices diciendo: "Qué hermoso es este cáliz embriagador"⁶⁷⁹. Sí, más que todos los demás. Ningún cáliz es tan dulce como éste, tan saludable, tan embriagador; ninguno proporciona tanto gozo, transforma a tal punto el alma para su bien. Hay aún otra bendición: nosotros, los sacerdotes, bendecimos ese cáliz, lo consagramos por una oración mística, representamos a Cristo bendiciendo. Porque es Él quien bendice; por nuestro ministerio Él obra invisiblemente, Él obra el cambio por su poder, ordena eficazmente a su criatura; no bien su poder ordena, el efecto se sigue inmediatamente.

⁶⁷⁹ Sal 22,5.

¿Qué podemos pensar que sea digno de ese cáliz? ¿Qué es? ¿No es acaso la comunión con la sangre de Cristo? ¿Cuál será la respuesta de la fe, sino que es la comunión con la sangre de Cristo? Este cáliz, bendecido por nosotros y en el cual nosotros somos bendecidos, es la sangre de Cristo que se nos comunica, es decir, que nos es dada y que es dada por nosotros, en común. Nos es dada como bebida que nos salva, es dada por nosotros como "precio que nos rescata"⁶⁸⁰. Y ese cáliz de bendición no es otro, sea en la cena del Señor, sea en la mesa del Señor, es decir en el altar, que la sangre de Cristo derramada por nuestra común salvación.

La comunión con el cáliz realiza la comunión en la caridad.

Siguiendo al Apóstol, podemos dar a esa bebida el nombre de comunión y llamarla santa comunión. Es una comunicación porque es dada y recibida en común; una comunión porque es poseída en común. Puede también llamársela comunión por otra razón: esta sangre realiza en nosotros la caridad por la cual todo deviene común y lo que pertenece en propiedad a uno, deviene común a todos.

"Y el pan que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo del Señor?"

El pan partido, signo de la distribución de las gracias.

El Apóstol ha mostrado qué es el cáliz. Muestra ahora qué es el pan que partimos en el sacramento. Hemos dicho más arriba lo que creíamos deber decir sobre la fracción. En cuanto a lo que es el pan, de ningún modo podemos vacilar a causa de la certeza de nuestra fe. El Apóstol dice: "¿No es la participación del cuerpo del Señor?". Como si dijese: Manifiestamente, es la participación del cuerpo del Señor. ¿Qué fiel lo duda? Participación del cuerpo del Señor quiere decir: este cuerpo nos es dado para que participemos de él.

Aun cuando el Apóstol dice "comunión en la sangre" y "participación del cuerpo" como señalando una distinción, puede decirse piadosamente "participación de la sangre" y "comunión en el cuerpo" porque nosotros comulgamos y participamos de ambas cosas.

Sin embargo si se busca una distinción, puede decirse piadosamente que la palabra "participación" conviene mejor a la fracción y por lo tanto al pan que es partido. Es dividido para que cada uno reciba su parte. Este pan, en su sustancia, permanece siempre entero; y sin embargo, es partido en el sacramento para significar que obra diversamente en unos y otros. Porque hay "diversidad de gracias"⁶⁸¹. El sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor es una gracia. Por eso se lo llama "eucaristía" que quiere decir "buena gracia". Este sacramento es recibido igualmente en su integridad y su totalidad por todos aquellos que lo reciben; pero no obra del mismo modo en todos. La gracia que obra es pues común a todos los que reciben dignamente el sacramento; pero desde el punto de vista de su eficacia en cada uno, diversifica las gracias en unos y otros.

Por eso, la comunión de la sangre puede referirse a la posesión común de la gracia que obra, y la participación del cuerpo, a la distribución de las diversas gracias. Y esa distribución de las gracias — que Cristo hace por medio de su cuerpo y de su sangre, porque uno y otra sólo tienen una sola y única eficacia — puede representarse en el altar más convenientemente por la fracción del pan que por la aspersion de la sangre. En efecto, la aspersion de la sangre no puede hacerse sin peligro de irreverencia hacia el sacramento; por el contrario, la fracción puede realizarse sacramentalmente.

⁶⁸⁰ Sal 48,9.

⁶⁸¹ I Cor 12,4.

"Porque somos un solo pan y un solo cuerpo todos los que participamos del único pan y del único cáliz".

La Eucaristía, signo eficaz de la unidad del Cuerpo místico.

Después de haber mostrado qué es el cáliz de bendición y el pan que partimos, señala lo que pueden en nosotros, es decir, lo que ellos realizan en nosotros, cuál es su resultado y su efecto. Puesto que contienen la única gracia común que obra y reparte, y puesto que su efecto es el de distribuir a cada uno su parte de entre las diversas gracias, ellos realizan en nosotros la unidad espiritual, y hacen que todos seamos uno en Cristo⁶⁸². Desde el punto de vista de la distribución de las gracias, somos numerosos y diversos: unos tienen una gracia más grande, otros una más pequeña; unos ésta, otros aquella. Unos comienzan, otros progresan; unos son sencillos, otros sabios. Unos son como niños, otros en cierta manera adultos, otros ancianos maduros por la perfección. Así, la acción de gracias se eleva hacia Dios desde las personas más diversas⁶⁸³. La unidad de la Iglesia, constituida por innumerables personas, sexos diferentes, condiciones diferentes, de diversos órdenes y diversas profesiones, puede expresarse de muchas maneras. Aquí el Apóstol la representa por la unidad del pan y la unidad del cuerpo.

Un solo pan está hecho de mucho granos, un solo cuerpo está compuesto por varios miembros⁶⁸⁴. Aún siendo muchos, somos un solo pan por el amor del prójimo y un solo cuerpo por el amor de Dios. Un solo pan para Dios, que se complace en el amor fraterno con que nos amamos unos a otros y se nutre por así decirlo de nosotros. Somos también un solo pan unos para otros, porque nuestro amor mutuo nos es mutuo consuelo y mutua refección. Somos también "miembros unos de otros"⁶⁸⁵ porque nos compadecemos unos de

otros y nos regocijamos los unos por los otros, poniendo en común, por el impulso de la caridad fraterna, los males y los bienes que parecen propios de cada uno.

Somos un solo cuerpo por el amor con que amamos a Cristo como al Esposo, quien ama también a la Iglesia como a su cuerpo. El Apóstol dice a los Efesios: "Cristo es cabeza de su Iglesia, él, el Salvador de ese cuerpo que es suyo"⁶⁸⁶. Y más adelante: "Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. Quien ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie odia su propia carne, sino que la alimenta y la mantiene, como Cristo a la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos"⁶⁸⁷. Así como la Iglesia es la esposa de Cristo, es también su cuerpo y vive de su Espíritu, como el cuerpo del hombre es vivificado por el espíritu del hombre. Así pues, a justo título, la unidad del cuerpo se toma como figura de la unidad de Cristo y de la Iglesia, realizada por el amor con que la Iglesia ama a Cristo que la amó primero⁶⁸⁸, para ser amado por su amada.

Pero el amor de Dios nos une más a Dios, nos liga a él más estrechamente que el amor del prójimo, así como nuestro cuerpo nos es más íntimo que el pan, no sólo antes de que lo tomemos, sino incluso cuando pasa al cuerpo y es recibido por él. Y así como el pan es necesario al cuerpo y lo nutre, así el amor del prójimo es necesario para nutrir y hacer crecer el amor de Dios. Sin embargo, el amor de Dios es el primero por el origen y la dignidad, y nada se le debe anteponer. De donde proviene que, a veces, por una justicia perfecta, se ofenda al prójimo para no ofender a Dios.

Somos pues "un solo pan y un solo cuerpo, aún siendo muchos". ¿Quiénes? "Todos los que participamos del único pan y del único cáliz". Se ve aquí que la participación se entiende tanto del pan como del cáliz. Y con razón: porque uno

682 Cf. Gál 3,28.

683 Cf. II Cor 1,11.

684 Cf. S. AGUSTIN, In Johannis

evang. 26,17; PL 35,1614; CCL

36, p.268.

685 Rom 12,5.

686 Ef 5,23.

687 Ibid. 28,30.

688 Cf. I Jn 4,10.

y otro tienen un único y mismo efecto; y así como la hostia, que recibe los nombres de pan y de cuerpo, realiza en nosotros el que seamos un solo pan y un solo cuerpo, lo mismo sucede con el cáliz. La analogía que hace decir que somos un solo pan y un solo cuerpo sólo se refiere al pan y al cuerpo. Pero es la participación tanto del cáliz como del pan lo que nos da, podemos creerlo, la gracia por la cual somos un solo pan y un solo cuerpo. La participación se aplica pues a los dos, pero la imagen a uno más que al otro. En estas palabras el Apóstol muestra que la participación en el único pan y en el único cáliz realiza en nosotros la unidad de la sociedad fraterna en la cual vivimos socialmente a causa de Cristo y somos "miembros unos de otros"⁶⁸⁹; de igual modo, ella realiza la unidad de Cristo y de la Iglesia, en virtud de la cual somos miembros de Cristo, que es nuestra Cabeza⁶⁹⁰ y en quien todos somos uno, como lo escribe el Apóstol a los Gálatas: "No hay ya judío ni griego, no hay esclavo ni hombre libre, no hay mujer ni varón: todos sois uno en Cristo Jesús"⁶⁹¹.

A esta unidad pertenecen los que participan en el pan y en el cáliz, no sólo de boca, sino con corazón piadoso, es decir, que viven en Cristo y poseen a Cristo que habita, por la fe, en sus corazones⁶⁹². En efecto, quien vive de la fe⁶⁹³, no vive para sí sino para Cristo y en Cristo⁶⁹⁴. Como creyente come y participa; participando, permanece en Cristo, con todos nosotros, que somos un solo pan y un solo cuerpo. Lo que dice el Apóstol se refiere a esta participación. Efectivamente, los que sólo reciben con la boca el cuerpo y el cáliz del Señor, y no reciben a Cristo en su corazón, de manera que viven de Él y en Él, son ajenos a la fe de la cual vive el justo⁶⁹⁵, y por lo mismo, ajenos a la sociedad de los justos. Ellos no tienen con éstos un sólo corazón y una sola alma⁶⁹⁶, por lo tanto, no

son miembros de Cristo, no pertenecen a su cuerpo, aún cuando parezca que están en la Iglesia que es su cuerpo.

Por eso, después de su pregunta: "El pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor?" el Apóstol añade: "Porque somos un solo pan y un solo cuerpo todos los que...". Lo que equivale a decir: el pan que partimos es verdaderamente la participación en el cuerpo del Señor, porque su efecto lo indica. Realiza lo que no puede realizar ningún otro alimento que no sea el cuerpo del Señor. ¿Entonces qué? Que "todos seamos un solo pan y un solo cuerpo". Nuestra fe en esta carne tomada de nosotros y en esta sangre derramada por nosotros, en esta carne y en esta sangre que nos son dadas como alimento, derrama en nosotros el amor de Cristo y el amor del prójimo por causa de Cristo. Este amor derramado en nosotros nos une a Cristo y nos une en Cristo, a fin de que se cumpla lo que Él mismo pidió para nosotros cuando dijo: "No ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra, a fin de que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en tí; para que también ellos sean uno en nosotros"⁶⁹⁷.

*"Mirad al Israel carnal. ¿No participan del altar los que comen de las víctimas? ¿Qué digo, pues? ¿Qué las carnes sacrificadas a los ídolos son algo, o que los ídolos son algo? No; sino que lo que sacrifican los gentiles a los demonios y no a Dios lo sacrifican"*⁶⁹⁸.

Él propone una comparación con los sacrificios de la Ley para hacer comprender lo que dirá de lo inmolado a los ídolos. Los que comían las víctimas daban su adhesión a la religión del sacrificio, y expresaban la adhesión de su voluntad por el acto mismo de comer las carnes inmoladas. Porque si no hubiesen dado su adhesión, no hubieran comido. Por lo tanto, los que comían estaban en comunión con el altar. Porque tomaban parte de las cosas inmoladas; y tomando esa parte y comiéndola, manifestaban que formaban parte de esa so-

⁶⁸⁹ Rom 12,5.

⁶⁹⁰ Cf. I Cor 12,26-27 y Ef 1,22.

⁶⁹¹ Gál 3,28.

⁶⁹² Cf. Ef. 3,17.

⁶⁹³ Cf. Rom 1,17.

⁶⁹⁴ Cf. Rom 14,7-8.

⁶⁹⁵ Cf. Heb 2,4 y Rom 1,17.

⁶⁹⁶ Cf. Act 4,32.

⁶⁹⁷ Jn 17, 20-21.

⁶⁹⁸ I Cor 10,18-20.

ciudad religiosa. Es lo que dice el Apóstol: "Mirad al Israel carnal". Como diciendo: vosotros que sois el Israel según el espíritu, que veis a Dios y comprendéis las cosas espirituales, mirad a este otro Israel que observa los preceptos carnales de la Ley: "¿No participan del altar los que comen de las víctimas?". Es decir sin duda alguna están en comunión con el altar: no sólo toman parte en él, sino que dan su adhesión a esos actos religiosos. De lo que se ha dicho sobre la comunión con el nuevo y verdadero sacrificio, y sobre la manducación de las víctimas legales, puede deducirse que, a la inversa, el culto del ídolo y la manducación de lo inmolado asocian con el diablo, por adhesión al error supersticioso y a la impiedad, a aquellos que rinden ese culto o comen sus sacrificios, y los transforman en miembros del diablo.

La nada de los ídolos.

Antes de hablar de esta sociedad, el Apóstol comienza diciendo que lo inmolado a los ídolos y el ídolo no son nada, y con razón. Porque acaba de prohibir el culto del ídolo como algo malo y perjudicial. Podría interpretarse mal y creer que el ídolo es algo o puede algo, que tiene poder para causar daño o hacer mal. El Apóstol desecha esta suposición diciendo: El ídolo no es nada. A decir verdad, cada cual puede perjudicarse por su propia impiedad, incluso el demonio, que preside el culto del ídolo, puede hacer el mal; pero el ídolo mismo, no puede hacerlo. Sin embargo bajo la imagen del ídolo está oculto el "misterio de pecado"⁶⁹⁹. Y lo que se inmola a los ídolos se inmola al demonio, no a Dios. Por eso hay que huir del culto de los ídolos como un culto a los demonios, como lo es, en efecto. El Apóstol, queriendo que se profundice la cuestión y que se considere el culto de los ídolos como un culto a los demonios, como lo es en realidad, dado que había dicho más arriba: "Huid del culto de los ídolos" añade: "Os hablo como a sensatos: juzgad vosotros mismos lo que os digo".

⁶⁹⁹ II Tes 2,7.

Como si dijese: Pensarlo mejor, profundizad, penetrad con mayor agudeza qué es el culto a los ídolos: es el culto a los demonios. "Juzgad, dice, lo que os digo". En lo que digo, comprended todo lo que digo y no menos de lo que digo. "¿Qué digo, pues? ¿Que lo inmolado a los ídolos es algo o que el ídolo es algo?" Como si dijese: No es eso lo que digo, ni mis palabras deben entenderse en ese sentido. Digo algo más profundo; por eso insisto: "Juzgad vosotros mismos lo que digo". He aquí lo que digo y lo que quiero hacer entender con mis palabras: "Lo que inmolan los Gentiles, lo inmolan a los demonios y no a Dios". Toda esta argumentación del Apóstol tiende a hacer comprender que en el culto de los ídolos, no sólo se venera a los ídolos visibles, hechos por mano de hombre, sino que se da culto al diablo, que es peor que el ídolo. Y el que presta ese culto, entra en la sociedad de aquél a quien se adora en el ídolo.

Podemos extrañarnos de ver que el Apóstol dice en este pasaje que el ídolo no es nada. Había dicho también más arriba en la misma carta: "En lo referente a las víctimas inmoladas a los ídolos, sabemos que un ídolo no es nada en el mundo"⁷⁰⁰. El Salmista dice por el contrario: "Los ídolos de los paganos son de plata y oro"⁷⁰¹. La plata y el oro no son precisamente nada, sobre todo en la estima de los que se entregan a la avaricia "que es una idolatría"⁷⁰². Puede juzgarse a la luz del profeta Isaías cómo hay que entender las palabras del Apóstol; quizá incluso el Apóstol ha tomado de él lo que dice del ídolo. Isaías dice, como invectiva contra los ídolos: "Anunciadnos lo por venir, y así sabremos que sois dioses. Haced el bien o el mal, si podéis; y hablemos y consideremos juntos. He aquí que no sois nada, vuestra obra es nada. El que os elige es abominable"⁷⁰³. Estas palabras de Isaías muestran que el ídolo no es lo que se cree. Es inútil adorarlo como dios, puesto que no conoce el porvenir, no tiene poder de hacer el bien o mal, de hablar ni de ver. Él es mentira. Es la

⁷⁰⁰ I Cor 8,4.

⁷⁰¹ Sal 113,4.

⁷⁰² Ef 5,5.

⁷⁰³ Is 41,23-24.

"obra de un obrero"⁷⁰⁴ y una mano lo ha plasmado, pero no es lo que con engaño se plasmó.

En la Sagrada Escritura "no ser" o "no ser nada" se toma en diversos sentidos por diversas razones. En un primer sentido, no es nada aquello cuya apariencia no concuerda con la realidad. En este sentido el Apóstol dice: "Si alguno imagina ser algo no siendo nada, a sí mismo se engaña"⁷⁰⁵. Se puede comprender entonces que el ídolo no es nada porque es mentira, ficción de un insensato, según está escrito: "El corazón del insensato lo adora"⁷⁰⁶.

En otro sentido no es o no es nada lo que no tiene a Dios por autor. En efecto, así como la bondad de Dios es causa de todas las cosas buenas y hace que ellas sean buenas, y del mismo modo que la sabiduría de Dios es la luz que ilumina a todos los que piensan rectamente y hace que ellos piensen rectamente, así también la esencia de Dios es la causa de todo lo que es y le da el ser. Porque todo "procede de él, existe por él y en él"⁷⁰⁷. Dionisio el Areopagita dice a este respecto: "El ser de todos es Super-ser, la divinidad"⁷⁰⁸. El que da a todos el ser está por encima de todo ser. Por tanto lo que ni es "de él, por él y en él" es la nada misma. En este sentido puede decirse: el ídolo no es nada, lo inolado a los ídolos no es nada, el pecado no es nada; porque lo que se hace fuera de la voluntad de Dios no tiene a Dios por autor. Pueden tomarse estas palabras de Isaías en el mismo sentido: "Todos los escultores de ídolos no son nada"⁷⁰⁹. Y estas otras, sobre las naciones que no creen: "Todos los pueblos son delante de él como nada, son ante él nada y vanidad"⁷¹⁰. Y también: "Él hace que los buscadores de secretos sean como si no fueran, y los jueces de la tierra como nada"⁷¹¹, y Ester: "No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son, ni se rían de nuestra caída, antes bien, haz que sus consejos se vuelvan contra ellos"⁷¹².

704 Jer 10,9.

705 Gál 6,3.

706 Is 44,20.

707 Rom 11,36.

708 PSEUDO-DIONISIO, *La Hierarchy Céleste* 4,1; PG 3,177 D; SC 58, p. 94: Balduino cita el texto según la versión de ESCOTO ERIGENA, PL 122,1046 C.

709 Is 44,9.

710 Is 40,17.

711 Ibid. 23.

712 Ester 14,11.

Otro sentido: todos los pueblos, los buscadores de secretos y los jueces de la tierra, aunque parezcan ser algo grande según el poder y la sabiduría de este mundo, no son nada en comparación de aquél que dice: "Yo soy el que soy"⁷¹³.

Otro sentido: se dice que algo no es nada, por desprecio, a causa de su inutilidad. En este sentido también el ídolo no es nada. Como dice el Apóstol: "Aun cuando tenga el don de profecía y conozca todos los misterios de la ciencia y aun cuando tuviera una fe capaz de transportar montañas, si no tengo caridad, nada soy"⁷¹⁴.

Otro sentido: se dice que aquéllos cuyas empresas, designios y esfuerzos han sido frustrados, han quedado reducidos a la nada, ellos y sus obras. Así pues se ha escrito del justo: "Bajo sus ojos, el malvado ha sido reducido a la nada"⁷¹⁵. Y: "Tú reducirás a la nada a todas las naciones"⁷¹⁶.

Todo lo que es contrario a Dios, por el hecho mismo de alejarse del ser verdadero, es nada. Los mismos pecadores y sus pecados, en tanto que no son de Dios ni están en Dios, nada son. Así, cuando un hombre pasa de una vida buena a una mala, se dice con razón que aquél que cambia así, ya no es.

Cosa más admirable: se puede "no ser" pasando de una vida mala a una buena o de una vida miserable a la vida bienaventurada. En este sentido está escrito: "Trastorna a los impíos y ya no serán más"⁷¹⁷. Y también: "No quiere ser consolada, porque ya no existen"⁷¹⁸. Es maravilla decir "ya no existen", cuando son felices y decir de los impíos que van a convertirse "ya no existirán" cuando a partir de su conversión comienzan a ser. De donde estas palabras: "Y dije: ¡ahora comienzo! Es un cambio de la diestra del Altísimo"⁷¹⁹.

713 Ex 3,14.

714 I Cor 13,2.

715 Sal 14,4.

716 Sal 58,9.

717 Prov 12,7.

718 Mt 2,18. Cf. Jer 31,15.

719 Sal 76,11.

"Ahora bien, yo no quiero que vosotros tengáis parte con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios".

La sociedad de Cristo y la sociedad de los demonios.

Invitándonos a la sociedad de Cristo, que se funda y se consolida por la participación del verdadero sacrificio, él nos aparta de la sociedad de los demonios, a la cual uno adhiere no sólo dando culto a los ídolos, sino también consintiendo en el pecado, cometiéndolo y tomando la costumbre del vicio. Los vicios son amigos de los demonios y enemigos de la voluntad de Dios. Cuando se los ama, se los cultiva, y consintiendo en ellos y entregándose a ellos se desprecia a Dios, se honra a los demonios y se entra en familiaridad con ellos. Para huir de su sociedad, debemos pues abstenernos de todo lo que sabemos que les agrada. Porque los demonios no están en comunión con nosotros y no podemos comulgar en su mesa ni beber su cáliz si tenemos el deseo de entrar en sociedad con Cristo y de tener parte en su mesa y en su cáliz. Es lo que dice el Apóstol: "No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios, no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios".

El cáliz del Señor y el cáliz de los demonios.

La expresión "cáliz del Señor", como lo hemos dicho, designa tres cosas: la sangre de Cristo, como en esta frase: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre"⁷²⁰; la pasión de Cristo, como en esta otra: "El cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?"⁷²¹, o la imitación de la pasión de Cristo, cuando el Señor dice: "Sí, vosotros beberéis mi cáliz"⁷²². A la inversa, el cáliz de los demonios puede ser aquél que se

ofrece a los demonios, ya sea el que ellos beben —a saber la amargura de su castigo—, ya el que presenta el amor de la voluptuosidad y del pecado, para arrastrar al error y hacer injuria a la pasión de Cristo.

La mesa del Señor y la mesa de los demonios.

La mesa del Señor es el altar, donde Cristo es comido en el sacramento. Está escrito de esta mesa: "Has preparado una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos"⁷²³. La mesa del Señor es también la Sagrada Escritura, en la que se nos sirve el pan de vida y de inteligencia⁷²⁴. Porque el hombre no sólo vive de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios⁷²⁵. Se puede aplicar a esta mesa las palabras que ya hemos citado: "Has preparado una mesa ante mí" etc., y también estas otras: "Los perritos comen de las migas que caen de la mesa de sus amos"⁷²⁶. Estas dos primeras mesas son provisorias, durarán hasta que lleguemos a esa otra mesa de la que está escrito: "Y yo dispongo del reino en favor vuestro, como mi Padre ha dispuesto de él en favor mío, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino"⁷²⁷. La mesa de los demonios es, o bien el altar de los ídolos, o bien la doctrina perversa de los herejes; en ella se sirve en secreto el pan del que está escrito: "Las aguas robadas son más dulces, el pan a escondidas es más sabroso"⁷²⁸.

Estas palabras del Apóstol: "No podéis beber el cáliz de los demonios" pueden suscitar una pregunta si se entiende por "cáliz del Señor" la sangre de Cristo. Muchos pecadores y criminales, en efecto, beben para su propia condenación el cáliz del Señor⁷²⁹. Aunque estén lejos de la sociedad de Cristo y asociados a los demonios. Pero estas palabras: "No po-

⁷²⁰ I Cor 11,25

⁷²¹ Jn 18,11.

⁷²² Mt 20,23.

⁷²³ Sal 22,5.

⁷²⁴ Eclo 15,3.

⁷²⁵ Mt 4,4. Dt 8,3.

⁷²⁶ Mt 15,27.

⁷²⁷ Lc 22,29-30.

⁷²⁸ Prov 9,17.

⁷²⁹ Cf. I Cor 11,29.

deís" quieren decir: "No lo podéis de una manera saludable ni lícita". No muestran que la cosa es imposible, sino que no es ni saludable ni permitida. Muchas expresiones análogas se encuentran en los libros santos, tales como ésta: "Nadie puede atribuirse a sí mismo este honor, sino que es preciso ser llamado por Dios, como Aarón"⁷³⁰.

El cáliz del juicio y el de la misericordia.

Algo más sobre el cáliz. El "cáliz del Señor" designa a veces el cáliz de Cristo, en uno de los tres sentidos antedichos; a veces representa la medida de la justicia divina, como en este versículo: "Un cáliz de vino puro está en la mano del Señor, lleno de mixtura"⁷³¹. La sabiduría de Dios, que dispone y gobierna todas las cosas según su beneplácito, distribuye los bienes y los males a buenos y malos en la misericordia y el juicio, según la medida de su justicia. Ella sabe lo que conviene a la armonía del conjunto y a la salvación de aquellos que han sido predestinados a la vida⁷³².

Pero estas palabras un cáliz de "vino puro" y "lleno de mixtura", parecen encerrar una contradicción. ¿Cómo es un "cáliz de vino puro", si está "lleno de mixtura"? O ¿cómo está "lleno de mixtura" si es un "cáliz de vino puro"? Mas si reflexionamos en qué consiste la justicia de Dios en sí misma, veremos claramente que todo el bien que tenemos y también todo el bien que hacemos deben ser atribuidos a Dios más que a nosotros, porque es él quien crea y distribuye todo bien. Con igual claridad veremos que el mal que sufrimos o cometemos es imputable más a nosotros que a él —mejor dicho, a nosotros solos y en modo alguno a él—, mientras que todo nuestro bien procede sólo de su bondad y liberalidad. La injusticia del hombre en la que vuelve amarga y penosa la justicia de Dios y con razón pueden decir el hombre: mis caminos y mis pecados me han traído esto⁷³³.

Dios ha creado al hombre "simple y recto", pero éste se ha mezclado en infinitad de cuestiones⁷³⁴. Por eso, cuando Dios hace caer la perfidia del hombre sobre su cabeza⁷³⁵, el hombre bebe una bebida mezclada por él mismo⁷³⁶. Mas de no existir el pecado, la justicia de Dios sería dulce para todos.

Pero en realidad, la justicia es dulce y es penosa. Dulce por su carácter peculiar; penosa por el juicio que condena el pecado. Por eso el cáliz del Señor está mezclado de lo dulce y de lo amargo, es decir, de misericordia y de juicio⁷³⁷. Está "lleno de mixtura" y sin embargo no deja de ser "vino puro", porque en su bondad no deja de ser dulce. Al respecto dice la Escritura: "La justicia del Señor es recta, alegra los corazones"⁷³⁸.

Por eso los juicios del Señor son puros y es pura su misericordia: ambos, el vino de la misericordia y el vino de la cólera son puros. Si se mezcla lo puro con lo puro, de la mezcla resultará algo puro. Este cáliz es "de vino puro, porque "es dulce el Señor para con todos y su misericordia se extiende a todas sus obras"⁷³⁹; está "lleno de mixtura", porque "el Señor es dulce y es recto"⁷⁴⁰: hace misericordia y retribuye con el castigo del pecado. A la ciudad de Jerusalén, que en otro tiempo había sido una "ciudad fiel" y "llena de justicia"⁷⁴¹, el Profeta le dice: "Tu vino puro se ha mezclado con agua"⁷⁴², significando con esto que su justicia pura de antaño ha sido corrompida por una mezcla de injusticia, y dice también: "La justicia habitó en ella, pero ahora el homicidio"⁷⁴³.

El Señor, de este cáliz, ofrece a los justos lo dulce y lo amargo mediante las consolaciones de su misericordia y la

⁷³⁰ Heb 5,4.

⁷³¹ Sal 74,9.

⁷³² Cf. Act 13,48.

⁷³³ Cf. Jer 4,18.

⁷³⁴ Cf. Job 1,8. Ecl 7,30.

⁷³⁵ Cf. 1 Re 8,32.

⁷³⁶ Cf. Ap 18,6.

⁷³⁷ Cf. Sal 100,1.

⁷³⁸ Sal 18,9.

⁷³⁹ Sal 144,9.

⁷⁴⁰ Sal 24,8.

⁷⁴¹ Is 1,26.21.

⁷⁴² Ibid. 22.

⁷⁴³ Is 1,21.

amargura del castigo. Está escrito de la amargura de la prueba: "Hiciste ver a tu pueblo cosas duras; nos diste a beber el vino del dolor"⁷⁴⁴. Y del consuelo de su misericordia: "Dad el vino a los afligidos y licor a los que tienen el alma llena de amargura"⁷⁴⁵. De este cáliz ofrece también el Señor a los malos los bienes y los males. Porque la justicia de Dios sobre los malos no está exenta de misericordia. Pues les son concedidos la paz y la prosperidad, o el tiempo de hacer penitencia para que, provocados siquiera por estos beneficios "observen la justicia de Dios y busquen su ley"⁷⁴⁶. Pero ellos, rechazando la gracia de Dios⁷⁴⁷ convierten esta misericordia en propia condenación, y aprenden a cometer la injusticia allí donde hubieran debido aprender la justicia, como está escrito: "Tenemos piedad del impío; y él no aprende a obrar la justicia"⁷⁴⁸. Por eso la ira de Dios permanece sobre ellos⁷⁴⁹; y la misericordia de Dios que se cernió sobre ellos por un tiempo, con toda justicia es retirada luego a estos ingratos. El Señor, queriendo hacer misericordia y buscando, por así decir, cómo hacerla, dice por el Profeta: "¿Qué te haré, Efraím, qué te haré, Judá? Vuestra misericordia es como nube matutina, y como rocío que pasa en la mañana"⁷⁵⁰. La nube matutina y el rocío cesan de ejercer su acción refrescante precisamente en el momento en que el calor aprieta más. Sucede lo mismo con la misericordia concedida a los malos por un tiempo y retirada a su tiempo. Santiago dice en el mismo sentido: "Se levantó el sol con sus ardores y el heno se secó; se marchitó su flor y desapareció su belleza. Así también el rico se marchitará en sus caminos"⁷⁵¹.

El Señor tiene este cáliz en su mano porque es juez⁷⁵². De este cáliz lleno de mixtura o de vino puro —que en or-

den a la interpretación es lo mismo— él derrama su misericordia o su cólera, apiadándose de quien quiere y endureciendo a quien quiere⁷⁵³, vertiendo en los "vasos de misericordia" y en los "vasos de cólera"⁷⁵⁴ cuando quiere y cuanto quiere. Cuando el vaso de misericordia o de cólera recibe lo que el Señor vierte de su cáliz, entonces el juez inclina su copa hacia la copa que llena, como cuando se trasvasa el vino. Puede entenderse en este sentido el versículo: "Su distribución es abundante, y brota del uno al otro"⁷⁵⁵, de un vaso a otro, o tal vez de un tipo de bebida a otro.

Pero puede entenderse de otra manera lo que dice el Salmista: a menudo Dios quita a uno y da a otro la gracia ofrecida u otorgada.

Aleja también del convertido la cólera que merecía y la vuelve contra el apóstata. Porque "resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia"⁷⁵⁶.

El publicano, humillado por el reconocimiento de sus pecados fue justificado en el templo; más el fariseo, podría decirse que por sus grandes méritos cayó en el orgullo⁷⁵⁷. Porque hay "un justo que pereció en su justicia"⁷⁵⁸. ¿Y no es éste sobre todo el caso de quien, demasiado justo, confía en sí mismo y desprecia a los demás?⁷⁵⁹. De ahí que el pueblo judío se ennegueció en su orgullo y se endureció en su perfidia, mientras que el pueblo de los Gentiles fue iluminado por la gracia. La gracia de la promesa fue ofrecida al uno y concedida al otro. La cólera de Dios, apartándose de los Gentiles, se volvió contra la perversidad de los Judíos; y esto "porque Dios es juez: humilla a uno y ensalza a otro". Trasvasando el vino de la misericordia y el de la cólera los hace pasar "del uno al otro"⁷⁶⁰, es decir, del vaso de la có-

744 Sal 59,5.

745 Prov 31,6.

746 Sal 104,45.

747 Cf. Gál 2,21.

748 Is 26,10.

749 Cf. Jn 3,36.

750 Os 6,4.

751 Sant 1,11.

752 Cf. Sal 74,8.

753 Cf. Rom 9,18.

754 Ibid. 23,22.

755 Sal 143,13.

756 Sant 4,6. I Pe 5,5. Cf. Prov 3,34.

757 Cf. Lc 18,9-14.

758 Ecl 7,16.

759 Cf. Lc 18,9.

760 Sal 74,8-9.

lera al vaso de la misericordia, y a la inversa, del vaso de la misericordia al vaso de la cólera. De donde aquello de: "Os será quitado el Reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos"⁷⁶¹. Y aquello de: "A todo el que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado"⁷⁶².

Dios, obrando siempre con justicia, dirige a unos, corrige a otros; a los que no son ni corregidos ni corregibles los abandona a sí mismos, los deja en su error y soporta "con mucha longanimidad a los vasos de ira maduros para la perdición"⁷⁶³, antes de castigarlos con mayor dureza.

Esta permisión de Dios, o esta paciencia, aunque indebida para con los malos, es siempre justa en lo concerniente a Dios mismo, porque conviene a su bondad y santidad. Por eso, no pertenece a la hez del cáliz. Mas la vida o la conciencia de los que abusan de la paciencia de Dios y se enorgullecen de ello merece el nombre de hez: está manchada, es sórdida e impura. Es la hez de la cual habla el Profeta: "Me sacó de una hoya de ruina y de la hez del fango"⁷⁶⁴. E Isaías: "Poco es para mí que seas tu mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y reconducir a la hez de Israel. He aquí que establezco como luz de las naciones para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra"⁷⁶⁵. Jeremías: "Fértil ha sido Moab desde su adolescencia. Ha reposado sobre su hez. No ha sido trasegado de vaso en vaso y no ha ido al destierro. Por eso conservó su sabor y no se disipó su aroma"⁷⁶⁶. Pero esta hez debe ser vaciada, consumida por el temor de Dios y del todo aniquilada "porque es juez"⁷⁶⁷. Sin embargo, mientras la penitencia es despreciada, y el temor de Dios reducido a la nada "la hez no es consumida"⁷⁶⁸,

porque el sedimento del error y la impureza de la mala conciencia permanecen como una acusación eterna y un tormento eterno sobre los que no se corrigen.

Al sedimento del pecado o su corrupción, del cual beben "todos los pecadores de la tierra"⁷⁶⁹, se lo puede llamar vino del error. Pero en relación con la justicia de Dios que es el vino puro, se lo llama con razón "hez" y lo es en verdad; y no sólo "hez" sino también hez de vino puro. Porque es la corrupción de la justicia, comparada con la cual parece tanto más vil, cuanto más contrasta con su pureza. En este sentido uno puede llamar "hez de sus compañeros" a aquél que, entre los buenos, es el único malo. Así la sinagoga infiel es llamada "hez de Israel"⁷⁷⁰. Por otra parte el vino del error es ofrecido por el Príncipe de Babilonia quien se sirve para esto de la elocuencia y la sabiduría humanas, y de la belleza en todas sus formas, atrayendo así los halagos y voluptuosidades de los vicios. De lo cual está escrito: "Babilonia es un cáliz de oro en la mano del Señor; embriaga a toda la tierra"⁷⁷¹.

Este cáliz de otro brilla tanto cuanto agrada. Este cáliz es toda la vanidad de este mundo, donde no hay otra cosa que "concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida"⁷⁷². Esta vanidad es confusión y por eso se la llama Babilonia; es decir, la ciudad en donde habitan los hijos de este siglo que andan y viven en la vanidad. De ellos está escrito: "Reciben sus ciudades en la vanidad"⁷⁷³. Este cáliz está en la mano del Señor; no porque Dios ofrezca el vino del error, él que "a nadie tienta"⁷⁷⁴ ni engaña; sino que a los que merecen ser engañados los abandona a los "deseos de su corazón" para que sigan "sus fantasías"⁷⁷⁵.

761 Mt 21,43.

762 Lc 19,26.

763 Rom 9,22.

764 Sal 39,3.

765 Is 49,6.

766 Jer 48,11.

767 Sal 74,8.

768 Sal 74,9.

769 Ibid.

770 Cf. Is 49,6.

771 Jer 51,7.

772 I Jn 2,17.

773 Sal 138,20.

774 Sant 1,13.

775 Sal 80,13.

Este es, pues, el cáliz de los demonios. Los que beben de él no pueden beber el cáliz del Señor.

El cáliz del Señor, que está lleno de mixtura, no recibe el vino del error sino el vino de la misericordia o el vino de la cólera. Porque de la misericordia está escrito: "¡Cuán bueno es mi cáliz embriagador! y tu misericordia me acompañará"⁷⁷⁶. Y de la cólera, en Isaías: "Levántate, Jerusalén, tú que has bebido de la mano del Señor el cáliz de su cólera; tú que has bebido hasta el fondo el cáliz embriagador, y lo has bebido hasta las heces"⁷⁷⁷. Y más adelante: "He aquí que he tomado de tu mano el cáliz de la embriaguez, el fondo del cáliz de mi indignación. Tú no lo beberás ya más"⁷⁷⁸. También se puede ver este vino de la indignación y de la cólera del Señor en el versículo que citamos más arriba: "Babilonia es un cáliz de oro", etc. En este sentido no sería el cáliz de los demonios. Porque el rey de Babilonia, es decir "el príncipe de este mundo"⁷⁷⁹, es servidor de la cólera de Dios. A los pecadores que él ha engañado los azota; y con el vino de la cólera del Señor se embriaga toda la tierra, a saber, todos aquellos que gustan no de las cosas de arriba sino de las de la tierra⁷⁸⁰. Este cáliz de oro es para Dios tan precioso como querido, porque Dios se complace en su justicia, aun en el castigo de los pecadores. De este cáliz bebe esa ilustre ciudad de Babilonia, destruida por la cólera de Dios como figura de este mundo que será destruido. Está escrito en el Apocalipsis: "Cayó, cayó la gran Babilonia"; y un poco después: "Del vino de la cólera de su fornicación bebieron todas las naciones"⁷⁸¹. Y más abajo: "Dadle el doble según sus obras. En la copa en que ella mezcló, mezcladle dos veces más. Cuanto se glorió y se entregó a los deleites, otro tanto dadle de tormentos y duelo"⁷⁸².

⁷⁷⁶ Sal 22,5-6.

⁷⁷⁷ Is 51,17.

⁷⁷⁸ Ibid.22,

⁷⁷⁹ Jn 12,31; 14,30.

⁷⁸⁰ Cf. Col 3,2.

⁷⁸¹ Ap 18,2-3.

⁷⁸² Ibid. 6-7.

A veces los pecadores son castigados por sus pecados; y su propia injusticia sirve a la justicia de Dios, cuando el propio pecado es ministro de la venganza. Dice el Salmista: "Fuego, azufre y torbellino huracanado será la parte de su cáliz"⁷⁸³. "Fuego" de la concupiscencia en el cual arden ahora, y "azufre" de la conciencia impura que ahora expande un olor fétido para Dios y para ellos mismos, y "torbellino huracanado" que ahora agita e inquieta su alma. Estas tres cosas son su parte y su cáliz. O bien se dice "parte del cáliz" para significar que no es todo el cáliz porque es una parte de su castigo y no todo su castigo.

Por consiguiente, cuando los malos pecan, beben el vino del error en el cáliz de los demonios. Cuando con toda justicia son castigados, ya sea por los pecados, ya sea por sus propios pecados, se embriagan con el cáliz de la cólera del Señor.

Algo más sobre el cáliz del Nuevo Testamento. El cáliz del Nuevo Testamento es un "cáliz de vino puro"⁷⁸⁴, y en cierto modo contiene en sí "la misericordia y el juicio"⁷⁸⁵: misericordia para los que no beben el cáliz de los demonios, "que no andan según la carne"⁷⁸⁶, que han llegado a ser "una misma planta" con Cristo "por la semejanza de su muerte"⁷⁸⁷, a fin de obtener misericordia; juicio para los que no se juzgan a sí mismos, que andan "según los deseos del error"⁷⁸⁸, ebrios por el vino del error del cáliz de los demonios. Ahora bien, toda la efusión de la gracia y la misericordia de Dios, así como el celo de su indignación y de su cólera vienen y salen de alguna manera de este cáliz. Éste es vida del mundo para los que son salvados, y juicio del mundo para los que se pierden. De éste Dios derrama la plenitud de su amor insondable, de éste derrama toda la indignación de su cólera

⁷⁸³ Sal 10,7.

⁷⁸⁴ Sal 74,9.

⁷⁸⁵ Sal 100,1.

⁷⁸⁶ Rom 8,1.

⁷⁸⁷ Rom 6,5.

⁷⁸⁸ Ef 4,22.

sin límites. Porque el mundo será convencido de pecado⁷⁸⁹ en aquellos que se pierden; y no hay nada que los pierda tanto como el mostrarse ingratos en pago de una gracia tan grande.

¡Ay! del hombre para quien la salvación del mundo se torna en juicio, para quien la vida se convierte en muerte y el perdón en condenación; para quien la gracia se trueca en cólera, para quien el cáliz de reconciliación es un cáliz de indignación, para quien el vino puro se convierte en hez. Cristo murió por nosotros. ¿Acaso gratuitamente? ¿Qué devolveremos en este mundo? ¿Qué responderemos en el otro? Que lo diga el protomártir Esteban: ¡Por ti ha sido lapidada mi carne, Dios mío!⁷⁹⁰ Que lo diga también Lorenzo: Por ti ha sido quemada mi carne, Dios mío!⁷⁹¹ Cualquiera que por Cristo ha recibido en su cuerpo un golpe mortal puede decir: "Esto me ha sucedido, porque he buscado tu justicia"⁷⁹². Cualquiera que ha "crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias"⁷⁹³ puede decir: ¡Por ti ha sido mortificada mi carne, Dios mío! Mas ¿qué dirán el impío y el pecador que no hacen caso de la muerte de Cristo, que por una irreverencia odiosa miran como hez "la sangre de la uva purísima"⁷⁹⁴ y pisotean al Hijo de Dios?⁷⁹⁵.

Esta "hez no consumida"⁷⁹⁶, ¿no es ante todo la indiferencia, el desprecio hacia un sacramento tan grande y un tan grande beneficio? Indiferencia y desprecio que nunca serán borrados, nunca perdonados. Ciertamente, este cáliz nada tiene de corrompido, nada de impuro, nada de sedimentado. Pero se dice con verdad que los impíos violan la alianza de Dios⁷⁹⁷, manchan su santo nombre⁷⁹⁸, deshonran su justi-

789 Cf. Jn 16,8.

790 Cf. *Breviarium Cisterciense*, In festo S. Stephani Protomartyris, Antiph. ad Tertiam.

791 Cf. *Breviarium Cisterciense*, In festo S. Laurentii, Antiph. ad Tertiam.

792 Sal 118,56.

793 Gál 5,24.

794 Dt 32,14.

795 Cf. Heb 10,29.

796 Sal 74,9.

797 Cf. Sal 54,21.

798 Cf. Lev 20,3.

cia⁷⁹⁹, que ellos mismos por su propio vicio se corrompen, se manchan y se deshonran en las cosas que miran a la alianza de Dios, su nombre y su justicia. Del mismo modo, los que no respetan una gracia tal, y al vino puro lo desprecian y consideran como hez, se hacen peores a causa de este bien y se embriagan con hez en lugar de con vino puro.

¡Oíd fornicadores, oíd adúlteros. Oíd todos vosotros, los que vivís en los deleites y amáis la vanidad de este mundo: "No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios". Vosotros estáis ebrios de un vino embriagador: ¡despertaos de una vez! Digerid este vino del que estáis ebrios. Levantaos de vuestro sueño antes de que se despierte y se levante contra vosotros "el Señor como quien duerme, como un valiente embriagado por el vino"⁸⁰⁰. Porque el Señor, que actualmente se calla y espera "como quien duerme", se despertará al fin "como un valiente embriagado por el vino" de la cólera; él despertará a los que duermen, a los que ahora están embriagados por el vino del error. Porque es poderoso y hará sentir su poder, es vencedor y hará sentir su victoria⁸⁰¹, como dice la Escritura: "Eres terrible ¿quién te resistirá a la hora de tu cólera?"⁸⁰².

4. I Corintios, 11, 20-27.

En la misma carta se lee más adelante:

"Y cuando os reunís en el mismo lugar, no es para comer la cena del Señor. Porque cada uno se adelanta a tomar su propia cena. Y mientras uno pasa hambre, otro está ebrio. Pero ¿es que no tenéis casas para comer y beber? ¿O en tan poco tenéis la Iglesia de Dios, y así avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a decir? ¿Os alabaré? En esto no os alabo. Porque yo recibí del Señor lo que os transmití: Que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan y, dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; ha-

799 Cf. Sal 88,32.

800 Sal 77,65.

801 Cf. I Sam 26,25.

802 Sal 75,8.

ced esto en memoria mía. Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía. Pues cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga. Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor"⁸⁰³.

El Apóstol da a la Iglesia de Dios que estaba en Corinto toda clase de instrucciones sobre la verdadera religión. Entre otras enseñanzas saludables le entregó lo que él había aprendido del Señor y podría serle útil para la edificación de todas las Iglesias respecto de la cena del Señor, es decir, el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Él muestra cómo y con qué ceremonial ha sido instituida esta cena; lo que es, cuál es su virtud, en qué aprovecha, o a quienes les es funesta. Ahora bien, en Corinto había cristianos dignos de reprehensión por la manera como recibían este sacramento. Ellos le testimoniaban muy poco respeto cual si ignoraran o subestimaran la dignidad de una gracia tan grande. En esta ocasión, escribió para decir qué suprema dignidad conviene reconocer a este sacramento, y con una reprehensión conveniente frenó la audacia irrespetuosa de los que obraron mal.

Censurando el mal de la discordia dice: "Cuando os reunís en asamblea, oigo decir que hay escisiones entre vosotros; y en parte lo creo"⁸⁰⁴. Efectivamente, se considera causa de discordia el que en la iglesia, donde uno se reúne por motivos de unidad, unos reclamen para sí su propia ofrenda, y otros, al no recibir nada queden confundidos. Este solo motivo, de admitir que no existieran otros, podía bastar para impedirles comer la cena del Señor. Por lo cual dice: "Cuando os reunís en el mismo lugar no es para comer la cena del Señor". Como si dijera: Por el solo hecho de haber escisiones entre vosotros, no os está permitido comerla. O bien: Vosotros sufrís desde ahora un primer daño: el que no os está

permitido comer la cena del Señor. En el futuro, si no tenéis cuidado, será peor para vosotros.

Él añade otra razón: Cada uno se apresura, antes de la cena del Señor, a tomar su propia cena —es decir su refección corporal— para comerla y no para darla a los pobres. Lo que él llama "cena del Señor", es la recepción de la Eucaristía, que no se debe tomar después de haber comido sino en ayunas, en honor de un tan grande sacramento. Sin duda que Cristo la ha dado a sus discípulos después de la cena, para ponerla más en evidencia, porque quería que ella fuese el último recuerdo suyo grabado en el corazón y en la memoria de ellos; pero reservó a sus apóstoles el enseñar cómo había que recibirla en lo sucesivo.

El Apóstol no dice abiertamente que cada uno reclama su ofrenda, tal como nosotros lo decimos ahora, sino que tal vez alude a esto cuando dice: "Oigo que hay divisiones entre vosotros." Después de un paréntesis sobre las divisiones inevitables, añade: "Cuando os reunís en el mismo lugar no es para tomar la cena del Señor". Y da la razón añadiendo: "Porque cada uno se adelanta a tomar su propia cena". Después les reprocha que no den nada a los que tienen hambre, y que estén ebrios cuando deberían estar ayunos de bebida. Tienen sus casas y sin embargo hacen en la iglesia lo que se debe hacer en la propia casa, es decir, beber y comer. Desprecian la iglesia de Dios que es una casa de oración, llenan de confusión a los que no tienen nada, al comer y beber ante ellos sin darles nada.

Por eso concluye: "¿Qué voy a deciros?" Hablando con circunspección, "¿os alabaré? En esto no os alabo." No os alabo porque es el cuerpo del Señor lo que recibís sin respeto, cuando deberíais recibirlo en memoria suya. Esto es lo que aprendí de él.

"Porque yo recibí del Señor lo que os transmití." Él recibió del Señor lo que debía transmitir a las Iglesias sobre es-

803 1 Cor 11,20-27.

804 Ibid. 18.

te sacramento, como también el Evangelio que ha anunciado. También escribe a los Gálatas: "Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es según el hombre. Porque no lo recibí ni aprendí de ningún hombre sino por revelación de Jesucristo⁸⁰⁵".

"En la noche en que fue entregado", siendo inminente su pasión, "tomó pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía." Estas palabras "la noche en que fue entregado, tomó pan..." deben entenderse de la tarde; porque a la tarde, el día 14 de la luna era cuando se inmolaba el cordero.

"Pues cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga." El Señor había dicho: "Haced esto en memoria mía." El Apóstol explica en qué consiste esta memoria: es el anuncio de la muerte del Señor, que habrá que repetir siempre en la Iglesia de aquí abajo y que no debe cesar hasta el retorno de Cristo. Ahora bien, se hace esta memoria o este anuncio de la muerte de Cristo creyendo, confesando, representando; esta representación consiste en ofrecer el sacrificio, en comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo, en imitar su pasión.

"Así pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor." Es responsable del cuerpo y de la sangre recibidos indignamente; es decir, responsable de haberlos recibido indignamente, responsable también del cuerpo crucificado por él, de la sangre derramada por él, responsable, por lo tanto, de la muerte de Cristo. Porque, si bien él no provoca la muerte de Cristo, en lo que está de su parte obra de tal modo que hace inútil la muerte de Cristo. Él impide su salvación, mancha la sangre del testamento, pisotea al Hijo de Dios⁸⁰⁶, y

al vivir mal, torna ineficaz para él el mérito de la muerte de Cristo. Por eso estos tales son responsables de la muerte de Cristo; deberán dar cuenta, conjuntamente, de su propia vida y de la muerte de Cristo.

5. I Corintios, 11, 28-32.

"Exámínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe indignamente, come y bebe un juicio contra sí mismo, al no discernir el Cuerpo del Señor. Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos dormidos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados. Mas cuando somos juzgados somos corregidos por el Señor para no ser condenados con el mundo⁸⁰⁷."

Si el que come y bebe indignamente corre un peligro tan grande, ¡que el hombre se pruebe a sí mismo! Que examine su conciencia, que interrogue toda su vida, que escrute su memoria, que juzgue y recrimine minuciosamente su propio corazón; que se someta a la ley de la penitencia y de la disciplina; que se ejercite durante algún tiempo en ser verdaderamente probado, y así coma del pan y beba del cáliz.

Para hacer penetrar más íntimamente en la memoria e imprimir más atenta y profundamente el peligro que hay en recibir el sacramento de una manera indigna, y apartarlos así de una impiedad tan grande, el Apóstol añade: "Pues el que come y bebe indignamente, come y bebe un juicio contra sí mismo". No dice "no dignamente" sino "indignamente". Porque ¿quién recibirá jamás dignamente el cuerpo del Señor? Por justo, por perfecto que uno sea, el hecho de que se lo reciba dignamente depende más de la dignación del Señor que de la dignidad del servidor. Pero cuando lo recibe un impío, la indignidad del pecador y la indignación del Juez acrecen el peligro. En efecto, come "un juicio contra sí mismo". ¿Por qué "un juicio contra sí mismo?" Porque hay

805 Gál 1,11-12.

806 Cf. Heb 10,29.

807 I Cor 11,28-32.

un juicio de muerte para el que lo come de esta manera a causa de lo que come. ¿Por qué come un juicio? Porque come a su Juez más que a su Salvador, al "no discernir el cuerpo del Señor". Entonces será juzgado porque él no juzga; porque recibe con desaprensión el cuerpo del Señor y no lo distingue de los otros alimentos. No ven cuán santo y venerable es lo que recibe, con qué temor y temblor habría que recibirlo.

El Apóstol hace resaltar todos los peligros que amenazan a los que lo reciben indignamente: "Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos dormidos." La condenación de una impiedad tan grande no es diferida a más tarde; muchos, por haber recibido indignamente el cuerpo del Señor están desde ahora enfermos en su alma, débiles en su cuerpo; mueren prematuramente: les ha costado la vida. El primero de estos tres males es común, sin duda, a todos los que reciben indignamente el cuerpo de Cristo. Los otros dos si bien no les acaecen a todos, al menos sí a muchos para corrección de otros, porque la desdicha ajena les enseña a temer más y a mostrar un respeto más grande hacia una gracia tan grande. Sin decirlo explícitamente, el Apóstol parece insinuar así que los que reciben dignamente el cuerpo del Señor son confortados en su alma, que muchos llegan a ser más robustos en su cuerpo, y que tal vez gocen de una larga vida o al menos de una vida bastante larga. Sin embargo no nos atrevamos a afirmar temerariamente lo que el Apóstol no dice, ni tampoco neguemos impíamente lo que dice.

En medio de males tan grandes suspendidos sobre los que reciben indignamente el cuerpo del Señor no hay más que un recurso para el fiel: juzgarse a sí mismo con el rigor que conviene. Por esto dice el Apóstol: "Si nos juzgásemos a nosotros mismos", según la ley de la penitencia y de la disciplina, "no seríamos juzgados por el Señor", o sea, según el movimiento de su cólera y de su indignación. "Pero cuando somos juzgados somos corregidos por el Señor". El juicio por

el cual los buenos se juzgan a sí mismos en el tiempo presente es de algún modo una corrección que viene del Señor y no es extraña a su sentencia. Porque él mismo es el que ordena así, él quien aconseja, él quien quiere perdonar al que a sí mismo no se perdona. Y el que se impone una pena por Cristo o recibe de buen grado y con paciencia la que el Señor le impone, en ambos casos es juzgado por sí mismo y corregido por el Señor, para no ser castigado con este mundo, para que su suerte no sea la de los infieles que ya son juzgados⁸⁰⁸. Porque es como un infiel el que se aproxima al sacramento irreflexivamente.

Pueden entenderse también de otra manera estas palabras: "Mas cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor". Antes había dicho: "Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos dormidos", significando con ello que el Señor castiga algunas veces la audacia de unos para corrección de otros. Luego, hablando en primera persona añade: "Si nos juzgásemos a nosotros mismos no seríamos juzgados". Y enseguida: "Mas cuando somos juzgados somos corregidos por el Señor". Lo que equivale a decir: Nosotros, fieles invitados a una gracia tan grande somos a veces juzgados —nosotros, es decir, aquellos de entre nosotros que somos flacos, débiles o estamos dormidos—; y cuando somos juzgados así, nosotros —es decir, los otros a quienes aprovecha este juicio que castiga a unos para corrección de otros— somos corregidos por el Señor. Según esta explicación los dos verbos "somos juzgados" y "somos corregidos" por el Señor se refieren por separado el uno a los pecadores, y el otro a los justos, aunque parecen haber sido dichos de las mismas personas. Este modo de hablar es empleado frecuentemente en las Escrituras. Por ejemplo: "Cuando los hería de muerte lo buscaban, y se convertían y volvían a él desde la mañana"⁸⁰⁹. Evidentemente que no eran los mismos los que habían sido matados y los que volvían a Dios y lo buscaban.

808 Cf. Lc 12,46; Jn 3,18.

809 Sal 77,34.

Bajo el nombre de "mundo" debemos entender ya sea a los infieles, ya sea en forma general a los malos; entre éstos, muchos son como infieles o peores que ellos. El Doctor de la verdad como un sabio piloto nos advierte claramente que debemos huir a remo y velas de este peligro tan temible para nuestra navegación: si Dios no lo corrige, él teme ser castigado con este mundo. Por eso castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre para no ser él eliminado en la prueba⁸¹⁰. Su temor es un golpe terrible para nuestros corazones, y nos invita a temer más, porque ¿qué hombre razonable no temería cuando Pablo tiene miedo? ¿Qué hará la brizna del desierto cuando el cedro del paraíso tiembla? Nuestra posición es difícil: es necesario que seamos juzgados, ya sea por nosotros mismos —y entonces bastante suavemente; ya sea por el Señor, por el Señor irritado —y entonces con severidad. Temamos pues el peligro y huyamos; escapemos del juicio por el juicio. "Reprimamos nuestros pecados con un castigo voluntario, y suframos en este mundo antes que ser enviados al suplicio eterno"⁸¹¹.

TERCERA PARTE

LAS FIGURAS DE LA EUCARISTIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Capítulo Primero

EL CORDERO PASCUAL

Esquema de lo que va a seguir.

Las principales figuras que anunciaban el sacramento del altar fueron el pan y el vino ofrecidos por Melquisedec, el cordero pascual y el maná. Pero ya hemos hablado del

pan y del vino, como el tema lo exigía, según el orden cronológico de los sacrificios. Consideremos ahora el cordero y el maná, y en primer lugar el cordero del cual se dice en el Exodo:

1. Exodo, 12, 1 - 11.

"El Señor dijo a Moisés y Aarón en la tierra de Egipto: Este mes será para vosotros el comienzo de mes. Será el primer mes del año. Hablad a toda la asamblea de Israel y decidles: El día diez de este mes tome cada uno un cordero por su familia y por su casa. Si no hay bastantes personas para comer el cordero, tome a su vecino, al de la casa cercana; tome tantas personas cuantas sean necesarias para comer el cordero: este cordero será sin defecto, macho, de un año. En las mismas condiciones tomaréis un cabrito. Lo reservaréis hasta el día 14 de este mes. Toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Tomarán de su sangre y untarán los postes y el dintel de las casas donde ellos lo coman. Esa misma noche comerán las carnes asadas al fuego, con panes ácidos y lechugas silvestres. No comeréis nada de él crudo, ni cocido al agua, sino sólo asado al fuego. Comeréis las patas, la cabeza y las entrañas; y no quedará nada para la mañana. Si algo quedare lo quemaréis al fuego: habéis de comerlo así: tendréis ceñidos los lomos, calzados los pies, y vuestros bastones en las manos; y lo comeréis de prisa porque es la pascua, es decir, el paso del Señor"⁸¹².

Así como en otro tiempo la verdad ahora manifestada se escondía bajo el velo de las figuras, así también la oscuridad de las figuras se manifiesta hoy por el resplandor de la verdad, según lo que está escrito: "La noche se iluminará como el día"⁸¹³. Todo lo que se manifiesta es luz. La verdad manifestada ilumina la figura a tal punto que ella misma aparece más resplandeciente en comparación con la figura. Porque esta confrontación de la figura y de la verdad, por la admirable armonía de su semejanza mutua, esclarece el sentido místico de la figura y confirma la fe en la ver-

810 Cf. I Cor 9,27.

811 Missale Cisterciense, Feria VI, post. Dom. Passionis, Oratio.

812 Ex 12,1-11.

813 Sal 138,12.

dad de la que no se puede dudar. La figura concuerda de tal modo con la verdad que aprovecha el testimonio de la verdad de la que es signo⁸¹⁴. La verdad de tal modo responde a la figura que ésta recibe una confirmación de lo que en otro tiempo había prefigurado. Veamos entonces cómo el nuevo sacrificio se armoniza con el antiguo, y cuán maravillosamente está configurado a aquél que en otro tiempo lo anunció maravillosamente.

"Este mes será para vosotros el comienzo de mes. Será el primer mes del año".

Entre los Hebreos, el primer mes se llamaba nisán: aquél en el cual se cree que fue creado el mundo. Su plenilunio era esperado después del equinoccio de primavera. En este mes el pueblo de Israel fue liberado de la servidumbre de Egipto y comenzó la pascua legal. En este mes el género humano fue arrebatado del poder del diablo por la sangre de Cristo y fue hecho apto para la vida eterna por la resurrección de Cristo. También en este mes la nueva pascua fue instituida por Cristo. Este mes, insigne por tantos motivos, es pues con toda razón el primero de los meses según el cómputo de los Judíos.

"Hablad a toda la asamblea de Israel y decidies: El día diez de este mes tome cada uno un cordero por su familia y por su casa".

Dios ordena tomar un cordero del rebaño el día diez, ordena guardarlo hasta el día catorce por la tarde y entonces inmolarlo. Esto como figura de Cristo que vino a Jerusalén el día diez del primer mes, y fue recibido allí por las muchedumbres con palmas y aclamaciones⁸¹⁵. Se toma el cordero el día diez, se lo inmola el día catorce. El número diez significa la Ley por causa del Decálogo. El número cuatro figura los cuatro Evangelios. Cristo, que no vino a abo-

lir la Ley sino a cumplirla⁸¹⁶, viene el día diez al lugar de su pasión, y el día catorce de la luna, por la tarde, será entregado a los que deben crucificarlo. Con esto cumplió en primer lugar la obediencia según la Ley, y luego añadió la obediencia según la perfección evangélica al dar su vida por sus hermanos⁸¹⁷.

"Si no hay bastantes personas para comer el cordero, tome a su vecino, al de la casa cercana; tome tantas personas cuantas sean necesarias para comer el cordero".

El sentido literal es claro. En sentido místico, este versículo significa la vocación de los Gentiles que han sido admitidos a comer el cordero. El pueblo de Israel, solo, no era suficiente para comer el cordero, porque este cordero era suficiente para más pueblos que el de Israel: era suficiente a la vez para los israelitas y para los paganos. El pueblo de los Gentiles era vecino del de Israel, su casa, contigua a la suya, porque uno y otro pueblo venían de un solo Padre —Dios— según la creación, uno y otro descendían de Adán y de Noé según el origen carnal, y uno y otro debían "según el decreto de la gracia"⁸¹⁸, reunirse en una sola casa que es la Iglesia, —pero el pueblo de los Gentiles por medio del pueblo judío. Por eso también los Hebreos son exhortados a tomar de su vecino, y es esto lo que sucedió cuando los Apóstoles acogieron a los gentiles.

Otra explicación: si hubiera en una casa o en un grupo hermanos simples que no sean suficientes para comer el cordero, es decir, que no puedan comprender suficientemente este sacramento de nuestra fe, se les aconseja tomar consigo no a un extraño, a saber, un herético, sino a su vecino, el que está junto a su casa, esto es, a un católico de sana doctrina⁸¹⁹ que les ayude a comer el cordero, o sea, a com-

814 Cf. Lc 2,34.

815 Cf. Jn 12,12-13.

816 Cf. Mt 5,17.

817 Cf. I Jn 3,16.

818 Rom 4,5.

819 Cf. Tito 2,1.

prender el sacramento del verdadero cordero según la piedad de la fe.

"El cordero será sin defecto, macho, de un año".

Según el mandato de la Ley, había que elegir un cordero sin defecto, es decir, sin vicio corporal: ni cojo, ni con otro defecto. Todas estas condiciones se aplican a Cristo. Él es el Cordero que quita los pecados del mundo⁸²⁰, inocente, inmaculado, "apartado de los pecadores"⁸²¹. "Él no cometió pecado ni se encontró dolo en su boca"⁸²². Es macho porque nada hay en él de afeminado, sino que en todo obra virilmente⁸²³; es de un año porque de este año dice la Escritura: "Coronas el año de tu bondad"⁸²⁴, y del cual el mismo Señor ha dicho por boca de Isaías: "Debo publicar el año de la reconciliación del Señor"⁸²⁵. Es de un año, porque la gracia es nueva, no tiene la antigüedad de los años precedentes, es decir, la vetustez del pecado.

"En las mismas condiciones tomaréis un cabrito".

Me parece que esta frase quiere decir que, a falta de cordero, se debe tomar un cabrito para celebrar la pascua. Agustín parece contradecir esta interpretación; según él los Judíos violentan el texto al explicar que a falta de cordero se debe tomar un cabrito para celebrar la pascua. Pero da la impresión de que Agustín utiliza otra versión en la que se diría: "Tomad un cordero de entre los corderos y los cabritos". Dice en efecto: "¿Por qué esta orden de tomar un cordero de entre los corderos y los cabritos, sino como figura de aquél que tomó carne de antepasados justos y de antepa-

sados pecadores?"⁸²⁶. Pero el texto que usamos ordena, a mi parecer, tomar un cabrito que tenga las mismas cualidades que el cordero. Y es razonable decir que el cabrito significa a Cristo, porque éste tomó una carne semejante a la carne de pecado⁸²⁷.

"Lo reservaréis hasta el día catorce de este mes. Toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde".

Esto puede entenderse de ambos: del cordero o del cabrito. El cordero o el cabrito debía ser retirado del rebaño el día diez, reservado hasta el día catorce del mismo mes e inmolado por la tarde, porque es al fin de los siglos que "Cristo fue inmolado"⁸²⁸ por los judíos, y por la tarde fue apresado y entregado para darle muerte.

También nosotros de alguna manera inmolamos a Cristo por la tarde, porque lo inmolamos después de su muerte que es como el ocaso del sol. En efecto, aunque Cristo haya resucitado, siempre es la muerte de Cristo lo que se anuncia⁸²⁹ en el sacrificio del altar, y lo que se hizo en aquella tarde es lo que se representa.

"Tomarán de la sangre del cordero y untarán los postes y el dintel de las casas donde ellos lo coman".

La casa en la que habitamos somos nosotros mismos —siempre que permanezcamos en nosotros y no nos dejemos arrastrar fuera por los "deseos engañosos"⁸³⁰. Los postes de nuestras casas son la firmeza del corazón y del cuerpo en la fortaleza y la paciencia. Untamos con la sangre del cordero los dos postes cuando imitamos la pasión de Cristo y nos asociamos a ella por el sufrimiento del uno y del otro,

820 Jn 1,29.
821 Heb 7,26.
822 I Pe 2,22, según Is 53,9.

823 Cf. Sal 26,14.
824 Sal 64,12.
825 Is 61,2.

826 Cita aproximada de S. AGUSTÍN, Quæst. in Hept., 2,42; PL 34, 608; CSEL 28, p. 114.
827 Cf. Rom 8,3.

828 I Cor 5,7.
829 Cf. I Cor 11,26.
830 Ef 4,22.

es decir, del alma y del cuerpo. En efecto, es demasiado poco untar con sangre un solo poste: un cristiano debe hacer penitencia castigando tanto su alma como su cuerpo. Estas palabras del Profeta: "Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos"⁸³¹, no nos prohíben desgarrar nuestros vestidos, es decir, castigar nuestros cuerpos, sino que muestran que esta penitencia corporal no basta. Del mismo modo cuando el Señor dice: "Quiero la misericordia y no el sacrificio"⁸³², simplemente da el primer lugar a la misericordia, sin la cual el sacrificio por sí solo no bastaría.

El dintel es la intención piadosa. Se lo unta con sangre cuando la intención interior está dirigida a la imitación de la pasión de Cristo.

También se unta el dintel con sangre de otra manera: llevando en la frente la cruz de su pasión. De ahí que el Señor diga al personaje que el profeta Ezequiel ve en medio de los candelabros semejante a un hijo de hombre: "Pasa por en medio de la ciudad de Jerusalén y marca un Tau en la frente de los hombres que gimen y se duelen de todas las abominaciones que allí se cometen". Y dijo a los seis hombres que estaban de pie junto al altar de bronce: "Pasad en pos de él por la ciudad y herid". Y un poco más adelante: "No matéis a ninguno de aquellos en los que veáis la Tau. Y comenzad por mi santuario"⁸³³. También se lee en el Apocalipsis: "Tenían su nombre y el nombre de su Padre escritos en sus frentes"⁸³⁴. Y en Éxodo: "Harás una lámina de oro puro en la cual mandarás grabar: Santo para el Señor. La sujetarás con una cinta de jacinto y ella estará sobre la tiara y pendiente sobre la frente del pontífice"⁸³⁵. ¿Qué debemos entender por la frente, sino la confesión pública y valiente de la cruz de Cristo? Ciertamente, es menester que el

servidor de Cristo no se avergüence de la humildad de Cristo, ya para predicarla, ya para imitarla. Cristo no se avergonzó, él que "soportó la cruz despreciando la ignominia"⁸³⁶. De ahí que el Apóstol exhorte a Timoteo diciendo: "Mira bien cómo presentarte ante Dios, probado como obrero que no tiene de qué avergonzarse"⁸³⁷. Confesar la propia fe es anunciar a Cristo con la lengua y la vida, la palabra y el ejemplo, las conversaciones y las costumbres; es llevar "la humillación de Cristo"⁸³⁸, no avergonzarse de la humildad, la pobreza y todo abajamiento soportado por Cristo. El Profeta dice en el mismo sentido: "Hice mi rostro como piedra durísima, sabiendo que no sería confundido"⁸³⁹. En oposición a aquellos que untan con sangre el dintel, que tiene la Tau o el nombre de Dios escrito en su frente, están aquellos que no sólo no se avergüenzan de ser alabados por infames y por acciones infames, sino que lo desean; "ponen su gloria en lo que es su vergüenza"⁸⁴⁰, se jactan de lo que debería cubrirlos de confusión, endurecen su frente como la de una cortesana, y no se avergüenzan de lo que deberían avergonzarse. Está escrito: "Tenías frente de prostituta, no querías avergonzarte"⁸⁴¹.

Por último, untamos también con sangre del Cordero los dos postes y el dintel, cuando recibimos la sangre de Cristo en la boca del cuerpo y en la del corazón, y cuando ponemos nuestra esperanza no en nuestras propias fuerzas — porque ella es de arriba — sino que la marcamos con la sangre del Cordero. Porque los que son encontrados más perfectos que los demás, los mártires de Cristo, no han "lavado su vestidura" en su propia sangre sino que "las han blanqueado en la sangre del Cordero"⁸⁴². Su propia sangre, por pura e inocente que fuera, no bastaría para purificarlos de sus pe-

831 Joel 2,13.

832 Mt 9,13, según Os 6,6.

833 Ez 9,4-6.

834 Ap 14,1.

835 Ex 28,36-37.

836 Heb 12,2.

837 II Tim 2,15.

838 Heb 11,26.

839 Is 50,7.

840 Flp 3,19.

841 Jer 3,3.

842 *Breviarium Cisterciense*, In festo SS. Innocentium, Antiph. III ad Vesperas; cf. Ap 7,14.

cados. Untamos con sangre del Cordero los dos postes, cuando fortalecemos nuestro cuerpo y nuestra alma al recibir la sangre del Señor. Untamos el dintel, cuando creemos que el poder de esta sangre nos salvará a los que no confiamos en nuestra justicia.

"Esa misma noche comerán las carnes asadas al fuego".

Comemos el Cordero de noche, porque en el sacramento recibimos ahora el cuerpo del Señor. Este sacramento es un misterio profundo, cubierto con un velo sagrado.

Lo comemos de noche porque aún no vemos mutuamente nuestras conciencias; no comprendemos plenamente nuestras propias faltas, ni sabemos a qué estado se aproxima cada uno. En efecto, "¿Quién conoce sus faltas?"⁸⁴³.

Comemos la carne asada al fuego si en lo referente a la carne de Cristo tenemos los pensamientos y sentimientos que convienen. Ella ha sido concebida por el Espíritu Santo; bajo la acción de este fuego de amor, ha sido unida al Verbo de Dios, expuesta al sufrimiento para la salvación del mundo, quemada por entero como un "holocausto" al fuego de la pasión, para ser "un perfume de suavísimo aroma para el Señor"⁸⁴⁴.

Podemos ver también en el fuego el amor con el que debemos amar a Cristo, y sin el cual nadie se acerca dignamente a las carnes del Cordero. En este sentido, se nos ordena comer las carnes asadas al fuego, y está bien. Porque lo que se ama ardientemente da vuelta en el corazón por una meditación continua, y es como asado al calor del amor. Comemos pues la carne asada, cuando recogemos ávidamente y recibimos en nosotros mismos el ejemplo de la pasión de Cristo por un amor decidido a imitarle.

843 Sal 18,13.

844 Núm. 15,24.

"Con panes ácidos y lechugas silvestres."

Cada palabra nos sugiere algo útil y contiene una gracia de edificación. He aquí que se nos ordena comer panes ácidos y lechugas silvestres: ¿por qué? ¿Qué son estos panes ácidos y estas lechugas silvestres? La justicia pura e incorruptible es el pan, la refección vital que hace vivir con justicia. Está escrito de ella: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia"⁸⁴⁵. Y aquél que había desertado de la justicia por la desobediencia, pero que más tarde volvió en sí por la penitencia, dice: "Mi corazón está seco porque me he olvidado de comer mi pan"⁸⁴⁶. Los panes ácidos son todas las virtudes de un alma bien constituida, siempre que sean virtudes verdaderas y sinceras; son también las obras mismas de la justicia, si se hacen sin hipocresía, sin mezcla de pecado. Come del pan sin levadura, el que hace obras rectas sin mezclar allí la corrupción de la vanagloria, quien vigila con cuidado en no perder, por una intención viciada, el bien que hace. Porque la vanagloria en la intención corrompe una obra buena. A la inversa, la buena intención no excusa un acto injusto. Como un reproche se dice: "Haced un sacrificio de alabanza con levadura"⁸⁴⁷. Hace un sacrificio de alabanza con levadura el que ofrece a Dios el fruto del robo, el que busca captar su favor por una obra mala.

Las lechugas silvestres son muy amargas. Pueden significar la penitencia y la disciplina: la primera llora amargamente los pecados pasados, la segunda refrena con severidad los deseos prohibidos.

Porque sin la justicia, la penitencia y la disciplina no debemos acercarnos a las carnes del Cordero, con razón se nos exhorta a comerlas con panes ácidos y lechugas silvestres.

845 Mt 5,6.

846 Sal 101,5.

847 Amós 4,5.

"No comeréis nada de él crudo, ni cocido al agua, sino sólo asado al fuego."

Los términos del relato excluyen en parte el sentido histórico, puesto que no se acostumbra comer crudo el cordero. En sentido místico, este pasaje sugiere que hay tres clases de comensales: en las cuales se contienen cuatro. Porque algunos tienen el celo de Dios según la ciencia de la piedad; otros tienen "el celo de Dios pero no según la ciencia⁸⁴⁸" de la piedad; otros tienen la ciencia y no el celo; otros no tienen ni la ciencia ni el celo. Estos cuatro grupos pueden expresarse con tres figuras. Unos comen la carne cruda, otras la comen cocida al agua, otros la comen sólo asada al fuego.

Para comenzar por este último grupo, es asado al fuego lo que es cocido al calor de la fe y la caridad. Comen asado al fuego los que tienen el celo de Dios según la ciencia, es decir, según la piedad de la fe; los que creen piadosamente en Cristo y lo aman con fidelidad y con un corazón abrasado.

Comen cocido al agua los que tienen el celo de Dios pero no según la ciencia, no según la doctrina de Cristo. Porque hay quienes tienen celo para conocer la verdad, pero permanecen en el error y no creen en conformidad con la enseñanza de Cristo. Y hay quienes tienen el celo de una vida mejor —en su deseo y en sus proyectos— pero obran con molición y no viven como Cristo ha ordenado. Estos dos grupos comen cocido al agua: cocido por el calor del celo, ciertamente, pero al agua, porque su vida es fluctuante, o incierta su doctrina. La satisfacción de una vida muere y fluctuante es representada a menudo por el agua, como en este pasaje: "Quien beba de esta agua volverá a tener sed⁸⁴⁹". El agua representa también una doctrina errónea o dudosa,

cuando por ejemplo se dice: "Las aguas hurtadas son más dulces⁸⁵⁰."

Hay quienes tienen fe o ciencia, pero ningún celo. Estos comen crudo, porque sin el calor de la fe o del buen celo no cuecen ni al agua ni al fuego lo que conciben en su corazón. Y hay quienes no tienen ni ciencia ni celo para conocer la verdad o seguir la virtud. Ellos también comen crudo. Entre los que comen crudo hay que incluir a los que tienen a Cristo como un puro hombre y no ven en el pan consagrado del altar más que pan ordinario cuya apariencia tiene.

"Comeréis las patas, la cabeza y las entrañas."

La cabeza es la divinidad elevada por encima de todas las cosas, de la cual está escrito: "Su cabeza es de oro puro⁸⁵¹". El Apóstol dice también: "La cabeza de Cristo es Dios⁸⁵²." O bien, la cabeza es el principio de todo, sentido que conviene a Cristo porque él mismo ha dicho: "Yo soy el principio, yo el que os hablo⁸⁵³." O bien, la cabeza es la dignidad eminente que le hace presidir toda la Iglesia, según estas palabras del Apóstol: "Lo puso cabeza de toda la Iglesia⁸⁵⁴."

Los pies son su humilde humanidad. El Profeta dice a este respecto: "Adorad el escabel de sus pies, porque es santo⁸⁵⁵." O bien, los pies que lo han traído hacia nosotros son el amor y la humildad.

Las entrañas son "sus entrañas de misericordia, con las que nos visitó el Oriente de lo alto⁸⁵⁶." Dirás, ¿cuáles son estas "entrañas de misericordia"? El decreto y el plan de nuestra liberación: el decreto que decida, el plan que organi-

850 Prov 9,17.

851 Cant 5,11.

852 I Cor 11,3.

853 Jn 8,25.

854 Ef 1,22.

855 Sal 98,5.

856 Lc 1,78.

848 Rom 10,2.

849 Jn 4,13.

za. Lo que él había decidido hacer y que podía hacer de muchas maneras, ha querido hacerlo, de preferencia, de un modo más admirable que cualquier otro. O bien, las entrañas son los misterios de los sacramentos que él ha instituido para que los recibamos, como el sacramento del bautismo y los demás remedios destinados a purificarnos y a santificarnos. Son también los misterios de los sacramentos cumplidos en sí mismo: los de la encarnación, la pasión, la resurrección y la ascensión. Se nos ordena pues comer la cabeza, los pies y las entrañas, para que convirtamos en nuestro alimento y recibamos con avidez lo que está escrito sobre la divinidad y la humanidad de Cristo y sus sacramentos; que con todo nuestro deseo nos apliquemos a vivir espiritualmente de ello y a alimentar con ello los bienes que están en nosotros, creyendo con piedad, venerando con devoción e imitando con fervor lo que debe ser imitado. Cuanto más frecuentemente hagamos todo esto, tanto más ávidamente devoraremos la cabeza, los pies y las entrañas.

"No quedará nada para la mañana. Si algo quedare lo quemaréis al fuego".

La mañana sucederá a la noche, cuando comprendamos directamente en la verdad manifiesta lo que ahora está velado en el sacramento, y cuando seamos manifestados a nosotros mismos, y unos a otros. Por el momento comemos de noche: todo lo que está escrito de Cristo debemos tenerlo firmemente en la fe —una fe firme e inquebrantable. Ninguna duda impía debe instalarse en el corazón de un hombre, hacerlo demorar hasta la mañana, es decir, hasta el tiempo del conocimiento manifiesto, la adhesión exigida de él desde ahora y hacerle decir: "Si no veo, no creeré"⁸⁵⁷. Una duda admitida contra la piedad, es una parte del Cordero que no ha sido comida. Por eso se nos dice para precavernos: "No quedará nada para la mañana".

⁸⁵⁷ Jn 20,25.

Pero si después de haber tomado a nuestro vecino cuya casa está cercana a la nuestra, no podemos aún comer el Cordero entero, a saber: si después de haber oído la explicación de un doctor católico no podemos aún penetrar toda la profundidad del misterio, ¿qué nos queda hacer sino lo que sigue, que tiene en cuenta nuestra debilidad?: "Si algo quedare lo quemaréis al fuego". Quemamos al fuego lo que queda del Cordero cuando remitimos humildemente al poder del Espíritu Santo lo que no podemos penetrar; porque no hay que arriesgarse a despreciar orgullosamente lo que no se comprende. Quemamos pues al fuego lo que abandonamos al Espíritu Santo. Quemamos igualmente al fuego lo que queda cuando veneramos humildemente, con el fervor de una piadosa sumisión, lo que no somos capaces de comprender.

Es necesario entonces que todo sea comido o quemado al fuego; nada de lo que tenemos que creer, y que tenemos orden de creer debe quedar sin ser comido o quemado al fuego.

"Habéis de comerlo así: ceñidos los lomos".

Sabemos cómo hay que comer la pascua en sí misma. Veamos ahora qué condiciones deben reunir los que la comen. Por los riñones se propaga la concupiscencia que es el mal original. Por eso ella está figurada por los riñones. Se ciñen los riñones quienes refrenan sus malos deseos con el ciño de la continencia. El Señor nos lo recomienda en el Evangelio cuando dice: "Tened ceñidos vuestros riñones"⁸⁵⁸. En efecto, la castidad es la primera condición impuesta a quienes se acercan a la carne del cordero, como algo particularmente necesario, a tal punto que dice el Apóstol: "Buscad la paz con todo el mundo, y también la santidad, sin la cual nadie verá a Dios"⁸⁵⁹. A menudo se llama a la castidad "santidad", porque santifica. En este sentido dice también el Após-

⁸⁵⁸ Lc 12,35.

⁸⁵⁹ Heb 12,14.

tol: "Que cada uno sepa poseer su cuerpo en santidad y honor, no en los deseos de las pasiones, como los paganos que ignoran a Dios"⁸⁶⁰. En el primer libro de los Reyes, David, al llegar a Nob dice al sacerdote Ajimelec: "Si tienes algo a mano, dame cinco panes o lo que encuentres. Y el sacerdote respondió a David: No tengo a mano panes de los ordinarios, pero hay pan santo. Siempre que tus muchachos se hayan abstenido de trato con mujeres. David le contestó: Eso sí nos hemos abstenido ayer y anteayer, desde que salimos. Los cuerpos de los muchachos están santos"⁸⁶¹. Este pasaje muestra cómo se da a la continencia el nombre de santidad. Deja también entrever cómo, si se exigió esta santidad de los soldados de David para comer el pan del santuario, con mayor razón se la exigirá de los fieles, para comer el pan de vida "que ha bajado del cielo"⁸⁶². Por eso los que poseen la castidad deben agradecer a Dios por el don tan grande que les ha dado. Que los que no lo poseen lo pidan a Dios⁸⁶³, y no crean que lo pueden poseer sin que les sea concedido de lo alto. Porque está escrito en el libro de la Sabiduría: "Sabía que no puedo ser casto si Dios no me lo da; y esto era ya sabiduría, saber de quién viene este don"⁸⁶⁴.

"Tendréis calzados los pies".

Los que van a emprender un camino reciben la advertencia de tener calzados los pies contra las asperezas del camino o contra los peligros del desierto, donde la serpiente puede acechar⁸⁶⁵ al talón y morder en la sombra. En sentido figurado, todos los que al comer el Cordero deben ser sacados de Egipto, es decir, de la vida inútil del mundo, tienen que calzar sus pies, o sea sus sentimientos, con los testimonios de las Escrituras, esto es, con los preceptos y consejos de Dios y los ejemplos de los santos Padres que les servirán co-

mo de calzados. De este modo no correrán peligro de vivir o pensar respecto de Cristo otra cosa que lo que ordena el testimonio de las sagradas Escrituras o "prescriben los ejemplos de nuestros mayores"⁸⁶⁶. Por eso los Apóstoles reciben la orden de estar calzados con sandalias⁸⁶⁷. Dice el Apóstol: "Calzados los pies, para preparar el Evangelio de la paz"⁸⁶⁸. Y está escrito, como una alabanza para la esposa: "¡Qué bellos son tus pies en tus sandalias, hija de príncipe"⁸⁶⁹.

Mas ¿qué significa entonces esta palabra de Dios a Moisés: "Quita las sandalias de tus pies"⁸⁷⁰, o esta recomendación dirigida a los Apóstoles: "No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias"⁸⁷¹? Es que el calzado se toma en dos sentidos: en un sentido favorable, como en nuestras primeras citas, y a veces en un sentido peyorativo como si fueran para el pie un peso y una traba. Las trabas de los malos hábitos y el peso de los pecados en lo que nos concierne, y en los demás, los ejemplos de las obras muertas; nuestro arsenal de defensas y de excusas cuando pecamos, es comparable al calzado que obstaculiza y entorpece nuestros sentidos encargados de mover nuestra alma, y los protegen en el mal sentido. Este es el calzado que los Apóstoles no deben llevar, que Moisés debe quitarse. Dicho de otro modo, no podría poner el pie en una "tierra santa"⁸⁷², es decir, "en la Iglesia de los santos"⁸⁷³, y aproximarse a Dios.

"Tendréis vuestros bastones en la mano".

Hay bastones que sostienen y bastones que corrigen. Un cuerpo débil o fatigado por un camino penoso, se apoya en un bastón. En tal sentido, el joven Tobías es llamado bastón de la vejez⁸⁷⁴ de sus padres, ancianos debilitados,

866 Regla de S. Benito, c.7.

867 Cf. Mc 6,9.

868 Ef 6,15.

869 Cant 7,1.

870 Ex 3,5.

871 Lc 10,4.

872 Ex 3,5.

873 Sal 149,1.

874 Cf. Tob 5,23.

860 1 Tes 4,4-5.

861 1 Sam 21,3-5.

862 Jn 6,33.35 passim.

863 Cf. Sant 1,5.

864 Sab 8,21.

865 Cf. Gén 3,15.

fatigados por el trabajo de vivir. En cuanto a nosotros, nuestro bastón de sostén debe ser aquél del cual dice el Profeta al Señor: "Tu vara y tu bastón son mi consuelo⁸⁷⁵". Este bastón es Cristo que nos afirma y nos sostiene por su propia fuerza en el trabajo de esta peregrinación. Está escrito de la esposa: "¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada en su amado⁸⁷⁶?" Nos es preciso tener siempre en la mano este bastón, puesto que en todas nuestras acciones debemos apoyarnos únicamente en la esperanza de su gracia para que no vacilen nuestros pasos⁸⁷⁷.

Dice la Escritura: "Vuestros bastones" en plural. Si veremos ver allí un matiz, podremos entender que Cristo, aún siendo único, no distribuye la gracia con uniformidad, sino que sostiene a cada uno del modo que conviene y como él quiere sostenerlo. Otro sentido: tienen sus bastones en la mano los que en medio de todas las vicisitudes de la vida se apoyan por la esperanza en los dos maderos de la cruz, y encuentran allí un sostén tanto más fuerte cuanto con más firmeza se apoyan. Por el contrario, se dice de Faraón que es figura del diablo: "Tú te apoyas sobre ese bastón de caña, roto, el Egipto, que horada y hiere la mano de quien se apoya en él. Porque esto es el Faraón, el rey de Egipto, para todos los que esperan en él⁸⁷⁸."

Dijimos también que está el bastón que castiga. En efecto, el bastón o la vara es la insignia del poder. Por eso vemos que en la Iglesia los que mandan a otros llevan el bastón o la vara pastoral en figura de Cristo que les delega su poder y su autoridad para gobernar a sus subordinados, corregir a los transgresores, dirigir a los que han comenzado bien, conducirlos hacia nuevos progresos. Según Lucas, los apóstoles tienen orden de llevar un bastón⁸⁷⁹, el bastón de

la dirección⁸⁸⁰, de la justicia o de la disciplina, aquél del cual dice el Apóstol: "¿Qué queréis vosotros? ¿Qué yo venga a vosotros con la vara, o con amor y espíritu de mansedumbre⁸⁸¹?". El bastón de sostén está igualmente permitido a los prelados, en el sentido de que en las cosas temporales pueden apoyarse en sus súbditos. Ellos mismos deben sostener a sus súbditos en las cosas espirituales y si es posible, en las temporales.

Porque según Marcos no es necesario llevar bastón; es que los perfectos discípulos de Cristo no tienen derecho a defenderse a sí mismos. La Verdad en persona ha dicho: "Si te golpean en una mejilla presenta la otra⁸⁸²", etc. El Apóstol dice también: "No os defendáis vosotros mismos, amadísimos⁸⁸³."

Se lee que Eliseo tenía un bastón: éste puede figurar la rigidez de la Ley, incapaz de resucitar a un muerto⁸⁸⁴. Pero en muchas partes de la Escritura es Cristo, su poder o su justicia, el que está figurado por un bastón o un cetro. Por ejemplo: "El Señor extenderá muy lejos de Sión el cetro de tu poder⁸⁸⁵." Y también: "Tu cetro real es un cetro de equidad⁸⁸⁶." Y en Isaías: "Una vara brotará del tronco de Jesé⁸⁸⁷." Y en Jeremías: "Veo una vara que vigila⁸⁸⁸." Los Setenta han traducido: "un bastón de almendro".

Pero no sólo los pastores de almas a quienes se les ha confiado el gobierno de la Iglesia son los únicos en tener un bastón en la mano: cualquiera que es admitido a comer el Cordero verdadero, debe tener en sentido espiritual un bastón en la mano. En todas sus obras, si en algo falta al orden o la disciplina, se golpeará como con un golpe de bas-

880 Cf. Sal 44,7.

881 I Cor 4,21.

882 Mt 5,39.

883 Rom 12,19.

884 Cf. II Re 4,29-31.

885 Sal 109,2.

886 Sal 44,7.

887 Is 11,1.

888 Jer 1,11.

875 Sal 22,4.

876 Cant 8,5.

877 Cf. Sal 16,5.

878 Is 36,6.

879 Cf. Lc 9,3.

tón, por un juicio severo y una penitencia rigurosa. Porque cada uno debe tener cuidado de sí mismo, castigarse en nombre de Cristo cuando ha faltado y corregir sus propios excesos. La Escritura sugiere que uno se castigue a sí mismo cuando dice: "Todos llevan la espada y son expertos en el combate. Todos llevan la espada al flanco"⁸⁸⁹."

"Lo comeréis de prisa."

Los que viven piadosamente en Cristo⁸⁹⁰, comen siempre este alimento que es Cristo porque es de él de quien siempre reciben el vivir en él. A todos les es necesario este alimento para vivir en la justicia. Y porque no está permitido esperar a la justicia para convertirse, ni avanzar con flojedad cuando se ha comenzado a convertirse, se nos dice: "Comeréis de prisa". Entonces, quienes no viven todavía de Cristo ni en Cristo deben comenzar sin vacilación ni demora a vivir según Cristo y a tener así a Cristo por alimento. Los que viven ya en Cristo deben apresurarse a comer de prisa, es decir, a tender ávidamente al progreso.

Cuando se come a Cristo en el sacramento del altar, hay que comerlo a prisa. No que se deban celebrar los ritos de la misa a prisa y como precipitadamente, sin gravedad ni respeto. Pero cuando llega el momento de la comunión, hay que tomar sin tardanza lo que se debe comer con un deseo muy grande. Porque debemos tomar este alimento como algo que deseamos ardientemente, que deseamos ávidamente. El que se acerca a la comunión debe acercarse como el hambriento a la comida, como el que está muriendo de sed a la bebida; como quien no puede soportar la espera ni ver diferida una gracia tan grande.

⁸⁸⁹ Cant 3,8.

⁸⁹⁰ Cf. II Tim 3,12.

"Porque es la Pascua, es decir, el paso del Señor".

¿Por qué este nombre de "paso del Señor"? Se lo comprende cuando leemos la continuación: "Pasaré yo por la tierra de Egipto aquella noche, y mataré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el hombre hasta los animales." Y más adelante: "Veré la sangre y pasaré de largo, y no habrá para vosotros plaga mortal"⁸⁹¹." Y también: "Es la víctima del 'paso' del Señor, cuando pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo a los Egipcios y liberando nuestras casas"⁸⁹²." Este paso del Señor es la causa de la liberación que hizo pasar a los hijos de Israel de la esclavitud a la libertad, del Egipto a la tierra prometida; pero es también el signo de otro paso: un día el Señor pasará, hiriendo a unos y liberando a otros, como está escrito: "Pasará y los servirá"⁸⁹³."

Cristo es la víctima de nuestro "paso". Pasando él mismo de este mundo al Padre⁸⁹⁴ nos ha abierto el camino para pasar y nos enseña el medio: "En verdad, en verdad os digo, el que escucha mi palabra y cree en aquél que me ha enviado, tiene la vida eterna; y no es juzgado porque ha pasado de la muerte a la vida"⁸⁹⁵.

Sin embargo, existen para nosotros dos pasos: de una vida mala a una buena, o de una vida buena a la vida bienaventurada. El paso de los Hebreos al salir de Egipto es el signo de estos dos pasos; y la causa de ambos es el paso de Cristo de este mundo al Padre.

⁸⁹¹ Ex 12,12-13.

⁸⁹² Ibid. 27.

⁸⁹³ Lc 12,37.

⁸⁹⁴ Cf. Jn 13,1.

⁸⁹⁵ Jn 5,24.

2. Éxodo, 12, 43 - 49.

Del Éxodo:

"Esta es la religión de la pascua. Ningún extranjero comerá de ella. Pero todo esclavo comprado será circuncidado, y entonces comerá. El advenedizo y el mercenario no comerán de ella. Un cordero será comido en una misma casa, no sacaréis afuera nada de su carne, ni le quebraréis ningún hueso. Toda la asamblea de los hijos de Israel hará esto. Si algún viajero quisiera pasar a vuestra sociedad y celebrar la pascua del Señor, primero serán circuncidados todos sus varones, y entonces la podrá celebrar, y será como un natural del país. Pero quien no fuere circuncidado, no comerá de la pascua. La misma ley se aplicará al natural del país y al viajero que mora entre vosotros"⁸⁹⁶.

Condiciones para la admisión a la comida pascual.

El término religión aparece en este pasaje en el que se especifica cuál es la condición o calidad de aquellos que no son admitidos a comer el cordero. Esto muestra que a la religión le interesa mucho no admitir a cualquiera, sin discernimiento, a comer el verdadero Cordero. Que se discierna pues, con sumo cuidado, quién es digno o indigno. Este texto enumera cuatro grupos que deben ser eliminados: los extranjeros, los esclavos comprados, los advenedizos y los mercenarios. Los extranjeros designan en figura al pagano o judío —herético o cismático—, y al excomulgado. Con toda evidencia están fuera y no deben participar del sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. Esclavo comprado es el que forma parte de la Iglesia sólo de nombre, el que únicamente por temor servil se contiene de cometer el mal abiertamente, de donde su apelativo de esclavo. Con razón se dice que es comprado, porque el que sirve a pesar suyo ha vendido su libertad, es decir, la ha alienado. Advenedizo es el que viene de otra fe y finge creer, pero no es de los nuestros. Mercenario es el que sirve por fines temporales. Extranjero pues, es el in-

crédulo o el rebelde manifiesto; advenedizo es el incrédulo que se oculta; esclavo comprado es el enemigo que se oculta; mercenario es el falso amigo.

Lo que se dice del esclavo: "Será circuncidado y entonces comerá" se lo puede entender del extranjero, del advenedizo y del mercenario. Porque todos los pecadores, si se purifican por una circuncisión espiritual, pueden ser admitidos a comer el cordero. La circuncisión del esclavo que va a ser recibido en el pueblo de Dios y admitido a comer el cordero prefigura la vocación del pueblo pagano. Éste será asociado a los justos de antaño por una circuncisión no hecha⁸⁹⁷ por mano de hombre, y ambos pueblos formarán juntos una sola Iglesia de la cual se dice: "Un cordero será comido en una misma casa". Porque fuera de la Iglesia, en los conventículos de los heréticos, no hay lugar para el sacrificio. Por lo cual la Escritura añade con razón: "No sacaréis afuera nada de su carne". En efecto, este sacrificio no debe ser compartido con los "que están fuera"⁸⁹⁸, con los que no son de la misma casa; ni tampoco es necesario revelar el secreto de este sacramento a oyentes indignos. Lo santo no debe ser dado a los perros⁸⁹⁹, más prontos a ladrar contra él, a Julietear con él o a atacarle, que a recibirlo con respeto.

Cristo, verdadero Cordero pascual.

En lo que se refiere a esta prescripción: "No le quebraréis ningún hueso", Juan lo explica diciendo: "Pero cuando vieron a Jesús y lo vieron ya muerto, no le rompieron las piernas". Un poco más adelante añade: "Para que se cumpliese la Escritura: No quebraréis sus huesos"⁹⁰⁰. "Los huesos del Cordero que la Ley ordena no quebrar, prefiguran las piernas de Cristo, que no debían ser quebradas en la cruz. Y estos dos hechos nos advierten en sentido místico, que nos

⁸⁹⁶ Ex 12,43-49.

⁸⁹⁷ Cf. Col 2,11.

⁸⁹⁹ Cf. Mt 7,6.

⁸⁹⁸ I Cor 5,12.

⁹⁰⁰ Jn 19,33.36.

es necesario conservar espiritualmente intactos y enteros en la conciencia de la fe, los huesos del Cordero. Los huesos sin quebrar prefiguran la divinidad de Cristo que no pudo sufrir, la fuerza de su poder, que le ha hecho resucitar de entre los muertos, la fuerza de su paciencia, por la cual se ha mantenido firme por la verdad "hasta la muerte"⁹⁰¹.

De estos huesos se dice: "No se te ocultaban mis huesos cuando en lo secreto era formado"⁹⁰². Quiebra los huesos el que niega la divinidad de Cristo, o afirma que esta divinidad ha sufrido en Cristo. Quiebra también los huesos el que niega que Cristo haya tenido suficiente poder para resucitar o bastante paciencia para querer sufrir la muerte de buen grado.

Esta palabra del propio Cristo: "Mientras quiebran mis huesos, los enemigos que me persiguen se ríen de mí"⁹⁰³, debe entenderse de sus miembros más fuertes. Otro salmo parece contradecirla, al afirmar de los justos: "El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrado"⁹⁰⁴. Pero tengamos en cuenta que estas palabras: "Mientras quiebran mis huesos", pueden interpretarse de diversas maneras: hay hombres a los que se considera como huesos, es decir fuertes, y que en realidad están quebrados. Hay quienes son verdaderamente huesos, y parecen quebrados. Por último, hay quienes son en verdad huesos, y están en verdad quebrados, pero en el cuerpo, no en el alma. Porque la quebradura puede ser de dos clases: la del cuerpo, común a buenos y malos, y la del alma, que no alcanza sino a los malos; pero Dios permite a veces que los buenos caigan en cuanto al alma, para que se levanten más fuertes. Esta quebradura, de piernas, cuando se trata del mal ladrón blasfemo, cuya alma también estaba quebrada" puede indicar la doble quebradura de los malos en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma. La quebradura de piernas en el ladrón penitente que proclama su fe, puede significar

la quebradura del cuerpo de los justos⁹⁰⁵. Dios permite a veces que sus cuerpos sean matados y destrozados, sus huesos quebrados y dispersados. De ahí la voz de los mártires: "Nuestros huesos han sido esparcidos a lo largo del infierno"⁹⁰⁶. Las piernas de Cristo, que no fueron quebradas, significan su valor invencible y el de sus miembros. Se dice del esposo: "Sus piernas son columnas de mármol, asentadas sobre basas de oro"⁹⁰⁷.

Después de haber mostrado a quiénes no hay que admitir a comer el Cordero, la Escritura muestra a quiénes hay que admitir. Afirma de un modo general que "toda la asamblea de los hijos de Israel celebrará esto", es decir sacrificará la pascua, u observará los ritos enunciados. Después dice que la regla dada en primer lugar sólo para el esclavo se extiende al extranjero, al advenedizo y al mercenario, designando con el nombre de viajeros a todos los que no forman parte de la asamblea de los hijos de Israel. "Si algún viajero, dice, quisiere pasar a vuestra sociedad", es decir si quiere entrar en vuestra religión y "celebrar la pascua del Señor, primero serán circuncidados todos sus varones", a saber, todos los varones de su casa. Esto significa que si algún infiel decide pasar, junto con sus seguidores, el número de fieles, él mismo y todos los que le siguen deberán ser circuncidados espiritualmente, para hacer la pascua con nosotros. Pero además, si alguien que se llama fiel se ha apartado de la asamblea de los buenos, para poder celebrar dignamente la pascua con ellos, debe circuncidar todo lo que se tiene de viril. Es decir: debe purificar todo lo que en él es fuerte para el mal y para lo que es del mundo⁹⁰⁸, y debe convertir esa fuerza hacia el bien y hacia lo que es de Dios⁹⁰⁹. Así circuncidado "la podrá celebrar, y será como un natural del país. Pero quien no fuere circuncidado, no comerá de la pascua": porque sólo debe acercarse a la comunión el que ha sido purificado por la circuncisión espiritual. "La misma ley se aplicará al natural del

901 Flp 2,8.
902 Sal 138,15.

903 Sal 41,11.
904 Sal 33,21.

905 Cf. Lc 23,39-43; Jn 19,32.
906 Sal 140,7.
907 Cant 5,15.

908 Cf. I Cor 7,33.
909 Cf. Ibid. 34.

país y al viajero que mora entre vosotros", porque Judíos y paganos reunidos en una sola Iglesia están sujetos a la misma ley del sacrificio.

3. Número 9, 9 - 14.

Del libro de los Números:

"El Señor habló a Moisés, diciendo: Dirás a los hijos de Israel: el hombre que se hallare impuro a causa de un cadáver, o el que se hallare de camino, lejos, en vuestro pueblo, celebrarán la pascua del Señor en el segundo mes, a catorce del mes, por la tarde. La comerán con pan ácimo y lechugas silvestres; no dejarán nada de ella para el día siguiente, ni le quebrarán sus huesos; ellos observarán todos los ritos de la pascua. Mas si alguno, estando limpio y no habiendo estado de viaje, sin embargo dejó de celebrar la pascua, será exterminado de su pueblo por no haber ofrecido a su tiempo el sacrificio al Señor. Este tal llevará sobre sí su pecado. Si el viajero que habita entre nosotros o el extranjero celebra la pascua, observará sus ceremonias y ritos. La misma ley habrá entre vosotros para el extranjero que para el natural"⁹¹⁰.

La primera y la segunda pascua.

La primera pascua se observaba el día catorce del primer mes⁹¹¹. Pero los que estaban impuros a causa de un cadáver y los que se hallaban lejos, de camino, hacían la pascua el día catorce del segundo mes. El primer mes es el tiempo de la Ley, la primera pascua es la de los Judíos bajo la Ley. El segundo mes es el tiempo de la gracia, la segunda pascua es la nuestra. Porque nosotros, que hemos sido llamados de la Gentilidad, éramos impuros a causa de un cadáver, puesto que adoramos "el leño y la piedra"⁹¹²; y andamos por el camino del error, lejos de Dios. Estas palabras, "impuro a causa de un cadáver", pueden indicar especialmente la impure-

za que viene del contacto con un muerto, o más en general toda mancha que, según la Ley, necesita una purificación.

Se puede interpretar en otro sentido lo que se dice del primero y del segundo mes. El primer mes puede indicar el tiempo de la inocencia primitiva, y el estado de una vida intachable después del bautismo y antes de la caída. El segundo mes puede indicar el tiempo de la penitencia después de la caída. La inocencia inviolada, la adolescencia pura y sin mancha en medio de las tentaciones de esta vida, tienen su dignidad particular. Sin embargo, los que han pecado después del bautismo no están excluidos. Rehabilitados por la penitencia, pueden celebrar la pascua. En cierto modo la celebran el segundo mes, porque eran impuros a causa de un cadáver; manchados por sus propios pecados o por su consentimiento en la falta de otro, estaban como contaminados por el contacto de un muerto. O bien, estaban lejos, de camino, aunque en su pueblo.

El lugar de la inmolación pascual.

Porque estas palabras "de camino, lejos, en vuestro pueblo" indican que un Judío en medio de los Judíos no puede inmolar la pascua lejos del lugar que para esto el Señor se ha elegido. Así como fue fijado un tiempo determinado, así también fue establecido un lugar determinado para inmolar la pascua. El tiempo fue prescrito en el Éxodo, como lo señalamos más arriba, y también en el Deuteronomio donde se dice: "Observa el mes de los nuevos frutos y el comienzo de la primavera para hacer la pascua en honor del Señor tu Dios. Porque en este mes el Señor tu Dios te sacó de Egipto, durante la noche"⁹¹³. Y respecto del lugar, el Deuteronomio dice lo siguiente: "No podrás inmolar la pascua en cualquiera de las ciudades que el Señor tu Dios te dará, sino sólo en

⁹¹⁰ Núm 9,9-14.

⁹¹¹ Cf. Ex 12,6.

⁹¹² Ez 20,32.

⁹¹³ Dt 16,1.

el lugar que el Señor tu Dios haya escogido para hacer habitar allí su nombre"⁹¹⁴. Se podía cambiar el tiempo por determinadas razones, y tomar el segundo mes en vez del primero. Pero no podía cambiarse el lugar. El que se hallaba lejos del lugar fijado no podía inmolar la pascua. Esto muestra que no está permitido ofrecer el santo sacrificio en un lugar profano.

Pero también se nos sugiere algo más profundo en este pasaje: el lugar escogido por el Señor para el sacrificio de la pascua es la Iglesia de los fieles, pero de los fieles justos. Está lejos de ella el que lleva el nombre de fiel, pero no es justo. El camino es la fe. El malo, si está de camino por la fe, en medio de su pueblo porque profesa la misma fe que los fieles, pero "de camino, lejos", es decir separado de los justos por costumbres diferentes, no puede celebrar la pascua. Porque no está en la unidad de los justos, esto es, en el lugar que el Señor se ha escogido. Pero una vez de regreso, podrá celebrar la pascua el segundo mes. A los que vuelven por la penitencia se les concede el perdón, no se les rehúsa la comunión. Tal vez sería mejor en este pasaje entender por "camino" la senda del error, para que aparezca más visiblemente la diferencia, en sentido místico, entre el hombre "impuro a causa de un cadáver" y el que se encuentra "lejos, de camino". Para distinguir uno de otro, se puede ver en el hombre "impuro a causa de un cadáver" al que ha cometido ya pecados graves, y en el hombre "de camino, lejos" al que se dispone a cometerlo. Uno es "impuro" por su conciencia gravada con la falta cometida, el otro está "de camino, lejos", por el proyecto y el deseo de pecar. Con razón se dice que está "de camino", pues se encamina por el pensamiento allá donde tiende el movimiento de su corazón.

El que es puro por la vida que ha llevado hasta entonces, y no está en un camino que lo aleje de la justicia, es digno

⁹¹⁴ Ibid. 5.

no de celebrar la pascua el primer mes. Ciertamente, la pureza de la inocencia es más digna que el mérito de la penitencia.

Lo que sigue ha sido explicado más arriba, hasta las palabras: "Pero si alguno, estando limpio y no habiendo estado de viaje, sin embargo dejó de celebrar la pascua, será exterminado de su pueblo".

Con esto se demuestra que es tan peligroso para los buenos el descuidar la pascua, como para los malos el pretender celebrarla. Al pecador no le está permitido celebrar la pascua, porque dice el Apóstol: "El que come y bebe indignamente, come y bebe un juicio contra sí mismo"⁹¹⁵. Y a los buenos no les está permitido dejar de celebrar la pascua a su tiempo, porque está escrito: "El que no ha ofrecido el sacrificio al Señor a su tiempo, llevará su pecado".

En cuanto a lo que sigue: "Si el viajero que habita entre vosotros, o el extranjero, celebra la pascua, observarán sus ceremonias y ritos", y "la misma ley habrá entre vosotros para el extranjero que para el natural", concuerdan con esta frase del Éxodo que hemos ya citado: "La misma ley se aplicará al natural del país y al viajero que mora entre vosotros"⁹¹⁶.

Capítulo Segundo

EL MANÁ

1. Éxodo, 16,11-36.

El plan propuesto nos invita ahora a hablar del maná. He aquí lo que dice el Éxodo:

"El Señor habló a Moisés y le dijo: He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Por la tarde comeréis carne y por la mañana os saciaréis de pan, y sabréis que yo soy el Señor, Dios

⁹¹⁵ 1 Cor 11,29.

⁹¹⁶ Ex 12,49.

vuestro. Llegada la tarde, la codorniz subió y cubrió el campamento, y por la mañana había alrededor del campamento una capa de rocío. Cuando el rocío hubo cubierto la superficie de la tierra, se vio en el desierto una cosa menuda, como machacada en mortero, semejante a la escarcha sobre la tierra. Al ver esto, los hijos de Israel se preguntaban unos a otros: ¿Manhú? que significa: ¿Qué es esto?, pues ignoraban qué cosa fuese. A los cuales les dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. He aquí la palabra que el Señor ha ordenado: Que cada uno recoja la cantidad que necesita para su sustento, un gomor por cabeza, según el número de personas que habitan en cada tienda. Así lo hicieron los hijos de Israel, que recogieron quien más, quien menos. Midiéronlo después por el gomor: Ni quien más había recogido, por eso tuvo más, ni quien menos recogió, tuvo menos; sino que cada cual reunió aquella porción que podía comer.

Y les dijo Moisés: Ninguno reserve de ello para mañana. Algunos no le obedecieron, sino que reservaron algo hasta la mañana; y empezó a hervir en gusanos y se pudrió. Irritóse Moisés contra ellos. Recogía, pues, cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento; y cuando el sol dejaba sentir sus ardores, el maná se derretía.

Pero el día sexto recogió cada uno el doble, a saber, dos gomor por cabeza. Los principales del pueblo vinieron a decirse lo a Moisés, que les contestó: esto es lo que ha ordenado el Señor: el reposo del sábado estará consagrado al Señor. Mañana haced lo que tengáis que hacer, coced lo que debáis cocer, y lo que sobrare guardadlo hasta la mañana. Hiciéronlo como Moisés lo había mandado, y no se pudrió ni se halló en él gusano alguno. Y dijo Moisés: lo comeréis hoy. Porque es el sábado del Señor, y hoy no habrá maná en el campamento. Recoged seis días, pues el séptimo día es el sábado del Señor, y no lo encontraréis. Llegó el día séptimo; y habiendo salido algunos del pueblo a recogerlo no hallaron nada.

El Señor dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos y mi ley? Mirad que el Señor os ha dado el sábado, y por eso el día sexto os ha doblado el alimento. Que se quede cada uno en su tienda, y ninguno salga de ella el día séptimo. Y el pueblo guardará el sábado el día séptimo.

Y la casa de Israel llamó a este rocío "maná". Que era como la semilla del cilantro blanco, y su sabor como de harina amasada con miel. Moisés dijo: Esto es lo que ha mandado el Señor: Que se llene de maná un gomor, y se lo guarde para las generaciones

venideras, a fin de que vean el pan con que yo os sustenté en el desierto, después que os saqué de la tierra de Egipto. Y dijo Moisés a Aarón: Toma un vaso, y pon en él todo el maná que pueda caber en un gomor, y colócalo delante del Señor, para que se conserve en vuestra posteridad, como el Señor lo ha ordenado a Moisés. Y Aarón lo puso en el tabernáculo, para que se conservase.

Los hijos de Israel comieron maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitable. Con este manjar fueron alimentados hasta que tocaron los confines de la tierra de Canaán. El gomor es la décima parte del efi⁹¹⁷.

Complementariedad e inadecuación de las imágenes.

Un rostro se ve de modo distinto en pintura, en un espejo, reflejado en el agua o en sí mismo. Las tres imágenes o semejanzas, distintas y desiguales entre sí, representan un solo y mismo rostro: el que se ve en ellas tres; pero es conocido imperfectamente hasta que se lo ve en sí mismo. Lo mismo sucede con la verdad que es Cristo, rostro del Padre e "imagen del Dios invisible"⁹¹⁸; mientras se muestra sólo "como por un espejo y en enigma"⁹¹⁹, puede decirse que tiene tres principales imágenes figurativas: el pan, el cordero y el maná, que lo hacen conocer "en parte"⁹²⁰ hasta el día en que se lo verá en sí mismo más plenamente.

La verdad, de suyo, es siempre la misma, nunca diferente de sí misma o desigual a sí misma; pero es figurada y representada en forma diferente y desigual por tal o cual imagen; y todo lo que es la verdad en sí misma no aparece en cada imagen. Cada imagen tiene su propia significación; y suple parcialmente lo que falta a las otras; pero todas las imágenes y todas las figuras reunidas no llegan a manifestar la verdad en plenitud, y no pueden igualar a la visión directa de la verdad revelada en sí misma.

917 Ex 16,11-36.

918 Col 1,15.

919 I Cor 13,12.

920 Ibid.

Ahora bien, hay en estas criaturas, determinadas imágenes místicas en las cuales "se ven las perfecciones invisibles de Dios, y se manifiesta entre nosotros lo que se puede conocer de Dios"⁹²¹. Unas hacen conocer algo del poder de Dios, otras, de su sabiduría; otras de su bondad, de su misericordia o de su justicia, otras de su indignación o de su cólera. Unas muestran que es amable, otras que es terrible, todas que es admirable. Y en todas estas semejanzas místicas, la sabiduría de Dios se oculta de un modo admirable, y se manifiesta también de un modo admirable. En ellas se busca en la tierra la huella de esa sabiduría, en ellas se detiene la contemplación de los santos, los cuales cifran su alegría en ver, en cierto modo en imagen, a aquél que con todas sus ansias desean ver en sí mismo. Estas imágenes se diversifican en la palabra divina, porque los santos ponen su alegría en bendecir y alabar a Dios, en edificar a los oyentes o a los lectores empleando imágenes conocidas. Su meditación y su contemplación se detienen allí, sus palabras y su doctrina las celebran. De estas imágenes se dice en el Cantar, según cierta versión: "Te haremos imágenes de oro, con distinciones de plata"⁹²².

Las tres figuras de las que acabamos de hablar tienen características que las distinguen entre sí: el pan proviene de la tierra, según esta palabra: "Saca el pan de la tierra"⁹²³ y "la verdad brota de la tierra"⁹²⁴. El cordero es inmolado, y de Cristo se dice: "Ha sido conducido a la muerte como una oveja. Y como cordero ante el trasquilador enmudeció y no abrió su boca"⁹²⁵. El maná cayó del cielo, y Cristo ha dicho de sí mismo: "Salí del Padre y vine al mundo"⁹²⁶.

Nos falta decir ahora cuál es la "distinción de plata", es decir, la significación particular de la palabra sagrada, sobre esa imagen de Cristo que es el maná.

⁹²¹ Rom 1,19-20.

⁹²² Cant. 1,10, según los LXX.
S. BERNARDO, *Super Cantica*
41,3; PL 183, 986 C; SBO 2,
p.31, cita también este texto

según la misma versión.

⁹²³ Sal 103,14.

⁹²⁴ Sal 84,12.

⁹²⁵ Is 53,7.

⁹²⁶ Jn 16,28.

"El Señor habló a Moisés y le dijo: He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Por la tarde comeréis carne y por la mañana os saciaréis de pan, y sabréis que yo soy el Señor Dios vuestro. Llegada la tarde la codorniz subió y cubrió el campamento"⁹²⁷.

El pueblo, desagradecido para con los bienes de Dios, murmuró contra Moisés y Aarón, porque deseaba carne. Los Hebreos, sin embargo, tenían sus rebaños de ovejas y bueyes, y podían comer de ellos; pero algunos piensan que murmuraron porque lamentaban no tener las aves de las cuales abundaba el Egipto. El Señor, queriendo reprimir sus murmuraciones, satisfacer su deseo presente y mostrarles una figura de lo que sucedería más adelante, les dio por la tarde la carne, es decir codornices, y por la mañana el maná. Esto sucedió el día quince del segundo mes, tiempo en que según la Ley debía celebrarse la segunda pascua. Podemos afirmar que era un domingo, dado que seis días seguidos recogieron el maná y faltó el séptimo que era un sábado.

Las palabras del Señor a Moisés: "He oído las murmuraciones de los hijos de Israel", muestran que Dios manifiesta a Moisés, esto es, a los doctores de la Iglesia, para hacerlo saber a otros, que todo llega a conocimiento suyo y pertenece a su juicio: no sólo los actos exteriores sino también las murmuraciones del corazón y de la boca que él mismo oye para castigar, así como a la inversa, oye las oraciones de los justos para perdonar. "Oyó" pues a los Hebreos, pero "dejó para más tarde"⁹²⁸ y no castigó inmediatamente; al contrario, les continuó dando sus beneficios. Pero después, en el lugar que fue llamado "sepulcros de concupiscencia", los hirió con "una plaga más grande"⁹²⁹ por su murmuración. Otra interpretación: él oyó las murmuraciones, es decir, los pedidos de los que murmuraban, de los cuales está escrito: "Ten-

⁹²⁷ Ex 16, 12-13 a.

⁹²⁸ Sal 77,21.

⁹²⁹ Núm 11,34.33.

taron a Dios en su corazón, pidiendo una comida a su gusto"⁹³⁰.

Estas Palabras: "Díles: Por la tarde comeréis..." etc., nos sugieren que las promesas de Dios y también sus amenazas, deben ser declaradas al pueblo por la Ley o por un doctor de la Iglesia. Y éstas: "Sabréis que yo soy el Señor Dios vuestro", insinúan que Dios se hace conocer en sus beneficios por su misericordia, y en sus juicios por su cólera. Al decir: "La codorniz subió", el autor sagrado pone el singular por el plural, como en este otro pasaje: "Dijo, y vino la langosta y el pulgón del cual no había número"⁹³¹. La expresión "cubrió el campamento", es explicada por el Salmista que dice: "Cayeron en medio del campamento, alrededor de las tiendas"⁹³². Y está escrito en el libro de los Números: "Un viento se elevó, enviado por el Señor. Tomó las codornices del otro lado del mar y las dejó sobre el campamento, sobre una extensión de un día de marcha en todas direcciones alrededor del campamento. Y volaban a dos lados de la tierra"⁹³³.

De diversas maneras puede entenderse lo de la carne y el maná: la carne puede significar los sacrificios carnales y las otras observancias carnales de la Ley impuestas "hasta el tiempo de la corrección"⁹³⁴. Con ellos fueron alimentados los hijos de Israel, ésta es la carne que comieron, pero por la tarde, para significar el declinar y el fin de las observancias carnales que debían cesar un día. Al contrario, se puede ver en los panes las instituciones del Nuevo Testamento, con las cuales los hijos de Israel han sido saciados en los Apóstoles y en los demás Judíos convertidos a la gracia de Cristo, y esto por la mañana, es decir a la venida de Cristo o a partir de la resurrección de Cristo.

También la carne puede significar los pensamientos carnales de los Judíos acerca de las promesas, los sacramentos y los preceptos, y acerca de Cristo y su venida. Los Judíos comen también esta carne en la persona de los que no creen, y la comen por la tarde. En verdad, el tiempo presente es para ellos la tarde y el fin del día, porque señala el declinar de la fe que ha existido en los justos antiguos. Vendrá una mañana en la que serán saciados con el pan "de vida y de inteligencia"⁹³⁵, cuando "la plenitud de los paganos" haya entrado y "todo Israel sea salvado"⁹³⁶.

Realmente, al fin del mundo "el resto se convertirá"⁹³⁷. De esta conversión dice el Salmista: "Se convertirán por la tarde"⁹³⁸.

Por la tarde, entendemos aquí el fin del mundo que se convertirá en mañana para los Judíos convertidos, por la iluminación de la gracia que comienza.

También podemos entender por la carne y el pan, dos clases de bienes de Dios que él concede a menudo a los murmuradores y a los indignos. Porque hay bienes carnales de los cuales todos tenemos necesidad, por la debilidad de la carne y la caducidad de la vida que puede estar figurada por la tarde. Y hay bienes espirituales de los cuales tenemos necesidad para la salvación del alma: estos son los dones de Dios "en la palabra de vida"⁹³⁹, en los sacramentos y en las demás gracias que son dados por la mañana, porque la mañana simboliza el comienzo de la gracia. Los bienes espirituales son representados por los panes, los bienes carnales por la carne. Pero los malos abusan de los bienes carnales a través de las diversas corrupciones de su vida; y convierten la misericordia de Dios en cólera contra sí mismos al comer y beber y al pasar sus días en la abundancia hasta que

930 Sal 77,18.

931 Sal 104,34.

932 Sal 77,28.

933 Núm 11,31.

934 Heb 9,10.

935 Eclo 15,3.

936 Rom 11,25-26.

937 Is 10,21-22, citado en Rom 9,27

938 Sal 58,7.

939 Ef 5,26.

"viene la muerte sobre ellos y bajan vivos al infierno"⁹⁴⁰. El Salmista dice de ellos: "Comieron y se hartaron. El Señor les dio lo que deseaban, no fueron defraudados en su deseo; pero todavía tenían estos alimentos en su boca cuando la cólera de Dios se levantó contra ellos"⁹⁴¹. E Isaías: "He aquí el gozo y la alegría, matanza de bueyes y de ovejas, comer y beber vino. Comamos y bebamos pues mañana moriremos. Y la voz del Señor de los ejércitos se ha hecho oír en mis oídos: Este pecado no os será perdonado hasta que muráis, dice el Señor"⁹⁴². Estos bienes pasajeros, estos deseos frívolos e ilícitos pueden ser significados por las codornices, es decir por "aves que vuelan"⁹⁴³, porque ellos mismos son "volátiles" y pasan rápidamente. Ésta es la carne que hace llover el Señor. Pero él no se limita a hacer llover "sobre buenos y malos"⁹⁴⁴ estos bienes carnales que proceden de él: hace llover también "calamidades sobre los pecadores"⁹⁴⁵, y los abandona a los "deseos de sus corazones"⁹⁴⁶. Con razón compara el Salmista esta carne al polvo y a la arena, ya sea por la multitud de las riquezas de las cuales abundan los pecadores, como está escrito: "He aquí que los pecadores que abundan de bienes en el siglo, han alcanzado riquezas"⁹⁴⁷; ya sea porque los indignos poseedores de estos bienes temporales se han manchado con el polvo de los apegos terrestres, y cuanto peor uso hacen de estas riquezas, tanto más se les vuelven estériles y sin fruto. Los malos a menudo abusan también de los bienes espirituales; ellos están figurados por estos otros rebeldes que comieron el maná, y de los cuales dice el Señor en el Evangelio: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron"⁹⁴⁸.

940 Sal 54,16.
941 Sal 77, 29-31.
942 Is 22,13-14.
943 Sal 77,27.
944 Cf. Mt 5,45.

945 Sal 10,7.
946 Sal 80,13.
947 Sal 72,12.
948 Jn 6,49.

La carne puede tener también otra significación, como se deduce de las palabras de san Agustín sobre este pasaje del salmo: "Hizo caer sobre ellos carne como polvo"⁹⁴⁹. Hay en la Iglesia buenos que son débiles y como carnales; ellos no pueden captar ni comprender los profundos misterios de la fe, ni los caminos de la vida perfecta, sino que satisfechos con una fe exigua y con preceptos elementales, creen con simplicidad y viven en la inocencia. Para tales personas, Dios hace llover "carne" o "aves que vuelan", porque las nubes, esto es los predicadores, les aportan los signos que, encarnados en palabras, atraviesan los aires como las aves. Son también alimentados por la predicación adaptada a su condición de hombres carnales de fe rudimentaria y vida inocente. Es como carne para ellos⁹⁵⁰. San Pablo dice en sentido análogo: "Hablo humanamente en atención a la debilidad de vuestra carne"⁹⁵¹. Y también: "No pude hablarlos como a espirituales sino como a hombres carnales"⁹⁵². Sin embargo, Orígenes ve en la carne la doctrina de la perfección, y en la tarde el cumplimiento de la perfección⁹⁵³. O bien, en la carne dada por la tarde al Verbo encarnado en la tarde del mundo⁹⁵⁴.

*"Por la mañana había alrededor del campamento una capa de rocío"*⁹⁵⁵.

Si bien "toda gracia excelente y todo don perfecto viene de arriba, y desciende del Padre de las luces"⁹⁵⁶ y puede ser significada por el maná, con todo significa en especial a Cristo, tal como está en el cielo o como existió en la carne, hombre entre los hombres; o como está en el sacramento del

949 Sal 77,27.
950 Cf. S.AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.* 77,17; PL 36,995; CCL 39, p. 1081.
951 Rom 6,19.
952 I Cor 3,1.

953 Cf. ORIGENES, *Homélies sur l'Exode* 7,8; PG 12, 349 AB; SC 16, p. 182.
954 Cf. ID., *ibid.*; PG 12,348 B; SC 16,180.
955 Ex 16,13b.
956 Sant 1,17.

altar, o como se lo encuentra en la Ley y los profetas, o en la palabra de los predicadores, o como está en el corazón de los elegidos por la fe, o como está en todas partes donde se encuentra por la gracia.

Por consiguiente, "por la mañana había alrededor del campamento una capa de rocío", cuando mediante la resurrección de Cristo que tuvo lugar por la mañana, y al comienzo de la gracia revelada a los paganos, la palabra de Dios, diseminada alrededor de los pueblos y de las naciones, o de las Iglesias, o de los corazones de los fieles, cual esparcida alrededor del campamento, fue sembrada en los creyentes que la recibieron con humildad y reverencia. Donde ella permanece, puede decirse que se encuentra sembrada. Porque las Iglesias establecidas en la tierra en todas direcciones, son un campamento en torno del cual Cristo es predicado cuando los Apóstoles llevan la palabra de Dios. En este sentido dice el Apóstol: "En virtud del Espíritu Santo desde Jerusalén todo en derredor hasta la Iliria, anuncié cumplidamente el Evangelio de Cristo"⁹⁵⁷. Que la palabra de Dios es un rocío, lo muestra la Escritura al decir: "Pueda mi palabra fluir como el rocío"⁹⁵⁸.

*"Cuando el rocío hubo cubierto la superficie de la tierra, se vió en el desierto una cosa menuda como machacada en mortero, semejante a la escarcha sobre la tierra"*⁹⁵⁹.

Rocío y maná, ya lo dijimos, pueden significar en general a Cristo o la gracia de Cristo y la palabra de Cristo. Pero en este pasaje, es especialmente la palabra de Cristo la que está significada por el rocío. Este rocío esparcido por todas partes por la predicación de los Apóstoles, cubrió la tierra según las palabras de Isaías: "La tierra está llena del conocimiento del Señor, así como las aguas llenan el mar"⁹⁶⁰,

y entonces apareció en el desierto el maná, es decir, que Cristo se ha hecho conocer a las naciones, según este versículo: "Cielos, destilad vuestro rocío, y que las nubes lluevan al justo"⁹⁶¹.

La Iglesia o el alma fiel puede en su primer estado ser comparada al desierto, porque antes de su conversión sólo las bestias feroces habitaban en ella. Dicho de otro modo, en la gentilidad había hombres cuyas costumbres los hacía semejantes a las bestias, y que tenían en el alma tendencias bestiales. Pero también en el estado actual puede decirse que hay en la Iglesia o en el alma un desierto, porque huyendo del tumulto y de la multitud de los errores y de los vicios, se vuelven hacia el reposo del espíritu. Por eso decía un penitente: "He venido a ser como pelícano en el desierto"⁹⁶². Y también: "He aquí que he huído a lo lejos y he quedado en la soledad"⁹⁶³.

El maná era algo menudo. Por su insondable humildad, y podría decirse, por su excesiva pequeñez, todo lo que creemos y predicamos de Cristo es sutil y difícil de comprender para los fieles, insignificante y despreciable para los incrédulos. Por eso en el profeta Daniel, Cristo es simbolizado por una piedrecita arrancada de la montaña⁹⁶⁴. Él mismo compara el reino de los cielos a un grano de mostaza⁹⁶⁵.

El maná era como machacado en el mortero, no sólo porque Cristo se expuso a los golpes de sus perseguidores, sino porque "ha sido colocado como signo de tropiezo"⁹⁶⁶. Y "la palabra de la fe"⁹⁶⁷ es machacada en el mortero de la contradicción, porque es atacada por muchos; se la tritura también para despojarla del sentido literal, como el trigo,

⁹⁵⁷ Rom 15,19.

⁹⁵⁸ Dt 32,2.

⁹⁵⁹ Ex 16,14.

⁹⁶⁰ Is 11,9.

⁹⁶¹ Is 45,8.

⁹⁶² Sal 101,7.

⁹⁶³ Sal 54,8.

⁹⁶⁴ Cf. Dam 2,34.

⁹⁶⁵ Cf. Mt 13,31.

⁹⁶⁶ Lc 2,34.

⁹⁶⁷ Rom 10,8.

el mijo u otros granos que son triturados en el mortero, que son despojados allí de sus folículas. De modo análogo, Cristo fue despojado de su condición mortal en el mortero de la pasión y la trituración de la cruz.

Cristo puede ser designado por la escarcha por diversas razones: sea porque se le atribuye la blancura, debido a la pureza de su santidad; sea porque fertiliza y fecunda la tierra de nuestro corazón; sea porque el rigor de sus correcciones detiene en nosotros el fluir de los vicios; sea porque su gracia refrescante extingue el incendio de los deseos carnales.

*"Al ver esto, los hijos de Israel se preguntaban unos a otros: ¿Manhú?, que significa: ¿Qué es esto? Pues ignoraban qué cosa fue. A los cuales les dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. He aquí la palabra que el Señor ha ordenado"*⁹⁶⁸.

Manhú no tiene el mismo sentido en boca de los fieles que de los infieles; entre los que no creen y preguntan: "¿Cómo éste puede darnos a comer su carne?"⁹⁶⁹, o entre los que creen y dicen maravillados y estupefactos: "¿Quién oyó jamás algo parecido? ¿Quién vio jamás nada semejante?"⁹⁷⁰. Cada vez que comprendemos algo admirable en Cristo, sus palabras y sus sacramentos, o cada vez que sentimos difundirse en nosotros la dulzura de la gracia de lo alto, exclamamos asombrados y maravillados: "¿Manhú? Que significa: ¿Qué es esto?". Ahora bien, los que vieron el maná visible ignoraban lo que era. Esta ignorancia prefigura la ceguera de los Judíos que no reconocieron a Cristo oculto en la Ley y los profetas, en la carne que tomó ni en el sacrificio del altar.

Las palabras que Moisés les dirige: "Es el pan que el Señor os da a comer", muestran que el mismo Moisés es un testigo de Cristo, es decir del pan verdadero que nos es dado del cielo para que lo comamos. Por eso Cristo dice a los Judíos: "Si creyéseis a Moisés, me creeríais, porque ha escrito de mí"⁹⁷¹. Este pasaje de la Escritura que exponemos se relaciona con Cristo, puesto que dice Moisés: "Es el pan...", etc. Este pan prometido por Dios, y después dado del cielo, representa a Cristo prometido en la Ley y que nos ha sido dado en el tiempo de la gracia. Mostrando pues este pan que ha sido dado, él dice que es aquél que había sido prometido: "He aquí la palabra que el Señor ha ordenado", es decir, que ha ordenado esperar y desear. En otros términos: He aquí el cumplimiento de la palabra que el Señor ha dicho cuando prometió el pan: "Esta tarde comeréis carne y mañana os saciaréis de pan".

Pero se puede comprender más simplemente estas palabras: "He aquí la palabra de Dios", y relacionarlas a lo que va a seguir, porque se lee a continuación: "Que cada uno recoja de él...", etc.

*"Que cada uno recoja la cantidad que necesita para su sustento, un gomor por cabeza, según el número de personas que habitan en cada tienda. Así lo hicieron los hijos de Israel, y recogieron quien más, quien menos. Midiéronlo después por el gomor: ni quien mas había recogido, por eso tuvo más, ni quien menos recogió, tuvo menos; sino que cada cual reunió aquella porción que podía comer"*⁹⁷².

En este pasaje se puede observar que el gomor es la medida que puede bastar a un hombre para su sustento diario. Pero el gomor, como lo diremos más adelante, es la décima parte del efá. Qué es el efá lo dice Jerónimo en el libro 14 de su comentario sobre Ezequiel con estas palabras: "El coro tiene 30 modios, y sirve como unidad de medida

968 Ex 16, 15-16.
969 Jn 6, 53.

970 Is 66, 8.

971 Jn 5, 46.

972 Ex 16, 16b-18.

tanto para los líquidos como para los sólidos. La décima parte del coro, para las materias que se miden con el modio, se llama efí, es decir, tres modios; y la décima parte del corus para los líquidos se llama bato o vado. El efá y el bato tienen, por lo tanto, la misma capacidad"⁹⁷³.

Esto es lo que dice Jerónimo. Señalemos que en primer lugar dice "efí" y luego "efá". Él mismo explica algunas líneas más arriba que la palabra efá ha devenido en griego efí por corrupción⁹⁷⁴. En el mismo libro, un poco más adelante, dice Jerónimo que el coro —que en hebreo se llama homer— es llamado gomer por los Setenta⁹⁷⁵. Lo mencionamos aquí para indicar la diferencia que existe entre gomor, que tiene en su sílaba final la cuarta vocal, y gomer, que en su última sílaba tiene la segunda.

Esta orden: "Recoged un gomor por cabeza", debe entenderse: "Un gomor por hombre". La parte principal del cuerpo es usada para designar al hombre entero. Lo que viene a continuación: "Tomad según el número de personas que habitan en cada tienda", significa que en cada casa se debían tomar tantos gomores cuantos habitantes tuviera. Quien examina atentamente cuánto tuvo cada uno o cuánto descubre que posee después de la recolección, se da cuenta que cada uno tuvo un gomor, según este texto: "Midiéronlo después por el gomor: Ni quien más había recogido, por eso tuvo más, ni quien menos recogió, tuvo menos". Por consiguiente, después de la recolección había igualdad entre lo que tuvo uno y lo que otro encontró. Pero si se pregunta cuánto había recogido cada uno, se supone que hay contradicción. Algunas frases parecen contradictorias, porque la Escritura dice en primer lugar: "Que cada uno recoja la cantidad que necesita para su sustento, un gomor por cabeza". Si la recolección se cumplió según las órdenes recibidas, entonces por cabeza se

recogió un gomor. Esto es lo que parecería haber ocurrido según la continuación: "Cada cual reunió aquella porción que podía comer". Respecto de lo que ellos podían comer nos lo ha sido dicho más arriba: "La cantidad que necesita para su sustento, un gomor por cabeza". De haber sido así, hubo igualdad en la recolección. Pero un versículo parece decir lo contrario: "Y recogieron quien más, quien menos". ¿Qué diremos entonces?

Ante todo, tengamos en cuenta que estas palabras: "Recogieron quien más, quien menos" pueden entenderse de dos maneras. La comparación se puede establecer entre los que recogían: uno recogía más o menos que otro; se puede establecer entre la recolección y el gomor: uno recogía menos de un gomor, otro más de un gomor. Así, pues, si se trata de una comparación entre lo que recogían, se puede entender el texto sin ninguna contradicción: cada uno, según la orden recibida, ha recogido al menos un gomor; algunos han recogido más de un gomor y no han encontrado después de la recolección más que un gomor. Pero si la comparación se establece entre la recolección y el gomor, y si algunos han recogido menos de un gomor, es difícil explicar el texto, puesto que habían recibido la orden de recoger un gomor y la Escritura dice: "Así lo hicieron los hijos de Israel", y más adelante: "Cada cual reunió aquella porción que podía comer".

Esta frase: "Midiéronlo después por el gomor", puede significar que al hacer su recolección tenían la medida del gomor para no recoger menos de un gomor; o bien, después de la recolección midieron con la medida del gomor, para que cada uno viera si había recogido un gomor; o bien, que pusieron en común toda la recolección, y la midieron para dar a cada uno un gomor. Porque pudo suceder que ellos hubieran recogido en primer lugar un gomor en forma aproximada, y hayan controlado enseguida si allí había verdaderamente un gomor.

973 S. JERONIMO, In Ezech. 45, 10-12; PL 25,449 C.

974 ID., *ibid.*

975 ID., *loc. cit.* 13-14; PL 25,451 B

Ahora veamos, según nuestros medios, qué gracia de edificación contiene este pasaje de la Escritura.

El gomor puede significar "la medida del don de Cristo", o la medida de gracia que nos es concedida "según la medida del don de Cristo"⁹⁷⁶. Mas la medida del don de Cristo puede interpretarse desde el punto de vista de la gracia donante, o desde el punto de vista de la gracia dada. Dios guarda junto a sí en la predestinación, la medida de lo que quiere dar a cada uno: a uno más, a otro menos, y por eso uno recoge más, otro menos. Pero todos los justos reciben un gomor, porque una sola es la regla de fe y de vida recta que es propuesta a todos por la ley de Dios, o que les es sugerida por una inspiración secreta. Y aunque en uno la fe es superior al conocimiento o a la devoción, en otro es inferior; uno es más justo que otro. Pero siempre es una la fe⁹⁷⁷, una la ley de justicia que es la caridad, una la regla del creer y del amar que es común a todos los justos y sólo a ellos. Y por la justicia de la fe, una sola esperanza de vida eterna es igualmente común a todos. De este modo, un solo denario es prometido a todos⁹⁷⁸, aunque haya diversas recompensas según la diversidad de los méritos.

El Apóstol parece haberse inspirado en este pasaje de la Escritura, cuando escribe a los Corintios: "Ni el que recogió mucho abundaba ni el que recogió poco estaba escaso"⁹⁷⁹. Exhortando a los ricos a sacar de sus bienes para consolar a los pobres, dice: "Que en el tiempo presente vuestra abundancia alivie la escasez de aquellos, para que asimismo su abundancia alivie vuestra penuria, de manera que haya equidad"⁹⁸⁰. Al hablar de equidad, parece aludir a la medida del gomor.

Sin embargo, podemos asombrarnos de oír al Apóstol hablar de equidad, cuando los ricos ganan más en la participación de los bienes espirituales de lo que ganan los pobres en la participación de los temporales. Pero la equidad de la cual se trata aquí puede interpretarse desde tres puntos de vista: el de la equidad, el de la paridad, o el de la cualidad, es decir, el de cualquier analogía. Hay igualdad de equidad cuando se devuelve mal por mal, como lo indica el Antiguo Testamento: "Ojo por ojo, diente por diente, golpe por golpe"⁹⁸¹, o cuando se cambia bien por bien, como en "la cuenta del debe y el haber" de la cual escribe el Apóstol a los Filipenses: "Con ninguna Iglesia tuve cuenta de debe y haber; sólo con vosotros"⁹⁸². De esta equidad dice el Apóstol: "Que haya equidad".

Esta igualdad de equidad puede, por otra parte, existir sin que haya allí igualdad de paridad. De aquí que diga el Apóstol: "Si sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿qué mucho que recojamos bienes carnales?"⁹⁸³. Dicho de otro modo: No es gran cosa cosechar bienes carnales, aunque sea grande sembrar bienes espirituales. Se trata de una igualdad de paridad en este versículo: "Son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección"⁹⁸⁴. Se puede ver una igualdad de analogía en este versículo: "Ten piedad, Señor, del pueblo que lleva tu nombre, de Israel, a quien hiciste tu primogénito"⁹⁸⁵. Esta comparación no expresa evidentemente más que una igualdad de paridad integral, sino una lejana e imperfecta analogía, basada en la dignidad por el título aquí utilizado; porque el Hijo de Dios es su "primogénito", y se dice en la Escritura acerca de Israel: "Israel mi primogénito"⁹⁸⁶. El Hijo de Dios es "la imagen de Dios"⁹⁸⁷, semejante en todo a Dios, y nosotros mismos nos asemeja-

976 Ef 4,7.
977 Cf. Ef 4,5.

978 Cf. Mt 20,2.
979 II Cor 8,15.
980 II Cor 8,14.

981 Ex 21,24-25.
982 Flp 4,15.
983 I Cor 9,11.
984 Lc 20,36.

985 Eclo 36,14.
986 Ex 4,22.
987 Col 1,15.

mos a él en cuanto que somos conformes a la imagen de Dios⁹⁸⁸, según nuestra exigua medida. Nosotros lo seremos más cuando "lo veamos tal cual es"⁹⁸⁹.

Dicho esto para explicar que la medida del gomor puede ser la misma para todos, según uno u otro género de equidad.

"Y les dijo Moisés: ninguno reserve de ello para mañana. Algunos no le obedecieron, sino que reservaron algo hasta la mañana; y empezó a hervir en gusanos y se pudrió. Irritóse Moisés contra ellos. Recogía pues cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento"⁹⁹⁰.

Esto es semejante a lo que más arriba se había dicho acerca del cordero: "No quedará nada hasta la mañana"⁹⁹¹. Porque en la vida presente cada uno debe creer lo que se le predica y hacer lo que se le ordena, y no diferir hasta la mañana, es decir hasta el momento en que será sorprendido por la muerte⁹⁹² y el juicio. Esto será entonces la mañana, a saber, el conocimiento claro y manifiesto de los méritos.

Los que no escucharon a Moisés y dejaron hasta la mañana el maná —el cual empezó a hervir en gusanos y se pudrió— prefiguran a los Judíos de nuestro tiempo: ellos observan mal la palabra de Dios transmitida por Moisés en la Ley, la cual produce en ellos los gusanos del pecado. Para ellos se pudre y se corrompe.

Por otra parte, el propio Cristo es llamado "gusano" en tres sentidos. En primer lugar por su humildad verdadera. De ahí que David, figura de Cristo, sea llamado "Tierno gusanillo de la madera"⁹⁹³. Se puede también entender como una figura de la humildad de Cristo estas palabras de Isaías:

988 Rom 8,29.

989 I Jn 3,2.

990 Ex 16, 19-21a.

991 Ex 12,10.

992 Sab 4,7.

993 II Sam 23,8. Cf. ELREDO DE RIEVAULX, *Serm.* ined. (Talbot), p. 136.

"No temas, gusano de Jacob"⁹⁹⁴. Asimismo porque fue rechazado, como se dice en el salmo: "Yo soy un gusano, y no un hombre, oprobio de los hombres y desprecio del pueblo"⁹⁹⁵. Por otra parte, también puede aplicarse este versículo a la humildad de Cristo. Por último, Cristo es llamado "gusano" por su rigor implacable, así como es comparado a la polilla en el profeta Oseas: "Soy como la polilla para Efraín, como la podredumbre para la casa de Judá"⁹⁹⁶. Si la Escritura dice que el maná se llenó de gusanos, en plural, tal vez se deba a que Cristo se hace temible de muchas maneras para aquellos que no creen en él.

Este ejemplo del maná condena el mal de la avaricia, por la cual el dinero malamente conservado convierte a su poseedor en un gusano indestructible⁹⁹⁷. Pero la gracia de la fe, en aquél que no la pone por obra, y la gracia de la sabiduría o de la ciencia, y la gracia de la palabra se cambian en gusanos como el maná si se las posee estérilmente, si no se hace buen uso de ellas. Porque el don excelente de Dios se torna en mal de quien lo posee mal.

Les agrada a algunos considerar que Cristo nació de María como el gusano del maná: extraña idea, puesto que el gusano del maná demostraba la desconfianza y la desobediencia de los Judíos. Sin embargo, se puede decir sin impiedad que María es el "maná", "oculto"⁹⁹⁸ en las figuras y los testimonios de la Ley que le conciernen. Pero, porque los Judíos, aún conservando en sus libros lo que fue escrito de ella, no lo comprenden y permanecen a este respecto sin fe y sin piedad, el Cristo nacido de la Virgen deviene para ellos un gusano.

"Y Moisés se irritó contra ellos". Esto muestra que la Ley, o el legislador, reprenden y amenazan con castigos a los que dejan del maná para la mañana, de un modo u otro.

994 Is 41,14.

995 Sal 21,7.

996 Os 5,12.

997 Cf. Mc 9,47.

998 Ap 2,17. Cf. ELREDO DE RIEVAULX, op. cit., p. 503, n. 8.

Aquellos que "recogían de madrugada cuanto les podía bastar para su mantenimiento" representan a los obreros diligentes, llenos de celo en procurarse el alimento imperecedero⁹⁹⁹. Comienzan por la mañana, es decir desde el comienzo de su fe o de su conversión. El Salmo dice de ellos: "El sol se levanta", y un poco después: "El hombre va a su faena, a su trabajo hasta la tarde"¹.

"Cuando el sol dejaba sentir sus ardores, el maná se derretía"².

De muchas maneras puede entenderse esto. Cristo, "sol de justicia"³, devino más cálido cuando a la hora sexta⁴, subiéndolo a la cruz, derramó el ardor de su amor para con nosotros. Es sol porque brilla, y es maná porque se da a nosotros para que lo gocemos y nos unamos a él. Cuando murió por amor y compasión verdaderamente el maná se derretió. Porque entonces dejó de aparecer y se sustrajo por un tiempo a las miradas humanas. En este sentido ha dicho: "Todavía un poco y ya no me veréis, y todavía otro poco y me veréis"⁵.

El sol deviene más cálido en nosotros cuando nuestro corazón se inflama con el deseo del amor divino. Y el maná se derrite cuando, a la palabra de Dios, nuestro corazón se derrite por amor de Cristo. Dice la esposa: "Desfalleció mi alma cuando habló el amado"⁶. Leemos también en el salmo: "Envía su palabra y todo se derrite"⁷. También se dice que el maná, es decir la palabra de Dios, derrite por el efecto que produce; así como llamamos "lenguaje inflamado"⁸ al que inflama, y "palabras suaves como el aceite"⁹ a las que suavizan el corazón.

999 Cf. Jn 6,27.

1 Sal 103, 22-23.

2 Ex 16,21b.

3 Mal 4,2.

4 Cf. Jn 19, 14-18.

5 Jn 16,16.

6 Cant 5,6.

7 Sal 147,18.

8 Sal 118,140.

9 Sal 54,22.

O bien, se dice que el maná se derrite porque Cristo, cuando es recibido en el corazón, por así decir se derrite de compasión. En efecto, ¿cómo un corazón pecador se ablandaría de su dureza, si Cristo no suavizara su dureza de juez? Cuando él perdona los pecados y los derrite como nieve al sol¹⁰, él mismo se derrite abandonando su severidad de juez, para que el alma tocada por su palabra se funda en la esperanza del perdón y el deseo de amar.

A veces este sol deviene más cálido, cae sobre los justos como con cólera, y derrite el maná. Lo hace desaparecer, en el sentido de que suprime por un tiempo la dulzura de sus bienes corporales o espirituales. De aquí que Jonás, mucho se lamentó cuando su hiedra se le secó y perdió el beneficio de esta sombra; "el sol golpeaba sobre su cabeza, él se abrasaba y deseaba la muerte"¹¹. El sol de justicia arde "sobre buenos y malos"¹², "y nada se sustrae a su calor"¹³. Pero para los buenos es el calor del amor, aunque como con indignación; para los malos es el calor de la cólera y del furor. De ahí que la Sinagoga infiel, sobre la cual Dios derramó su cólera¹⁴, no tiene ahora el maná de la verdadera fe, porque la fe de los primeros padres, engeguedada en ella, se desvaneció y desapareció. En nosotros el maná de la fe pasará un día, derretándose ante la luz plena, cuando desaparezca¹⁵ la fe y se abra toda inteligencia.

Cosa admirable: el maná que se derrite al sol se endurece al fuego, tal como se lo verá más adelante. Esto muestra que el alma, cuando se vuelve hacia el sol de justicia y se derrite en el deseo de amar, se endurece y se afirma al mismo tiempo por la paciencia al fuego del dolor. Por eso dice el Salmista: "Mi corazón es como cera que se derrite en mis entrañas; y mi fuerza se seca como una teja"¹⁶.

10 Cf. Eclo 3,17.

11 Jonás 4,8.

12 Mt 5,45.

13 Sal 18,7.

14 Cf. Sal 68,25.

15 Cf. I Cor 13,10.

16 Sal 21,15-16.

"Pero el día sexto recogió cada uno el doble, a saber, dos gomor por cabeza"¹⁷.

El día sexto y el reposo sabático.

Todos los justos, a través de las cinco edades que se han sucedido desde el comienzo del mundo hasta Cristo, tuvieron "la esperanza de la vida eterna"¹⁸, "por la justicia que viene de la fe"¹⁹. Es el único gomor recogido cada día hasta el día sexto. En lo que se refiere a nosotros, estamos en la sexta edad, como en un sexto día antes del sábado que será el reposo de las almas. Recogemos pues dos gomor: en efecto, tenemos la esperanza de la vida eterna y su arra, esto es Jesucristo, el autor de nuestra fe cuya consumación es él mismo²⁰, y que en el sacramento del altar está con nosotros "hasta la consumación del mundo"²¹. Nuestros antepasados recogieron un gomor, porque tuvieron la esperanza y no aún la realidad. Nosotros tenemos la esperanza y la realidad, si bien no aún como después de esta vida. Aunque Cristo es nuestro alimento en la vida presente y lo comemos en el sacrificio del altar, él no nos sacia todavía plenamente; pero, por ésta nuestra manera de comerlo en espera de lo mejor, somos preparados para comprender la vida eterna; y recogemos por así decir en este sexto día un segundo gomor, para ser saciados el día séptimo, que será el sábado de las almas. El día sexto se ha recogido y consumido un gomor, el otro gomor se ha recogido y reservado. La esperanza de la vida eterna que ahora tenemos pasará con esta vida. La esperanza desaparecerá del todo cuando su objeto sea visto en plenitud. Porque "¿quién espera lo que ve?"²². Pero el segundo gomor se ha recogido y reservado: así también el maná verdadero, que es el pan de la vida eterna, es recogido y reservado en el presente.

No objetemos que el pan de la vida eterna es comido en este día sexto, mientras que el gomor reservado para el sábado no se comía el día sexto: la comida de la tierra, comparada a la comida futura, apenas si es un pregusto o más bien una preparación de la comida del cielo. En la forma que lo comemos ahora, no hacemos otra cosa que gustar por anticipado este alimento por sus efectos, lo que equivale a recoger y conservar. Recogemos el maná, cuando por la gracia de este sacramento hacemos progresos cotidianos que nos preparan a comerlo plenamente en el otro mundo. Nosotros lo conservamos cuando perseveramos hasta el fin²³ en la debida veneración a este sacramento. Los Judíos que todavía esperan, como "el asno en su sed"²⁴ del Salmista, no recogen en este día sexto más que un solo gomor —en el caso de que tengan uno. Y por eso el día de sábado ayunarán, porque no prepararon nada el día sexto.

Este pasaje puede interpretarse de otra manera. Los cinco libros de Moisés ofrecen el programa de una vida simple e inocente, ya sea al proponer el ejemplo de los justos —como el Génesis—, ya sea al dar las reglas de una vida recta —como los otros cuatro libros. Estos son los cinco días en los cuales se recoge un solo gomor. El día sexto es la doctrina del Nuevo Testamento. Allí se recogen dos gomor: en los preceptos elementales, la justicia de los imperfectos que existía ya bajo la Ley, la cual a nadie condujo a la perfección²⁵, y en los preceptos más elevados o los consejos de perfección, la justicia de los perfectos. La justicia perfecta es el gomor del sábado, porque los que la recogen poseen el reposo sabático del corazón en la paz y el reposo, "en el gozo y la alegría"²⁶.

También se puede interpretar de otra manera. Hay cinco virtudes que pueden ser figuradas por los cinco primeros

17 Ex 16,22.

18 Tito, 3,7.

19 Rom 4,13.

20 Cf. Heb 12,2.

21 Mt 28,20.

22 Rom 8,24.

23 Cf. Mt 10,22.

24 Sal 103,11.

25 Cf. Heb 7,19.

26 Sal 44,16. cf. S. Agustín *Enarr. in Ps.* 91,2; PL 37,1172; CCL 39, p. 1280.

días. Son las cinco especies de continencia que suelen ser representadas por las cinco vírgenes²⁷. La vigilancia de los cinco sentidos nos es necesaria para caminar en la inocencia²⁸ y para preservarnos de las impurezas de este mundo²⁹. El comienzo de la justicia consiste en alejarse del mal³⁰, en refrenar las manos de la obra injusta, en cerrar los ojos para no ver el mal, en taparse los oídos para que no oigan las proposiciones sanguinarias³¹, y en alejar los otros sentidos de cosas prohibidas. Cada una de estas abstinencias presta una sola utilidad: preservar del castigo que hubiera merecido el pecado. El que no roba, no comete adulterio y no mata, evita el castigo debido a tales crímenes. Recogemos pues un solo gomor por día hasta el día sexto. Este sexto día es la piedad, la cual no sólo aborrece el mal sino que obra la justicia y la misericordia. Este día recogemos dos gomor porque la piedad nos proporciona dos bienes: la inmunidad del castigo y la esperanza de la gloria. Lo dice el Apóstol: "El ejercicio corporal es de poco provecho; pero la piedad es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y la futura"³². Ciertamente, la piedad es útil para obtener la vida eterna, útil para multiplicar los bienes espirituales en esta vida, útil también para obtener los bienes temporales en la medida de lo necesario. Doble utilidad pues: para este tiempo que es el día sexto, y para el tiempo venidero que es el sábado. Pero la utilidad de las cinco continencias que preservan de la pena temporal establecida contra los transgresores de la Ley, mira al tiempo presente.

"Los principales del pueblo vinieron a decirse a Moisés, que les contestó: Esto es lo que ha ordenado el Señor: El reposo del sábado estará consagrado al Señor. Mañana haced lo que tengáis que hacer, coced lo que debáis cocer, y lo que sobrare guardadlo hasta la mañana. Hicieronlo como Moisés lo había mandado, y no

*se pudrió ni se halló en él gusano alguno. Y dijo Moisés: Lo comeréis hoy. Porque, es el sábado del Señor, hoy no habrá maná en el campamento. Recoged seis días, pues el día séptimo es el sábado del Señor y no lo encontraréis. Llegó el día séptimo, y habiendo salido algunos del pueblo a recogerlo no hallaron nada"*³³.

Los jefes del pueblo que vienen al encuentro de Moisés, le dan cuenta de la recolección, y le dicen cómo se ha derretido el maná o cómo se ha recogido doble cantidad de él son los doctores de la Iglesia, que se acercan al texto del Nuevo Testamento y al texto de Moisés. Porque la Ley y el Evangelio se hablan, por decirlo así, uno al otro: se explican y se revelan mutuamente, prueban y confirman los testimonios uno del otro. Cuando los doctores de la Iglesia esclarecen por las palabras del Evangelio lo que la Ley ha dicho de Cristo, son los jefes del pueblo que vienen a rendir cuenta a Moisés del maná. Por el contrario, cuando la Ley devela las palabras del Evangelio, entonces es Moisés que habla y dice: "Esto es lo que ha ordenado el Señor". Como si dijera: El acontecimiento responde a las palabras de Dios.

Moisés añade: "El reposo del sábado estará consagrado al Señor". El Señor ama el reposo; ama descansar en nosotros, y mediante esto que nosotros reposemos en él. Pero hay un reposo del tiempo venidero del cual está escrito: "En adelante, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos"³⁴. Y hay un reposo del tiempo presente del cual dice el Profeta: "Descansad de hacer el mal"³⁵. Se llega al reposo del tiempo futuro por las seis obras de misericordia enumeradas en el Evangelio en el pasaje en que se dice: "Tuve hambre y me disteis de comer"³⁶, etc; o por la perfección que indica el número seis³⁷, según la medida de justicia más o menos grande que tiene cada uno. Porque "hay seis días durante los

³³ Ex 16, 22b-27.

³⁴ Ap 14,13.

³⁵ Is 1,16.

³⁶ Mt 25,35.

³⁷ Cf. S. AGUSTIN, *De Genesi ad litt.* 4,2; PL 34,296-297; ID., *De Civitate Dei* 11,30; PL 41, 343-344; ELREDO DE RIEVAULX, *Spec. Carit.* 1,20; PL 195,523 B.

²⁷ Cf. Mt 25,1-13.

²⁸ Cf. Sal 83,13.

²⁹ Cf. Sant 1,27.

³⁰ Cf. Sal 36,27.

³¹ Cf. Is 33,15.

³² I Tim 4,8.

SACRAMENTO

cuales hay que trabajar"³⁸; a continuación viene la noche, es decir la muerte, donde "nadie puede trabajar"³⁹. Después de estos seis días viene el sábado, porque después de la consumación de las buenas obras viene el reposo de las almas.

Y porque es necesario aplicarse a las buenas obras durante todo el tiempo de la vida presente, como está escrito: "Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo enseguida"⁴⁰. Moisés añade: "Mañana, haced lo que tengáis que hacer", etc. Da dos advertencias: hacer lo que se debe hacer, cocer lo que se deba cocer. Lo uno se refiere a las obras de justicia y de misericordia que debemos hacer sin cesar mientras podemos. Lo otro se refiere a lo que hay de débil en nuestras costumbres y en nuestras acciones: debemos cocer estos puntos débiles al fuego de la penitencia. O bien, lo uno se refiere a las buenas acciones elementales que pueden hacer fácilmente, lo otro a las virtudes más perfectas que deben cocerse al fuego de una devoción más fervorosa. En cuanto a esta palabra "mañana" hay que entenderla como si hubiera dicho: En adelante, en el porvenir, observad esto como regla y haced lo que he dicho.

"Lo que sobrare, guardadlo hasta la mañana". Se trata del maná guardado para el sábado. "Hiciéronlo así", etc. Este maná guardado para el sábado y que no se corrompe, es signo de que las buenas acciones hechas para el reposo futuro se conservan intactas. Al contrario, las cumplidas para la vida presente y por amor del mundo se corrompen y hierven en gusanos. .

"Y dijo Moisés: Comed", etc. Con razón se dice: "Esto lo comeréis hoy, porque es el sábado del Señor". En efecto, en la vida futura será el tiempo de comer y no de recoger. Tú, quienquiera que seas, que recoges aquí abajo "comerás

entonces el fruto del trabajo de tus manos; serás feliz y te irá bien"⁴¹. Hay que añadir: "No encontraréis hoy del maná en el campamento", porque después de esta vida nosotros no tendremos más la posibilidad de trabajar, no encontraremos más maná en el ejercicio del trabajo, que aquí puede estar significado por el campamento. "Recoged seis días", dice; lo que significa: Vivid en la perfección de las buenas obras. "Pues el séptimo día es el sábado del Señor y no lo encontraréis". Después de esta vida será el reposo de las almas, y no encontraréis más maná para recoger.

"Llegó el día séptimo". Esto no parece tener que entenderse del primer sábado, pues se ha dicho ya: "Lo comeréis hoy, porque es el sábado del Señor". Pero Moisés tiene cuidado de mostrar que no es por accidente que ni un solo sábado se ha encontrado el maná. Con estos dos ejemplos hay que comprender lo que sucedió después, y creo que él cita este segundo sábado para convencer al pueblo de incredulidad. Porque después de la experiencia del primer sábado —de admitir que esto deba interpretarse del segundo— y después de la recomendación hecha por Moisés de recoger doble provisión, salieron para recoger el maná y no lo hallaron. Si al contrario estas palabras: "Llegó el día séptimo", etc. deben interpretarse del primer sábado, del día mismo en que Moisés dijo: "Hoy no habrá maná en el campamento", se confirman las palabras de Moisés en que ellos salieron a recoger y no lo encontraron.

"El Señor dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos y mi ley? Mirad que el Señor os ha dado el sábado y por eso el día sexto os ha doblado el alimento. Que se quede cada uno en su tienda, y ninguno salga de ella el día séptimo. Y el pueblo guardará el sábado el día séptimo"⁴².

Los animales gustan del reposo y de la saciedad y encuentran en ello una especie de felicidad. Pero lo que hace la verdadera felicidad es el santo reposo y la santa saciedad

³⁸ Lc 13,14.

³⁹ Jn 9,4.

⁴⁰ Ecl 9,10.

⁴¹ Sal 127,2.

⁴² Ex 16,28-30.

figurados por el sábado y el maná. El Señor, después de haber dado a su pueblo el reposo y la saciedad con el sábado y el maná, como figura de la verdadera felicidad que dará a los obedientes, les reprocha su desobediencia que puede hacerles perder los bienes más deseables: "¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos y mi ley?" Como si dijera: Cuando os dé el reposo del sábado y el pan del cielo, y por estos bienes os invita a bienes todavía mejores, será cosa de nada que guardéis mis mandamientos. La pregunta: "¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandamientos?" suena igual que esta otra, formulada más tarde por el propio Señor, cuando vino en la carne: "¡Oh generación incrédula! ¿hasta cuándo os soportaré?"⁴³.

Después de esta pregunta del Señor, Moisés invita a sus hermanos a considerar los beneficios de Dios, diciéndoles que presten atención al hecho de que el Señor les dio el sábado y doble ración el día sexto para que ellos consientan en servirlo. Esta advertencia significa que Dios dará a sus elegidos el reposo por su trabajo y las consolaciones, tanto de la vida presente como de la futura. Pero además, se nos sugieren dos vidas en este pasaje: la vida activa, en la que ahora debemos trabajar, y la contemplativa, por la que debemos trabajar y en la que "vacaremos" únicamente a la contemplación de Dios. Aunque la vida contemplativa pertenece principalmente al siglo futuro, debe estar representada sin embargo en esta vida por el santo reposo figurado por el sábado. De este reposo añade Moisés: "Que se quede cada uno en su tienda; y ninguno salga de ella el día séptimo". Dicho de otro modo: que cada uno descanse en su casa y no salga de ella para ningún trabajo el día de sábado. Esto nos enseña que al tiempo de la contemplación debemos permanecer en nosotros, y no debemos salir por medio de deseos ilícitos, sino recoger toda nuestra intención "por la pureza de corazón"⁴⁴, para pensar sólo en Dios y amarle sólo a él.

43 Mc 9,18.

44 Regla de S. Benito, c. 20.

"Y la casa de Israel llamó a este rocío 'maná', que era como la semilla del cilantro blanco, y su sabor como de harina amasada con miel"⁴⁵.

Como la palabra "maná" expresa una duda —se traduce: "¿Qué es esto?"— y no aporta ninguna noción precisa sobre esta sustancia, Moisés tuvo cuidado de dar algún conocimiento de ella por medio de sus accidentes, y lo hizo con miras a una significación mística precisa. Indica su apariencia: era "como la semilla del cilantro"; su color: "blanco"; su gusto: como el de "harina amasada con miel". Por el texto se podría entender que el maná es comparado con la semilla del cilantro por su color, si se lee de corrido "como la semilla del cilantro blanco". Esta interpretación es legítima sólo si en alguna parte de la tierra existe el cilantro blanco, de modo que el maná le sea comparable en blancura. Pero si se lee distintamente, con una distinción lógica, Moisés dice por una parte —sin comparación— que el maná era "blanco", y por otra —con comparación— que era "como la semilla del cilantro"; lo que puede interpretarse de su aspecto, de su tamaño o de su forma.

Está bien comparar el maná con una semilla de cilantro; porque la palabra de Dios tiene algo de legumbre, alimenta a los débiles. De ahí que diga el Apóstol: "El que es débil coma legumbres"⁴⁶. En efecto, Cristo condesciende con nuestra debilidad hasta hacerse como una pequeña semilla en los preceptos fáciles y elementales. De modo que el que no puede comprenderlo en una vida sublime y perfecta, podrá comprenderlo en una vida menos perfecta y más fácil; el que no puede comprenderlo en la profundidad de los misterios, podrá comprenderlo en la simplicidad de la fe. El maná es blanco, porque la palabra de Dios es pura y está exenta de toda mancha, según este texto de la Escritura: "Las palabras del Señor son puras"⁴⁷. El propio Cristo que es "blanco y rubicundo"⁴⁸, purifica y blanquea a los suyos según es-

45 Ex 16,31.

46 Rom 14,2.

47 Sal 11,7.

48 Cant 5,10.

te versículo: "Tú me lavarás y yo llegaré a ser más blanco que la nieve"⁴⁹. La palabra de Dios, por otra parte, es dulce como la miel; el Salmista nos lo muestra diciendo: "¡Cuán dulces me son tus palabras! más que miel en mi boca!"⁵⁰. Su sabor se parece al de "la harina amasada con miel"; lo vemos en este versículo: "El Señor los alimentó con flor de trigo, los sació con miel de la piedra"⁵¹.

"Moisés dijo: Esto es lo que ha mandado el Señor: que se llene de maná un gomor, y se lo guarde para las generaciones venideras, a fin de que vean el pan con que yo os sustenté en el desierto, después que os saqué de la tierra de Egipto"⁵².

Esta orden de Moisés de llenar con maná un gomor y de guardarlo para las generaciones siguientes, significa que el Cristo, el verdadero maná, y en quien se encuentran la forma y la regla de toda justicia, nos ha sido reservado a nosotros y "a todas las generaciones futuras"⁵³, para que conozcamos el pan del cual se alimentaron en el desierto los que fueron sacados de la tierra de Egipto. Porque en la fe en Cristo hemos sido justificados⁵⁴, y serán justificados los que vendrán después de nosotros, y han sido justificados todos los justos que existieron antes que nosotros, sacados de la tierra de Egipto, es decir, liberados de la esclavitud del diablo.

"Y dijo Moisés a Aarón: Toma un vaso, y pon en él todo el maná que pueda caber en un gomor, y colócalo delante del Señor, para que se conserve en vuestra posteridad, como el Señor lo ha ordenado a Moisés. Y Aarón lo puso en el tabernáculo para que se conservase"⁵⁵.

La urna de oro de Cristo: María, el corazón del creyente, la unidad de la Iglesia.

Lo que el Señor dice a Moisés, Moisés lo trasmite a Aarón, a fin de que por el ministerio de los sacerdotes el maná sea

49 Sal 50,9.

50 Sal 118,103.

51 Sal 80,17.

52 Ex 16,32.

53 Sal 70,18.

54 Cf. Gal 2,16.

55 Ex 16,33-34.

colocado en su lugar. Aarón pone el maná en un vaso, cuando el sacerdote, tomando en la ley de Dios lo que hay que hacer o decir, predica a Cristo concebido del Espíritu Santo en el seno de la Bienaventurada Virgen María para que se la crea como *Théotokos*, y se la vea como "la urna de oro que encierra el maná"⁵⁶; y cuando al predicar a Cristo lo deposita en el corazón de quien lo escucha, que por la fe recibe en él a Cristo; y también cuando enseña que Cristo está en la unidad de la Iglesia católica y no en la Sinagoga de los Judíos ni en los conventículos de los cismáticos o heréticos. El vaso que contiene el maná y está colocado en el tabernáculo es el pequeño número de los elegidos⁵⁷, o la sinagoga de los Judíos fieles. El tabernáculo es la multitud de los llamados, o el conjunto de la Iglesia compuesta por Judíos y Gentiles. Lo que se dice aquí: "Y Aarón lo puso en el tabernáculo para que se conservase", ha sido dicho por anticipación; porque el hecho tuvo lugar sólo más tarde, una vez construido el tabernáculo.

El Señor ordena en primer lugar no guardar el maná, luego poner el maná en un vaso y guardar este vaso en el tabernáculo. Esto alude tal vez al hecho de que a veces es necesario ocultar la palabra de Dios y otras no. El Salmista que dice: "Escondí tus palabras en mi corazón para no pecar contra tí"⁵⁸, dice también: "No escondí tu justicia en mi corazón"⁵⁹. En efecto, debemos esconder la palabra de Dios muy en el fondo de nuestro corazón, muy en el fondo de nuestra memoria, de miedo de perderla por negligencia o por olvido; esconderla también de la alabanza de los hombres y esconderla de los oyentes indignos. Pero cuando las circunstancias exigen que ella sea conocida, no la escondamos por temor de los hombres o por complacerlos.

56 Heb 9,4.

57 Cf. Mt 20,16.

58 Sal 118,11.

59 Sal 39,11.

"Los hijos de Israel comieron maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitable"⁶⁰.

Simbolismo del número cuarenta.

La palabra de Dios, o el cuerpo de Cristo, es nuestro alimento según el modo limitado con el cual podemos actualmente usar de ella, en espera de los tiempos mejores, hasta que dejemos este desierto y lleguemos a la tierra habitable, es decir a la tierra de los vivientes⁶¹. El número cuarenta responde a muchos misterios. Durante cuarenta días Dios derramó su indignación sobre toda carne, y la hizo perecer en las aguas del diluvio con excepción de algunos individuos conservados y salvados en el arca⁶². Durante cuarenta días debemos observar, a ejemplo de Moisés, de Elías y del propio Cristo⁶³ una abstinencia por la que esperamos apaciguar la cólera y la indignación de Dios. Durante cuarenta años Dios instruyó a su pueblo en el desierto, alternando los beneficios y los castigos, mostrándose apaciguado o irritado. De aquí que está escrito: "Durante cuarenta años me he mantenido cerca de esta generación", o según otro texto: "Durante cuarenta años esta generación me ha sido una carga"⁶⁴. Este número cuarenta marca el castigo o la corrección de la desobediencia y el ejercicio de la obediencia. Hay pues en él un sentido de cólera y uno de gracia. Busquemos su significación en sus factores que son: el número diez y el número cuatro. El número diez, a causa del Decálogo, significa la obediencia a la Ley; el número cuatro, la obediencia al Evangelio. La primera obediencia se cumplió en la simple inocencia, la segunda en la justicia consumada. El programa de la primera es no matar, no tomar el bien ajeno⁶⁵; el de la segunda, no irritarse, distribuir los propios bienes⁶⁶. El número cuatro representa los cuatro evangelios, o las cuatro virtudes

principales cuya perfección es enseñada en el Evangelio, o los cuatro misterios del nacimiento, la pasión, la resurrección y la ascensión de Cristo que tiene por efecto conformarnos a Cristo haciéndonos renacer, sufrir, resucitar con él, y subir con él "de virtud en virtud"⁶⁷. Las cuatro virtudes son el fruto de los cuatro evangelios y el efecto de los cuatro misterios. Puesto que toda nuestra vida debe transcurrir en la obediencia a la Ley —en lo que concierne a sus preceptos morales— y que la virtud de nuestra alma debe multiplicarse siempre por la obediencia al Evangelio, con razón el tiempo de nuestra vida está representado por el número cuarenta, que es el producto de diez por cuatro.

"Con este manjar fueron alimentados hasta que tocaron los confines de la tierra de Canaán"⁶⁸.

Nosotros tocaremos los confines de la tierra de Canaán, cuando dejando esta vida comencemos a entrar en la tierra de los vivientes, como está escrito: "Cuando haya dado el suelo a los que él ama, he aquí la herencia del Señor"⁶⁹. "Pero cuando este cuerpo mortal haya revestido la inmortalidad"⁷⁰, entonces, transpuesta la frontera, habitaremos en esta tierra en seguridad⁷¹; "porque Dios salvará a Sión, y la raza de sus servidores la poseerá, y los que aman su nombre habitarán en ella"⁷².

La tierra de Canaán es la tierra de la promesa, de la cual se le dijo a Abraham: "Yo te daré la tierra de Canaán como parte de herencia"⁷³. ¿Por qué esta tierra se llama "tierra de Canaán"? En un primer sentido la razón es clara: ella ha sido poseída por la raza de Canaán, hijo maldito de Noé entregado a la esclavitud⁷⁴. Pero ¿cómo la tierra de los vivien-

⁶⁰ Ex 16,35a.

⁶¹ Cf. Sal 26,13.

⁶² Cf. Gén 7.

⁶³ Cf. Dt 9,9. I Re 19,8. Mt 4,2.

⁶⁴ Sal 94,10.

⁶⁵ Cf. Ex 20,13.15.

⁶⁶ Cf. Mt 5,22-40; 19,21.

⁶⁷ Sal 83,8.

⁶⁸ Ex 16,35b.

⁶⁹ Sal 126,2-3.

⁷⁰ I Cor 15,54.

⁷¹ Ez 28,26.

⁷² Sal 68,36-37.

⁷³ Sal 104,11.

⁷⁴ Cf. Gén 9,25-27.

tes, figurada por la tierra de la promesa, es en sentido espiritual "tierra de Canaán"? Por tres razones.

Una vez expulsados los espíritus malignos, según estas palabras: "Vi a Satanás caer del cielo como el rayo"⁷⁵, debe ser poseída por los hijos de Israel, es decir por nosotros. Otra explicación: en Adán hemos sido rechazados del paraíso como la raza de Canaán lo fue de la tierra de la promesa. Pero, cambiados en hijos de Israel y bien sacudidos —porque Canaán se traduce "sacudida" o "sacudimiento"— nosotros la poseeremos. Otra explicación: se puede llamar a los Judíos "Cananeos", porque llegaron a ser una "generación perversa e hijos infieles"⁷⁶, son de la raza de Canaán y no de Judá⁷⁷. La tierra que les había sido prometida les fue retirada por su infidelidad, y nos ha sido dada a nosotros, que según el espíritu somos contados como hijos de Abraham. El Señor ha dicho en efecto: "El reino de Dios os será quitado, y será entregado a un pueblo que dé frutos"⁷⁸. Y también: Muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores"⁷⁹.

"El gomor es la décima parte del efi"⁸⁰.

Por la medida del efi, que se divide en diez partes, puede entenderse la medida del don de Cristo⁸¹, que distribuye a toda criatura racional, es decir a los nueve órdenes de los ángeles y a la criatura humana, como quiere y cuanto quiere. Y porque el hombre ocupa el décimo lugar en la jerarquía de la criatura racional —la única capaz de justicia y bienaventuranza y por eso la única que puede participar en Cristo— con razón le corresponde la décima parte del efi. El efi repre-

⁷⁵ Lc 10,18.

⁷⁶ Dt 32,20.

⁷⁷ Dan 13,56.

⁷⁸ Mt 21,43.

⁷⁹ Mt 8,11-12.

⁸⁰ Ex 16,36.

⁸¹ Cf. Ef 4,7.

senta la plenitud de gracia que les basta a todos, y el gomor la parte de gracia que se encuentra en cada uno. Sin embargo, esta distribución de la gracia, aunque desigual, se reduce a una unidad de igualdad por la comunión de la caridad, porque la caridad hace que lo que es propio de cada uno sea común a todos.

2. Números, 11, 6-9.

"Seca está nuestra alma. Nada ven nuestros ojos sino maná. El maná era como la semilla del cilantro y tenía el color del bedelío. El pueblo se dispersaba para recogerlo, después se lo molía en la muela, o se lo majaba en un mortero. Se lo ponía a cocinar en una caldera, y se hacían con él unas tortitas que tenían el sabor como de pan amasado con aceite. Cuando el rocío de la noche caía sobre el campamento, el maná caía también"⁸².

El grupo de advenedizos que había acompañado a Israel, ardía por el deseo de comer carne. Ellos se sentaban y lloraban; uniéronse a ellos los hijos de Israel diciendo: "¿Quién nos dará carne para comer? ¡Cómo nos acordamos del pescado que comíamos de balde en Egipto. Se nos vienen a la memoria los pepinos, y los melones, y los puerros, y las cebollas, y los ajos! Seca está nuestra alma. Nada ven nuestros ojos sino maná"⁸³. Esto es una figura de nuestro tiempo. Ciertamente, los hijos de Israel que se unen a los murmuradores son los buenos, corrompidos por la compañía de los malos, como está escrito de algunos: "Se han mezclado con los paganos y aprendieron sus obras"⁸⁴. Y el Apóstol dice: "Las malas compañías corrompen las buenas costumbres"⁸⁵. Muchos dejan la vida del siglo, cual si salieran de Egipto, y emprenden el camino de una vida mejor; después se acuerdan de los platos de Egipto, sus condimentos y excitantes, es decir, de los vicios de su vida pasada con sus vo-

⁸² Núm 11,6-9.

⁸³ Ibid. 4,6.

⁸⁴ Sal 105,35.

⁸⁵ I Cor 15,33.

luptuosidades. Miserablemente se secan y se consumen por tales deseos; el maná espiritual de la palabra de Dios les produce disgusto y dicen: "Seca está nuestra alma".

De ellos dice la Escritura: "Su alma aborrece toda comida".⁸⁶

A menudo, quienes son de esta laya, se juntan con los malos pero permanecen entre los buenos. Así como se disgustan de hacer el bien, así también se fastidian de oír lo bueno de otros y de ver el bien en los demás. Y mientras escudriñan la vida de los buenos para encontrar allí algo que justifique su propio error y les consuele de ello, al no encontrar nada más que aquello bueno que les disgusta dicen: "Nada ven nuestros ojos sino maná". Los herejes miran de este modo a los que pertenecen a la verdadera Iglesia, los Judíos miran a los cristianos, los laicos a los clérigos, los clérigos a los religiosos. Si en los mismos no ven nada más que lo santo, lo pudoroso, lo honesto y de buen renombre⁸⁷, en conformidad con su orden y profesión, cuantas veces los tales se disgustan del bien y lo constatan a pesar suyo dicen: "Nada ven nuestros ojos sino maná".

En tanto que estos, disgustados dicen: "Nada ven nuestros ojos sino maná", el justo exclama con entusiasmo: "Todo lo que he visto es un testimonio de Jesucristo"⁸⁸. Y se dice de la esposa: "¿Qué veis en la Sulamita sino los coros de un campamento?"⁸⁹.

La Escritura muestra cómo se presentaba el maná: "Era como la semilla del cilantro y tenía el color del bedelio". El Exodo ya lo había dicho, pero indicaba el color blanco y no hablaba del bedelio. El bedelio, según dicen, es un árbol aromático.

El pueblo que se dispersa para recoger el maná representa la devoción de los fieles, que recorren en espíritu lo que se dedica sobre Cristo, para encontrar allí su refección espiritual.

Se molía el maná en la muela, porque la palabra de Dios, cuando se la examina a la luz de los dos Testamentos, es triturada entre ellos; o cuando se la examina según la letra y el espíritu, es decir, según el sentido espiritual y la explicación literal, es reducida a harina para ser comprendida más perfectamente.

Otra interpretación: el espíritu, fácilmente móvil, recorre y explora muchas cosas que pueden alegarse a favor o en contra de la fe: es la muela superior que gira. Entre ella y la fe, que sirve de soporte firme e inquebrantable, la "palabra de la fe"⁹⁰ es molida en partículas y por eso es mejor comprendida. Las dos muelas se encuentran en el espíritu: una es la solidez de la fe o de la buena intención, otra es esa investigación, ese estudio de las cosas que deben creerse o hacerse. O bien: una de las dos muelas es la voluntad, que por la obediencia se somete a la razón, otra es el juicio de la razón, que gira al buscar y muele al discernir. O bien: una es el temor, otra la esperanza. En estas dos se tritura la palabra de Dios, para que ni el más mínimo de los mandamientos sea despreciado, para que ninguna iota ni ningún ápice⁹¹ sea descuidado.

El maná era molido en el mortero. Este mortero es nuestro corazón, donde la palabra de Dios es triturada como con un pilón. Según Salomón el necio no se despoja de su necedad aunque se lo muela con el pilón de moler cebada, esto es, aunque sea atormentado en su necedad o en su conciencia por el pilón de los duros reproches que golpean sobre él. En efecto está escrito: "Aunque muelas al necio en el mor-

⁸⁶ Sal 106,18.

⁸⁷ Cf. Flp 4,8.

⁸⁸ Ap 1,2.

⁸⁹ Cant 7,1.

⁹⁰ Rom 10,8.

⁹¹ Cf. Mt 5,18.

tero con el pilón, no le sacarás su necedad"⁹². Así como el necio es molido por los que odian la necedad, así también la palabra de Dios es molida por los que odian la sabiduría, ya con el pilón de la contradicción, ya con el de la persecución. Unos por la lengua, otros por la espada, otros por los malos ejemplos persiguen la palabra de Dios, la quiebran y la reducen a migajas. Bajo los golpes de la contradicción y la persecución, la palabra de Dios es cada vez más estudiada, cada vez más comprendida. Muchos misterios de la fe que hubieran permanecido inaccesibles se nos han hecho accesibles gracias a que la fe ha sufrido tantos asaltos. Por eso, el maná es molido con el pilón en el mortero, cuando la palabra de Dios —bajo los golpes de sus adversarios— es meditada en nuestro corazón con más profundidad y sagacidad. Pero si faltan adversarios que combatan la palabra de Dios, ésta es molida verdaderamente con el pilón en el corazón, bajo los golpes de la penitencia cristiana con los cuales cada uno debe castigarse a sí mismo, y gracias al uso de esta penitencia, ella es cada vez mejor comprendida.

Cuando estudiamos la palabra de Dios ¿qué hacemos sino moler el maná en la muela o desmenuzarla con el pilón? Pero, aunque la estudiemos, aunque mediante una meditación perseverante desmenecemos esta semilla de cilantro, siempre podrá ser pulverizada más, quebrada y reducida a mayor número de partículas; porque el desmenuzamiento la aumenta y sus partículas se multiplican.

Pero el maná es desmenuzado o molido de dos maneras: desmenuzamos la palabra de Dios ora para penetrarla más profundamente, ora por el deseo de progresar en la virtud y para guardar más estrictamente su ley. Entre desmenuzar el maná y molerlo se puede hacer una distinción, y decir que es desmenuzado cuando se trata de cosas difíciles de comprender o de hacer, molido cuando se trata de cosas más fáciles.

⁹² Prov 27,22.

El pueblo molía el maná en el mortero y lo hacía cocinar en una caldera. Es la caldera de la tribulación de la cual dice Jeremías: "Veo una caldera hirviendo"⁹³. En la caldera de la tribulación el maná es cocido al fuego del sufrimiento o del amor, cuando el bien que está en nosotros se afirma cada vez más en medio de los males que padecemos. Lo que sucede cuando en medio de los sufrimientos amamos a Dios cada vez más, y por Dios a nuestros perseguidores.

La palabra "torta", o en diminutivo "tortita", viene del verbo **torquere**, torcer o tornar. A menudo se llama así al pan, porque al darle forma se lo tuerce y se le da su forma torciéndolo, así como se llama queso a lo que ha sido formado con requesón; y tal vez haya alguna especie de pan que sea llamado así a causa de una peculiar manera de torcerlo. Sin embargo creemos que no es en vano que se habla de tortita en este pasaje; busquemos la razón por la cual la Escritura se tomó el cuidado de decir que el maná era desmenuzado y molido, y que con esta harina se hacían tortitas. La palabra que estudiamos en este momento es palabra de Dios, y por eso, maná con el que tal vez después de haberlo desmenuzado y molido convenientemente podremos formar tortitas. Entonces lo que está escrito se tornará "en edificación de la fe"⁹⁴ y de la caridad. En efecto, si la caridad por la que obra la fe es la plenitud de la Ley⁹⁵, y si toda la Ley y los profetas penden del único mandamiento de la caridad⁹⁶, ¿por qué no habría de estar permitido transformar para edificación de la caridad o de la fe todo lo que ha sido escrito con miras a la salvación? Por la caridad todo ha sido escrito, del mismo modo que todo ha sido hecho por ella. Entonces, cuando en tu lectura encuentres la palabra de Dios tomada y como usurpada en otro sentido que el que parece tener en primer lugar, y esto por el testimonio de la fe o la edificación de la caridad, acuérdate que el pueblo de Dios hacía tortitas con

⁹³ Jer 1,13.

⁹⁴ Ef 4,29.

⁹⁵ Cf. Gál 5,6 y Rom 13,10.

⁹⁶ Cf. Mt 22,40.

el maná desmenuzado. Por eso está permitido, en vistas de la fe o de la caridad, transformar el sentido histórico, literal y obvio en un sentido místico, profundo y espiritual, y deducir de todo lo que ha sido hecho o escrito lo que hay que hacer por la salvación.

Diría más: es útil sacar de las palabras de Dios, dondequiera se encuentren y cualesquiera sean, consejos de salvación apropiados a nuestros tiempos, a nuestras necesidades, a nuestras debilidades y a nuestras costumbres, siempre dejando a salvo la caridad. Porque debemos amar a Dios inmutablemente; a esto tiende toda la Escritura. Para conservar esta caridad, es preciso, entre las innumerables y críticas tentaciones, variar y matizar nuestra manera de actuar. Muy a menudo una imperiosa necesidad nos obliga a emprender por la justicia cosas que parecen atentar contra la justicia. A menudo, para conservar la caridad hay que infligir una justicia rigurosa atemperándola con misericordia; a menudo hay que reducir a una severa disciplina lo que se ha relajado por una condescendencia misericordiosa; a menudo hay que tolerar un mal menor para evitar un desorden más grande. Por eso Moisés, en atención a la dureza de corazón de los Judíos permitió escribir un libelo de repudio⁹⁷, para impedir que se cometiera un homicidio. A menudo debemos perder la gracia del prójimo para no perder la gracia de Dios. A menudo, cuando Cristo y quien ocupa su lugar⁹⁸ ordenan cosas contrarias, hay que guardar una justa medida en la observancia de estas palabras del Señor: "Quien os desprecia me desprecia"⁹⁹, y obedecer a Dios¹⁰⁰ casi como obrando contra la obediencia. A menudo, cuando se hacen promesas o juramentos ilícitos, la palabra de Dios que dio el querer la verdad debe ser tornada y comprendida de tal modo que no emprendamos una obra inicua por respeto a la verdad. Más vale en tal caso volverse

⁹⁷ Dt 24,1-4. Mt 19,7-8.

⁹⁸ Cf. Regla de S. Benito, c. 2.

⁹⁹ Lc 10,16.

¹⁰⁰ Cf. Act 5,29.

atrás del propio error y lamentarlo, que anular los decretos de Dios y defraudarlo en el respeto que le es debido.

Así como entre dos peligros hay que resignarse a elegir el mal menor, a veces, por la debilidad humana, hay que ceder en el precepto o el consejo de Dios y elegir el bien menor. Aunque los buenos deben a la justicia un servicio más asiduo que el que los malos suelen prestar generalmente al pecado, Pablo, mostrando que condesciende con la debilidad humana dice: "Hablo humanamente a causa de la debilidad de vuestra carne: así como habéis puesto vuestros miembros al servicio de la impureza y del pecado, por el pecado, poned también ahora vuestros miembros al servicio de la justicia, por la santidad"¹⁰¹. En este pasaje no invita a la perfección, sino que torna a su consejo para hacerlo accesible a nuestra debilidad. De igual manera, aunque escribe en cierto lugar: "A los no casados y a las viudas les digo que les es mejor permanecer como yo"¹⁰², cuando escribe a Timoteo condesciende al aconsejar: "Quiero que las jóvenes se casen"¹⁰³.

Por otra parte, toda la justicia de los buenos, en el tiempo presente, no es otra cosa que una especie de condescendencia de la soberana perfección y de la soberana rectitud; y si uno la pesa exactamente, se revela harto ligera¹⁰⁴. La justicia de los perfectos es más bien un esfuerzo y una carrera hacia la consumación final que una posesión de la perfección. El hombre puede avanzar, correr y ganar terreno todo lo que quiera: siempre "la justicia marchará ante él"¹⁰⁵, sin dejarse alcanzar plenamente. Pero "el que la sigue de cerca terminará por alcanzarla"¹⁰⁶. Pablo lo dice sirviéndose de su propio ejemplo: "No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús"¹⁰⁷. He

¹⁰¹ Rom 6,19.

¹⁰² I Cor 7,8.

¹⁰³ I Tim 5,14.

¹⁰⁴ Cf. Dan 5,27.

¹⁰⁵ Sal 84,14.

¹⁰⁶ Eclo 15,1.

¹⁰⁷ Flp 3,12.

aquí pues cómo debemos gobernar y dirigir nuestra vida: no teniendo el poder de aprehender inmediatamente lo perfecto, pongamos a nuestro alcance los preceptos de Dios, reduzcamos, por así decir, lo que está por encima de nuestras fuerzas a lo que nos es posible. Repito, pongamos los preceptos de Dios a nuestro alcance, no cambiándolos, sino aproximándonos a ellos y observándolos según nuestras fuerzas. En efecto, si no somos capaces de dirigir a Dios todos nuestros pensamientos, todos nuestros afectos e intenciones, tan casta y puramente como sería justo y digno hacerlo, para amarlo "con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu"¹⁰⁸, más vale al menos amarlo según la pequeña medida de nuestra debilidad, que no amarlo en absoluto. Y si no podemos ofrecer a Dios oraciones tan puras como desearíamos, más vale orar como podemos y como nos lo concede él, que no orar en absoluto. Entonces, cuando se nos prescribe la perfección, cuidémonos de no hacer nada so pretexto de que no podemos hacer todo, sino avengámonos en la perfección a lo que podemos, y seremos de algún modo excusado de aquello que debemos hacer y no podemos hacer. Como el Señor lo ha dicho de aquella mujer que había derramado su perfume sobre su cabeza. "Ha hecho lo que ha podido"¹⁰⁹.

Todos los consejos que se nos proponen en las palabras de Dios, deben ser tomados y comprendidos de tal manera que se tornen en ventaja para nuestra salvación eterna y la de nuestros hermanos. La sana razón dictará a veces el ceder a la necesidad o el hacer algunas concesiones a la debilidad. En todo caso, cada vez que tomemos una decisión respecto de otro, aunque de tanto en tanto haya que obrar con mayor rigor, siempre debemos tener en el pensamiento la misericordia, a fin de que nosotros mismos obtengamos misericordia de Dios¹¹⁰. Así pues, nuestras tortitas de maná tendrán "el gusto de un pan amasado con aceite".

Luego de haber mostrado cómo los Hebreos desmenuzaban el maná, lo molían, y hacían con él tortitas y las cocinaban, la Escritura se preocupa de añadir que el maná caía junto con el rocío. La palabra de Dios es rocío cuando se derrama, maná cuando da fuerzas. Cuando se la predica se derrama, cuando se la recibe y se la guarda dignamente da fuerzas. El maná baja con el rocío porque la palabra de Dios penetra en el corazón de los fieles por la predicación de los profetas y los apóstoles. San Pablo dice a este respecto: "¿Cómo creerán en aquél que no han oído? y ¿cómo oirán si nadie les predica?". Y un poco más adelante: "La fe viene de la predicación y la predicación por la palabra de Cristo"¹¹¹. Así la palabra es maná en el corazón; en la boca es rocío, pero también maná. Este rocío baja de noche como está escrito: "cuando un profundo silencio envolvía todo y la noche estaba en la mitad de su curso, la Palabra Omnipotente se lanzó de los cielos desde el trono real"¹¹².

3. Números, 21, 4b-5.

"El pueblo comenzó a disgustarse por el viaje y el trabajo. Y habló contra Dios y Moisés y dijo: ¿Por qué nos habéis sacado de Egipto? ¿Para que muramos en el desierto? No tenemos pan, ni agua. Este ligero alimento nos da náuseas"¹¹³.

Muchos se entregan al servicio divino, hacen profesión de vida austera; luego, disgustados a lo largo de esta disciplina penosa que no debe acabar más que con la vida murmuran contra Moisés, es decir contra el mismo Dios, el legislador, o contra su ley, como de algo sumamente desagradable. No encontrando en el desierto el pan a hurtadillas que es más sabroso, y las aguas robadas que son más dulces¹¹⁴ dicen: "No tenemos pan, ni agua". Y disgustados sobremadura por el maná celestial añaden: "Este ligero alimento nos da náuseas". Estos hombres, que han devenido tibios des-

¹⁰⁸ Mt 22,37. Cf. Dt 6,5.

¹⁰⁹ Mc 14,8.

¹¹⁰ Cf. Mt 5,7.

¹¹¹ Rom 10,14-17.

¹¹² Sab 18, 14-15.

¹¹³ Núm 21, 4b-5.

¹¹⁴ Prov 9,17.

pués del fervor novicio del comienzo de su conversión¹¹⁵, son peores que si fueran fríos. El Señor los vomita de su boca porque después de haberlos incorporado en cierta manera a sí, permite, por un misterioso juicio, que vuelvan a su vómito¹¹⁶. Dice a este respecto: "¡Ojalé fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, estoy por vomitarte de mi boca"¹¹⁷.

Los disgustados decían que este alimento era ligero, porque les había sido preparado por Dios sin ningún trabajo de su parte, porque no se compraba a ningún precio, o porque su abundancia se los volvía menos sabroso y por eso lo despreciaban. Así sucede cuando la palabra de Dios pierde su precio para las almas disgustadas y les inspira fastidio, porque la comprenden fácilmente, porque la leen o la oyen a menudo, o porque desean las comidas de Egipto. "El pan de vida y de inteligencia", "el agua de la sabiduría saludable"¹¹⁸ no les basta sino que murmuran y dicen: "No tenemos pan, ni agua".

4. Deuteronomio, 8,3.

"Él te dio como alimento el maná, que ni tú ni tus padres conocían, para hacerte ver que el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor"¹¹⁹.

Escucha pues, ¡oh Judío, y comprende! Tu propia Ley, si quieres creerla bien, va a enseñarte lo que es el maná. No digas: "¿Qué es esto?"¹²⁰ Tú lo mirabas y también tus padres, infieles como tú, y por eso son tus padres. Tú no comprendías¹²¹ lo que era este alimento, y por eso te era dado. Escudriña las Escrituras, en las cuales piensas tener la vida¹²². Escudriña la Ley, en la que pones tu confianza. He aquí que ella te muestra, no de una manera velada ni oscura sino ma-

nifiesta y abiertamente, cuál es el verdadero maná y por qué Dios te ha dado el maná como alimento: por ninguna otra razón que la escrita aquí, conservada en tus propios libros, a menudo repetida a tus oídos y colocada ante tus ojos, "para hacerte ver que el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor". En vano se te ha dado el maná, si tú no ves todavía la demostración que él contenía. Se te lo ha dado en prueba, él te demuestra algo.

En verdad, el hombre, desde el punto de vista de esta vida corporal, vive del pan corporal, es decir del alimento corporal, y el maná es uno de ellos, puesto que según el testimonio de la Escritura con él se hacía el pan. Pero en lo que se refiere a la vida espiritual, el hombre no vive de este pan al cual pertenece el maná corporal: vive de toda palabra de Dios, palabra figurada por el maná. Porque ¿cómo demostraría el maná que el hombre vive de la palabra de Dios, si no figurara esta misma palabra? Pero es en vano que se demuestre lo que no quieres creer, lo que no puedes ver, como Isaías lo dice de tí: "¿Quién es ciego si no mi servidor? ¿Quién sordo, como mis mensajeros?"¹²³. Pero Dios nos ha mostrado lo que ha escondido a tus ojos, "ocultando su rostro a la casa de Jacob"¹²⁴. El verdadero maná es lo que sale de la boca de Dios: "Cristo, potencia de Dios y sabiduría de Dios"¹²⁵, que como dice Salomón: "Yo salí de la boca del Altísimo"¹²⁶. Es la palabra que Dios ha pronunciado, "y todo fue hecho; ha ordenado, y todo fue creado"¹²⁷. Es la palabra de la cual han dado testimonio "la Ley y los profetas"¹²⁸. Y porque los profetas, por quienes Dios ha hablado, son llamados "la boca de Dios", toda palabra de la que se han servido los profetas para predicar esta Palabra, sale de la boca de Dios para que el hombre viva de ella.

115 Cf. Regla de S. Benito, c. 1.

116 Prov. 26,11.

117 Ap 3,15-16.

118 Eclo 15,3.

119 Dt 8,3.

120 Ex 16,15.

121 Sal 105,7.

122 Jn 5,39.

123 Is 42,19.

124 Is 8,17.

125 I Cor 1,24.

126 Eclo 24,5.

127 Sal 32,9.

128 Rom 3,21.

Hay tres palabras que salen de la boca de Dios: el Verbo que está en el Padre, que ha nacido del Padre, que es co-eterno con el Padre; la palabra que está en la boca del predicador; la palabra que está en el corazón del fiel. La palabra en el corazón del fiel es la fe o la caridad, o cualquier virtud del alma que pueda ser llamada "una palabra divina plantada en nosotros"¹²⁹. En un susurro muy suave Dios dice en nuestro corazón la "palabra de fe"¹³⁰, como está escrito: "Bienaventurado tú, Simón, Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado esto sino mi Padre que está en los cielos"¹³¹.

Toda la palabra que sale de la boca de Dios está figurada por el maná. Porque Cristo es maná, la palabra de la predicación es maná, y la palabra interior que Dios dice en el corazón es también maná. La predicación y la palabra íntima son en Cristo maná, y, en ambas, Cristo es maná.

5. Josué, 5,12.

"Después que hubieron comido de los frutos de la tierra cesó el maná, y los hijos de Israel no usaron más de este alimento, pero comieron de los frutos que la tierra de Canaán había dado aquel año"¹³².

El fin de la economía figurativa.

Los hijos de Israel, después de salir del desierto y de atravesar el Jordán, acamparon en Gálgala el día 10 del primer mes¹³³. Allí fueron purificados con la segunda circuncisión¹³⁴, y "celebraron la pascua el día 14 de este mes, por la tarde, en la llanura de Jericó. Al día siguiente comieron de los frutos de la tierra, pan sin levadura y trigo tostado del mismo año"¹³⁵. Entonces cesó el maná.

129 Sant 1,21.

130 Rom 10,8.

131 Mt 16,17.

132 Jos 5,12.

133 Cf. Jos 4,19.

134 Cf. Jos 5,2-8.

135 Ibid. 10-11.

El maná es la palabra de Dios en la Ley y el Evangelio. El maná de la palabra divina, bajo la forma figurativa de la Ley cesó cuando Cristo hubo celebrado la verdadera pascua con sus discípulos, el día 14 de la luna, por la tarde, y después que les hubo dado de comer el fruto de la tierra prometida. Estos frutos de la tierra pueden significar al propio Cristo del cual está escrito: "Nuestra tierra dará su fruto"¹³⁶, o bien, los frutos de la justicia y la perfección evangélica, empezada la cual cesó el maná, es decir, la justicia según las obras de la Ley¹³⁷. Es normal que la pascua y los frutos de la tierra prometida den fin al maná; porque la muerte de Cristo y la ley del Evangelio ponen término a las figuras de la Ley.

6. Sabiduría, 16, 20-21.

"Tú ordenaste que tu pueblo fuera alimentado con el alimento de los ángeles. Le diste un pan preparado desde el cielo sin trabajo, pan que tenía en sí todo deleite y la dulzura de todos los gustos. Mostraste así tu naturaleza, y la dulzura que tienes para con tus hijos. El maná, adaptándose al deseo de cada uno, se transformaba al gusto que cada uno quería"¹³⁸.

En el Éxodo está escrito del maná que "su gusto es semejante al de la harina mezclada con miel"¹³⁹; en el libro de los Números, que tenía "el gusto de un pan amasado con aceite"¹⁴⁰. Pero aquí se dice "que tenía en sí todo deleite y la dulzura de todos los gustos", y que "adaptándose al deseo de cada uno se transformaba al gusto que cada uno quería". Una variedad tal, puede hacernos vacilar sobre el gusto del maná. Porque si tenía el gusto que cada uno quería, ¿cómo decir que tenía un gusto muy definido, el "de la harina mezclada con miel", o el "de un pan amasado con aceite"? ¿Y por qué se cansaron del maná y empezaron a añorar los melones, los pepinos, las cebollas y los ajos¹⁴¹, si encontraban en el maná todos los gustos?

136 Sal 84,13.

137 Cf. Rom 3,20.

138 Sab 16,20-21.

139 Ex 16,31.

140 Núm 11,8.

141 Cf. Ibid. 5.

Pero puede decirse que el maná tenía su sabor peculiar y natural, el de harina mezclada con miel, o en parte, como el de un pan amasado con aceite, como sucede con un plato hecho con diversas sustancias que tiene muchos gustos a la vez; o bien, antes de cocinarlo tenía el gusto de la harina mezclada con miel, y una vez cocido el de un pan amasado con aceite. Al hablar del maná cocido, es cuando la Escritura menciona ese sabor a aceite. Y para aquellos a los que no les bastaban estos dos sabores, ni su combinación, el maná —como se ve en el presente texto— les ofrecía cualquier otro gusto, a elección. Pero, del mismo modo que aún sintiendo el gusto de la miel en una bebida hecha con miel, podemos tener el deseo de saborear más plena y más integralmente ese mismo gusto en un panal de miel, así también los Hebreos podían tener deseo de melones, pepinos, cebollas y ajos, en todo punto iguales a como tenían el hábito de comerlos bajo sus formas propias, aunque el maná les ofreciera el sabor de todos estos alimentos. O bien, ellos estaban cansados de comer siempre lo mismo, porque la curiosidad humana siente placer en la variación, y deseaban por capricho gustar en otras sustancias todos los sabores que ellos habían gustado en el maná. Los gustadores del vino prueban a menudo el vino en copas diferentes, por capricho y curiosidad.

Se puede pensar que el maná tenía ciertos sabores determinados que la Escritura especifica, y que tenía, por otra parte, múltiples sabores según el deseo de unos y otros, pero que estos sabores múltiples no estaban propiamente hablando en él, y que el fenómeno se producía más bien en los que comían el maná. En apoyo de esta opinión, se puede señalar —lo hemos experimentado— que un mismo fruto no tiene exactamente el mismo gusto para todo el mundo: uno considera que es menos dulce, otro que más dulce, un tercero dice que ni siquiera es dulce. Tenemos un caso análogo en el don de lenguas, si hemos de creer en la opinión que dice que una misma palabra pronunciada por los apóstoles en una sola lengua resonaba en forma diferente en los oídos de los

oyentes, para ser comprendida por cada uno en su propia lengua¹⁴². No obstante se le puede objetar a esta interpretación aquello que dice la Escritura: "el maná se transformaba al gusto que cada uno quería", lo cual parece colocar en el maná la causa de esta variedad. Pero tal vez se dice "se transformaba" para significar que daba esta impresión a los que lo comían.

Es normal que los puntos dudosos den lugar a opiniones diversas. Contentémonos, en la duda, con concebir cómo lo que afirma la Escritura pudo ser posible, para que la fe en la Escritura no vacile en nuestro corazón, por una sospecha de imposibilidad.

Podemos interpretar también que el maná tenía un gusto deleitable, igual o superior a cualquier otro sabor, capaz de satisfacer todo deseo en lo que se refiere a la alimentación. En este caso, el maná "se transformaba al gusto que cada uno quería", no haciendo presente el sabor de la comida deseada, sino reemplazándolo por un sabor comparable, o mejor aún. Así, cuando alguien tiene sed y pide agua, uno puede refrescarlo tanto con agua como con vino: el agua responde a su deseo, el vino lo sobrepasa.

La manifestación multiforme de Cristo.

En lo que atañe al maná espiritual, ningún sabor le falta. Su gusto es tanto más dulce y delicioso cuanto sobrepasa todos los deseos. Dios, en efecto, cuya naturaleza es la bondad, cuya sustancia es el amor, cuya esencia es la benignidad¹⁴³, ha querido mostrarnos su naturaleza y hacernos comprender cuán dulce es, mostrarnos la dulzura que tiene por sus hijos y hacernos comprender todo el bien que nos desea; por el amor extremo con que nos amó¹⁴⁴, ha enviado al mundo a

¹⁴² Cf. Act 2,4-11.

¹⁴³ Cf. S. LEÓN, In Nativ. Domini, 2,1; PL 54,194 A; SC 22, p. 76.

Cf. BALDUINO DE FORD, Tractatus XV; PL 204,547 B.

¹⁴⁴ Cf. Ef 2,4.

su Hijo, el pan de los ángeles. "Porque Dios amó al mundo a tal punto que le dio a su Hijo único"¹⁴⁵. Éste es el maná verdadero que el Señor ha hecho llover para que lo comamos¹⁴⁶. "Los cielos lo han derramado ante la faz de Dios en el Sinaí." Es la lluvia voluntaria que Dios ha reservado a su heredad. He aquí lo que Dios ha preparado para sus pobres, en su bondad¹⁴⁷. Cristo ha descendido por todos, y condesciende con todos. Él atrae todo hacia sí por la inefable gracia de su dulzura; no rechaza a nadie, admite a todos los hombres a la penitencia. Tiene el sabor más delicioso para todos aquellos que lo reciben. Él solo basta a todos los piadosos deseos y los satisface. Hay en él todo encanto, todo sabor, todo gusto delicioso, y se adapta de modo diferente a unos y a otros, según el deseo de cada uno, según sus apetencias y tendencias. Porque "las justicias del Señor son rectas, regocijan los corazones"¹⁴⁸: "las justicias", dice el Salmista, porque ellas son tan numerosas, que hay en Cristo caminos para ir a Cristo. Cada uno encuentra en él un sabor diferente según sus elecciones y sus preferencias. Hay entre los justos diversos órdenes y diversas costumbres, diversas profesiones y géneros de vida, diversos deseos y tendencias. En su bondad, Cristo se comunica a través de esta variedad. Es dulce para todos¹⁴⁹, se da a todos, distribuye a cada uno los condimentos de su gusto. Porque tiene un sabor para el penitente y principiante, otro para el que progresa, otro para el que llega al fin. Tiene un sabor en la vida activa, otro en la contemplativa; uno para el que hace uso de este mundo, otro para el que no hace uso de él¹⁵⁰; uno para el hombre casado, otro para el que guarda el celibato; uno para el que ayuna y "prefiere un día a otro día", otro para el que "los pone a un mismo nivel"¹⁵¹. Este maná tiene un sabor dulce cuando allana las dificultades, cura las enfermedades, rechaza las tentacio-

nes; cuando secunda los esfuerzos y afirma la esperanza. Jesús es dulce, y su nombre es dulce y "su recuerdo es el deseo del alma"¹⁵². Es dulce cuando acoge nuestros deseos, calma nuestros sollozos, pone fin a nuestros suspiros y seca nuestras lágrimas¹⁵³. Es dulce en la pureza de la vida, en la paz de la conciencia, en la esperanza de la visión. Dulce en la oración, dulce en el sermón, dulce en la lectura, dulce en la contemplación, dulce en la compunción, dulce en la alegría del corazón. Dulce en la boca, dulce en el corazón, dulce en el amor: dulce amor, y dulzura que nace del amor¹⁵⁴. Su inestimable dulzura es el primero de los dones, y la más elevada de las delicias. Los que lo han gustado "tienen todavía hambre"¹⁵⁵, los que tienen hambre serán saciados¹⁵⁶, y saciados, siempre lo alabarán, y siempre "brotará de su corazón el recuerdo de su dulzura"¹⁵⁷.

145 Jn 3,16.

146 Cf. Sal 77,24.

147 Sal 67,9-11.

148 Sal 18,9.

149 Cf. Sal 144,9.

150 Cf. I Cor 7,31.

151 Rom 14,5.

152 Is 26,8.

153 Cf. Ap 7,17.

154 Cf. S. BERNARDO, *Super Cantica*, 15,6; PL 183, 847; SBO 1, p. 86; cf. también el himno

Jesu dulcis memoria; PL 184, 1317-1320.

155 Eclo 24,29.

156 Cf. Mt 5,6 y Sal 106,9.

157 Sal 144,7.

INDICE BIBLICO

GENESIS:

1,3	pág.	82
1,21-22	"	69
1,26	"	57
1,28	"	70
2,3	"	70
3,15	"	230
3,19	"	109
4,4	"	63
4,10	"	96
6,6	"	109
7	"	274
8,20-21	"	63
9,1	"	70
9,25-27	"	275
14,18	"	62
14,18-20	"	61
22,18	"	75
27,39	"	50
30,30	"	70
31,44-55	"	90
32,26	"	184
37,35	"	92
42,38	"	92
49,11	"	90

EXODO:

3,5	pág.	231
3,6	"	174; 176
3,14	"	197
4,2-4	"	73
4,22	"	259
12,1-11	"	217
12,6	"	64; 240
12,6-8	"	80; 166
12,10	"	260
12,12-13	"	235
12,15	"	64
12,18-19	"	167
12,27	"	235
12,34	"	167
12,39	"	167
12,43-49	"	236
12,49	"	243
13,20-22	"	171

14,19-20	pág.	171; 172
15,19	"	172
15,24	"	181
16,11-36	"	245
16,12-13	"	247
16,13	"	251
16,14	"	252
16,15	"	286
16,15-16	"	254
16,16-18	"	255
16,18	"	74
16,19-21	"	260
16,21	"	262
16,22	"	264
16,22-27	"	267
16,28-30	"	269
16,31	"	271; 289
16,32	"	272
16,33-34	"	272
16,35	"	274; 275
16,36	"	276
20,12-16	"	52
20,13.15	"	274
21,24-25	"	259
28,36-37	"	222
28,43	"	131
32,19	"	76

LEVITICO:

17,14	pág.	150
20,3	"	208
22,4-5	"	165
26,10	"	61

NUMEROS:

9,9-14	pág.	240
11,4-6	"	277
11,5	"	289
11,6-9	"	277
11,8	"	289
11,31	"	248
11,33	"	247
11,34	"	247
15,24	"	224
20,11-12	"	181

20,11	pág.	184
21,4-5	"	285

DEUTERONOMIO:

6,5	pág.	112
8,3	"	286
9,9	"	274
14,6	"	58
16,1	"	241
16,5	"	241
24,1-4	"	282
32,2	"	252
32,13	"	184
32,14	"	74; 90; 208
32,20	"	110; 276
32,32-33	"	111

JOSUE:

4,19	pág.	288
5,2-8	"	288
5,10-11	"	288
5,12	"	288

I SAMUEL:

21,3-5	pág.	230
26,25	"	209

II SAMUEL:

23,8	pág.	260
------	------	-----

I REYES:

8,32	pág.	201
12,28-29	"	66
19,8	"	75; 274

II REYES:

4,29-31	pág.	233
---------	------	-----

II CRONICAS:

1,3	pág.	175
-----	------	-----

TOBIAS:

5,23	pág.	231
------	------	-----

JUDIT:

13,17	pág.	182
-------	------	-----

ESTER:		36,22	pág. 75	73,13	pág. 183	98,6-7	pág. 175	111,9	pág. 76	12,7	pág. 197
14,11	pág. 196	36,27	" 266	73,14	" 76; 134;	100,1	" 201; 207	113,4	" 195	23,1-2	" "
II MACABEOS:		39,3	" 183; 204		" 136	101,5	" 225	113,8	" 73	26,11	" 286
12,45	pág. 82	39,11	" 273	74,8-9	" 202; 203;	101,7	" 253	115,12	" 130	27,22	" 280
JOB:		41,11	" 238		" 204	102,4-5	" 88	115,13	" 112; 124	31,6	" 202
1,8	pág. 201	43,5	" 103	74,9	" 200; 207;	103,11	" 265	115,15	" 130	ECLESIASTES:	
14,4	" 83; 131	43,22	" 57		" 208	103,14	" 246	116,2	" 153	1,8	pág. 133
17,13	" 92	44,7	" 233	74,11	" 58	103,15	" 75; 106;	117,23	" 72	7,16	" 203
SALMOS:		44,8	" 137	75,4	" 76		107; 123;	117,24	" 104; 168	7,30	" 201
5,12	pág. 155	44,16	" 109; 168;	75,8	" 209		141	118,11	" 273	9,10	" 268
7,3	" 92		" 265	76,11	" 121; 197	103,18	" 183	118,43	" 83	CANTAR DE LOS	
8,6	" 59		" 96	76,21	" 175	103,22-23	" 262	118,56	" 208	CANTARES:	
10,7	" 207; 250		" 188	77,4	" 170	103,27	" 145	118,66	" 161	1,8	pág. 173
11,7	" 271		" 58	77,16	" 181	103,30-31	" 103	118,103	" 272	2,16	" 169
14,4	" 197		" 132	77,18	" 248	104,4	" 140	118,30	" 84; 159	3,8	" 234
16,5	" 232		" 272	77,21	" 182; 247	104,8	" 174	118,140	" 262	5,6	" 262
17,2	" 154		" 98; 131	77,24	" 74; 177;	104,8-9	" 91	118,169	" 84	5,10	" 271
17,51	" 103		" 253		" 292	104,11	" 275	121,1	" 92	5,11	" 227
18,6	" 103		pág. 185	77,25	" 61; 137;	104,25	" 73	121,7	" 92	5,15	" 239
18,7	" 263		" 250		" 148; 177;	104,27	" 172	123,1-3	" 135	7,1	" 231; 278
18,9	" 123; 201;		" 208		" 179	104,34	" 248	126,2-3	" 51; 275	8,2	" 113
	292		" 156	77,27	" 250; 251	104,41	" 181	127,2	" 269	8,5	" 232
18,13	" 224		" 77	77,28	" 248	104,42	" 174	132,2-3	" 76	SABIDURIA:	
21,7	" 261		" 131	77,29-31	" 250	104,44	" 49	132,3	" 54	3,2	pág. 146
21,15-16	" 263		" 249	77,34	" 215	104,45	" 49; 202	135,4	" 73	3,4	" 120
22,4	" 232		" 197	77,44	" 73; 122	105,7	" 172; 286	138,12	" 217	4,7	" 260
22,5	" 187; 199		" 209	77,65	" 209	105,8	" 169	138,15	" 238	5,16	" 137
22,5-6	" 130; 206		" 172	77,72	" 172	105,11	" 173	138,20	" 205	7,14	" 147; 186
23,5	" 75		" 184	79,5	" 184	105,21	" 172	140,7	" 239	7,26	" 85
24,8	" 201		" 109	79,6	" 109	105,22	" 176	143,10	" 103	8,21	" 230
25,6	" 165		" 205; 250	80,13	" 205; 250	105,23	" 76	143,13	" 107; 203	16,20-21	" 289
26,13	" 274		" 74; 272	82,6-7	" 91	105,24	" 172	144,7	" 293	18,14-15	" 285
26,14	" 220		" 91	83,8	" 170; 275	105,30	" 76	144,9	" 201; 292		
29,5	" 174		" 266	83,13	" 266	105,35	" 277	144,15-16	" 145	ECLESIASTICO:	
29,6	" 115		" 246	84,12	" 246	106,9	" 293	144,20	" 152	3,17	pág. 263
29,10	" 96		" 289	84,13	" 289	106,10	" 77	145,2	" 156	13,1	" 165
29,12	" 110		" 283	84,14	" 283	106,18	" 278	147,18	" 262	14,12	" 91; 92
29,18	" 109		" 141	85,4	" 141	106,39	" 109	149,1	" 231	15,1	" 283
30,3	" 154		" 172	87,5	" 172	108,5	" 110	PROVERBIOS:		15,3	" 84; 106;
30,23	" 57		" 184	87,15	" 184	108,17	" 108	3,34	pág. 203		123; 199;
32,9	" 287		" 91	88,4-5	" 91	108,21	" 77	6,6	" 59		286; 249
33,20	" 108		" 209	88,32	" 209	108,28	" 75	8,6-8	" "	19,20	" 118
33,21	" 238		" 138	89,17	" 138	109,2	" 233	8,17	" 153	24,5	" 287
33,22	" 130		" 115	92,1	" 115	109,4	" 61; 62	8,31	" 104	24,25	" 54
34,25	" 135		" 123	93,15	" 123	109,7	" 109	9,17	" 199; 227;	24,29	" 77; 140;
35,9	" 104		" 274	94,10	" 274	110,6	" 170		" "		293
			" 227	98,5	" 227	110,10	" 123		" "		
						111,3	" 137	10,9	" 118		

36,14	pág. 259	58,7	pág. 77	JOEL:	10,22	pág. 154; 265	14,22	pág. 126	22,31-32	pág. 80
36,17	" 78	61,2	" 220	2,13	pág. 222	" 50	14,22-24	" 71	23,39-43	" 239
37,24	" 118	66,8	" 254	AMOS:	11,25	" 89	14,24	" 90	24,16	" 116
44,25	" 75	JEREMIAS:		4,1	pág. 66	" 253	14,29	" 111	24,18	" 116
44,26	" 76	1,1	pág. 233	4,5	" 65; 225	" 168	14,38	" 116	24,19	" 73
45,30	" 92	1,13	" 281	4,4-6	" 66	" 168	15,23	" 111	24,26	" 109
ISAIA:		2,18	" 122	JONAS:		" 165	16,12	" 116	24,35	" 76
1,16	pág. 267	2,21	" 110	4,8	pág. 263	" 76; 199	16,20	" 175	24,37	" 116
1,21	" 201	3,3	" 223	4,11	" 58	" 162; 288	LUCAS:		24,50-51	" 70
1,22	" 201	4,18	" 200	MIQUEAS:		" 84; 183	1,34	pág. 146	JUAN:	
1,26	" 201	10,9	" 196	7,19	pág. 173	" 162	1,55	" 174	1,9	pág. 117; 168
4,4	" 131	31,15	" 197	HABACUC:		" 116	1,70-75	" 170	1,13	" 131
5,2	" 110	31,29	" 109	2,4	pág. 147; 150	" 282	1,73	" 78	1,16	" 75
5,7	" 110; 111	31,31-32	" 49	ZACARIAS:		" 162	1,78	" 227	1,17	" 54
7,9	" 163	48,11	" 204	12,10	pág. 108	" 274	2,34	" 159; 218;	1,18	" 148
8,10	" 67	51,7	" 205	13,1	" 173	" 50		253	1,29	" 83; 132;
8,17	" 287	LAMENTACIONES:		14,8	" 173	" 258	2,35	" 97		220
9,5	" 133	1,7	pág. 61	MALAQUIAS:		" 96; 273	8,10	" 183	2,1s.	" 122
11,1	" 233	4,4	" 77	4,2	pág. 262	" 87	9,3	" 232	3,13	" 158
11,9	" 252	EZEQUIEL:		MATEO:		" 198	9,16	" 68; 70	3,16	" 97; 292
14,14	" 185	1,19	pág. 56	2,18	pág. 197	" 204; 276	10,4	" 232	3,18	" 215
26,8	" 293	9,4-6	" 222	4,2	" 274	" 146	10,16	" 282	3,36	" 202
26,10	" 202	16,6	" 131	4,4	" 199	" 22,37	10,18	" 276	4,7	" 102
27,2	" 111	16,8-9	" 131	5,3	" 49; 105	" 112	11,3	" 77	4,10	" 102
28,15	" 92	18,2	" 109	5,6	" 135; 141;	" 281	12,35	" 229	4,13	" 106; 226
28,18	" 91; 93	20,32	" 240	5,7	" 225; 293	" 101	12,37	" 235	4,14	" 102
33,15	" 266	28,26	" 275	5,17	" 284	" 266	12,46	" 215	4,14-15	" 139
33,22	" 54; 174	33,11	" 89	5,18	" 112; 219	" 267	13,14	" 268	4,23	" 53
36,6	" 232	36,25	" 173	5,22	" 279	" 64	13,32	" 102	4,34	" 102
38,10	" 92	47,1	" 173	5,29	" 232	" 96	18,1	" 184	5,24	" 235
40,17	" 196	47,9	" 173	5,40	" 274	" 60; 67;	18,9	" 203	5,26	" 156
40,23	" 196	DANIEL:		5,45	" 263	125; 126	18,9-14	" 203	5,39	" 286
41,14	" 261	2,34	pág. 253	7,6	" 237	" 86; 98	19,26	" 204	5,46	" 255
41,23-23	" 195	5,27	" 283	7,7-8	" 184	" 80	20,36	" 121; 259	6,15	" 139
42,2	" 86	13,23	" 124	7,21	" 102	" 103	22,3	" 81	6,25-26	" 136
42,19	" 287	13,56	" 276	7,29	" 116	" 79	22,15-20	" 125	6,27	" 120; 136;
44,9	" 196	OSEAS:		8,11	" 96	" 111	22,15	" 99; 103		262
44,20	" 196	2,19-20	pág. 123	8,11-12	" 276	" 150; 264	22,16	" 115	6,27-35	" 133
45,8	" 253	4,8	" 136	9,13	" 222	MARCOS	22,17	" 101	6,28-35	" 138
49,6	" 205	5,12	" 261	9,17	" 114	6,8	22,18	" 78	6,33-35	" 230
50,7	" 223	6,4	" 202	JOEL:		6,9	22,19	" 67; 80;	6,40	" 102
51,17	" 206	6,6	" 222	2,13	pág. 222	" 231		" 83	6,44	" 162
51,22	" 206	9,15	" 66	4,1	pág. 66	" 70		" 99	6,47-70	" 143
53,5	" 109	12,11	" 66	4,5	" 65; 225	" 270		" 90; 101	6,47	" 105; 147;
53,7	" 87; 97			4,4-6	" 66	" 184		" 80		161
53,9	" 246					" 261		" 199		178; 250
58,6	" 77					" 109; 284		" 114		250

6,51	pág. 135	19,32	pág. 239	8,15	pág. 123	7,33	pág. 239	5,15	pág. 151	6,17	pág. 113
6,51-53	" 145	19,33	" 237	8,18	" 132	7,34	" 239	5,17	" 127	FILIPENSES:	
6,53	" 254	19,36	" 237	8,19	" 143	8,1	" 161	6,15	" 186; 258	1,11	pág. 152
6,53-55	" 146	19,37	" 108	8,22	" 109	8,4	" 195	8,14	" 258	1,18	" 137
6,54	" 159	20,15	" 116	8,24	" 264	9,7	" 110	8,15	" 74	2,8	" 129; 238
6,56	" 147; 150;	20,20	" 115	8,29	" 260	9,11	" 259	9,7	" 112	2,10	" 88
	" 151; 160	20,25	" 228	8,32	" 97	9,15	" 124	10,5	" 118	3,8	" 135
6,57	" 155	ACTOS:		9,18	" 203	9,22	" 56	11,14	" 116	3,12	" 283
6,58	" 157			9,22	" 203; 204	9,27	" 216	GALATAS:		3,19	" 223
6,59-63	" 157	2,4-11	pág. 291	9,23	" 203	10,1-4	" 169	1,11-12	pág. 212	3,21	" 104
6,64-69	" 162	2,37	" 108	9,27	" 249	10,4	" 83	2,16	" 272	4,8	" 132; 278
7,21	" 83	2,45	" 89	10,2	" 226	10,11	" 50; 174	2,21	" 202	4,15	" 259
7,38	" 179	4,32	" 192	10,8	" 108; 253;	10,14-21	" 185	3,13	" 75	COLOSENSES:	
8,25	" 227	5,29	" 282		279; 288	10,17	" 120	3,15	" 90	1,15	pág. 57; 245;
8,58	" 176	10,13	" 135	10,10	" 85	10,18-20	" 193	3,16	" 169		259
9,4	" 268	13,48	" 200	10,17	" 84	11,3	" 227	3,27	" 78	1,24	" 152
9,24	" 172	ROMANOS:		10,41	" 114	11,18	" 210	3,28	" 190; 192	2,11	" 237
10,30	" 148	1,4	pág. 88	11,25-26	" 249	11,23-24	" 67	5,6	" 137 281	3,2	" 122; 207
11,41	" 67	1,17	" 85; 147;	11,33	" 162	11,24	" 71; 126	5,15	" 135	3,3	" 143
12,12-13	" 218		150; 177;	11,36	" 196	11,20-27	" 210	5,24	" 181; 208	I TESALONICENSES:	
12,25	" 113		192	12,5	" 190; 192	11,25	" 90; 198	5,25	" 53	4,4-5	pág. 230
12,31	" 206		192	12,19	" 233	11,25-26	" 127	6,3	" 196	4,5	" 110
12,49-50	" 54	1,19-20	" 246	13,10	" 281	11,26	" 221	6,8	" 110	II TESALONICENSES:	
13,1	" 97; 110;	1,20	" 82	14,2	" 271	11,28	" 90	EFESIOS:		2,7	pág. 194
	" 154; 235	1,21	" 117	14,5	" 292	11,28-32	" 213	1,4	pág. 153	I TIMOTEO:	
13,7	" 119	3,4	" 117	14,7-8	" 191	11,29	" 89; 199;	1,6	" 54	2,5	pág. 156
13,27	" 67; 81	3,20	" 289	15,19	" 252		243	1,14	" 130	3,9	" 130; 162
14,6	" 117	3,21	" 287	I CORINTIOS:		12,4	" 76; 180;	1,22	" 192; 227	4,4-5	" 69
14,17-26	" 84	3,22	" 151	1,22	pág. 139		189	2,4	" 94; 291	4,8	" 266
14,23	" 152; 153	3,26	" 123; 137	1,24	" 140; 287	12,13	" 179	2,8	" 137	5,14	" 283
14,30	" 206	3,28	" 147	2,9	" 51; 107	12,26-27	" 192	2,14	" 92	5,15	" 163
15,1	" 83; 104;	4,5	" 153; 219	2,14-15	" 58	12,27	" 152	3,17	" 147; 154;	5,22	" 165
	" 113	4,13	" 264	3,1	" 251	13,2	" 161; 197		192	6,20	" 86
15,4	" 152; 160	4,15	" 160	3,19	" 122	13,10	" 170; 263	4,3	" 152	II TIMOTEO:	
15,9	" 152	4,17	" 73	4,2	" 124	13,11	" 50	4,5	" 175; 258	2,15	pág. 223
15,13	" 97; 123	5,1	" 149; 154	4,21	" 233	13,12	" 245	4,7	" 258; 276	TITO:	
16,8	" 208	5,9	" 95	5,1-2	" 165	15,20	" 104	4,12	" 86	1,1	pág. 159
16,13	" 84	6,3	" 175	5,6-7	" 166	15,33	" 277	4,22	" 207; 221	2,1	" 219
16,16	" 262	6,4	" 168	5,7	" 221	15,54	" 120; 275	4,29	" 281	2,12	" 82
16,20	" 110	6,5	" 130; 207	5,7-8	" 166	15,56	" 160	5,3	" 179	3,7	" 93; 264
16,28	" 246	6,19	" 98; 251;	5,8	" 65	II CORINTIOS:		5,5	" 195		
17,1	" 67		" 283	5,12	" 237	1,11	pág. 190	5,23	" 191		
17,4	" 156	7,12	" 161	6,13	" 120	3,6	" 160; 161	5,26	" 249		
17,20-21	" 193	7,14	" 54; 161	6,17	" 146	3,15-16	" 101	5,28	" 191		
18,11	" 198	8,1	" 122; 207	7,7	" 76	3,18	" 121	5,30	" 191		
19,5	" 75	8,3	" 221	7,8	" 283	5,14-15	" 95	6,15	" 231		
19,14-18	" 262	8,6	" 122	7,31	" 292						
19,28	" 104	8,14	" 56; 160								

HEBREOS:		12,14	pág. 229	3,16	pág. 113; 127;
1,1	pág. 175	12,22.24	" 96		150; 219
5,4	" 200	13,10	" 78	4,10	" 98; 153;
5,14	" 163				191
7,2-3	" 61	SANTIAGO:		4,16	" 152
7,19	" 52; 113;	1,5	pág. 230	4,18	" 123
	265	1,6	" 184	5,8	" 124
7,26	" 166; 220	1,11	" 202		
8,5	" 49	1,13	" 205	APOCALIPSIS:	
8,6	" 49; 50	1,17	" 78; 251	1,2	pág. 278
9,4	" 273	1,18	" 120	1,5	" 131
9,8-10	" 53	1,21	" 288	1,8	" 62
9,10	" 175; 248	1,27	" 256	2,17	" 261
9,12	" 61	4,6	" 203	3,14	" 124
9,15	" 93			3,20	" 169
9,17	" 90	I PEDRO:		7,13-14	" 132
9,18-20	" 93	1,12	pág. 140	7,14	" 223
10,1	" 52	2,9	" 118	7,16	" 77; 140
10,29	" 96; 208;	2,21	" 129	7,17	" 293
	212	2,22	" 220	14,1	" 222
10,34	" 161	3,15	" 68; 164	14,13	" 267
11,1	" 161	3,22	" 93	17,19	" 77
11,6	" 68; 138	5,5	" 203	18,2-3	" 206
11,13-16	" 51	5,10	" 141	18,6	" 201
11,26	" 176; 223			18,6-7	" 206
12,2	" 176; 223;	I JUAN:		18,37	" 78
	264	2,17	pág. 205	22,13	" 62
12,4	" 123	3,2	" 120; 260		

INDICE GENERAL

Contenido	7
Nota del Editor	9

BALDUINO DE FORD

Vida	13
Comportamiento y carácter	15
Obras	16
Doctrina	17

SACRAMENTO DEL ALTAR

Introducción:	
I. Finalidad de la obra	23
II. Plan y contenido del tratado	25
III. Método teológico	30
IV. Doctrina teológica	34
Carta dedicatoria	45

PRIMERA PARTE: El paso del antiguo al nuevo testamento

1. El cumplimiento del antiguo Testamento	49
— Lo que el A.T. contiene	49
— El cambio de las promesas	49
— El cambio de los juicios	51
— El cambio de los preceptos y lo que se les ha añadido	52
— El cambio de los sacramentos	53
— Cristo, fin de las promesas	53
2. El cumplimiento de las leyes sacrificiales	54
— El cambio de la Ley	54
— La significación mística de las víctimas legales	56

SEGUNDA PARTE: **La institución del nuevo sacrificio según el
Nuevo Testamento**

CAPITULO PRIMERO: **SAN MATEO**

1. El fin de la pascua mosaica y el retorno a las fuentes más antiguas del sacrificio	60
2. El relato de la institución de la Eucaristía	64
3. Exposición doctrinal	115
— La verdad del cambio	115
— El sentido místico del cambio del pan	119
— El sentido místico del cambio del vino	122

CAPITULO SEGUNDO: **SAN MARCOS Y SAN LUCAS**

1. Marcos 14,22-25	125
2. Lucas 22,15-20	125

CAPITULO TERCERO: **SAN JUAN**

1. Juan 6,27-35	133
2. Juan 6,47-69	142

CAPITULO CUARTO: **LA EUCARISTIA EN SAN PABLO**

1. I Corintios 5,1-8	165
2. I Corintios 10,1-4	169
3. I Corintios 10,14-21	184
4. I Corintios 11,20-27	209
5. I Corintios 11,28-32	213

TERCERA PARTE: **Las figuras de la Eucaristía en el A.T.**

CAPITULO PRIMERO: **EL CORDERO PASCUAL**

1. Exodo 12,1-11	217
2. Exodo 12,43-49	236
3. Números 9,9-14	240

CAPITULO SEGUNDO: **EL MANA**

1. Exodo 16,11-36	243
2. Números 11,6-9	277
3. Números 21,4b-5	285
4. Deuteronomio 8,3	286
5. Josué 5,12	288
6. Sabiduría 16,20-21	289

INDICE BIBLICO	295
----------------------	-----

INDICE GENERAL	303
----------------------	-----

SIGLAS Y ABREVIATURAS	305
-----------------------------	-----

TITULOS PUBLICADOS	307
--------------------------	-----

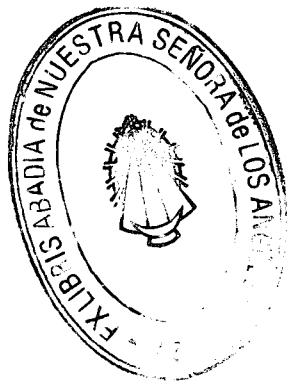
SIGLAS

Sac.	Sacramento del altar	SC 93-94
E. fe	Elogio de la fe	PL 204, 571-640
Trat.	16 tratados diversos ó Sermones	PL 204,403-772
Cart. Urb.	Carta al papa Urbano	PL 202,1533
Carts.	Cartas Chronicles and memorials	t. XIII (1912) pp. 574-580
Carm.	De la consagración de Carmen.	
Dog. Ort.	De los dogmas ortodoxos.	
Sect. eret.	De las sectas eréticas.	
Un. car.	De la unidad de la caridad.	
Am.	Del amor.	
Sacerd. JH.	Del sacerdocio de Juan Hircano.	
Ins. G.	De la instrucción de Giraldo.	
33 Serm.	33 Sermones.	
Hist.	Historia de los reyes.	
Cont. HW	Contra Enrique Wintoniense.	
E. virg.	Elogio de la virginidad.	
An.	Del anuncio del ángel.	
Cr.	De la cruz.	
Mit.	De la mitología. (cfr. Histoire litteraire de la France, t. IX, pag. 166)	

Este listado de obras es conforme al presentado por J. M. Canivez en su entrada Baudouin de Canterbury en DHGE, t. VI, cols. 1415-1416, quien a su vez informa sobre los manuscritos.

Abreviaturas

BAC	Biblioteca Autores Cristianos, Madrid.
CCL	Corpus Christianorum, series latina, Turnhout, París.
DHGE	Dictionnaire d'Histoire et Géographie Ecclésiastique, París.
DS	Dictionnaire de spiritualité, E. Beauchesne, París.
DTC	Dictionnaire de théologie catholique, Ed. Vacant y Mangenet, París.
PP.CC.	Serie Padres Cistercienses , Azul, Argentina.
PdC	Colección Pain de Citeaux , Ed. R. Thomas, Chambarand.
SC	Colección Sources chrétiennes , Ed. du Cert., París.



TITULOS PUBLICADOS

Guillermo de Saint-Thierry

PC 1: GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, vida, obra y doctrina por el P. Robert Thomas, o.c.s.o. (Agotado).

DE LA CONTEMPLACION DE DIOS, introducción, notas y traducción por Hna. Ma. Estefanía Tamburini, o.s.b. (Agotado).

DE LA NATURALEZA Y DIGNIDAD DEL AMOR, introducción y notas del P. R. Thomas; tradujo monjas benedictinas de Sta. Escolástica, Argentina. (Agotado).

LA ORACION DE DOM GUILLERMO, introducción, notas y traducción por un monje de Azul, Argentina. (Agotado).

PC 2: DIALOGO CON DIOS (Meditativae orationes), introducción, notas y traducción por el P. Juan Ma. de la Torre, o.c.s.o.

SACRAMENTO DEL ALTAR, introducción P. R. Thomas, tradujo Monjas benedictinas de Sta. Escolástica, Argentina.

Balduino de Ford

PC 3: BALDUINO DE FORD, vida, obra y doctrina por el P. R. Thomas, o.c.s.o.

SACRAMENTO DEL ALTAR, introducción P. Agustín Roberts, o.c.s.o.; tradujeron Monjas benedictinas de Sta. Escolástica, Argentina.

Al celebrar el 8 de mayo de 1978 la fiesta de **NTRA. SEÑORA DE LUJAN**, patrona de la República Argentina, se terminaron de imprimir mil ejemplares de esta obra en los talleres de GRAFITAN (Bmé. Mitre 828) de la vecina ciudad de TANDIL, ARGENTINA.

